Karl Marx
Friedrich Engels

Materiales para la historia de América Latina

Cuadernos de Pasado y Presente / 30
Córdoba

~~La preparación, traducción~~ del alemán, notas y advertencia de este libro fueron hechas por Pedro Scaron

Tapa: Miguel De Lorenzi
Diagramación: José Grimberg
Primera edición: agosto de 1972

Casilla de Correo 80. Córdoba
Queda hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina/Printed in Argentina

A MODO DE INTRODUCCION

América Latina[1] rara vez fue objeto de atención preferente, o siquiera sostenida, por parte de Marx y Engels. Para la conciencia europea del siglo XIX esta región del mundo era casi una *terra incognita*, y sólo grandes acontecimientos (la lucha por la independencia hispanoamericana, la guerra de México, la intervención anglo-franco-española contra ese mismo país) obligaban a no pocos estudiosos y políticos del Viejo Mundo a recordar que el término "América" no siempre era un sinónimo exactamente intercambiable por la denominación "Estados Unidos". Pese a su talento y a sus intereses poco menos que enciclopédicos, Marx y Engels no fueron en ese aspecto una excepción. Los textos suyos referidos directa o indirectamente a América Latina, aunque más abundantes de lo que generalmente se supone, representan una parte muy pequeña de su obra total.

Estos *Materiales para la historia de América Latina* constituyen también, y en muy primer lugar, materiales para la historia del pensamiento marxiano. En contra de teorías muy difundidas, según las cuales con la redacción del *Manifiesto comunista* quedarían trazadas, poco menos que definitivamente, las grandes líneas de la concepción que Marx se había formado del mundo, líneas que en los decenios sucesivos sólo conocerían una prolongación armoniosa, el análisis de estos textos contribuye a hacer patente que la evolución del pensamiento de Marx y Engels sobre la cuestión nacional es extremadamente compleja. Diríamos que accidentada, inclusive. La filosofía alemana, la economía política inglesa y el socialismo francés, vale decir lo que Lenin llamó con acierto las "tres fuentes" o "tres partes integrantes del marxismo"[2], se fusionaron aquí menos felizmente, más conflictiva y trabajosamente que en otras esferas del ideario de Marx[3]

Es posible reconocer varias etapas en el desarrollo del pensamiento de Marx y Engels sobre el problema nacional, y en particular sobre la expansión de los grandes países del

Occidente europeo a expensas del mundo extraeuropeo.

1) Una primera, con fecha de comienzo imprecisa pero no posterior a 1847, y que se cierra aproximadamente con el término de la guerra de Crimea (1856). Lo característico de este período es que Marx y Engels combinan el *repudio moral* a las atrocidades del colonialismo con la más o menos velada *justificación teórica* del mismo. Los famosos artículos sobre la dominación británica en la India enuncian notablemente esta posición, reseñada así por el propio Marx en una carta del 14 de junio de 1853 a Engels: "He proseguido esta guerra oculta [a favor de la centralización] en mi primer artículo sobre la India, en el que se presenta como *revolucionaria* la destrucción de la industria vernácula por Inglaterra. Esto les resultará muy *shocking* [a los editorialistas de *The New-York Daily Tribune*, el periódico norteamericano en el que colaboraba Marx]. Por lo demás, la administración británica en la India, en su conjunto, era cochina y sigue siéndolo hasta el presente"[4] A juicio de Marx y Engels el capitalismo desarrollado de países como Inglaterra ejercía una influencia "civilizadora" (en ocasiones ellos mismos ponían esta palabra entre comillas) sobre los "países bárbaros", aún no capitalistas; los sacaba de su quietud (una quietud muy hegueliana, dicho sea entre paréntesis) para arrojarlos violentamente a la senda del progreso histórico[5]. Las consecuencias devastadoras de la libre competencia a escala mundial eran tan positivas, en último análisis, como las que resultaban de aquélla en el interior de un país capitalista cualquiera. La libertad comercial aceleraba la revolución social. Era natural, entonces, que Marx, aun cuando "solamente en ese sentido revolucionario", se pronunciara en esa época "a favor del libre cambio"[6]. Todavía a fines del decenio de 1850 Marx se burla del proteccionista Carey porque éste, aunque consideraba "armónico" el aniquilamiento de la producción patriarcal por la industrial dentro de un país determinado, tenía por "inarmónico" el que la gran industria inglesa disolviera las formas "patriarcales o pequeñoburguesas" de la producción nacional de otros países. Carey relegaba al olvido "el contenido positivo de estos procesos de disolución [. . .] en su manifestación plena, correspondiente al mercado mundial"[7]

Dentro de la misma Europa, determinadas naciones eran para Marx y Engels las portadoras del progreso histórico, mientras que las demás no tenían otra misión que la dejarse absorber por sus vecinos más poderosos[8] ¿Esta tesis, puede preguntarse el lector, no contradecía la exigencia internacionalista formulada en el *Manifiesto*, la consigna que demandaba la unidad de los proletarios de todos los países, excluyendo implícitamente las rivalidades nacionales entre ellos? Marx y Engels, muy posiblemente, habrían respondido que la pregunta estaba mal planteada: aquella consigna sólo podía tener validez para las relaciones entre países... donde hubiera proletarios. "En todos los *países civilizados* el movimiento democrático aspira en última instancia a la dominación política por el proletariado. *Presupone, por ende, que exista un proletariado; que exista una burguesía dominante; que exista una industria que produzca al proletariado y que haya vuelto dominante a la burguesía. De todo esto no encontramos nada en Noruega ni en la Suiza de los primitivos cantones*"[9]. (los subrayados son nuestros —*P. S.*). A fortiori, pretender aplicar a la guerra entre Estados Unidos y México, por ejemplo, los principios de lo que después se llamó internacionalismo proletario, habría sido visto por Marx y Engels como el colmo de la desubicación histórica.

2) Hacia 1856 se abre una nueva etapa en el pensamiento de Marx y Engels sobre el problema nacional y colonial, la cual dura, también aproximadamente, hasta la fundación de la Internacional (1864). Se trata de una fase de transición. Marx y Engels no revisan claramente sus concepciones teóricas sobre la relación entre las grandes potencias europeas y el mundo colonial o semicolonial, pero en sus escritos acerca del tema el aspecto que prevalece, en la mayor parte de los casos, es la denuncia de los atropellos de aquellas potencias y la reivindicación del derecho que asistía a chinos, indios, etc., de resistir contra los agresores u ocupantes extranjeros[10] Un hecho interesante es que la mayor parte de los trabajos de Marx y Engels sobre el colonialismo se ubican en esta etapa, que en cierta medida coincide con la de su actividad periodística más intensa.

3) Los límites del tercer período se pueden fijar entre

1864 y la muerte de Marx. Si desde cierto punto de vista es exacto que Marx es uno de los principales fundadores de la Internacional[11], no menos cierto es que ésta contribuye, aunque no a fundar, sí a desarrollar el internacionalismo de Marx, a liberarlo de elementos contradictorios con ese internacionalismo[12]. Es notable, en este período, el cambio de posición de Marx con respecto a la cuestión irlandesa. Mientras que en 1848 Marx hacía suya la ambigua consigna cartista de "establecer una firme alianza entre los pueblos de Irlanda y Gran Bretaña"[13], en cartas de noviembre de 1867 le escribe a Engels: "Antes consideraba imposible la separación entre Irlanda e Inglaterra. Ahora la considero inevitable, si bien después de la separación puede establecerse una *federación*" "Lo que necesitan los irlandeses es: 1. Gobierno propio e independencia de Inglaterra. 2. Una revolución agraria [. . .] 3. *Tarifas protectoras contra Inglaterra* [subrayado de Marx]. La Unión [de 1801 entre Inglaterra e Irlanda], al dejar sin efecto las tarifas protectoras establecidas por el parlamento irlandés, destruyó toda vida industrial en Irlanda"[14]. El librecambista ("seulement dans ce sens révolutionnaire") de 1848, en 1867 es un lúcido expositor de la necesidad de que países como Irlanda defiendan de la competencia británica, erigiendo barreras protectores, sus incipientes industrias. No menos profunda es la evolución del pensamiento de Marx, durante el período, con respecto a la India. Aunque no generaliza sus hallazgos empíricos en este terreno, el autor de *El capital* se aproxima a la noción del subdesarrollo[15]. Estamos lejos de la tesis según la cual el capitalismo inglés, mefistofélicamente condenado a hacer el bien pese a su naturaleza maligna, engendraría la industria moderna en su inmensa colonia asiática. "Más que la historia de cualquier otro pueblo, la administración inglesa en la India ofrece una serie de experimentos económicos fallidos y realmente descabellados (en la práctica, infames). En Bengala crearon una caricatura de la gran propiedad rural inglesa; en la India Sudoriental, una caricatura de la propiedad parcelaria; en el Noroeste, en la medida en que les fue posible, transformaron la comunidad económica india, con su propiedad comunal de la tierra, en una caricatura de sí misma"[16]. (Agregaríamos: en todos los aspectos, y no sólo

en las relaciones agrarias, crearon, en vez de un capitalismo a imagen y semejanza del sistema dominante en la metrópoli, una caricatura del capitalismo, un capitalismo subdesarrollado. No podían crear otra cosa.) El apoyo de Marx a la rebelión de los indios ya no es, en esos años, de índole pura o fundamentalmente moral. Diversos textos sugieren a las claras que Marx se ha persuadido de la incapacidad de Inglaterra para cumplir, en la India, con la segunda fase de la "doble misión" que él le asignara en los artículos de 1853, id est, la de "sentar los fundamentos materiales de la sociedad occidental en Asia"[17]

A fines de este período, meses antes de la muerte de Marx, Engels realiza una importantísima contribución teórica al definir, respondiendo a consultas de Kautsky, la política que a su juicio debía mantener, en sus relaciones con el mundo colonial, el proletariado victorioso. Partiendo —al igual que en los *Principios del comunismo*, redactados por él 35 años atrás— de la tesis de que la revolución socialista sería llevada a cabo por la clase obrera de los países europeos más adelantados (y por la de los Estados Unidos), Engels establece lo siguiente: 1) el proletariado se hará cargo "provisionalmente" de las colonias pobladas por indígenas, a las que "habrá de conducir, lo más rápidamente posible, a la independencia"; 2) "el proletariado que se libera a sí mismo no puede librar guerras coloniales"; 3) "el proletariado victorioso no puede imponer a ningún pueblo felicidad alguna sin socavar con ello su propia victoria"[18].

Antes de pasar a la etapa cuarta y final (esto es, al último período de la vida de Engels), señalemos un hecho significativo: a lo largo de los tres períodos descritos, la evolución del pensamiento de Marx y Engels es, en lo que respecta al problema nacional en el marco de Europa continental, muchísimo más lenta que en lo tocante a las relaciones entre Inglaterra e Irlanda o entre las grandes potencias europeas y el mundo extraeuropeo. En 1866, en una serie de artículos escrita a solicitud de Marx, Engels sigue negando a los "residuos de pueblos" (servios, checos, rumanos incluidos) el derecho a una existencia nacional independiente, a la que sí son acreedores los grandes pueblos dotados de "fuerza vital", "viables"[19] En los

años siguientes, la militancia en la Internacional y en el movimiento socialista europeo hace que pronunciamientos de este género se vuelvan cada vez menos publicables, por lo que se los relega a lo que Marx denominaba el "lenguaje brutal de las cartas"[20] Todavía en 1882, en correspondencia con Kautsky y Bernstein, Engels reitera con variantes no esenciales su actitud de 1849 respecto a los eslavos de los Balcanes, "doscientos nobles pueblos de bandoleros", "pintorescas nacioncitas" aliadas del zar y a las cuales únicamente después de la caída de éste se les podría conceder la independencia, aunque nunca, por ejemplo, el derecho de que impidieran "la extensión de la red ferroviaria europea hasta Constantinopla"[21]

La cuarta etapa, como hemos señalado, la constituyen los años que van de la muerte de Marx a la de Engels. Aunque en aspectos particulares éste desarrolla con acierto, durante el período, conceptos suyos o de Marx sobre el problema nacional[22], en general es ésta una fase de estancamiento, cuando no de involución. El mundo que queda más allá de Europa y de los Estados Unidos despierta cada vez menos el interés del viejo militante, y su actitud ante los problemas europeos presenta notorias afinidades con la posición "patriótica" que, ante la primera de las guerras mundiales, adoptara la socialdemocracia alemana. En 1891, cuando parece inminente el estallido de una contienda bélica entre Alemania, por un lado, y Rusia y Francia por el otro, Engels asegura a Bebel y otros dirigentes socialistas que si Alemania es atacada "todo medio de defensa es bueno": ellos deben "lanzarse contra los rusos y sus aliados, *sean quienes sean*". Podría ocurrir, incluso, sostiene Engels, que en ese caso "*nosotros seamos el* único partido belicista verdadero y decidido"[23] La justificacion de estos criterios de Engels, esbozada desde un punto de vista internacionalista por Lenin y Zinóviev en 1915, no nos parece convincente. Los autores de *El socialismo y la guerra* arguyen que las condiciones no eran las mismas en tiempos de Engels que en 1914: en el siglo XIX no existía el "imperialismo actual", ni "condiciones ya maduras para el socialismo", ni "partidos socialistas de masas en *todos* los países beligerantes"[24] Pero el imperialismo (incluso en la acepción restringida que da Lenin al

término en su obra clásica de 1916) era ya una pujante realidad en 1891, y no creemos que la inexistencia de "condiciones ya maduras para el socialismo" o de "partidos socialistas de masas" en tal o cual país beligerante, pueda esgrimirse para legitimar la participación de la clase obrera en una guerra imperialista. En esencia, Stalin tenía razón cuando observó, en una no muy conocida carta de 1934, que en sus análisis de la situación europea a principios del decenio de 1890 Engels, indebidamente, había dejado de lado "la lucha imperialista por las colonias y esferas de influencia" y "las contradicciones imperialistas entre Inglaterra y Alemania", y considerado, también erróneamente, que el zarismo ruso seguía siendo en esa época "el último respaldo de la reacción europea en su conjunto" Tales errores no tenían sólo "valor «histórico»", sino una "importante significación práctica". Habían llevado a Engels a suponer que la guerra imperialista de la Alemania burguesa contra la Rusia zarista tenía un carácter punto menos que liberador. La secuencia de razonamientos de Engels, concluía Stalin, era análoga a la secuencia de razonamientos que condujo a la socialdemocracia alemana, en agosto de 1914, a pronunciarse por "la defensa de la patria burguesa contra la barbarie rusa, etc"[25]

¿Se ajusta la periodización anterior a los textos de Marx y Engels sobre América Latina? En líneas generales, sí, y particularmente en lo tocante a las dos primeras etapas. Los clásicos del marxismo pasan de un respaldo categórico y entusiasta a la expansión norteamericana, en la etapa que tentativa y aproximadamente hemos fechado entre 1847 y 1856, a la crítica de la misma en el período que va, poco más o menos, de 1856 a 1864. En 1861 y años siguientes Marx se opone resueltamente a la intervención anglo-franco-española en México, pero no deja de ser significativo —y típico del período que nos ocupa— que el fundamento exclusivo de sus críticas a los intervencionistas sea algo tan poco "marxista", o si se quiere tan poco específicamente "marxista", como el viejo derecho de gentes. Los interesantes artículos de Marx en defensa de México podrían haber sido firmados por más de un burgués honesto, hostil a la política pirata de Palmerston y Napoleón III, y no resulta extraño, por ello, que se les

utilizara en el parlamento británico para demostrar la insensatez e ilicitud de esa política.

Insuficientemente representada, en cambio, está la etapa que ubicamos entre la fundación de la Internacional y la muerte de Marx. Se echan de menos, en particular, análisis de la claridad y contundencia alcanzadas por algunos de los que en esa misma época Marx dedicara a Irlanda y a la India. Los textos "latinoamericanos" escritos por el viejo Engels en sus doce últimos años de vida, aunque interesantes, tampoco caracterizan suficientemente la evolución experimentada, en ese período, por sus ideas sobre el problema nacional.

Párrafo aparte merece el artículo sobre Bolívar, escrito por Marx en 1858. El más grande de los teóricos europeos del siglo XIX compone una biografía de la más relevante figura latinoamericana de esa centuria; si el resultado no fue todo lo importante que pudo ser, ello se debe, en parte, a algunos de los motivos que harto esquemáticamente hemos esbozado en páginas precedentes. Aunque por esa fecha Marx evolucionaba hacia posiciones diferentes, compartía aún el juicio monocordemente pesimista de su maestro Hegel sobre América Latina. Otros elementos gravitaron también en él, y siempre en el mismo sentido negativo. La afición de Bolívar por la pompa, los arcos triunfales, las proclamas, así como el naciente culto a la personalidad del Libertador, pueden haber inducido a Marx a ver en aquél una especie de Napoleón III *avant la lettre*, esto es, alarmantes similitudes con un personaje que despertaba en Marx el más abismal y justificado de los desprecios. (No nos consta que alguna vez haya comparado a Luis Bonaparte con el general y político sudamericano, pero sabemos en cambio que los asimiló por separado al mismo *tertium comparationis*, el emperador haitiano Soulouque.) Lo curioso es que Marx —cuya información sobre Bolívar era insuficiente, pero no tan pobre como suele creerse— en su ensayo biográfico pasó como sobre ascuas o sencillamente dejó de lado temas que, de no encontrarse tan entregado a la tarea de demoler la figura del Libertador, tendrían que haberle interesado vivamente. En las *Memorias del general Miller*, sin duda la mejor de las fuentes por él consultadas, aparecen escasas

pero sugerentes referencias a la actitud de las clases sociales latinoamericanas ante la guerra independentista, a la situación de los indios y el alcance de la abolición bolivariana del pongo y de la mita, al proyecto de Bolívar de vender las minas del Bajo y el Alto Perú a capitalistas ingleses (proyecto resistido por las clases altas, partidarias, dicho sea de paso, de que las minas se cedieran gratuitamente). Pero de esos y otros temas, cuyo tratamiento por la pluma de Marx hubiese podido ser tan enjundioso, no encontramos huellas en la biografía de Bolívar, centrada en la historia militar y política. Con ello no queremos significar que ese extenso artículo carezca de relevancia. Más importante que como biografía bolivariana, sin embargo, el opúsculo de Marx tiene un valor propio como documento para el estudio de Marx.

Algunos de los textos de Marx y Engels incluidos en ese volumen pueden resultar sorprendentes a quienes, en materia de marxismo, se hayan limitado a la lectura de *obras escogidas* (ad usum Delphini) o de ciertos manuales. Puede ocurrir, asimismo, que algunas personas entiendan que la publicación de tales textos no es oportuna, o incluso que es perjudicial, ya que el conocimiento de los mismos podría menoscabar el buen nombre de los clásicos, o alentar la suposición de que "marxista" (si por este adjetivo se entiende lo que tiene que ver con la obra de Marx) no en todos los casos equivale exactamente a "científico". Para edificación de "esas almas crédulas, a quienes produce escalofríos cada duda de que Marx y Engels pudieran alguna vez haberse equivocado en una coma"[26], transcribimos lo que sobre otro culto, el dedicado a Bolívar, ha expresado el historiador venezolano Germán Carrera Damas: "Es natural, pues, que más de una conciencia se alarme cuando no ve coincidir la representación que del héroe se ha hecho con la realidad de su vida histórica, y comprensible también, tratándose de tales conciencias, que no se haya vacilado en mutilar, en disimular, en tergiversar lo que les parecía incongruente con su enfoque, hasta el punto de que bien podríamos pensar que el culto a Bolívar acabará por hacer de su vida ese relato insulso, muestrario de virtudes y predestinación, en que han sido convertidas las vidas de santos para uso catequís-

tico"[27] El problema consiste, a nuestro juicio, en saber si la aplicación creadora de los elementos revolucionarios y perdurables del marxismo es compatible con ocultaciones y escamoteos de los escritos de Marx. Modestamente, entendemos que no. La verdad, como decía Lenin, es siempre revolucionaria.

Esta recopilación tiene, que sepamos, dos antecedentes. El primero es la selección *México en la obra de Marx y Engels*, de Domingo P de Toledo y J., publicada hace 33 años en la revista *El Trimestre Económico* y, como separata, por Fondo de Cultura Económica. El recopilador —que, naturalmente, sólo incluyó trabajos sobre México— en la mayor parte de los casos utilizó como fuente la no muy confiable traducción francesa de Molitor. El segundo precedente es *Marx y América Latina*, una antología que publicáramos en 1968 en la revista montevideana *Cuadernos de Marcha*. No incluía —salvo un par de excepciones— trabajos de Engels, ni los pasajes sobre América Latina que figuran en las obras más difundidas de Marx, y tampoco muchos fragmentos que ubicamos con posterioridad a aquella fecha. La presente recopilación es aproximadamente unas tres veces más amplia que la de 1968. No pocas de las páginas que la componen son inéditas en castellano.

Como el lector podrá apreciar por la referencia bibliográfica que sigue a cada texto, nuestra fuente principal han sido las *Marx Engels Werke (MEW)*, publicadas en la República Democrática Alemana. Dicha edición supera notoriamente no todas, pero sí muchas de las fallas que distinguían a las recopilaciones hechas durante la época de Stalin. En todos los casos en que nos ha sido posible, hemos traducido directamente del inglés o el francés los textos de Marx y Engels redactados en esos idiomas. Cuando no logramos ubicar el original inglés de algún escrito de Marx, tomamos de base la traducción alemana de *MEW* y, caso que la hubiera, alguna versión castellana, lo que en todas las oportunidades se indica expresamente.

Agrupamos los textos por temas: tratándose en muchos casos de fragmentos, una ordenación puramente cronológica habría producido un resultado lindante con el caos. En cada caso, empero, se anota la fecha de publicación

del trabajo, y frecuentemente la de redacción. De esta suerte el autor podrá restablecer la vinculación cronológica entre textos ubicados en capítulos diferentes.

Siempre que nos pareció necesario añadimos notas explicativas —alguna vez polémicas— que habrían sido mucho más breves si nuestra disponibilidad de tiempo hubiese sido mayor. En el caso de la biografía de Bolívar la extensión de las notas se debe, en parte, a que cada vez que nos pareció aconsejable citamos los argumentos con que el propio Bolívar respondió a críticas formuladas contra él, críticas que decenios más tarde fueran recogidas por Marx.

Resolvimos diversas dificultades de traducción gracias a la ayuda de Margarita Rittau, a quien dejamos aquí constancia de nuestro reconocimiento.

P. S.

NOTAS A LA INTRODUCCION

1. Incluimos bajo esta denominación —en rigor impropia— toda la América no estadounidense ni canadiense, o sea, no sólo los países independientes de origen hispánico o portugués, más las colonias americanas retenidas por España hasta 1898, sino también a Haití y las posesiones inglesas, francesas y holandesas del Caribe y la Guayana, y asimismo las culturas indígenas —pre o poscolombinas— que se desenvolvieron en el territorio ocupado por esos países y colonias.

2. V. I. Lenin, *Obras completas*, Buenos Aires, t. XIX, 1960, p. 12. En *Sobre el materialismo histórico* (1893), Mehring había señalado ya que la superioridad de Marx y Engels sobre Feuerbach radicaba en que los primeros no sólo conocían "la filosofía alemana, sino también la revolución francesa y la industria inglesa" (Franz Mehring, *Gesammelte Schriften*, Berlín, t. XIII, 1961, p. 304).

3. En momentos en que ciertos teóricos procuran borrar, o cuando menos relegar al plano de lo meramente lingüístico, la profunda huella dejada por la *filosofía* hegueliana en Marx, séanos permitido recordar el hecho obvio de que en Marx y Engels influyeron poderosamente no sólo el internacionalismo de diversos socialistas franceses, sino también *las concepciones de Hegel en torno al problema nacional*. Véase, por ejemplo, *Marx Engels Werke* (en adelante *MEW*), Berlín, t. III, p. 148, o t. VI, p. 172, donde a texto expreso se señalan coincidencias con Hegel, o compárese *MEW*, t. VI, p. 279, y t. XVI, p. 158-159, con pasajes paralelos de las *Vorlesungen über die Philosophie der Geschichte* dedicados a los "pueblos sin historia", los "residuos de pueblos", etc.

4. *MEW*, t. XXVIII, p. 266-267. Es altamente ilustrativo comparar la creencia de Marx en el sistema ferroviario como precursor de la industria moderna en la India, con las conclusiones de modernos historiadores indios sobre la forma y el grado en que ese sistema distorsionó, frenó incluso, el desarrollo económico del país.

5. Que el capitalismo occidental, y en particular el inglés, generaba capitalismo por ósmosis, con casi tanta seguridad como el rey Midas transformaba en oro todo lo que tocaba, era para Marx algo tan evidente en esos años que llegó a plantearse, en octubre de 1858, la posibilidad de que la inminente revolución socialista en el continente europeo fuera aplastada, "ya que en un terrain mucho

más amplio" (terreno que para él incluía a China, Japón, Australia, etc.) "el movement de la sociedad burguesa aún es ascendant" (*MEW*, t. XXIX, p. 360). La reflexión de Marx, dicho sea de paso, contribuye a destruir la aventurada conjetura de Stalin, según la cual la teoría de los clasicos del marxismo sobre la "extinción del estado" era inaplicable a las condiciones de la URSS, puesto que aquéllos no habrían previsto la posible existencia de un cerco antisocialista (cfr. J. Stalin, *Cuestiones del leninismo*, Moscú, 1946, p. 592-593).

6. Karl Marx, *Discours sur la question du libre échange*, en la recopilación políglota Marx/Engels, *Kleine ökonomische Schriften*, Berlín, 1955, p. 535. La evolución de Engels respecto al problema del proteccionismo y el libre cambio no fue idéntica a la de Marx; exponerla en detalle nos obligaría a salirnos de los límites que nos hemos trazado.

7. Karl Marx, *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Berlín, 1953, p. 846-847; ese pasaje se repite, con algunas variantes, en la primera versión de la *Contribución a la crítica de la economía política;* ibíd., p. 917-918.

8. En el marco de las concepciones de Marx y Engels sobre el problema nacional, la integración antagónica entre el internacionalismo de filiación socialista y lo que simplificando un tanto podemos denominar herencia ideológica hegueliana, se manifiesta incluso en casos en que la actitud de aquéllos era básicamente internacionalista, como en la cuestión polaca. Véase, por ejemplo, la carta de Engels a Marx del 23 de mayo de 1851, donde su autor (aunque transitoriamente) reniega del apoyo dado a Polonia por él y Marx en 1848-49.

9. Friedrich Engels, "Der Schweizer Bürgerkrieg" (artículo de noviembre de 1847), *MEW*, t. IV, p. 392.

10. Un motivo no insignificante de este cambio puede haber sido que mientras que en 1853 Marx creía que la penetración inglesa en Asia oponía una barrera a la expansión rusa, hacia 1856 se ha convencido de que, por el contrario, los ingleses no hacen más que abrirles el camino a los rusos. Aunque extraña, esta idea coincide con la evaluación, bastante exagerada, que Marx y Engels habían hecho del poderío ruso, a juicio de ellos el principal enemigo de la revolución europea occidental.

11. La carta en que Marx comunica a Engels la fundación de la Internacional por obreros de Londres y París y describe su propio papel en los primeros momentos de la misma —desde su presencia, como "figura muda", en la sesión constitutiva hasta su transformación en redactor casi exclusivo del *Mensaje* (que sólo más tarde se denominaría *inaugural*), constituye un buen documento probatorio de que también a la biografía de Marx conviene aplicar la tesis marxista sobre la relación dialéctica entre los individuos geniales y las masas. (Cfr. *MEW*, t. XXX, p. 10 y ss.)

12. Con esto no queremos decir que la actitud de otros individuos

o sectores de la gran asociación obrera fuera necesariamente más internacionalista que la de Marx. Más bien queremos recordar, con palabras tomadas en préstamo a Germán Carrera Damas, que "los grandes hombres son a la vez ductores y aprendices de sus propias obras" (Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, Caracas, 1969, p. 83).

13. Carta de la Association Démocratique de Bruselas, firmada entre otros por Marx, a los Fraternal Democrats de Londres. *MEW*, t. IV, p. 601.

14. *MEW*, XXXI, p. 376 y 400.

15. No hacemos hincapié en el término, que usamos a falta de otro mejor o más difundido.

16. *Das Kapital*, t. III, cap. 20, nota 50; *MEW*, t. XXV, p. 346, n. En un artículo de 1853 se anticipa borrosamente esta misma idea.

17. Compárense esos artículos ("The British Rule in India", "The East India Company", "The Future Results of the British Rule in India") con la carta del 19 de febrero de 1881 a Danielson, en la que Marx describe el "proceso de desangramiento" al que es sometida la gran colonia y expresa sus esperanzas en un levantamiento nacional contra Inglaterra.

18. *MEW*, t. XXXV, p. 357-358. Kautsky creía que "nuestros principios sólo tienen validez incondicional para los pueblos de nuestro mundo cultural". Le escribió a Engels que "la posesión de la India por el proletariado inglés sería ventajosa para ambos. Para éste como fuente de materias primas" (sic), y para "el pueblo indio porque el mismo, abandonado a su suerte, sería dominado nuevamente por el peor de los despotismos". Según el futuro guía teórico de la Segunda Internacional, "posiblemente al proletariado le convenga que Inglaterra no pierda la India", y de ahí que quisiese saber cuál era, en opinión de Engels, la importancia que tenían "las colonias para la industria inglesa, *no sólo para las clases dominantes*" (subrayado nuestro — *P. S.*). Congruentemente, enunciaba un sencillo programa —que poco después harían suyo socialistas latinoamericanos del tipo de Juan B. Justo—, una especie de *solución final*, para "las tribus salvajes en la medida en que no sean asimilables por la civilización moderna": "tendrán que desaparecer de la faz de la tierra" (*Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, editada y refundida por Benedikt Kautsky, Viena, 1955, p. 56 y 59). Las discrepancias de esa época entre Engels y Kautsky, como lo subraya éste en una nota y lo demuestra la correspondencia posterior entre ambos, no afectaron "en nada nuestras buenas relaciones" (*ibíd.*, p. 73).

19. "¿Qué tiene que ver con Polonia la clase obrera?" *MEW*, t. XVI, p. 153 y ss., especialmente 156-159.

20. Véase la jugosa queja de Marx (carta a Engels del 10 de setiembre de 1870) contra la publicación inconsulta, hecha por el comité socialdemócrata de Brunswick, de una opinión suya acerca de la influencia que la victoria prusiana sobre Francia ejercería en

la orientación del movimiento obrero continental (*MEW*, t. XXXIII, p. 270).

21. Engels suponía, además, que a la mayor parte de los eslavos de Austria y Hungría les bastaría con "seis meses de independencia" para "implorar su readmisión" (*MEW*, t. XXXV, p. 269-273 y 278-284). Su parecer sobre alguno de esos "pueblos pigmeos" mejoró en 1886, cuando las presiones rusas (retiro de los técnicos militares, ruptura de relaciones) no lograron doblegar la decisión búlgara de liberarse de la tutela zarista (véase *MEW*, t. XXI, p. 312-315). Sería injusto dejar de lado que en esas cartas de 1882, junto a pronunciamientos nada compartibles, Engels, en su larga lucha contra la creencia de que existen "pueblos escogidos de la revolución", enuncia tesis sumamente acertadas, como la de que en el movimiento obrero "la cooperación internacional sólo es posible entre *iguales*, e incluso un primus inter pares sólo [¿es posible? , ¿es necesario?] para la acción inmediata" (*MEW*, t. XXXV, p. 270).

22. Un ejemplo: cuando le explica a Danielson, en 1892, que en Rusia el problema no había consistido en si sucumbía o no la manufactura local, sino en quién la aniquilaba: la *importación de mercancías británicas* o la *propia gran industria rusa*. "Con proteccionismo, los *rusos* desempeñaban esa tarea; sin proteccionismo, los *ingleses*" (original inglés de la carta en la edición políglota Marx/Engels, *Briefe über das Kapital*, Berlín, 1954, p. 354).

23. *MEW*, t. XXXVIII, p. 176, 188, 176.

24. Lenin [y Zinóviev], *El socialismo y la guerra*, en V. I. Lenin, *Obras completas*, ed. cit., t. XXI, p. 310-311. Zinóviev fue coautor de ese trabajo, aunque en las ediciones actuales del mismo suela escamotearse ese dato. Véase *ibíd.*, t. XXIII, p. 16, o t. XXIV, p. 157, donde el propio Lenin se refiere al "folleto de Zinóviev y Lenin [o de Lenin y Zinóviev] *El socialismo y la guerra*".

25. J. W. Stalin, "*Uber Engels'Artikel Die auswärtige Politik des russischen Zarentums* ", en Marx/Engels/Lenin/Stalin, *Zur deutschen Geschichte*, t. II, p. 1212-1213. Se trata de una réplica de Stalin, fechada el 19 de julio de 1934, a la propuesta de Adoratski de publicar en un número especial de la revista *Bolshevik* el artículo de Engels "La política exterior del zarismo ruso". Stalin vetó la iniciativa (retomando de hecho la vieja política editorial socialdemócrata de ocultamiento o publicación mutilada de importantísimos textos de los clásicos del marxismo), pero sus críticas a Engels no se difundieron hasta mayo de 1941, pocas semanas antes del ataque alemán contra la URSS. Ya en 1930 el primer secretario del PCUS había censurado —aunque sin nombrar a sus autores, tomando como blanco visible de sus críticas a Kautsky— concepciones expuestas por Engels y Marx en *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. (Cfr. J. Stalin, *Obras*, Moscú, t. XII, 1955, p. 382.)

26. Franz Mehring, *Karl Marx — Geschichte seines Lebens*, en *Gesammelte Schriften*, Berlín, t. III, 1960, p. 491.

27. *Germán Carrera Damas*, El culto a Bolívar, ed. cit., p. 76.



LA AMERICA INDIA

[I]

KARL MARX

[INCAS Y AZTECAS. ECONOMIA Y SOCIEDAD.]

[a]

[. .] Se puede decir, por otra parte, que existen formas de sociedad muy desarrolladas, pero históricamente inmaduras, en las cuales tienen lugar las formas más elevadas de la economía —por ejemplo la cooperación, una división del trabajo desarrollada, etc.— sin que exista tipo alguno de dinero, como por ejemplo el Perú. [. .]

[b]

[. .] La naturaleza no produce dinero alguno, de la misma manera que no produce un curso cambiario o banqueros. En el Perú y México no se utilizaba el oro y la plata como dinero, aunque sí con fines ornamentales, pese a que aquí nos encontramos ante un sistema de producción desarrollado. [. .]

[c]

[. . .] La producción comunal y la propiedad común tal como se presentan por ejemplo en Perú, son evidentemente una forma *secundaria*; introducida y trasplantada por tribus conquistadoras que conocían en su propio interior la propiedad común y la producción comunal en la forma antigua más simple, tal como ocurre en la India y entre los eslavos. [ ]

[d][1]

[. .] El oro, en el lenguaje figurado de los peruanos, era "las lágrimas lloradas por el Sol" (Prescott)[2]. "Sin el uso de las herramientas o la maquinaria, familiar a los europeos, cada individuo" (en el Perú) "habría podido hacer bien poco, pero, actuando en grandes masas y bajo una dirección común, se les puso en condiciones de obtener resultados, gracias a una perseverancia infatigable, etc." (l.c.)[3]

El dinero que aparece entre los mexicanos (aunque predomina el trueque y la propiedad oriental de la tierra), es "un medio circulante regulado, de diferentes valores. Consistía en cañones de plumas, transparentes, que contenían polvo de oro; en pedazos de estaño, cortados en forma de T, y en saquitos de cacao en los que había un número especificado de granos. «¡Oh, dichosa moneda», dice Pedro Mártir (*De Orbe Novo*)[4], «que ofrece al género humano un brebaje gustoso y nutritivo y hace a sus poseedores inmunes al flagelo infernal de la avaricia, ya que no se le puede enterrar ni conservar largo tiempo!»" (Prescott)[5] [ ]

[e]

[. . .] En México encontramos dinero, pero ningún peso; en Perú pesos, pero ningún dinero. [ ]

[De: *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, Dietz Verlag, Berlín, 1953, p. 23, 151, 390, 717-718, 721 n. Escrito entre agosto de 1857 y junio de 1858.]

[f]

[ ] Es evidente, además, que la hipótesis según la cual quienes intercambian producen valores de cambio, no sólo supone la división del trabajo en general, sino una forma específicamente desarrollada de la misma. En el Perú, por

ejemplo, también estaba dividido el trabajo; otro tanto ocurre con las pequeñas comunidades autosuficientes (self-supporting) de la India. Esta división del trabajo, empero, supone no sólo una producción no basada en el valor de cambio sino, a la inversa, una producción más o menos directamente comunitaria. [ ]

[De la versión primitiva de *Zur Kritik der politischen Ökonomie.* Escrita en agosto-noviembre de 1858. *Grundrisse*, ed. cit., p. 905.]

[g]

[. . .] Pero aunque sea cierto que el intercambio privado supone la división del trabajo, es falso que la división del trabajo suponga el intercambio privado. Entre los peruanos, por ejemplo, el trabajo estaba extraordinariamente dividido, aunque no existía intercambio privado, intercambio de los productos en cuanto mercancías. [ ]

[De: *Zur Kritik der politischen Ökonomie.* Escrita entre agosto de 1858 y enero de 1859. Publicada en junio de 1859. *MEW*, t. XIII, p. 45.]

[h]

[. . .] Las cosas[a] son en sí y para sí ajenas al hombre y por tanto enajenables. Para que esta enajenación sea recíproca los hombres no necesitan más que enfrentarse de manera implícita como propietarios privados de esas cosas enajenables y precisamente por ello como personas independientes entre sí. Tal relación de recíproca ajenidad no existe, empero, para los miembros de una entidad comunitaria producto de un proceso natural, tenga ésta la forma

[a] Esto es, cuando los objetos de uso pasan a ser valores de cambio.

de una familia patriarcal, de una comunidad paleoíndica o del estado de los incas. [ ]

[De: *Das Kapital*, t. I. Escrito en 1863-1867 Publicado en setiembre de 1867. *MEW*, t. XXIII, p. 102.]

[i]

[ ] Consiguientemente, la economía natural, la economía monetaria y la economía de crédito han sido contrapuestas entre sí como las tres formas de movimiento económicas características de la producción social.

En primer término, estas tres formas no representan fases de evolución equivalentes. [ ] En segundo lugar: como en las categorías economía monetaria, economía de crédito, no se subraya ni se destaca como característica distintiva la economía, es decir el proceso de producción mismo, sino el modo de intercambio —correspondiente a esa economía— entre los diversos agentes de la producción o productores, otro tanto tendría que ocurrir en el caso de la primera categoría. En vez de economía natural, pues, economía de cambio. Una economía natural completamente cerrada, por ejemplo el estado peruano de los incas, no caería dentro de ninguna de esas categorías. [ ]

[j]

[ ] La circulación de mercancías puede tener lugar sin que éstas se desplacen físicamente, y puede haber transporte de productos sin circulación de mercancías, e incluso sin intercambio directo de productos. Una casa, vendida por A a B, circula como mercancía pero no se pasea de un lado a otro. Valores mercantiles muebles, como el algodón o el arrabio, permanecen en el mismo depósito en el momento mismo en que, comprados y revendidos por los especuladores, pasan por docenas de procesos de circulación. Lo que aquí se mueve realmente es el título de propiedad sobre la cosa, no la cosa misma. Por otra parte, a modo de ejemplo, en el estado de los incas[6] la industria del transporte des-

empeñó un importante papel, aunque el producto social no circulaba como mercancía ni tampoco se distribuía por medio del trueque. [ ]

[De: *Das Kapital*, t. II. Publicado en julio de 1885. *MEW*, t. XXIV p. 119, 150-151.]

[II]

FRIEDRICH ENGELS

[LOS INDIOS DE IBEROAMERICA]

[a]

[.] La forma más antigua de la fortificación es, presumiblemente, la empalizada, de uso general entre los turcos hasta fines del siglo XVIII (palanka) y que hasta hoy es empleada en la península indochina por los birmanos. Consiste en una hilera doble o triple de palos gruesos, clavados verticalmente en tierra, uno al lado del otro, que forman una valla alrededor del lugar a defender o del campamento. Con tales empalizadas tuvieron que vérselas Darío en su campaña contra los escitas, Cortés en Tabasco, México, y el capitán Cook en Nueva Zelandia. [ ]

[Del artículo "Fortification", publicado en el tomo VII de *The New American Cyclopaedia.* Escrito en mayo-junio de 1859. *MEW*, t. XIV, p. 315.]

[b]

[ ] La barbarie

1. *Estadio inferior.* Comienza con la introducción de la alfarería. Tal como puede demostrarse en muchos casos, y probablemente fue así en todas partes, aquélla surgió de la costumbre de recubrir con arcilla los recipientes de cestería o madera para hacerlos refractarios descubriéndose pronto

que la arcilla moldeada prestaba el mismo servicio sin necesidad de la vasija interior.

Hasta aquí podíamos considerar el curso del desarrollo de manera absolutamente general, como válido en un período determinado para todos los pueblos, haciendo caso omiso de la localidad. Con el advenimiento de la barbarie, empero, alcanzamos un estadio en el que comienza a gravitar la diferencia de condiciones naturales entre los dos grandes continentes. El aspecto característico del período de la barbarie es la domesticación y cría de animales y el cultivo de plantas. Ahora bien, el continente oriental, el llamado Viejo Mundo, disponía de casi todos los animales domesticables y de todos los tipos de cereales cultivables, salvo uno; el continente occidental, América, no poseía más mamífero domesticable que la llama, y ello únicamente en una parte del sur, y tan sólo uno de los cereales cultivables, aunque el mejor: el maíz. A estas condiciones naturales diversas se debió que, a partir de ese momento, la población de cada hemisferio siguiera su trayectoria particular y que difieran, en cada uno de los dos casos, los mojones que demarcan los diversos estadios.

2. *Estado medio.* Se inicia en el este[a] con la domesticación de animales, en el oeste[b] con el cultivo hortense por medio del regadío y con el empleo, en la construcción, de adobes (ladrillos secados al sol) y piedra.

Comenzamos por el oeste, ya que aquí este estadio no fue superado en ninguna parte hasta la conquista europea.

Entre los indios del estadio inferior de la barbarie (al cual pertenecían todos los encontrados al este del Mississippi) ya existía por la época de su descubrimiento cierto cultivo hortense de maíz y tal vez también de zapallos, melones y otras hortalizas, el que les proporcionaba una parte esencialísima de su alimentación; sus viviendas eran de madera y las aldeas estaban defendidas por empalizadas. Las tribus del noroeste, particularmente las del valle de Columbia, se hallaban aún en el estadio superior del salvajismo y no conocían ni alfarería ni cultivo de tipo alguno. Por el contrario, los indios de los llamados *pueblos* de Nuevo

[a] En el Viejo Mundo.- [b] En América.

México, los mexicanos, centroamericanos y peruanos de la época de la conquista se encontraban en el estadio medio de la barbarie; sus viviendas, de adobe o piedra, recordaban fortalezas; en huertos regados artificialmente cultivaban el maíz y —según el lugar y el clima— otras plantas comestibles, lo que constituía sus principales recursos alimentarios, y hasta habían domesticado algunos animales: los mexicanos, el pavo y otras aves; los peruanos la llama. Conocían además el labrado de los metales, salvo el del hierro, y a esto último se debió que no pudieran prescindir aún de las armas y herramientas líticas. La conquista española cortó en ese momento todo desarrollo independiente ulterior.

[ ]

A la abundante dieta cárnea y láctea de arios y semitas, y particularmente a su benéfico influjo sobre el desenvolvimiento de los niños, debe atribuirse tal vez el desarrollo superior de ambas razas. De hecho, los indios pueblos de Nuevo México, que se ven reducidos a una alimentación casi puramente vegetal, presentan un cerebro más pequeño que los indios del estadio inferior de la barbarie, más carnívoros y piscívoros. [ ]

[c]

[. .] Si en América el matrimonio sindiásmico ha desplazado por entero al matrimonio por grupos[7], o no, es algo que habrán de establecer investigaciones más precisas acerca de aquellos pueblos del noroeste, y particularmente de América del Sur, que se hallan aún en el estadio superior del salvajismo. De estos últimos se refieren tan variados ejemplos de licencia sexual, que difícilmente puede admitirse una superación completa del antiguo matrimonio por grupos[8]. [. .] De los habitantes de la península de California (estadio superior del salvajismo) relata Bancroft[9] que celebran ciertas festividades en las que se reúnen varias "tribus" con el fin de practicar el comercio sexual más promiscuo. Se trata evidentemente de gens que, en estas fiestas, preservan un oscuro recuerdo de la época en que las

mujeres de una gens tenían a todos los hombres de la otra como maridos comunes, y viceversa. [ ]

[d]

[ ] Si, como es casi seguro, los cuatro linajes que en tiempos de la Conquista habitaban en los cuatro barrios de Tlaxcala eran cuatro fratrías, ello demuestra que las fratrías conformaban también unidades militares, al igual que entre los griegos y las uniones gentilicias análogas entre los germanos; cada uno de estos cuatro linajes iba al combate como un ejército separado, con su propia vestimenta militar y enseña, y a las órdenes de un jefe propio. [ ]

[e]

[.] Lo mismo que en el caso del basileus griego, al jefe militar azteca se le ha atribuido falsamente el carácter de príncipe moderno. Morgan, por vez primera, somete a la crítica histórica los relatos de los españoles, en un principio equívocos y exagerados y más tarde directamente mendaces, y demuestra que los mexicanos se hallaban en el estadio medio de la barbarie, pero en un nivel superior al de los indios, pueblos de Nuevo México, y que su organización política, en la medida en que nos la dejan entrever las poco fieles relaciones, era la siguiente: una confederación de tres tribus que había hecho tributarias a otras y se hallaba gobernada por un consejo y un jefe militar confederales; los españoles hicieron del último, un "emperador". [ ]

[De: *Der Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats.* Escrito en marzo-mayo y publicado en octubre de 1884. *MEW*, t. XXI, p. 32-34, 54-55, 90, 105.]

[f]

[. .] Aun hoy es de aceptación general entre los salvajes y los bárbaros del estadio inferior la idea de que las figuras humanas que aparecen en el sueño son almas que abandonan temporalmente el cuerpo; de ahí que también hagan responsable al hombre real por los actos que su aparición onírica comete contra el que sueña. Así lo confirmó, por ejemplo, im Thurn[10] en 1884 entre los indios de la Guayana. [ ]

[De: *Ludwig Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie.* Escrito y publicado en 1886. *MEW*, t. XXI, p. 274.]

[g]

[. .] ¿Qué significa, entonces, comercio sexual sin trabas? Que no tenían validez las limitaciones prohibitivas vigentes hoy día o en una época anterior. Ya hemos visto caer las barreras de los celos. Si algo resulta indiscutible, es que los celos son una invención de desarrollo relativamente tardío. Otro tanto ocurre con la idea del incesto. No sólo en un principio el hermano y la hermana eran marido y mujer, sino que aun hoy en muchos pueblos se permite la relación sexual entre padres e hijos. Bancroft (*The Native Races of the Pacific States of North America*, 1875, vol. I) lo atestigua con respecto a los caviatos del estrecho de Bering, a los cadiacos en Alaska y los tinnehs en el interior de la América del Norte británica; Letourneau[11] ha reunido informes acerca del mismo hecho entre los indios chipewas, los cucús de Chile, los caribes, los carenos de Indochina, para no hablar de los relatos de griegos y romanos, en la Antigüedad, sobre los partos, persas, escitas, hunos, etc. [.]

[h]

[ ] Entre los isleños de los mares del Sur y entre muchos indios americanos, aun hoy, las jóvenes disfrutan de la mayor libertad sexual hasta el momento de contraer matrimonio. Muy particularmente en casi todas partes de América del Sur, tal como lo puede atestiguar quienquiera que haya penetrado algo en el interior. Agassiz (*A Journey in Brazil*, Boston and New York, 1886, p. 266) refiere así de una acomodada familia de origen indio que, al serle presentada la hija de la casa él preguntó por el padre, en el entendido de que lo sería el marido de la madre, oficial por entonces en campaña contra el Paraguay; pero la madre respondió con una sonrisa: Não tem pai, é filha de fortuna; no tiene padre, es hija del azar. "De este modo hablan siempre las mujeres indias o mestizas, sin pudor ni reproche, de sus hijos ilegítimos; y esto dista mucho de ser inhabitual: más bien lo contrario parece ser la excepción. A menudo. los hijos sólo conocen a su madre, pues todas las preocupaciones y responsabilidades recaen sobre ella; de su padre nada saben; al parecer, asimismo, a la mujer nunca se le ocurre que ella o sus hijos pudieran reclamarle algo a aquél." Lo que aquí resulta sorprendente al civilizado, es sencillamente la regla según el matriarcado y en el matrimonio por grupos.

[. .] A pesar de todas las justificaciones neorrománticas, [el] jus primae noctis subsiste aun hoy como vestigio del matrimonio por grupos entre la mayoría de los habitantes del territorio de Alaska (Bancroft, *Native Races*, I, 81), entre los tahus del norte de México (*ibíd.*, p. 584) y otros pueblos [ ]

[i]

[. .] La comunidad familiar con cultivo del suelo en común [. .] debe haberse hallado incluso en América, donde se la quiere descubrir en los calpullis descritos por Zurita[12] en el antiguo México; por el contrario, Cunow (*Ausland*, 1890, nº 42-44)[13], ha demostrado con bastante claridad que en Perú, en tiempos de la conquista, existía

una organización de la marca (la cual, por extraña coincidencia, también se denominaba *marca*) con distribución periódica de la tierra cultivada, esto es, con cultivo individual. [ ]

[De la 4ª edición, 1892, de *Der Ursprung der Familie*, etc. *MEW*, t. XXI, p. 42, 56, 63.]

NOTAS

1. En todo este texto hemos traducido directamente, en lugar de hacerlo en notas al pie, las palabras y frases que en el original están en inglés o latín.

2. Marx se refiere al libro del historiador norteamericano William Prescott (1796-1859), *History of the Conquest of Perú*, etc., 4a. ed., Londres, 1850, t. I, p. 92.

3. *Ibíd.*, p. 127.

4. Se trata de *De rebus oceanicis et orbe novo*, 1516, la obra principal del diplomático y eclesiástico italiano Pedro Mártir (Pietro Martire d'Anghiera o Petrus Martyr Anglerius, ¿1457? -1526), que pasó gran parte de su vida al servicio de la monarquía española.

5. William Prescott, *History of the Conquest of Mexico*, etc., 5a. ed., Londres, 1850, t. I, p. 123. En la versión primitiva de *Zur Kritik der politischen Ökonomie* la misma cita de Pedro Mártir está precedida de las palabras: "Polemizando contra el dinero, Pedro Mártir, que parece haber sido un gran aficionado al chocolate, dice por ello de los saquitos de cacao que, entre otras cosas, servían también de dinero entre los mexicanos [ ]". Y en *Zur Kritik* (publicada en 1859): "Pedro Mártir observa respecto a los saquitos de cacao que constituían uno de los tipos mexicanos de dinero [ ]", etc.

6. En el original: "Reich der Inkas". La palabra alemana *Reich* suele traducirse por las españolas *reino* o *imperio*, pero no siempre corresponde exactamente a las mismas. En una carta a Lafargue y refiriéndose al caso alemán (*MEW*, t. XXXIX, p. 90), Engels señala que mientras *Kaisertum* equivale a *régimen imperial*, en *Reich* "el acento cae sobre el poder central en cuanto representante de la unidad nacional". (Consignemos, a título de ejemplo, que los documentos oficiales de la República de Weimar —1918-1933— la seguían definiendo como *Reich* aunque en ella no subsistía autoridad imperial o monárquica alguna.) En el caso presente hemos optado por traducir *Reich* = *estado* ya que en textos precedentes, tomados también de *El capital*, Marx utiliza el término "estado de los incas" ("Inkastaat") para designar lo que aquí llama "Reich der Inkas".

7. En la primera edición del *Ursprung* (1884), "familia punalúa" en vez de "matrimonio por grupos".

8. Esta frase no aparece hasta la cuarta edición del *Ursprung* (1892).

9. Hubert Howe Bancroft (1832-1918), autor de numerosas obras

históricas y etnográficas sobre el oeste de América del Norte, entre ellas la que aquí cita Engels: *The Native Races of the Pacific States of North America*, Leipzig, 1875. Bancroft, incidentalmente, condenó en sus obras la agresión norteamericana contra México.

10. Everard Ferdinand im Thurn (1852-1932), funcionario colonial británico de origen alemán, autor de *Among the Indians of Guiana*, etc., Londres, 1883.

11. El autor se refiere al libro del etnólogo francés Charles Letourneau (1831-1902), *L'évolution du mariage et de la famille*, París, 1888.

12. El oidor de las audiencias de Santo Domingo, de los Confines (Guatemala) y de México, Alonso de Zorita (1511 ó 12 -no antes de 1585) escribió una *Relación de las cosas notables de la Nueva España* (inédita hasta 1909) y una *Breve y sumaria relación de los señores y maneras y diferencias que había de ellos en la Nueva España*; de este último trabajo conoció Engels la primera edición (París, 1840), una traducción al francés basada en una copia incompleta del manuscrito: *Rapport sur les différentes classes de chefs de la Nouvelle-Espagne*, etc. Por error, el apellido del cronista se escribe a veces "Zurita".

13. El historiador y etnógrafo socialdemócrata Heinrich Cunow (1862-1936) publicó en la revista de geografía y etnografía *Das Ausland*, octubre-noviembre de 1890, el artículo aquí citado: "Die altperuanischen Dorf- und Markgenossenschaften".

EL DESCUBRIMIENTO Y LA CONQUISTA [1]

[1]

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

[ ] La manufactura y en general el movimiento de la producción recibieron un enorme impulso gracias a la expansión del comercio, ocasionada por el descubrimiento de América y de la ruta marítima hacia las Indias Orientales. Los nuevos productos importados de esas regiones y, en particular, las grandes cantidades de oro y plata que entraron a la circulación, modificaron totalmente la posición recíproca de las clases y asestaron un rudo golpe a la propiedad feudal de la tierra y a los trabajadores, al tiempo que las expediciones de aventureros, la colonización y ante todo la expansión de los mercados hacia el mercado mundial, ahora posible y en vías de realización día tras día, inauguraron una nueva fase del desarrollo histórico, en la que en general no habremos de detenernos. Merced a la colonización de los países recién descubiertos, la lucha comercial de naciones cobró un nuevo aliciente y, por ende, mayor amplitud y encono.

[ ]

La relación entre las naciones, en lo tocante al comercio, revistió dos formas diferentes durante la época de que hemos hablado. En un principio, la escasa cantidad circulante de oro y plata trajo consigo la prohibición de exportar esos metales, y a la industria —generalmente importada del extranjero y hecha imprescindible por la necesidad de dar ocupación a la creciente población urbana— no le era posible prescindir de una situación de privilegio que, naturalmente, no podía darse sólo contra la competencia interior, sino en lo fundamental contra la del extranjero. En estas prohibiciones originarias el privilegio local de los gremios se

hacía extensivo a toda la nación. Los derechos de aduana surgieron de los tributos que los señores feudales imponían, como rescate contra el saqueo, a los mercaderes que cruzaban sus dominios, tributos que más tarde impusieron también las ciudades y que, con el advenimiento de los estados modernos, fueron el medio fiscal más socorrido para obtener dinero.

La aparición del oro y la plata americanos en el mercado europeo, el desarrollo progresivo de la industria, la acelerada eclosión del comercio y, por obra de ésta, el florecimiento de la burguesía no gremial y del dinero, confirieron a estas medidas un significado diferente. El estado, que cada día podía prescindir menos del dinero, mantuvo ahora por motivos fiscales la prohibición de exportar oro y plata; los burgueses, para quienes esas masas de dinero recién arrojadas al mercado constituían el principal objeto de acaparamiento, se sentían plenamente conformes con ello; los privilegios logrados hasta entonces se convirtieron en fuente de ingresos para el gobierno y se les vendió por dinero; en la legislación aduanera aparecieron los derechos de exportación, que [interponiendo] un obstáculo en el camino de la industria, perseguían una finalidad puramente fiscal. [ ]

[De: *Die deutsche Ideologie*. Escrita entre setiembre de 1845 y mediados (en el caso de estas páginas, tal vez fines) de 1846. *MEW*, t. III, p. 56-58.]

[II]

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

[.] El descubrimiento de América y la circunnavegación de Africa crearon un nuevo campo de actividad para la burguesía en ascenso. El mercado de las Indias Orientales y China, la colonización de América, el intercambio con las colonias, el incremento de los medios de cambio

y de las mercancías en general, imprimieron al comercio, a la navegación y a la industria un impulso jamás conocido hasta entonces y, con ello, un rápido desarrollo al elemento revolucionario dentro de la sociedad feudal en descomposición.

[ ]

La gran industria ha producido el mercado mundial, preparado ya por el descubrimiento de América. El mercado mundial promovió un inmenso desarrollo del comercio, de la navegación y de las comunicaciones por tierra. Este desenvolvimiento influyó a su vez sobre la expansión de la industria y, en la misma medida en que se expandían el comercio, la navegación y los ferrocarriles, se desarrollaba la burguesía, multiplicaba sus capitales y relegaba a un segundo plano todas las clases legadas por la Edad Media. [ ]

[De: *Manifest der Kommunistischen Partei.* Escrito en diciembre de 1847/enero de 1848. Publicado en febrero de 1848. *MEW*, t. IV, p. 463-464.]

[III]

KARL MARX

[. . .] Si con posterioridad al gobierno de Carlos I la decadencia de España, en el campo político y social, exhibió todos los síntomas de esa oprobiosa y lenta descomposición que tanto nos repele en las peores épocas del Imperio Turco, por lo menos bajo el emperador las antiguas libertades fueron enterradas fastuosamente. Era la época en que Vasco Núñez de Balboa alzaba el pendón de Castilla en las costas de Darién, Cortés en México y Pizarro en el Perú, los tiempos en que la influencia espa-

ñola preponderaba en toda Europa y la imaginación meridional de los iberos hacía espejear ante sus ojos visiones de Eldorados, de aventuras caballerescas y de una monarquía universal. La libertad española se eclipsó entonces entre el estrépito de las armas, bajo una verdadera lluvia de oro y en medio del resplandor siniestro de los autos de fe. [ ]

[Del primer artículo de la serie *The Revolutionary Spain*. Publicado el 9 de setiembre de 1854 en *The New-York Daily Tribune*. No disponiendo del original inglés, elaboramos nuestra versión sobre la base de *Gesammelte Schriften von Karl Marx und, Friedrich Engels — 1852 bis 1862*, Stuttgart, 1917, t. II, p. 415-416; C. Marx/-F. Engels, *La revolución española*, Ed. en Lenguas Extranjeras, Moscú, s.f.; *MEW*, t. X, p. 439.]

[IV]

KARL MARX

[. . .] Hasta aquí hemos considerado el afán de prolongar la jornada laboral, la voracidad canibalesca de plustrabajo, en un dominio en el que las exacciones monstruosas del capital —no sobrepujadas, como dice un economista burgués británico, por las crueldades de los españoles contra los indios de América—* han sujetado por fin el capital a la cadena de la reglamentación legal. [. . .]

* "La codicia de los fabricantes, cuyas atrocidades en la prosecución de las ganancias difícilmente hayan sido superadas por las que

los españoles, en su búsqueda de oro, perpetraran durante la conquista de América." (John Wade, *History of the Middle and Working Classes*, 3a. ed., Londres, 1835, p. 114).

[De: *Das Kapital*, t. I. Publicado en setiembre de 1867. *MEW*, t. XXIII, p. 258.]

[V]

KARL MARX

[.] El descubrimiento de las comarcas auríferas y argentíferas en América, el exterminio, esclavización y soterramiento en las minas de la población aborigen, la incipiente conquista y saqueo de las Indias Orientales, la transformación de Africa en un coto reservado para la caza comercial de pieles-negras, caracterizan los albores de la era de producción capitalista. Estos procesos idílicos constituyen elementos fundamentales de la acumulación originaria.

[ ]

El trato dado a los aborígenes alcanzaba los niveles más vesánicos, desde luego, en las plantaciones destinadas exclusivamente al comercio de exportación, como las Indias Occidentales, y en los países ricos y densamente poblados, entregados al saqueo y el cuchillo, como México y las Indias Orientales. Pero tampoco en las verdaderas colonias se desmintió el carácter cristiano de la acumulación originaria. [ ]

[De: *Das Kapital*, t. I. Publicado en setiembre de 1867. *MEW*, t. XXIII, p. 779, 781.]

[VI]

FRIEDRICH ENGELS

[.] La Edad Media feudal gestó además en sus entrañas la clase llamada a ser, en el curso de su desenvolvimiento posterior, la abanderada de la reivindicación igualitaria moderna: la burguesía. Esta, que en un principio era también un estamento feudal, había desarrollado hasta un nivel relativamente alto la industria predominantemente artesanal y el intercambio de productos dentro de la sociedad feudal cuando, a fines del siglo XV, los grandes descubrimientos marítimos abrieron ante ella una trayectoria inédita y más amplia. El comercio extraeuropeo, practicado hasta entonces sólo entre Italia y el Levante, se extiende ahora a América y la India y pronto sobrepuja en importancia tanto al intercambio de los diversos países europeos entre sí como al tráfico interno de cada país. El oro y la plata americanos inundaron a Europa y penetraron, cual un elemento disolvente, en todos los vacíos, grietas y poros de la sociedad feudal. La producción artesanal ya no bastaba para satisfacer las necesidades crecientes; en las industrias fundamentales de los países más desarrollados la sustituyó la manufactura. [ ]

[De: *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*. Escrito a fines de 1876. Publicado en *Die Neue Zeit* en marzo-abril de 1877. *MEW*, t. XX, p. 97.]

[VII]

KARL MARX

[ ] No cabe duda alguna —y precisamente este he-

cho ha suscitado concepciones enteramente falsas— de que en los siglos XVI y XVII las grandes revoluciones que tuvieron lugar en el comercio con los descubrimientos geográficos y aceleraron enormemente el desarrollo del capital comercial, constituyen un elemento básico en la promoción del tránsito entre el modo feudal de producción y el modo capitalista. La súbita expansión del mercado mundial, la multiplicación de las mercancías circulantes, la emulación entre las naciones europeas, afanosas por apoderarse de los productos asiáticos y de los tesoros de América, el sistema colonial, coadyuvaron esencialmente a derribar las barreras feudales que obstaculizaban la producción.

[De: *Das Kapital*, t. III. Publicado en 1894. *MEW*, t. XXV, p. 345.]

[VIII]

FRIEDRICH ENGELS

[. .] [Era] una época que volvía laxos todos los vínculos sociales y cuestionaba todas las concepciones heredadas. De un golpe, el mundo se había tornado diez veces más grande; en vez del cuadrante de un hemisferio, toda la esfera terrestre se extendía ante la vista de los europeos occidentales, que se apresuraron a tomar posesión de los otros siete cuadrantes. Y así como las viejas y estrechas barreras de las patrias, se derribaron también las milenarias barreras del modo de pensar preceptuado en el Medioevo. Tanto ante la visión exterior del hombre como ante su visión interior, se abría un horizonte inconmensurablemente más dilatado. ¿Qué podía valer la bien intencionada honorabilidad, qué el decoroso privilegio corporativo, heredado de generación en generación, a los ojos del joven al que encandilaban las riquezas de las Indias, las minas de oro y plata de México y Potosí? Fue aqué-

lla la época de la caballería andante de la burguesía; también ésta tuvo su romanticismo y su exaltación amorosa, pero sobre una base burguesa y con fines en último término burgueses. [ ]

[De: *Der Ursprung der Familie*, etc. Escrito en marzo-mayo de 1884. Publicado en octubre de 1884. *MEW*, t. XXI, p. 81-82.]

[IX]

FRIEDRICH ENGELS

[ ] Hasta qué punto el feudalismo, a fines del siglo XV, estaba ya socavado y carcomido en sus entrañas por el dinero, se pone patentemente de manifiesto en la sed de oro que por esa época se enseñorea de Europa. *Oro* era lo que buscaban los portugueses en las costas africanas, en la India, en todo el Lejano Oriente; *oro* era la palabra mágica que impulsaba a los españoles a cruzar el Atlántico, rumbo a América; *oro* era lo primero por lo que preguntaba el blanco cuando hollaba una playa recién descubierta. Pero ese afán de salir hacia lo lejos en busca de aventuras para buscar oro, por más que en sus principios se realizara bajo formas feudales y semifeudales, en sustancia era ya incompatible con el feudalismo, que se fundaba en la agricultura y cuyas expediciones de conquista apuntaban esencialmente a la *adquisición de tierras*. Fuera de ello, la navegación era un quehacer decididamente *burgués*, que ha impreso su carácter antifeudal también a todas las flotas de guerra modernas.

[Del manuscrito de Engels: *Über den Verfall des Feudalismus und das Aufkommen der Bourgeoisie*. Escrito a fines de 1884. *MEW*, t. XXI, p. 394.]

[X]

FRIEDRICH ENGELS

[ ] Una época de revolución económica, en que todas las viejas rutas y emporios comerciales eran desplazados por otros nuevos; en que América y la India se abrían al mundo y en que se tambaleaban y desplomaban los artículos de fe económicos más antiguos y venerables: los valores del oro y la plata. [ ]

[De la introducción a la edición inglesa —*Socialism — Utopian and Scientific*, 1892— de *Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*. Traducida al alemán por el propio Engels en junio de 1892. *MEW*, t. XXII, p. 300.]

[XI]

FRIEDRICH ENGELS

[. .]. Esta alta tasa del beneficio, igual para todos los participantes y obtenida a través de la cooperación corporativa, sólo tenía validez local, dentro de la corporación, o sea de la "nación" en el caso que nos ocupa. Venecianos, genoveses, hanseáticos, holandeses, cada nación tenía para sí una tasa especial de beneficio, y al principio, en cierta medida, también una tasa especial para cada mercado. La nivelación de estas diferentes tasas de beneficio corporativas se estableció por el procedimiento inverso, por la competencia. En un comienzo las tasas del beneficio de los diversos mercados regían para cada nación en particular. Si Alejandría prometía más ganancias a las

mercancías venecianas que Chipre, Constantinopla o Trebizonda, los venecianos ponían en movimiento más capital hacia Alejandría y lo retiraban del tráfico con los otros mercados. Entre las diversas naciones que exportaban mercancías iguales o similares a los mismos mercados debía producirse, entonces, la nivelación paulatina de las tasas del beneficio, con lo cual muy a menudo tal o cual de esas naciones era aplastada y desaparecía de la escena. Pero este proceso se vio interrumpido de continuo por acontecimientos políticos, así como también todo el comercio levantino descaeció a causa de las invasiones mongólicas y turcas, y los grandes descubrimientos geográfico-comerciales a partir de 1492 no hicieron otra cosa que acelerar esa decadencia y, más tarde, volverla definitiva.

La súbita expansión que por entonces se verificó en los mercados, así como el consiguiente trastocamiento de las vías de comunicación, no suscitó en un primer momento alteraciones esenciales en la índole del movimiento comercial. También con la India y América, al principio, la regla general fue que el comercio estuviera aún a cargo de corporaciones. Pero, en primer término, detrás de esas corporaciones se alzaban naciones mayores. A los catalanes que mercaban con el Levante los sustituyó, en el comercio americano, la gran España unificada, y junto a ella dos grandes países como Inglaterra y Francia; y hasta Holanda y Portugal mismos, los más pequeños, eran en cualquier caso, cuando menos, tan grandes y fuertes como Venecia, la nación mercantil mayor y más poderosa del período precedente. El respaldo proporcionado por esta circunstancia al mercader itinerante, al merchant adventurer de los siglos XVI y XVII, hacía que la corporación —la cual protegía también con las armas a sus miembros— se volviese cada vez más superflua, y por consiguiente que sus costos fuesen incuestionablemente onerosos. La riqueza particular de ciertos individuos se desarrolló entonces con una rapidez significativamente mayor, de suerte que pronto tales o cuales mercaderes pudieron invertir tanto capital en una empresa como antes toda una asociación. Las sociedades mercantiles, allí donde subsistían, se transformaron las más de las veces en corporaciones armadas que, bajo la égida y la autoridad de la metrópoli, conquis-

taban países entonces recién descubiertos y los explotaban en calidad de monopolios. Pero cuantas más colonias se establecían en los nuevos territorios, lo que por regla general ocurría también a iniciativa del estado, tanto más el comercio corporativo cedía sus posiciones al del comerciante individual, con lo cual la nivelación de la tasa del beneficio cayó progresivamente en la órbita exclusiva de la competencia. [ ]

[De: *Ergänzung und Nachtrag zum III. Buche des "Kapital"*. Publicado parcialmente en *Die Neue Zeit*, nos 1 y 2, 1895/1896, después de la muerte de Engels. *MEW*, t. XXV, p. 912-913.]

NOTAS

1. En su mayor parte, los textos que forman este capítulo analizan la influencia ejercida por el descubrimiento de América sobre las sociedades europeas, y no, a la inversa, el impacto del naciente capitalismo europeo sobre las condiciones de vida americanas. Una excepción parcial lo constituye el apartado V, pues en el mismo, sin dejar de señalar la importancia primordial que tuvo el saqueo de las colonias para la acumulación originaria metropolitana, Marx describe con mano maestra esa expoliación y pillaje. No hemos incluido aquí, por su brevedad, una comparación hecha por Marx entre las atrocidades cometidas por los caballeros teutónicos contra los prusos y las de "los españoles en México y en el Perú", la cual figura en sus *Chronologischen Auszüge zur deutschen Geschichte*, realizados hacia 1880 (*Arjiv Marxa-Engelsa*, t. V, p. 342, cit. por J. Kalnberzins en *Diez años de la Letonia soviética*. Moscú, 1952, p. 19).



ORO Y PLATA

[I]

KARL MARX

[.] Tal como lo hemos consignado previamente, el aumento súbito del precio de la plata con relación al oro fue el motivo inicial de la crisis[1] Esta alza sólo puede explicarse —a pesar de la enorme extracción de oro en California y Australia— por el flujo de plata, cada vez más intenso, procedente del mundo occidental y dirigido a Asia en general y la India y China en particular. Desde principios del siglo XVII, Asia, y en especial China y la India, nunca han cesado de ejercer una importante influencia sobre los mercados europeos y americanos de metales preciosos. Siendo la plata el único medio de cambio en esos países orientales, el caudal con que Hispanoamérica inundaba a Europa fue desviado en parte a través del tráfico con el Oriente, y se niveló la importación de plata americana mediante la exportación del mismo metal de Europa a Asia. Tuvo lugar, sin duda, una exportación de oro de Asia a Europa, pero si se hace caso omiso de las remesas procedentes de los Urales entre 1840-1850, esa exportación fue demasiado insignificante para arrojar resultados perceptibles. . .

La circulación de plata entre Asia y el Occidente, desde luego, reconoce varios períodos consecutivos de flujo y reflujo, en dependencia de las oscilaciones de la balanza comercial. En total se pueden distinguir, sin embargo, tres épocas características en la historia de este movimiento universal: la primera época comienza con el siglo XVII y se clausura hacia 1830; la segunda se extiende de 1831 a 1848 y la última desde 1849 hasta el presente. Durante la primera época, la exportación de plata con destino a Asia se elevó de manera general; en la segunda la corriente perdió empuje, hasta que finalmente se creó una contraco-

rriente y Asia, por primera vez, hizo refluir a Europa una parte de los caudales que había absorbido durante casi dos siglos y medio; en la tercera época, que se encuentra aún en su fase ascensional, volvió a cambiar el panorama y la absorción de plata por Asia ha alcanzado un nivel absolutamente inédito.

Anteriormente, tras el descubrimiento de la plata en América, e incluso después de establecida la dominación portuguesa en la India, la exportación de plata de Europa a Asia era apenas digna de mención. Se emplearon mayores cantidades de ese metal cuando los holandeses, imitados después por los ingleses, extendieron a comienzos del siglo XVII su comercio al Asia oriental, pero en particular luego del rápido incremento del consumo de té en Inglaterra durante el siglo XVIII, ya que los pagos ingleses por el té chino se efectuaban casi exclusivamente en plata. En la última parte del siglo XVIII, la evasión de plata de Europa a Asia oriental había adquirido tales proporciones que absorbía una parte considerable de la plata importada de América. Había principiado además una exportación directa de América a Asia, aunque en general se reducía a las cantidades transportadas por las flotas de Acapulco a las Filipinas[2] Esta absorción de plata por Asia se hizo notar tanto más en los primeros treinta años del siglo XIX, al disminuir de cuarenta millones de dólares en 1800 a menos de veinte millones en el año 1829, las entregas americanas, debido a las revoluciones que habían estallado en las colonias españolas. Por lo demás, la plata despachada de los Estados Unidos con destino a puertos asiáticos cuadruplicó su volumen entre 1796 y 1825, mientras que después de 1809 no sólo México, sino también Brasil, Chile y Perú, aunque en menores cantidades, comenzaron a exportar directamente plata hacia el Lejano Oriente. El excedente de plata exportada de Europa a la India y China con respecto al oro importado de esos países, ascendió, entre 1811 y 1822, a más de treinta millones de libras esterlinas. [ ]

[Editorial, sin título, en *The New-York Daily Tribune* del 1º de noviembre de 1856. Escrito en octubre de ese año. *MEW*, t. XII, p. 65-67.]

[II]

KARL MARX

[a]

[ ] El gran papel que le cupo a la plata americana como medio aglutinante entre América, de donde se trasladaba como mercancía a Europa, para ser exportada como medio de cambio desde aquí a Asia, particularmente a la India[a], sedimentándose allí bajo la forma de tesoro, consistía en el hecho con cuya observación se inició la contienda científica sobre el sistema monetario, al dar lugar dicha observación a la lucha de la Compañía de las Indias Orientales contra la prohibición, vigente entonces en Inglaterra, de exportar dinero [ ]

[b]

[ ] En esta condición, el oro y la plata desempeñan un importante papel en la creación del mercado mundial. Así ocurre con la circulación de la plata americ[ana] de oeste a este, el vínculo metálico entre América y Europa por un lado, Europa y Asia por el otro, desde el comienzo de la Epoca Moderna [ ].

[c]

[ ] Que el dinero circule amonedado o sin amonedar, es indiferente. Los Mexican dollars, imperials of

[a] La redacción del original, que respetamos, no es totalmente clara.

Russia[a], son mera forma del producto de las minas sudamericanas y rusas. [ ]

[De la versión primitiva de *Zur Kritik*, etc. Escrita en agosto-noviembre de 1858. *Grundrisse*, ed. cit., p. 879, 883, 883.]

[d]

[.] De 1810 a 1830, a consecuencia de la lucha de las colonias americanas contra España y la interrupción del trabajo en las minas, suscitada por las revoluciones, la producción anual media de los metales preciosos se había reducido a menos de la mitad. Comparando a 1829 con 1809, la merma de las monedas circulantes en Europa alcanzó a casi 1/6. No obstante, aunque habían disminuido el volumen de la producción y aumentado sus costos, si es que éstos se habían modificado, se incrementó extraordinariamente el consumo de metales preciosos bajo la forma de objetos de lujo; en Inglaterra ya durante la guerra, en el continente luego de la paz de París[3] Tal consumo aumentó con el acrecentamiento de la riqueza general. [ ]

[e]

[.] La explotación de las minas de plata españolas por Cartago y luego por Roma ejerció, en la Antigüedad, poco más o menos, el mismo efecto que el descubrimiento de las minas americanas sobre la Europa moderna. Para la época del imperio romano se puede tomar como proporción media, groseramente aproximada, la de 15 ó 16 a 1[b], aunque a menudo encontremos en Roma una mayor

[a] Pesos mexicanos, imperiales de Rusia. - [b] Entre el valor del oro y el de la plata.

depreciación de la plata. El mismo movimiento, comenzando con una relativa depreciación del oro y cerrándose con la caída del valor de la plata, se repite en la época siguiente, que se extiende desde la Edad Media hasta nuestros días. Al igual que en la época de Jenofonte, la proporción media en el Medioevo es de 10 a 1 y, a consecuencia del descubrimiento de las minas americanas, pasa de nuevo de 16 ó 15 a 1. El descubrimiento de los veneros auríferos de Australia, California y Colombia hace verosímil una nueva baja en el valor del oro*.

* Hasta el presente los descubrimientos australianos, etc., no han afectado la proporción de valor entre el oro, y la plata. Las afirmaciones de Michel Chevalier en contrario valen exactamente lo mismo que el socialismo de este ex sansimoniano[4] Las cotizaciones de la plata en el mercado londinense muestran ciertamente que el costo medio de la plata, en oro, ha sido de 1850 a 1858 casi un 3% más elevado que el que tenía en el período 1830-1850. Pero este incremento se explica simplemente por la demanda asiática de plata. [ ]

[De: *Zur Kritik*, etc. Escrita entre agosto de 1858 y enero de 1859. Publicada en junio de 1859. *MEW*, t. XIII, p. 113, 132.]

[III]

KARL MARX

[. .] Ya se han tornado evidentes las repercusiones de la crisis financiera india sobre el mercado interno inglés. El primer factor en el aumento de precio del lingote de plata ha sido, naturalmente, los envíos de ese metal por parte del gobierno, acompañados de grandes remesas por cuenta de los comerciantes; unos y otras se producen en un período en que, debido a la situación caótica en México, no se

efectúan los habituales envíos de plata de ese país[5] [ ]

[Del artículo "Grave desorganización de las finanzas indias" (ignoramos el título exacto en inglés). Publicado el 30 de abril de 1859 en *The New-York Daily Tribune*. *MEW*, t. XIII, p. 295.]

[IV]

KARL MARX

[.] La producción total anual de oro ascendía, según datos anteriores, a 800.000-900.000 libras[a], = aproximadamente 1.100 ó 1.250 millones de marcos. Según Soetbeer*, por el contrario, la media de los años 1871-75 sólo montó a 170.675 quilogramos por un valor de poco más o menos 476 millones de marcos. De esa cantidad, Australia suministró aproximadamente 167 millones de marcos, los Estados Unidos 166, Rusia 93. El resto se distribuye entre diversos países en sumas menores, en cada caso, de 10 millones de marcos. Durante el mismo período la producción anual de plata ascendió a poco menos de 2 millones de quilogramos por un valor de 354 1/2 millones de marcos, de los cuales México proporcionó, en números redondos, 108 millones, los Estados Unidos 102, América del Sur 67, Alemania 26 millones, etc.

De los países de producción capitalista predominante sólo Estados Unidos es productor de oro y plata; los países capitalistas europeos obtienen casi todo su oro y, con mucho, la mayor parte de su plata, de Australia, Estados Unidos, México, Sudamérica y Rusia. [ ]

*Ad[olf] Soetbeer, *Edelmetall Produktion*, Gotha, 1879 [p. 112].

[De: *Das Kapital*, t. II. Publicado en 1885. *MEW*, t. XXIV, p. 465-466]

[a] Alrededor de 385.000 quilogramos.

[V]

FRIEDRICH ENGELS

[ ] Nos encontramos de nuevo en una época de fuerte cambio relativo de valor entre el oro y la plata. Hace unos veinticinco años la proporción de valor entre el oro y la plata era = $15 \, ^1/_2$: 1; al presente es aproximadamente = 22 1, y el valor de la plata sigue declinando, de manera constante, con respecto al del oro. Ello se debe en lo esencial a una revolución en el modo de producción de ambos metales. [.] Por otra parte, no sólo acaban de descubrirse al oeste de las Montañas Rocosas enormes yacimientos de plata, sino que éstos y las minas argentíferas mexicanas han sido abiertos al tráfico mediante vías férreas, lo cual hizo posible la introducción de maquinaria moderna y de combustibles y, con ello, la extracción del metal en gran escala y a menores costos. [ ] Si por medio de recursos artificiales no se siguiera manteniendo elevado el precio de la plata, esta baja de valor se manifestaría en una baja de precio aun mayor. Sólo se ha iniciado la explotación, sin embargo, de una pequeña parte de los veneros de plata americanos, por lo cual todo indica que el valor de este metal seguirá en baja durante mucho tiempo. [ ]

[De una nota de Engels a la cuarta edición del primer tomo de *Das Kapital*, 1890. *MEW*, t. XXIII, p. 157-158.]

NOTAS

1. Marx se remite a otro artículo suyo, publicado el 27 de octubre de 1856, como editorial, en *The New-York Daily Tribune*. Versaba el mismo sobre las causas de la crisis monetaria desencadenada en Europa en setiembre de ese año.

2. Vale decir, por la "nao de Acapulco", "nao de China" o, designación más habitual, "galeón de Manila": se trataba de una sola nave, fletada por el estado, que hacía una vez por año la carrera entre México y las Filipinas. Desde el siglo XVI hasta 1813, fecha en que se suspendieron los viajes, fue ésa la única conexión oficial entre España y su colonia en Oceanía.

3. Con la paz de París, firmada el 20 de noviembre de 1815, se cierra en el terreno diplomático el ciclo de las guerras napoleónicas.

4. Michel Chevalier (1806-1879), primero sansimoniano, luego apologista del librecambio y de Luis Bonaparte, era autor del *Cours d'économie politique* (Bruselas, 1850) comentado aquí por Marx.

5. Mientras Marx escribía estas líneas se desarrollaba en México la guerra civil (1857-1860) entre los liberales o juaristas y el Partido Conservador, respaldado por la Iglesia Católica.



LA INDEPENDENCIA[1]

[I]

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

BERESFORD[2]

[a]

BERESFORD, William Carr, vizconde, general británico, nació el 2 de octubre de 1768 en Irlanda, murió el 8 de enero de 1854 en Kent; hijo ilegítimo de George, el primer marqués de Waterford. A los 16 años de edad se alistó en el ejército y hasta 1790 sirvió en Nueva Escocia. En esa época perdió un ojo por un disparo que por negligencia se le escapó a un oficial camarada suyo. Prestó servicios en Tolón, Córcega, Indias Occidentales (a las órdenes de Abercromby), Indias Orientales y Egipto (bajo Baird)[3]. A su regreso, en 1800, fue ascendido a coronel, por patente real. Sirvió luego en Irlanda, participó en la conquista del Cabo de Buena Esperanza[4] y (como general de brigada) en el ataque a Buenos Aires en 1806, donde se vio obligado a capitular, aunque finalmente pudo evadirse. En 1807 comandó las fuerzas que se apoderaron de Madeira y se le designó gobernador de la isla. Ascendió a mayor general en 1808 y, después de su arribo a Portugal con las fuerzas inglesas, se le encomendó la organización total del ejército lusitano, la milicia inclusive. Fue uno de los comisionados que estipularon las condiciones de la célebre convención de Sintra[5]; se hallaba presente durante la retirada a la Coruña y la batalla respectiva, y aseguró el embarque de las tropas de sir John Moore[6]. Se le ascendió en marzo de 1809 a mariscal y generalísimo del ejército portugués, que gracias a sus esfuerzos se convirtió pronto en una excelente fuerza de combate, tanto atacante como defensiva. Luchó en la Península durante toda la

guerra, apoyando vigorosamente a Wellington hasta la finalización del conflicto, en 1814. En la única ocasión importante, sin embargo, en que le correspondió el mando supremo, en la batalla de La Albuera (1811), expuso muy menguadas condiciones de estratego, y la batalla se hubiera perdido de no ser por la acción de uno de sus subalternos, que infringió sus órdenes[7] Beresford participó en las victorias de Salamanca, Vitoria, Bayona, Orthes y Tolosa[8] Por estos servicios se le nombró mariscal de campo de Portugal, duque de Elvas y marqués de Santo Campo. En 1810 resultó electo al parlamento por el condado de Waterford (nunca ocupó su banca) y en 1814 se le nombró barón Beresford de Albuera y Dungannon; en 1823 se le promovió a la dignidad de vizconde. En 1814 fue en misión diplomática a Brasil, donde aplastó en 1817 una conspiración[9]. A su regreso ascendió sucesivamente a teniente general de la artillería, general de ejército y (de 1828 a 1830) general en jefe de la artillería. Habiendo apoyado en 1823 a Don Miguel, se le retiró la patente de mariscal de campo de Portugal[10]. En política Beresford era, aunque a las calladas, un tory resuelto. Su principal contribución en lo militar consistió en la exitosa reorganización del ejército portugués, del que Beresford, merced a su gran talento y a sus infatigables esfuerzos, hizo finalmente una tropa tan bien ensamblada y disciplinada que podía parangonarse con los propios franceses. En 1832 se casó con su prima Luisa, hija del arzobispo de Tuam y viuda de Thomas Hope, el banquero millonario y autor de "Anastasius". No dejó descendencia, y el título caducó a su muerte.

[Artículo publicado en el tomo III de *The New American Cyclopædia.* Escrito en marzo-abril de 1858. *MEW*, t. XIV, p. 284-285.]

[b]

DE ENGELS A MARX

[Manchester,] 11 de marzo del 58.

[ ] Adjunto, verás lo que he podido recopilar en Napier[11] sobre "Beresford" Nada pude encontrar sobre su expedición a Buenos Aires a comienzos del siglc, pero es gloriosa y valdría la pena seguirle las huellas. Beresford capituló, rump and stump[a], con todas las tropas inglesas. [ ]

[*MEW*, t. XXIX, p. 299.]

[a] De cabo a rabo; con armas y bagajes.

[II]

KARL MARX

[LAS CORTES DE 1810-1812 Y LA INDEPENDENCIA HISPANOAMERICANA[12]

[a]

[ ] La necesidad imperiosa de una acción militar común; la certeza de que Napoleón pronto aparecería al frente de un ejército victorioso sacado de las orillas del Niemen, del Oder y de las riberas del Báltico; la ausencia de una autoridad general para la concertación de tratados con Gran Bretaña u otras potencias extranjeras, así como para mantener los vínculos con la América española y percibir sus tributos; la existencia de un poder central francés en Burgos y la necesidad de oponer al altar extranjero uno propio; todas estas circunstancias, conjugadas, hicieron que la Junta de Sevilla renunciara, aunque de mala gana, a su imprecisa supremacía, en realidad sólo nominal, y propusiera a las diversas juntas provinciales que eligiesen de su seno dos diputados cada una, con la reunión de los cuales se constituiría una *Junta Central* [ ].

[b]

[.] El 24 de setiembre de 1810 se reunieron en la isla de León las cortes extraordinarias; el 20 de febrero de 1811 trasladaron su sede a Cádiz; el 19 de marzo de 1812 proclamaron la nueva constitución, y el 20 de se-

tiembre de 1813 clausuraron sus sesiones, a tres años de su apertura.

Las circunstancias bajo las cuales se reunió este congreso, no reconocen punto de comparación en la historia. Ningún cuerpo legislativo había congregado a miembros procedentes de partes tan diversas del orbe; ninguno había tenido que adoptar decisiones sobre territorios tan dilatados en Europa, América y Asia, sobre razas tan diferentes e intereses tan complejos; y esto en tiempos en que casi toda España estaba ocupada por los franceses y que el congreso mismo, literalmente aislado de España por huestes enemigas y proscrito en una angosta faja de tierra, tenía que legislar a la vista de un ejército que lo cercaba y asediaba. [ ]

[c]

[ ] Como las cortes consideraban que uno de sus principales cometidos era la conservación de las colonias americanas, que ya habían comenzado a sublevarse, reconocieron a los españoles americanos exactamente los mismos derechos que a los de Europa, proclamaron una amnistía general sin excepción alguna, dictaron decretos contra la opresión bajo la que gemían los indígenas de América y de Asia, abolieron las mitas, los repartimientos, etc., derogaron el estanco del azogue y, al prohibir la trata de esclavos, se colocaron en ese respecto a la cabeza de Europa. [ ]

[d]

[ ] El hecho de que se congregaran en Cádiz los hombres más progresistas de España se debe a una serie de circunstancias favorables. Al celebrarse las elecciones, el movimiento todavía no había perdido empuje, y el propio desafecto suscitado por la Junta Central redundaba en provecho de sus adversarios, pertenecientes en gran parte a la minoría revolucionaria de la nación. En la primera reunión de las cortes se hallaban representadas casi exclu-

sivamente las provincias más democráticas: Cataluña y Galicia; los diputados de León, Valencia, Murcia y las Baleares no llegaron hasta tres meses después. Las provincias más reaccionarias, o sea las del interior del país, no recibieron autorización, salvo en contadas localidades, de celebrar elecciones a cortes. Para los diversos reinos, ciudades y municipios de la vieja España, imposibilitados por los ejércitos franceses de elegir diputados, y para las provincias ultramarinas de la nueva España[13], cuyos representantes no pudieron comparecer a tiempo, se designaron sustitutos, escogidos en parte entre la turbamulta de quienes habían llegado a parar a Cádiz empujados por las complicaciones bélicas, y en parte entre los numerosos sudamericanos, comerciantes, gente del país y de otros lugares, atraídos a Cádiz por la curiosidad o el deseo de hacer negocios. Ocurrió así que los representantes de estas provincias eran hombres más aficionados a las novedades, y más impregnados por las ideas del siglo XVIII, que lo que habría sido el caso si aquellas mismas los hubiesen elegido. Finalmente, fue de importancia decisiva que las cortes se reunieran precisamente en Cádiz, pues esta ciudad era conocida entonces como la más radical del reino y se parecía más a una ciudad americana que a una española. Sus vecinos colmaban las galerías de la sala de sesiones de las cortes y se imponían a los reaccionarios, mediante un sistema que combinaba la intimidación y la presión desde el exterior, cuando la oposición de aquéllos se volvía demasiado irritante y frontal.

Sería un gran error, sin embargo, suponer que la mayoría en las cortes estaba compuesta por partidarios de las reformas. Las cortes se dividían en tres partidos: los *serviles*, los *liberales* (estos epítetos salieron de España para difundirse por toda Europa) y los *americanos*, que votaban con uno u otro de los demás partidos, según lo exigieran sus intereses particulares. [ ]

[e]

[ ] Vale la pena hacer notar, en passant[a], que todas las regencias, todas estas autoridades ejecutivas supremas instituidas por las cortes, como regla general, se hallaban integradas por los adversarios más resueltos de las cortes y de la constitución por éstas promulgada. Este hecho curioso se explica simplemente porque los americanos siempre se pusieron de acuerdo con los serviles cuando se trataba de la integración del poder ejecutivo, cuyo debilitamiento consideraban necesario para alcanzar la independencia americana con respecto a la madre patria; juzgaban que no bastaba para ello con una simple desavenencia entre el ejecutivo y las cortes soberanas. [ ]

[De artículos de la serie *The Revolutionary Spain*, publicada en *The New-York Daily Tribune*. El texto *a* es del artículo III (20 de octubre de 1854); el *b* y el *c* del artículo VI (24 de noviembre de 1854); el *d* y el *e* del artículo VII (1º de diciembre de 1854). Por carecer de original inglés, basamos nuestra versión en las siguientes traducciones: *Gesammelte Schriften*, etc., Stuttgart, 1917, t. II, p. 426, 441-442, 447, 452-453, 456-457; *La revolución española*, Moscú, s.f., p. 23, 42-43, 49-50, 55-56, 61; *MEW*, t. X, p. 448-449, 463-464, 468-469, 473-474, 477.]

[a] Dicho sea de paso.

[III]

KARL MARX

[RUSIA, ESTADOS UNIDOS Y LAS COLONIAS ESPAÑOLAS. LA INSURRECCION DE LA ISLA DE LEÓN]

[a]

[ ] Por si alguien duda de que Rusia haya metido realmente sus manos en los asuntos peninsulares, voy a recordar el caso de la isla de León. En 1820 se habían concentrado en las inmediaciones de Cádiz para su envío a las colonias sudamericanas, grandes contingentes de tropas. De manera totalmente repentina, el ejército apostado en la isla se pronunció por la Constitución de 1812, y las tropas de otras localidades siguieron su ejemplo. Ahora bien, sabemos por Chateaubriand, el embajador francés en el Congreso de Verona, que Rusia incitó a España a emprender la expedición a Sudamérica y obligó a Francia a emprender la expedición a España[14]. Por lo demás sabemos, por el mensaje del presidente de los Estados Unidos, que Rusia le había prometido impedir la expedición contra América del Sur[15]. No es menester, pues, una perspicacia fuera de lo común para extraer conclusiones sobre la autoría del levantamiento en la isla de León.

[...]

¿Decimos entonces que la revolución española[a] es la obra de los anglo-rusos? ¡De ningún modo! Rusia sólo

[a] Esto es, la revolución española de 1854.

apoya movimientos sediciosos cuando sabe que las crisis revolucionarias están en el orden del día. Sin embargo, el verdadero movimiento popular que comienza entonces, se opone siempre con tanta hostilidad a las intrigas de Rusia como a los manejos despóticos del gobierno. Tal ocurrió en 1848 en Valaquia[16]; tal ha ocurrido en 1854 en España.

[ ]

El *Times* acusa a Mr. Soulé de haber provocado la insurrección madrileña en interés del actual gobierno norteamericano[17] En todo caso, Mr. Soulé no ha escrito el artículo del *Times* contra Isabel II, ni el partido que propende a la anexión de Cuba ha sacado provecho alguno de la revolución. Con respecto a ello resulta característico el nombramiento del general de la Concha como capitán general de la isla de Cuba: era uno de los padrinos del duque de Alba en su duelo con el hijo de Mr. Soulé. Sería equivocado suponer que los liberales españoles comparten de alguna manera las opiniones del liberal inglés Mr. Cobden en lo que tiene que ver con la renuncia a las colonias[18] Un objetivo fundamental de la Constitución de 1812 era el restablecimiento del dominio sobre las colonias españolas, a cuyo efecto en la nueva legislación se introducía un sistema de representación unificada. En 1811 los españoles equiparon incluso una considerable fuerza militar, consistente en varios regimientos de Galicia, única provincia de España no ocupada entonces por los franceses, para imponer por la fuerza su política sudamericana. Prácticamente el principio capital de esa constitución consistía en no abandonar ninguna de las colonias pertenecientes a España, y los revolucionarios de hoy comparten la misma opinión. [ ]

[Del artículo fechado en Londres el 15 de agosto de 1854 y publicado, sin título, el 1º de setiembre de ese año en *The New-York Daily Tribune*. Nuestra versión se basa en *La revolución española*, ed. cit., p. 104-105, 106, 107, y *MEW*, t. X, p. 409-410, 410-411, 411.]

[b]

Durante el año 1819 se concentró en los alrededores de Cádiz un ejército expedicionario destinado a la reconquista de las colonias americanas rebeldes. Se confió el mando a [José] Enrique O'Donnell, conde de La Bisbal, tío de Leopoldo O'Donnell, el actual ministro español [19] Las expediciones anteriores contra la América española se habían tragado 14.000 hombres en el quinquenio que comienza en 1814. Organizadas de manera tan indignante y desaprensiva que se habían vuelto harto odiosas en el ejército, éste las consideraba en realidad un medio subrepticio para desembarazarse de regimientos descontentos. Ciertos oficiales, entre ellos Quiroga, López Baños, San Miguel (el actual Lafayette español), O'Daly y Arco Agüero, decidieron aprovechar el descontento de los soldados para sacudir el yugo y proclamar la Constitución de 1812.

[ ]

A despecho de los síntomas de rebeldía evidentes en el ejército expedicionario, el gobierno de Madrid, a cuyo frente estaba el duque de San Fernando, a la sazón ministro de relaciones exteriores y presidente del consejo, permaneció sumido en una apatía y pasividad inexplicables y nada hizo por acelerar la partida de la expedición o diseminar el ejército en diferentes ciudades portuarias. En el ínterin, combinaron un movimiento simultáneo don Rafael de Riego —que mandaba el segundo batallón de Asturias, apostado por entonces en Cabezas de San Juan—, Quiroga, San Miguel y otros jefes militares de la isla de León.

[ ]

Escritores ingleses de nuestros días sostienen, aludiendo ostensiblemente a la actual revolución española, que el movimiento de 1820 no fue más que una conspiración militar y que, por otra parte, se habría reducido a una intriga rusa. Ambas afirmaciones son igualmente ridículas. Hemos visto que la revolución triunfó pese al fracaso del levantamiento militar. Lo enigmático no está en la conjura

de los 5.000 soldados, sino en que esa conjura fuera sancionada por un ejército de 35.000 hombres y por una nación archileal de 12 millones de habitantes. El hecho de que al comienzo la revolución prendiera, precisamente, entre las filas del ejército, lo explica fácilmente la circunstancia de que, entre todos los organismos de la monarquía española, el ejército era el único que había sido transformado y revolucionado a fondo por la guerra de la independencia. En lo tocante a la intriga rusa, no puede negarse que Rusia metió las manos en la revolución española; que, de todas las potencias europeas, Rusia fue la primera en reconocer la Constitución de 1812, por el tratado firmado en Velikie Luki el 20 de julio de 1812; que fue la primera en estimular la revolución de 1820, la primera en traicionar a Fernando VII, la que primero encendió la antorcha de la contrarrevolución en diversos puntos de la península, la primera que protestó solemnemente ante Europa contra la revolución y obligó, finalmente, a Francia a intervenir militarmente contra aquélla. Monsieur de Tatíshchev, el embajador ruso, era indudablemente el personaje más relevante de la corte de Madrid, la cabeza invisible de la camarilla. Había logrado introducir en la corte a Antonio Ugarte, un tunante de humilde origen, y convertirlo en mandamás de los frailes y lacayos que, en sus conciliábulos de las escaleras de servicio, manejaban el cetro en nombre de Fernando VII. Tatíshchev hizo de Ugarte el director general de las expediciones contra América del Sur, y Ugarte designó al duque de San Fernando ministro de relaciones exteriores y presidente del consejo. Ugarte negoció la adquisición en Rusia, de buques carcomidos, con destino a la expedición a América del Sur, mérito por el cual se le distinguió con la Orden de Santa Ana[20]. Ugarte impidió que Fernando y su hermano don Carlos se presentaran ante el ejército en el primer momento de la crisis. Fue el misterioso causante de la inexplicable inactividad del duque de San Fernando y de las medidas sobre las cuales dijo en París un liberal español, en 1836: "Resulta casi imposible no admitir que el gobierno mismo proporcionó los medios para arrojar por la borda el orden de cosas existente"[21] Si además nos remitimos al hecho singular

de que el presidente de los Estados Unidos agradeciera a Rusia en su mensaje, porque ésta le había prometido impedir que España se ocupara de las colonias sudamericanas[15], pocas dudas pueden quedar acerca del papel desempeñado por Rusia en la revolución española. Pero, ¿qué demuestra todo esto? ¿Acaso que Rusia hizo la revolución de 1820? En modo alguno. Demuestra, tan sólo, que Rusia impidió al gobierno español oponerle resistencia. [ ]

[Del artículo VIII de la serie *The Revolutionary Spain*, publicado el 2 de diciembre de 1854 en *The New-York Daily Tribune*. Elaboramos nuestra versión a partir de: *Gesammelte Schriften*, etc., ed. cit., t. II, p. 458, 459, 462-463; *La revolución española*, ed. cit., p. 63, 64, 68-69; *MEW*, t. X, p. 478-479, 479-480, 482-483.]

[c]

[.] No es nuevo este giro de desacreditar a Rusia proclamándola la patrona del liberalismo y de las reivindicaciones nacionales. Toda una cohorte de pensadores franceses y alemanes de la Ilustración celebraron a Catalina II como adalid del progreso. El "noble" Alejandro I (le Grec du Bas Empire[a], como poco noblemente lo moteja Napoleón) desempeñó en su época el papel de paladín del liberalismo en toda Europa. ¿No agració a Finlandia con los beneficios de la civilización rusa[22]? En su munificencia, ¿no obsequió a Francia una constitución, y por añadidura con un primer ministro *ruso*, el duque de Richelieu[23]? ¿No era acaso el jefe secreto de la Hetería[24], mientras que al mismo tiempo en el Congreso de Verona instigaba a Luis XVIII, por medio del sobornado Chateaubriand, a lanzar una campaña contra los rebeldes españoles? ¿No azuzó a Fernando VII, por intermedio del padre

[a] El griego del Bajo Imperio.

confesor del rey, para que enviara una expedición contra las colonias hispanoamericanas sublevadas, mientras que simultáneamente prometía su apoyo al presidente de los Estados Unidos de Norteamérica contra cualquier intervención de potencias europeas en el continente americano[15]? [ ]

[De: *Herr Vogt*. Escrito en febrero-setiembre de 1860. Publicado en diciembre de ese año. *MEW*, t. XIV, p. 499-500.]

[IV]

KARL MARX

BOLÍVAR Y PONTE[25]

[a]

BOLÍVAR Y PONTE, Simón, el "Libertador" de Colombia, nació el 24 de julio de 1783 en Caracas y murió en San Pedro, cerca de Santa Marta, el 17 de diciembre de 1830. Descendía de una de las familias mantuanas, que en la época de la dominación española constituían la nobleza criolla en Venezuela. Con arreglo a la costumbre de los americanos acaudalados de la época, se le envió a Europa a la temprana edad de 14 años. De España pasó a Francia y residió por espacio de algunos años en París[26] En 1802 se casó en Madrid y regresó a Venezuela, donde su esposa falleció repentinamente de fiebre amarilla. Luego de este suceso se trasladó por segunda vez a Europa y asistió en 1804 a la coronación de Napoleón como emperador, hallándose presente, asimismo, cuando Bonaparte se ciñó la corona de hierro de Lombardía. En 1809[27] volvió a su patria y, pese a las instancias de su primo José Félix Ribas, rehusó adherirse a la revolución que estalló en Caracas el 19 de abril de 1810[28]. Pero, con posterioridad a ese acontecimiento, aceptó la misión de ir a Londres para comprar armas y gestionar la protección del gobierno británico. El marqués de Wellesley, a la sazón ministro de relaciones exteriores, en apariencia le dio buena acogida. pero Bolívar no obtuvo más que la autorización de exportar armas abonándolas al contado y pagando fuertes derechos. A su regreso de Londres se retiró a la vida privada, nuevamente, hasta que en setiembre de 1811 el general

Miranda, por entonces comandante en jefe de las fuerzas insurrectas de mar y tierra, lo persuadió de que aceptara el rango de teniente coronel en el estado mayor y el mando de Puerto Cabello, la principal plaza fuerte de Venezuela[29]

Cuando los prisioneros de guerra españoles, que Miranda enviaba regularmente a Puerto Cabello para mantenerlos encerrados en la ciudadela, lograron atacar por sorpresa a la guardia y la dominaron, apoderándose de la ciudadela, Bolívar, aunque los españoles estaban desarmados, mientras que él disponía de una fuerte guarnición y de un gran arsenal, se embarcó precipitadamente por la noche con ocho de sus oficiales, sin poner al tanto de lo que ocurría ni a sus propias tropas, arribó al amanecer a La Guaira y se retiró a su hacienda de San Mateo[30] Cuando la guarnición se enteró de la huida de su comandante, abandonó en buen orden la plaza, a la que ocuparon de inmediato los españoles al mando de Monteverde. Este acontecimiento inclinó la balanza a favor de España y forzó a Miranda a suscribir, el 26 de julio de 1812, por encargo del congreso, el tratado de La Victoria, que sometió nuevamente a Venezuela al dominio español[31] El 30 de julio llegó Miranda a La Guaira, con la intención de embarcarse en una nave inglesa. Mientras visitaba al coronel Manuel María Casas, comandante de la plaza, se encontró con un grupo numeroso, en el que se contaban don Miguel Peña y Simón Bolívar, que lo convencieron de que se quedara, por lo menos una noche, en la residencia de Casas. A las dos de la madrugada, encontrándose Miranda profundamente dormido, Casas, Peña y Bolívar se introdujeron en su habitación con cuatro soldados armados, se apoderaron precavidamente de su espada y su pistola, lo despertaron y con rudeza le ordenaron que se levantara y vistiera, tras lo cual lo engrillaron y entregaron a Monteverde. El jefe español lo remitió a Cádiz, donde Miranda, encadenado, murió después de varios años de cautiverio. Ese acto, para cuya justificación se recurrió al pretexto de que Miranda había traicionado a su país con la capitulación de La Victoria, valió a Bolívar el especial favor de Monteverde, a tal punto que cuando el primero le solicitó su pasaporte, el jefe español declaró:

"Debe satisfacerse el pedido del coronel Bolívar, como recompensa al servicio prestado al rey de España con la entrega de Miranda"[32].

Se autorizó así a Bolívar a que se embarcara con destino a Curazao, donde permaneció seis semanas. En compañía de su primo Ribas se trasladó luego a la pequeña república de Cartagena. Ya antes de su arribo habían huido a Cartagena gran cantidad de soldados, ex combatientes a las órdenes del general Miranda. Ribas les propuso emprender una expedición contra los españoles en Venezuela y reconocer a Bolívar como comandante en jefe. La primera propuesta recibió una acogida entusiasta; la segunda fue resistida, aunque finalmente accedieron, a condición de que Ribas fuera el lugarteniente de Bolívar. Manuel Rodríguez Torices, el presidente de la república de Cartagena, agregó a los 300 soldados así reclutados para Bolívar otros 500 hombres al mando de su primo Manuel Castillo. La expedición partió a comienzos de enero de 1813. Habiéndose producido rozamientos entre Bolívar y Castillo respecto a quién tenía el mando supremo, el segundo se retiró súbitamente con sus granaderos. Bolívar, por su parte, propuso seguir el ejemplo de Castillo y regresar a Cartagena, pero al final Ribas pudo persuadirlo de que al menos prosiguiera en su ruta hasta Bogotá, en donde a la sazón tenía su sede el Congreso de Nueva Granada. Fueron allí muy bien acogidos, se les apoyó de mil maneras y el congreso los ascendió al rango de generales. Luego de dividir su pequeño ejército en dos columnas, marcharon por distintos caminos hacia Caracas. Cuanto más avanzaban, tanto más refuerzos recibían; los crueles excesos de los españoles hacían las veces, en todas partes, de reclutadores para el ejército independentista. La capacidad de resistencia de los españoles estaba quebrantada, de un lado porque las tres cuartas partes de su ejército se componían de nativos, que en cada encuentro se pasaban al enemigo[33]; del otro debido a la cobardía de generales tales como Tízcar, Cajigal y Fierro, que a la menor oportunidad abandonaban a sus propias tropas. De tal suerte ocurrió que Santiago Mariño, un joven sin formación, logró expulsar de las provincias de Cumaná y Barcelona a los españoles, al mismo tiempo que Bolívar

ganaba terreno en las provincias occidentales. La única resistencia seria la opusieron los españoles a la columna de Ribas, quien no obstante derrotó al general Monteverde en Los Taguanes y lo obligó a encerrarse en Puerto Cabello con el resto de sus tropas[34]

Cuando el gobernador de Caracas, general Fierro, tuvo noticias de que se acercaba Bolívar, le envió parlamentarios para ofrecerle una capitulación, la que se firmó en La Victoria. Pero Fierro, invadido por un pánico repentino y sin aguardar el regreso de sus propios emisarios, huyó secretamente por la noche y dejó a más de 1.500 españoles librados a la merced del enemigo. A Bolívar se le tributó entonces una entrada apoteótica. De pie, en un carro de triunfo, al que arrastraban doce damiselas vestidas de blanco y ataviadas con los colores nacionales, elegidas todas ellas entre las mejores familias caraqueñas, Bolívar, con la cabeza descubierta y agitando un bastoncillo en la mano, fue llevado en una media hora desde la entrada de la ciudad hasta su residencia[35] Se proclamó "Dictador y Libertador de las Provincias Occidentales de Venezuela" —Mariño había adoptado el título de "Dictador de las Provincias Orientales"—, creó la "Orden del Libertador"[36] formó un cuerpo de tropas escogidas a las que denominó su guardia de corps y se rodeó de la pompa propia de una corte. Pero, como la mayoría de sus compatriotas, era incapaz de todo esfuerzo de largo aliento y su dictadura degeneró pronto en una anarquía militar, en la cual los asuntos más importantes quedaban en manos de favoritos que arruinaban las finanzas públicas y luego recurrían a medios odiosos para reorganizarlas. De este modo el novel entusiasmo popular se transformó en descontento, y las dispersas fuerzas del enemigo dispusieron de tiempo para rehacerse. Mientras que a comienzos de agosto de 1813 Monteverde estaba encerrado en la fortaleza de Puerto Cabello y al ejército español sólo le quedaba una angosta faja de tierra en el noroeste de Venezuela, apenas tres meses después el Libertador había perdido su prestigio y Caracas se hallaba amenazada por la súbita aparición en sus cercanías de los españoles victoriosos, al mando de Boves[37]. Para fortalecer su poder tambaleante Bolívar reunió, el 1° de enero de 1814, una junta consti-

tuida por los vecinos caraqueños más influyentes y les manifestó que no deseaba soportar más tiempo el fardo de la dictadura. Hurtado de Mendoza, por su parte, fundamentó en un prolongado discurso "la necesidad de que el poder supremo se mantuviese en las manos del general Bolívar hasta que el Congreso de Nueva Granada pudiera reunirse y Venezuela unificarse bajo un solo gobierno[38] Se aprobó esta propuesta y, de tal modo, la dictadura recibió una sanción legal.

Durante algún tiempo se prosiguió la guerra contra los españoles, bajo la forma de escaramuzas, sin que ninguno de los contrincantes obtuviera ventajas decisivas. En junio de 1814 Boves, tras concentrar sus tropas, marchó de Calabozo hasta La Puerta, donde los dos dictadores, Bolívar y Mariño, habían combinado sus fuerzas. Boves las encontró allí y ordenó a sus unidades que las atacaran sin dilación. Tras una breve resistencia, Bolívar huyó a Caracas, mientras que Mariño se escabullía hacia Cumaná[39] Puerto Cabello y Valencia cayeron en las manos de Boves, que destacó dos columnas (una de ellas al mando del coronel González) rumbo a Caracas, por distintas rutas[40]. Ribas intentó en vano contener el avance de González. Luego de la rendición de Caracas a este jefe, Bolívar evacuó a La Guaira, ordenó a los barcos surtos en el puerto que zarparan para Cumaná y se retiró con el resto de sus tropas hacia Barcelona. Tras la derrota que Boves infligió a los insurrectos en Arguita, el 8 de agosto de 1814, Bolívar abandonó furtivamente a sus tropas, esa misma noche, para dirigirse apresuradamente y por atajos hacia Cumaná, donde pese a las airadas protestas de Ribas se embarcó de inmediato en el "Bianchi", junto con Mariño y otros oficiales[41]. Si Ribas, Páez y los demás generales hubieran seguido a los dictadores en su fuga, todo se habría perdido. Tratados como desertores a su arribo a Juan Griego, isla Margarita, por el general Arismendi, quien les exigió que partieran, levaron anclas nuevamente hacia Carúpano, donde, habiéndolos recibido de manera análoga el coronel Bermúdez, se hicieron a la mar rumbo a Cartagena[42]. Allí a fin de cohonestar su huida, publicaron una memoria de justificación, henchida de frases altisonantes[43]

Habiéndose sumado Bolívar a una conspiración para

derrocar al gobierno de Cartagena, tuvo que abandonar esa pequeña república y seguir viaje hacia Tunja, donde estaba reunido el Congreso de la República Federal de Nueva Granada. La provincia de Cundinamarca, en ese entonces, estaba a la cabeza de las provincias independientes que se negaban a suscribir el acuerdo federal neogranadino, mientras que Quito, Pasto, Santa Marta y otras provincias todavía se hallaban en manos de los españoles. Bolívar, que llegó el 22 de noviembre de 1814 a Tunja, fue designado por el congreso comandante en jefe de las fuerzas armadas federales y recibió la doble misión de obligar al presidente de la provincia de Cundinamarca a que reconociera la autoridad del congreso y de marchar luego sobre Santa Marta, el único puerto de mar fortificado granadino aún en manos de los españoles. No presentó dificultades el cumplimiento del primer cometido, puesto que Bogotá, la capital de la provincia desafecta, carecía de fortificaciones. Aunque la ciudad había capitulado, Bolívar permitió a sus soldados que durante 48 horas la saquearan. En Santa Marta el general español Montalvo, que disponía tan sólo de una débil guarnición de 200 hombres y de una plaza fuerte en pésimas condiciones defensivas, tenía apalabrado ya un barco francés para asegurar su propia huida; los vecinos, por su parte, enviaron un mensaje a Bolívar participándole que, no bien apareciera, abrirían las puertas de la ciudad y expulsarían a la guarnición. Pero en vez de marchar contra los españoles de Santa Marta, tal como se lo había ordenado el congreso, Bolívar se dejó arrastrar por su encono contra Castillo, el comandante de Cartagena, y actuando por su propia cuenta condujo sus tropas contra esta última ciudad, parte integral de la República Federal[44] Rechazado, acampó en La Popa, un cerro situado aproximadamente a tiro de cañón de Cartagena. Por toda batería emplazó un pequeño cañón, contra una fortaleza artillada con unas 80 piezas. Pasó luego del asedio al bloqueo, que duró hasta comienzos de mayo, sin más resultado que la disminución de sus efectivos, por deserción o enfermedad, de 2.400 a unos 700 hombres. En el ínterin una gran expedición española mandada por el general Morillo y procedente de cádiz había arribado a la isla Margarita, el 25 de marzo

de 1815. Morillo destacó de inmediato poderosos refuerzos a Santa Marta y poco después sus fuerzas se adueñaron de Cartagena. Previamente, empero, el 10 de mayo de 1815, Bolívar se había embarcado con una docena de sus oficiales en un bergantín artillado, de bandera británica, rumbo a Jamaica. Una vez llegado a este punto de refugio publicó una nueva proclama, en la que se presentaba como la víctima de alguna facción o enemigo secreto y defendía su fuga ante los españoles como si se tratara de una renuncia al mando, efectuada en aras de la paz pública.

Durante su estada de ocho meses en Kingston, los generales que había dejado en Venezuela y el general Arismendi en la isla Margarita presentaron una tenaz resistencia a las armas españolas[45] Pero después que Ribas, a quien Bolívar debía su renombre, cayera fusilado por los españoles tras la toma de Maturín, ocupó su lugar un hombre de condiciones militares aun más relevantes. No pudiendo desempeñar, por su calidad de extranjero, un papel autónomo en la revolución sudamericana, este hombre decidió entrar al servicio de Bolívar. Se trataba de Luis Brion. Para prestar auxilios a los revolucionarios se había hecho a la mar en Londres, rumbo a Cartagena, con una corbeta de 24 cañones, equipada en gran parte a sus propias expensas y cargada con 14.000 fusiles y una gran cantidad de otros pertrechos. Habiendo llegado demasiado tarde y no pudiendo ser útil a los rebeldes, puso proa hacia Los Cayos, en Haití, adonde muchos emigrados patriotas habían huido tras la capitulación de Cartagena. Entretanto Bolívar se había trasladado también a Puerto Príncipe, donde, a cambio de su promesa de liberar a los esclavos, el presidente haitiano Pétion le ofreció un cuantioso apoyo material para una nueva expedición contra los españoles de Venezuela. En Los Cayos se encontró con Brion y los otros emigrados y en una junta general se propuso a sí mismo como jefe de la nueva expedición, bajo la condición de que, hasta la convocatoria de un congreso general, él reuniría en sus manos los poderes civil y militar[46]. Habiendo aceptado la mayoría esa condición, los expedicionarios se hicieron a la mar el 16 de abril de 1816 con Bolívar como comandante y Brion en calidad de almiran-

te. En Margarita, Bolívar logró ganar para su causa a Arismendi, el comandante de la isla, quien había rechazado a los españoles a tal punto que a éstos sólo les restaba un único punto de apoyo, Pampatar. Con la formal promesa de Bolívar de convocar un congreso nacional en Venezuela no bien se hubiera hecho dueño del país, Arismendi hizo reunir una junta en la catedral de Villa del Norte y proclamó públicamente a Bolívar jefe supremo de las repúblicas de Venezuela y Nueva Granada. El 31 de mayo de 1816 desembarcó Bolívar en Carúpano, pero no se atrevió a impedir que Mariño y Piar se apartaran de él y efectuaran, por su propia cuenta, una campaña contra Cumaná. Debilitado por esta separación y siguiendo los consejos de Brion se hizo a la vela rumbo a Ocumare [de la Costa], adonde arribó el 3 de julio de 1816 con 13 barcos, de los cuales sólo 7 estaban artillados. Su ejército se componía tan sólo de 650 hombres, que aumentaron a 800 por el reclutamiento de negros, cuya liberación había proclamado. En Ocumare difundió un nuevo manifiesto, en el que prometía "exterminar a los tiranos" y "convocar al pueblo para que designe sus diputados al congreso"[47]. Al avanzar en dirección a Valencia, se topó, no lejos de Ocumare, con el general español Morales, a la cabeza de unos 200 soldados y 100 milicianos. Cuando los cazadores de Morales dispersaron la vanguardia de Bolívar, éste, según un testigo ocular, perdió "toda presencia de ánimo y sin pronunciar palabra, en un santiamén volvió grupas y huyó a rienda suelta hacia Ocumare, atravesó el pueblo a toda carrera, llegó a la bahía cercana, saltó del caballo, se introdujo en un bote y subió a bordo del «Diana», dando orden a toda la escuadra de que lo siguiera a la pequeña isla de Bonaire y dejando a todos sus compañeros privados del menor auxilio"[48] Los reproches y exhortaciones de Brion lo indujeron a reunirse a los demás jefes en la costa de Cumaná; no obstante, como lo recibieron inamistosamente y Piar lo amenazó con someterlo a un consejo de guerra por deserción y cobardía, sin tardanza volvió a partir rumbo a Los Cayos. Tras meses y meses de esfuerzos, Brion logró finalmente persuadir a la mayoría de los jefes militares venezolanos —que sentían la necesidad de que hubiera un centro, aunque simplemente

fuese nominal— de que llamaran una vez más a Bolívar como comandante en jefe, bajo la condición expresa de que convocaría al congreso y no se inmiscuiría en la administración civil. El 31 de diciembre de 1816 Bolívar arribó a Barcelona con las armas, municiones y pertrechos proporcionados por Pétion. El 2 de enero de 1817 se le sumó Arismendi, y el día 4 Bolívar proclamó la ley marcial y anunció que todos los poderes estaban en sus manos. Pero 5 días después Arismendi sufrió un descalabro en una emboscada que le tendieran los españoles, y el dictador huyó a Barcelona[49] Las tropas se concentraron nuevamente en esa localidad, adonde Brion le envió tanto armas como nuevos refuerzos, de tal suerte que pronto Bolívar dispuso de una nueva fuerza de 1.100 hombres. El 5 de abril los españoles tomaron la ciudad de Barcelona, y las tropas de los patriotas se replegaron hacia la Casa de la Misericordia[50], un edificio sito en las afueras. Por orden de Bolívar se cavaron algunas trincheras, pero de manera inapropiada para defender contra un ataque serio una guarnición de 1.000 hombres. Bolívar abandonó la posición en la noche del 5 de abril, tras comunicar al coronel Freites, en quien delegó el mando, que buscaría tropas de refresco y volvería a la brevedad. Freites rechazó un ofrecimiento de capitulación, confiado en la promesa, y después del asalto fue degollado por los españoles, al igual que toda la guarnición[51].

Piar, un hombre de color, originario de Curazao, concibió y puso en práctica la conquista de la Guayana, a cuyo efecto el almirante Brion lo apoyó con sus cañoneras. El 20 de julio, ya liberado de los españoles todo el territorio, Piar, Brion, Zea, Mariño, Arismendi y otros convocaron en Angostura un congreso de las provincias y pusieron al frente del Ejecutivo un triunvirato; Brion, que detestaba a Piar y se interesaba profundamente por Bolívar, ya que en el éxito del mismo había puesto en juego su gran fortuna personal, logró que se designase al último como miembro del triunvirato, pese a que no se hallaba presente. Al enterarse de ello Bolívar, abandonó su refugio y se presentó en Angostura, donde, alentado por Brion, disolvió el congreso y el triunvirato y los remplazó por un "Consejo Supremo de la Nación", del que se nom-

bró jefe, mientras que Brion y Francisco Antonio Zea quedaron al frente, el primero de la sección militar y el segundo de la sección política[52]. Sin embargo Piar, el conquistador de Guayana, que otrora había amenazado con someter a Bolívar ante un consejo de guerra por deserción, no escatimaba sarcasmos contra el "Napoleón de las retiradas", y Bolívar aprobó por ello un plan para eliminarlo. Bajo las falsas imputaciones de haber conspirado contra los blancos, atentado contra la vida de Bolívar y aspirado al poder supremo, Piar fue llevado ante un consejo de guerra presidido por Brion y, condenado a muerte, se le fusiló el 16 de octubre de 1817[53]. Su muerte llenó a Mariño de pavor. Plenamente consciente de su propia insignificancia al hallarse privado del concurso de Piar, Mariño, en una carta abyectísima, calumnió públicamente a su amigo victimado, se dolió de su propia rivalidad con el Libertador y apeló a la inagotable magnanimidad de Bolívar.

La conquista de la Guayana por Piar había dado un vuelco total a la situación, en favor de los patriotas, pues esta provincia sola les proporcionaba más recursos que las otras siete provincias venezolanas juntas. De ahí que todo el mundo confiara en que la nueva campaña anunciada por Bolívar en una flamante proclama conduciría a la expulsión definitiva de los españoles. Ese primer boletín, según el cual unas pequeñas partidas españolas que forrajeaban al retirarse de Calabozo eran "ejércitos que huían ante nuestras tropas victoriosas", no tenía por objetivo disipar tales esperanzas[54]. Para hacer frente a 4.000 españoles, que Morillo aún no había podido concentrar, disponía Bolívar de más de 9.000 hombres, bien armados y equipados, abundantemente provistos con todo lo necesario para la guerra. No obstante, a fines de mayo de 1818 Bolívar había perdido unas doce batallas y todas las provincias situadas al norte del Orinoco. Como dispersaba sus fuerzas, numéricamente superiores, éstas siempre eran batidas por separado[55]. Bolívar dejó la dirección de la guerra en manos de Páez y sus demás subordinados y se retiró a Angostura. A una defección seguía la otra, y todo parecía encaminarse a un descalabro total. En ese momento extremadamente crítico, una conjunción de sucesos afortunados

modificó nuevamente el curso de las cosas. En Angostura Bolívar encontró a Santander, natural de Nueva Granada, quien le solicitó elementos para una invasión a ese territorio, ya que la población local estaba pronta para alzarse en masa contra los españoles. Bolívar satisfizo hasta cierto punto esa petición. En el ínterin, llegó de Inglaterra una fuerte ayuda bajo la forma de hombres, buques y municiones, y oficiales ingleses, franceses, alemanes y polacos afluyeron de todas partes a Angostura[56] Finalmente, el doctor [Juan] Germán Roscio, consternado por la estrella declinante de la revolución sudamericana, hizo su entrada en escena, logró el valimiento de Bolívar y lo indujo a convocar, para el 15 de febrero de 1819, un congreso nacional, cuya sola mención demostró ser suficientemente poderosa para poner en pie un nuevo ejército de aproximadamente 14.000 hombres, con lo cual Bolívar pudo pasar nuevamente a la ofensiva[57]

Los oficiales extranjeros le aconsejaron diera a entender que proyectaba un ataque contra Caracas para liberar a Venezuela del yugo español, induciendo así a Morillo a retirar sus fuerzas de Nueva Granada y concentrarlas para la defensa de aquel país, tras lo cual Bolívar debía volverse súbitamente hacia el oeste, unirse a las guerrillas de Santander y marchar sobre Bogotá[58]. Para ejecutar ese plan, Bolívar salió el 24 de febrero de 1819 de Angostura, después de designar a Zea presidente del congreso y vicepresidente de la república durante su ausencia. Gracias a las maniobras de Páez, los revolucionarios batieron a Morillo y La Torre en Achaguas[59], y los habrían aniquilado completamente si Bolívar hubiese sumado sus tropas a las de Páez y Mariño. De todos modos, las victorias de Páez dieron por resultado la ocupación de la provincia de Barinas, quedando expedita así la ruta hacia Nueva Granada. Como aquí todo estaba preparado por Santander, las tropas extranjeras, compuestas fundamentalmente por ingleses, decidieron el destino de Nueva Granada merced a las victorias sucesivas alcanzadas el 1° y 23 de julio y el 7 de agosto en la provincia de Tunja[60]. El 12 de agosto Bolívar entró triunfalmente a Bogotá, mientras que los españoles, contra los cuales se habían sublevado todas las provincias de Nueva Granada, se atrincheraban en la ciudad fortificada de Mompós.

Luego de dejar en funciones al congreso granadino y al general Santander como comandante en jefe, Bolívar marchó hacia Pamplona, donde pasó más de dos meses en festejos y saraos. El 3 de noviembre llegó a Mantecal, Venezuela, punto que había fijado a los jefes patriotas para que se le reunieran con sus tropas. Con un tesoro de unos 2.000.000 de dólares, obtenidos de los habitantes de Nueva Granada mediante contribuciones forzosas, y disponiendo de una fuerza de aproximadamente 9.000 hombres, un tercio de los cuales eran ingleses, irlandeses, hanoverianos y otros extranjeros bien disciplinados, Bolívar debía hacer frente a un enemigo privado de toda clase de recursos, cuyos efectivos se reducían a 4.500 hombres, las dos terceras partes de los cuales, además, eran nativos y mal podían, por ende, inspirar confianza a los españoles[61] Habiéndose retirado Morillo de San Fernando de Apure en dirección a San Carlos, Bolívar lo persiguió hasta Calabozo, de modo que ambos estados mayores, enemigos se encontraban apenas a dos días de marcha el uno del otro. Si Bolívar hubiese avanzado con resolución, sus solas tropas europeas habrían bastado para aniquilar a los españoles. Pero prefirió prolongar la guerra cinco años más.

En octubre de 1819 el congreso de Angostura había forzado a renunciar a Zea, designado por Bolívar, y elegido en su lugar a Arismendi. No bien recibió esta noticia, Bolívar marchó con su legión extranjera sobre Angostura, tomó desprevenido a Arismendi, cuya fuerza se reducía a 600 nativos, lo deportó a la isla Margarita e invistió nuevamente a Zea en su cargo y dignidades. El doctor Roscio, que había fascinado a Bolívar con las perspectivas de un poder central, lo persuadió de que proclamara a Nueva Granada y Venezuela como "República de Colombia", promulgase una constitución para el nuevo estado —redactada por Roscio— y permitiera la instalación de un congreso común para ambos países[62]. El 20 de enero de 1820 Bolívar se encontraba de regreso en San Fernando de Apure. El súbito retiro de su legión extranjera, más temida por los españoles que un número diez veces mayor de colombianos, brindó a Morillo una nueva oportunidad de concentrar refuerzos[63] Por otra parte, la noticia de

que una poderosa expedición a las órdenes de O'Donnell estaba a punto de partir de la Península, levantó los decaídos ánimos del partido español. A pesar de que disponía de fuerzas holgadamente superiores, Bolívar se las arregló para no conseguir nada durante la campaña de 1820. Entretanto llegó de Europa la noticia de que la revolución en la isla de León había puesto violento fin a la programada expedición de O'Donnell. En Nueva Granada, 15 de las 22 provincias se habían adherido al gobierno de Colombia, y a los españoles sólo les restaban la fortaleza de Cartagena y el istmo de Panamá. En Venezuela, 6 de las 8 provincias se sometieron a las leyes colombianas. Tal era el estado de cosas cuando Bolívar se dejó seducir por Morillo y entró con él en tratativas que tuvieron por resultado, el 25 de noviembre de 1820, la concertación del convenio de Trujillo, por el que se establecía una tregua de seis meses. En el acuerdo de armisticio no figuraba una sola mención siquiera a la República de Colombia, pese a que el congreso había prohibido, a texto expreso, la conclusión de ningún acuerdo con el jefe español si éste no reconocía previamente la independencia de la república[64].

El 17 de diciembre, Morillo, ansioso de desempeñar un papel en España, se embarcó en Puerto Cabello y delegó el mando supremo en Miguel de Latorre; el 10 de marzo de 1821 Bolívar escribió a Latorre participándole que las hostilidades se reiniciarían al término de un plazo de 30 días. Los españoles ocupaban una sólida posición en Carabobo, una aldea situada aproximadamente a mitad de camino entre San Carlos y Valencia; pero en vez de reunir allí todas sus fuerzas, Latorre sólo había concentrado su primera división, 2.500 infantes y unos 1.500 jinetes, mientras que Bolívar disponía aproximadamente de 6.000 infantes, entre ellos la legión británica, integrada por 1.100 hombres, y 3.000 llaneros a caballo bajo el mando de Páez. La posición del enemigo le pareció tan imponente a Bolívar, que propuso a su consejo de guerra la concertación de una nueva tregua, idea que, sin embargo, rechazaron sus subalternos. A la cabeza de una columna constituida fundamentalmente por la legión británica, Páez, siguiendo un atajo, envolvió el ala derecha del ene-

migo; ante la airosa ejecución de esa maniobra, Latorre fue el primero de los españoles en huir a rienda suelta, no deteniéndose hasta llegar a Puerto Cabello, donde se encerró con el resto de sus tropas. Un rápido avance del ejército victorioso hubiera producido, inevitablemente, la rendición de Puerto Cabello, pero Bolívar perdió su tiempo haciéndose homenajear en Valencia y Caracas. El 21 de setiembre de 1821 la gran fortaleza de Cartagena capituló ante Santander[65]. Los últimos hechos de armas en Venezuela —el combate naval de Maracaibo en agosto de 1823 y la forzada rendición de Puerto Cabello en julio de 1824[66]— fueron ambos la obra de Padilla. La revolución en la isla de León, que volvió imposible la partida de la expedición de O'Donnell, y el concurso de la legión británica, habían volcado, evidentemente, la situación a favor de los colombianos.

El Congreso de Colombia inauguró sus sesiones en enero de 1821 en Cúcuta; el 30 de agosto promulgó la nueva constitución y, habiendo amenazado Bolívar una vez más con renunciar, prorrogó los plenos poderes del Libertador. Una vez que éste hubo firmado la nueva carta constitucional, el congreso lo autorizó a emprender la campaña de Quito (1822), adonde se habían retirado los españoles tras ser desalojados del istmo de Panamá por un levantamiento general de la población. Esta campaña, que finalizó con la incorporación de Quito, Pasto y Guayaquil a Colombia, se efectuó bajo la dirección nominal de Bolívar y el general Sucre, pero los pocos éxitos alcanzados por el cuerpo de ejército se debieron íntegramente a los oficiales británicos, y en particular al coronel Sands[67]. Durante las campañas contra los españoles en el Bajo y el Alto Perú —1823-1824— Bolívar ya no consideró necesario representar el papel de comandante en jefe, sino que delegó en el general Sucre la conducción de la cosa militar y restringió sus actividades a las entradas triunfales, los manifiestos y la proclamación de constituciones[68]. Mediante su guardia de corps colombiana manipuló las decisiones del Congreso de Lima, que el 10 de febrero de 1823 le encomendó la dictadura[69]; gracias a un nuevo simulacro de renuncia, Bolívar se aseguró la reelección como presidente de Colombia. Mientras tanto su posición se había fortalecido,

en parte con el reconocimiento oficial del nuevo estado por Inglaterra, en parte por la conquista de las provincias altoperuanas por Sucre, quien unificó a las últimas en una república independiente, la de Bolivia. En este país, sometido a las bayonetas de Sucre, Bolívar dio curso libre a sus tendencias al despotismo y proclamó el Código Boliviano,[70] remedo del Code Napoleón. Proyectaba trasplantar ese código de Bolivia al Perú, y de éste a Colombia, y mantener a raya los dos primeros estados por medio de tropas colombianas, y al último mediante la legión extranjera y soldados peruanos. Valiéndose de la violencia, pero también de la intriga, de hecho logró imponer, aunque tan sólo por unas pocas semanas, su código al Perú. Como presidente y libertador de Colombia, protector y dictador del Perú y padrino de Bolivia, había alcanzado la cúspide de su gloria. Pero en Colombia había surgido un serio antagonismo entre los centralistas, o bolivistas, y los federalistas, denominación esta última bajo la cual los enemigos de la anarquía militar se habían asociado a los rivales militares de Bolívar. Cuando el Congreso de Colombia, a instancias de Bolívar, formuló una acusación contra Páez, vicepresidente de Venezuela, el último respondió con una revuelta abierta, la que contaba secretamente con el apoyo y aliento del propio Bolívar; éste, en efecto, necesitaba sublevaciones como pretexto para abolir la constitución y reimplantar la dictadura. A su regreso del Perú, Bolívar trajo además de su guardia de corps 1.800 soldados peruanos, presuntamente para combatir a los federalistas alzados. Pero al encontrarse con Páez en Puerto Cabello no sólo lo confirmó como máxima autoridad en Venezuela, no sólo proclamó la amnistía para los rebeldes, sino que tomó partido abiertamente por ellos y vituperó a los defensores de la constitución; el decreto del 23 de noviembre de 1826, promulgado en Bogotá, le concedió poderes dictatoriales[71].

En el año 1826, cuando su poder comenzaba a declinar, logró reunir un congreso en Panamá, con el objeto aparente de aprobar un nuevo código democrático internacional. Llegaron plenipotenciarios de Colombia, Brasil, La Plata, Bolivia, México, Guatemala, etc. La intención real de Bolívar era unificar a toda América del Sur en

una república federal, cuyo dictador quería ser él mismo[72]. Mientras daba así amplio vuelo a sus sueños de ligar medio mundo a su nombre, el poder efectivo se le escurría rápidamente de las manos. Las tropas colombianas destacadas en el Perú, al tener noticia de los preparativos que efectuaba Bolívar para introducir el Código Boliviano, desencadenaron una violenta insurrección. Los peruanos eligieron al general Lamar presidente de su república, ayudaron a los bolivianos a expulsar del país las tropas colombianas y emprendieron incluso una victoriosa guerra contra Colombia, finalizada por un tratado que redujo a este país a sus límites primitivos, estableció la igualdad de ambos países y separó las deudas públicas de uno y otro. La Convención de Ocaña, convocada por Bolívar para reformar la constitución de modo que su poder no encontrara trabas, se inauguró el 2 de marzo de 1828 con la lectura de un mensaje cuidadosamente redactado, en el que se realzaba la necesidad de otorgar nuevos poderes al ejecutivo. Habiéndose evidenciado, sin embargo, que el proyecto de reforma constitucional diferiría esencialmente del previsto en un principio, los amigos de Bolívar abandonaron la convención dejándola sin quórum, con lo cual las actividades de la asamblea tocaron a su fin. Bolívar, desde una casa de campo situada a algunas millas de Ocaña, publicó un nuevo manifiesto en el que pretendía estar irritado con los pasos dados por sus partidarios, pero al mismo tiempo atacaba al congreso, exhortaba a las provincias a que adoptaran medidas extraordinarias y se declaraba dispuesto a tomar sobre sí la carga del poder si ésta recaía en sus hombros. Bajo la presión de sus bayonetas, cabildos abiertos reunidos en Caracas, Cartagena y Bogotá, adonde se había trasladado Bolívar, lo invistieron nuevamente con los poderes dictatoriales. Una intentona de asesinarlo en su propio dormitorio en Bogotá, de la cual se salvó sólo porque saltó de un balcón en plena noche y permaneció agazapado bajo un puente, le permitió ejercer durante algún tiempo una especie de terror militar. Bolívar, sin embargo, se guardó de poner la mano sobre Santander, pese a que éste había participado en la conjura, mientras que hizo matar al general Padilla, cuya culpabilidad no había sido demostrada en absoluto,

pero que por ser hombre de color no podía ofrecer resistencia alguna[73]

En 1829, la encarnizada lucha de las facciones desgarraba a la república y Bolívar, en un nuevo llamado a la ciudadanía, la exhortó a expresar sin cortapisas sus deseos en lo tocante a posibles modificaciones de la constitución. Como respuesta a ese manifiesto, una asamblea de notables reunida en Caracas le reprochó públicamente sus ambiciones, puso al descubierto las deficiencias de su gobierno, proclamó la separación de Venezuela con respecto a Colombia y colocó al frente de la primera al general Páez. El Senado de Colombia respaldó a Bolívar, pero nuevas insurrecciones estallaron en diversos lugares. Tras haber dimitido por quinta vez, en enero de 1830 Bolívar aceptó de nuevo la presidencia y abandonó a Bogotá para guerrear contra Páez en nombre del congreso colombiano. A fines de marzo de 1830 avanzó a la cabeza de 8.000 hombres, tomó Caracuta, que se había sublevado, y se dirigió hacia la provincia de Maracaibo, donde Páez lo esperaba con 12.000 hombres en una fuerte posición. No bien Bolívar se enteró de que Páez proyectaba combatir seriamente, flaqueó su valor. Por un instante, incluso, pensó someterse a Páez y pronunciarse contra el congreso[74] Pero decreció el ascendiente de sus partidarios en ese cuerpo y Bolívar se vio obligado a presentar su dimisión, ya que se le dio a entender que esta vez tendría que atenerse a su palabra y que, a condición de que se retirara al extranjero, se le concedería una pensión anual. El 27 de abril de 1830, por consiguiente, presentó su renuncia ante el congreso. Con la esperanza, sin embargo, de recuperar el poder gracias a la influencia de sus adeptos, y debido a que se había iniciado un movimiento de reacción contra Joaquín Mosquera, el nuevo presidente de Colombia, Bolívar fue postergando su partida de Bogotá y se las ingenió para prolongar su estada en San Pedro hasta fines de 1830, momento en que falleció repentinamente.

Ducoudray-Holstein nos ha dejado de Bolívar el siguiente retrato: "Simón Bolívar mide cinco pies y cuatro pulgadas de estatura[a], su rostro es enjunto, de mejillas hun-

[a] 1,63 m.

didas, y su tez parduscा y lívida; los ojos, ni grandes ni pequeños, se hunden profundamente en las órbitas; su cabello es ralo. El bigote le da un aspecto sombrío y feroz, particularmente cuando se irrita. Todo su cuerpo es flaco y descarnado. Su aspecto es el de un hombre de 65 años. Al caminar agita incesantemente los brazos. No puede andar mucho a pie y se fatiga pronto. Le agrada tenderse o sentarse en la hamaca. Tiene frecuentes y súbitos arrebatos de ira, y entonces se pone como loco, se arroja en la hamaca y se desata en improperios y maldiciones contra cuantos le rodean. Le gusta proferir sarcasmos contra los ausentes, no lee más que literatura francesa de carácter liviano, es un jinete consumado y baila valses con pasión. Le agrada oírse hablar, y pronunciar brindis le deleita. En la adversidad, y cuando está privado de ayuda exterior, resulta completamente exento de pasiones y arranques temperamentales. Entonces se vuelve apacible, paciente, afable y hasta humilde. Oculta magistralmente sus defectos bajo la urbanidad de un hombre educado en el llamado beau monde, posee un talento casi asiático para el disimulo y conoce mucho mejor a los hombres que la mayor parte de sus compatriotas."

Por un decreto del Congreso de Nueva Granada los restos mortales de Bolívar fueron trasladados en 1842 a Caracas, donde se erigió un monumento a su memoria.

Véase: *Histoire de Bolivar*, par Gén[éral] Ducoudray-Holstein, continuée jusqu'á sa mort par Alphonse Viollet (Paris, 1831); *Memoirs of Gen[eral], John Miller (in the Service of the Republic of Peru*[75]; Col[onel] Hippisley's *Account of his Journey to the Orinoco* (London, 1819).

[Artículo publicado en el tomo III de *The New American Cyclopædia.* Escrito en enero de 1858. No disponemos del original inglés: nuestra versión se basa en la alemana de *MEW*, t. XIV, p. 217-231, y en la española de Emilio Molina: Carlos Marx, *Simón Bolívar*, Revista *Dialéctica*, año I, nº 1, 1935, Buenos Aires.]

[b]

[De Marx a Engels]

[Londres,] 14 de febrero de 1858.

[ ] Además Dana[76] me pone reparos a causa de un artículo más largo sobre "*Bolívar*", porque estaría escrito en un partisan style[a], y exige mis authorities[b] Estas se las puedo proporcionar, naturalmente, aunque la exigencia es extraña. En lo que toca al partisanstyle, ciertamente me he salido algo del tono enciclopédico. Hubiera sido pasarse de la raya querer presentar como Napoleón I al canalla más cobarde, brutal y miserable. Bolívar es el verdadero Soulouque[77]

[*MEW*, t. XXIX, p. 280]

[c]

[.] La fuerza creadora de mitos, característica de la fantasía popular, en todas las épocas ha probado su eficacia inventando grandes hombres. El ejemplo más notable de este tipo es, sin duda, el de *Simón Bolívar*. [ ]

[De: *Herr Vogt*. Escrito en febrero-setiembre y publicado en diciembre de 1860. *MEW*, t. XIV, p. 685.]

[a] Tono parcial, prejuiciado.- [b] Autoridades, fuentes.

[V]

[a]

KARL MARX

[EL AYACUCHISMO]

[ ] Los méritos militares de Espartero son tan controvertidos como indiscutibles sus defectos políticos. En una voluminosa biografía publicada por el señor Flórez[78] se hace mucho ruido con la valentía militar y las dotes estratégicas de Espartero, evidenciadas en las provincias de Charcas, La Paz, Arequipa, Potosí y Cochabamba, donde luchó bajo el mando del general Morillo, quien debía someter nuevamente los estados sudamericanos a la autoridad de la corona española. La impresión general que sus hechos de armas sudamericanos produjeron en el excitable ánimo de su patria, empero, está suficientemente caracterizada por el apodo que se le dio con motivo de la desafortunada batalla de Ayacucho, en la que España perdió para siempre al Perú y toda América del Sur. Se le llamó, a partir de entonces, el jefe del ayacuchismo, y a sus partidarios, los ayacuchos. De todos modos es harto singular que este adalid haya sido bautizado históricamente con el nombre de una derrota y no con el de una victoria. [. .]

[Del artículo "Espartero", publicado el 19 de agosto de 1854 en *The New-York Daily Tribune*. Escrito el 4 de agosto de ese año. Traducción española según *Gesammelte Schriften*, etc., ed. cit., t. II, p. 405; *La revolución española*, ed. cit., p. 92; *MEW*, t. X, p. 382.]

[b]

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

AYACUCHO

AYACUCHO. Departamento en la República del Perú; número de habitantes: 131.921. En las cercanías de su ciudad más importante, que lleva también el nombre de Ayacucho, se libró la batalla que aseguró definitivamente la independencia de la América española.

Tras la batalla de Junín (6 de agosto de 1824), el virrey español, general La Serna, procuró mediante diversas maniobras cortar las comunicaciones del ejército rebelde, al mando del general Sucre. Habiendo resultado estériles esos esfuerzos, atrajo a su adversario a la planicie de Ayacucho, donde los españoles ocupaban una posición defensiva en una altura. La Serna disponía de 13 batallones de infantería, y además artillería y caballería, con un total de 9.310 hombres. El 8 de diciembre de 1824 las vanguardias de ambos ejércitos entraron en contacto, y el día siguiente el general Sucre, con 5.780 hombres, se lanzó al ataque. La segunda división colombiana, comandada por el general Córdoba, cargó contra el ala izquierda de los españoles y rápidamente la desorganizó. La división peruana, a las órdenes del general Lamar, tropezó en el ala izquierda con una resistencia más tenaz y no pudo avanzar hasta que no llegaron las reservas al mando del general Lara. Como el enemigo ahora retrocedía en todos los sectores, la caballería se lanzó a la persecución, dispersó a su similar española e hizo completa la derrota de la infantería. Los españoles tuvieron entre sus caídos a seis generales, y perdieron en total 2.600 hombres entre muertos, heridos y prisioneros; uno de estos últimos fue el propio virrey. Las bajas de los sudamericanos ascendieron a un general y 308 oficiales y soldados muertos, así como 520 heridos, entre los cuales se contaban 6 generales. Al día siguiente el general Canterac, en quien había recaído

el mando del ejército español, suscribió la capitulación, conforme a la cual no sólo él y todas sus tropas pasaban a ser prisioneros de guerra, sino también todas las fuerzas españolas en el Perú, y todas las instalaciones militares, la artillería y los arsenales, así como todo el territorio del Perú que aún quedaba en manos de los españoles (Cuzco, Arequipa, Puno, Quilca, etc.), habían de pasar a manos de los rebeldes. Los efectivos que de este modo debían constituirse en prisioneros de guerra ascendían a un total de casi 12.000 hombres. Con ello la dominación española quedaba definitivamente liquidada, y el 25 de agosto de 1825 el Congreso de Chuquisaca proclamó la independencia de la República de Bolivia.

Con el apodo de "ayacuchos" se designa en España a Espartero y a sus secuaces en el ejército. Cierta parte de la camarilla militar que se agrupa en torno de Espartero, intervino a su lado en la guerra contra la insurrección sudamericana, en cuyo transcurso no sólo se vincularon por su camaradería de armas sino también por su común espíritu aventurero; todavía duraba la contienda cuando se comprometieron a apoyarse mutuamente, también en el campo de la política, tras su regreso a España. Han mantenido escrupulosamente ese compromiso, para gran ventaja recíproca suya. El mote de "ayacuchos" aludía a que Espartero y sus adictos habrían contribuido esencialmente al resultado adverso de esa batalla. Sin embargo, tal versión es falsa, aunque se la ha difundido de manera tan infatigable que aun hoy mismo se le presta crédito general en España. Espartero no sólo no participó en la batalla de Ayacucho sino que ni siquiera se hallaba en América cuando se libró la misma, pues el virrey La Serna lo había enviado a España con despachos para Fernando VII. Se embarcó el 5 de junio de 1824, en Quilca, en el bergantín inglés "Tiber", arribó el 28 de setiembre a Cádiz, llegó el 12 de octubre a Madrid y se hizo a la vela en Burdeos, de regreso a América, el 9 de diciembre de 1824, el mismo día en que se celebró la batalla de

Ayacucho. (Véase don José Segundo Flórez: *Espartero*, Madrid, 1844, 4 tomos, y Príncipe: *Espartero*, Madrid, 1848.)[79]

[Artículo publicado en el tomo II de *The New American Cyclopaedia*. Escrito en setiembre-octubre de 1857. *MEW*, t. XIV, p. 168-169.]

NOTAS

1. Buena parte de este capítulo está compuesto por artículos (Ia, IVa, Vb) preparados por Marx y Engels para *The New American Cyclopaedia.* Se trata, como ha observado entre otros Aníbal Ponce ("Comentarios marginales", *Dialéctica,* año I, nº 1, Buenos Aires, marzo de 1936, p. 37), de trabajos hechos pane lucrando. Esta circunstancia no parece que deba llevarnos, sin embargo, a aceptar en bloque la opinión tardía de Engels sobre los mismos, vertida en una carta del 29 de enero de 1891 a Hermann Schlüter (*MEW*, t. XXXVIII, p. 16): "Los artículos en la *Cyclopædia* [son] un trabajo puramente profesional, nada más, pueden seguir enterrados en paz" "Debemos someter a un examen crítico las palabras de Engels, como las de cualquier historiador", aconsejó cierta vez Riazánov. En la correspondencia intercambiada por Marx y Engels contemporáneamente a su colaboración con la *Cyclopædia* figuran no pocos juicios elogiosos de Marx a tal o cual artículo compuesto por Engels, y el propio Marx defendería con calor su biografía bolivariana de los reparos opuestos a la misma por uno de los editores de la obra (véase IVb), lo que no se compadece con la idea de que fuera ése un trabajo *puramente* profesional. En segundo término, si bien es cierto que muchos artículos de Marx y Engels para la *Cyclopædia* son poco memorables, la evidencia interna muestra que no es éste el caso del dedicado a Bolívar. Pese a su desubicación y sus errores, creemos que se trata de un escrito importante, de un documento ineludible para el estudio del pensamiento marxiano sobre América Latina.

2. Es ésta una breve biografía de un personaje que tuvo alguna participación en la historia de América Latina: el general William Carr Beresford. Colaboró en la conquista de Trinidad en 1797, y, sobre todo, estuvo junto con Popham al frente de la abortada invasión británica de 1806 al Plata. Si en la primera de esas fechas el gobierno inglés procuró presentarse ante los hispanoamericanos como su liberador y aliado (proclama de Sir Thomas Picton, desde Trinidad en la que se les llama a "resistir la opresiva autoridad de su gobierno" y se les promete "todos los socorros que deben esperarse de Su Majestad Británica"), en la segunda la finalidad de conquista es transparente. John Brande Trent (*Bolívar and the Independence of Spanish America,* Londres, 1946, p. 55) destaca la relativa simultaneidad de los desembarcos de Miranda en Venezuela y Popham en Buenos Aires, y sugiere, no sin cierta inseguridad, que "la incursión

británica contra Buenos Aires pudo integrar un plan general para la emancipación de las colonias hispanoamericanas". Parece harto más realista sostener que la incursión de Miranda en Venezuela integró —lo supiera o no el general venezolano— un plan general para la penetración británica en las colonias hispanoamericanas. Tanto la invasión inglesa de 1806 como la de 1807 perseguían un objetivo esencial, paladinamente expuesto en su defensa de 1808, ante un consejo de guerra, por el jefe de la segunda expedición al Plata, general Whitelocke: emprender "un comercio extenso con sus habitantes y [abrir] nuevos canales para la industria y el comercio" británicos (citado por el diplomático norteamericano Joel Roberts Poinsett en su informe del 4 de noviembre de 1818 relativo a las Provincias Unidas. Cfr. *Correspondencia diplomática de los Estados Unidos concerniente a la independencia de las naciones latinoamericanas,* selecc. por William R. Manning, doc. 243, B.A., t. I, 1930, p. 542). Los invasores subestimaron, no obstante, un factor que se mostró decisivo: "Sin contar con la huéspeda, como vulgarmente se dice, el ministerio inglés repartió la capa del pobre y eligió a Buenos Aires, Chile y Alto Perú como posesiones permanentes", se lee en las *Memorias del general Miller,* de las que volveremos a ocuparnos con motivo del artículo de Marx sobre Bolívar; "las líneas de comunicaciones a través de las pampas las fijaron y decidieron como si cincuenta o sesenta estafetas militares fueran bastantes para llenar aquel objeto" (op. cit., Madrid, s.d., t. II, p. 236). La población platense se opuso en masa a los invasores: "No contábamos con un solo amigo entre los habitantes de todo el país", admitió Whitelocke en el proceso. "En el curso de las operaciones contra Montevideo", prosigue el jefe de la segunda expedición, su subordinado Auchmuty debió convencerse de que "sin excepción, el pueblo era hostil" y cada habitante estaba resuelto a alzarse en armas contra los británicos (Manning, doc. cit.). El desenlace militar de la expedición comandada por Beresford habría de asombrar a Engels medio siglo después (Ib), y el de la segunda, por sabido se calla, no fue muy diferente. El propio Whitelocke mantuvo que una nueva intentona no haría más que "colocarnos a mayor distancia que nunca de nuestros objetivos finales", o sea los de "intercambio y comercio" con la región, y el gobierno británico llegó poco después a la conclusión de que, en el caso particular del Río de la Plata, podía alcanzar casi todos sus fines sin recurrir a un medio política y financieramente tan costoso como el desembarco de tropas.

3. Se trata de diversas campañas emprendidas por los ingleses para ensanchar su imperio colonial y aplastar a la Francia revolucionaria y napoleónica. En Tolón, en 1793, una fuerza conjunta anglo-española fue rechazada por Bonaparte. En 1794 los ingleses ocuparon Córcega, en la que se mantuvieron hasta 1796. Sir Ralph Abercromby (1734-1801) comandó la expedición a las Antillas que en 1795-1797 conquistó a los franceses Santa Lucía y a los españoles Trinidad. En 1800-1802 el general David Baird (1757-1829) encabezó una expedición contra los franceses en Egipto.

4. La República Bátava (Holanda), estado vasallo de Napoleón, había

recuperado por la paz de Amiens (1802) la colonia de El Cabo, ocupada desde 1795 por los ingleses, pero en enero de 1806 una expedición británica al mando del general Baird y del comodoro Home Popham se apoderó nuevamente de ese territorio sudafricano.

5. Cerca de Lisboa, en Sintra, se firmó en 1808 una convención por la que el general francés Junot se comprometía a retirar sus fuerzas de Portugal.

6. John Moore (1761-1809) comandaba las fuerzas británicas que efectuaron una desastrosa retirada desde las inmediaciones de Madrid —recién ocupada por Napoleón— hasta La Coruña, donde derrotaron sin embargo al mariscal Soult, que las acosaba. En la batalla, celebrada el 16 de enero de 1809, murió el general Moore.

7. Marx y Engels aluden a Henry Hardinge (1785-1856), más tarde ministro de guerra y gobernador general de la India (véase el artículo de Engels "Albuera" en *MEW*, t. XIV, pp. 50-51).

8. Victorias de las fuerzas anglo-hispano-portuguesas, al mando de Wellington, sobre las napoleónicas (22/VII/1812, 21/VII y 9-13/XII/1813 y 27/II y 10/IV/1814, respectivamente).

9. Se trata, creemos, de una confusión. Beresford no participó en el aplastamiento de la rebelión de Pernambuco (que, por la fecha consignada, parecería ser la "conspiración" brasileña mencionada en el texto), sino en la represión de una conjura de los republicanos portugueses (mayo de 1817). Según Lesseps, cónsul general francés en Lisboa, el objetivo verdadero de la campaña lanzada por Beresford contra los republicanos era el de impedir, mediante la ocupación británica de Lisboa, la invasión a Portugal que España había anunciado como represalia por la conquista lusitana de Montevideo (cfr. José Francisco da Rocha Pombo, *História do Brasil*, s.d., t. VII, p. 351-352).

10. Don Miguel (1802-66), tercer hijo de Juan VI y aspirante al trono portugués, era la cabeza visible de la reacción absolutista y clerical.

11. Trátase de la obra del general e historiador inglés William Napier (1785-1860), *History of the War in the Peninsula*, etc. (1828-40).

12. Los textos de Marx sobre las cortes españolas de 1810-12 forman parte de una serie de artículos dedicados a la revolución en España, escritos tras un prolijo estudio de la historia peninsular. El historiador argentino Jorge Abelardo Ramos ha lanzado la interesante hipótesis de que fue precisamente en el curso de ese estudio cuando Marx, leyendo las actas de las cortes, tropezó con la idea que se convertiría en "la base del pensamiento marxista sobre la cuestión nacional". La famosa sentencia: "Un pueblo que oprime a otro no puede ser libre", fue pronunciada, en efecto, en la sesión del 16 de diciembre de 1810 por un poco conocido diputado americano, Dionisio Inca Yupanqui (*Diario de las discusiones y actas de las Cortes*, t. II, Cádiz, 1811, p. 15; véase J.A.R., *Historia de la nación latinoamericana*, B.A., 1968, p. 131). La verdad es que, aunque *tal vez* Marx haya leído en 1854, en el Museo Británico, las actas aludidas, una

formulación conceptualmente análoga a la de Yupanqui se encuentra en un discurso de Engels de noviembre de 1847: "Una nación no puede ser libre y a la vez seguir oprimiendo a otras naciones. La liberación de Alemania no puede hacerse efectiva, pues, a menos que se haga efectiva la liberación de Polonia con respecto a la opresión de la misma por alemanes" (*MEW*, t. IV, p. 417). De modo que, en el caso de que efectivamente Marx hubiera leído en 1854 la frase del diputado Yupanqui, habría encontrado en ella no una proposición nueva para él, sino la formulación original de una tesis a la que Engels había arribado independientemente a fines de 1847. Salvo que supongamos que ya en esta fecha Engels conocía la lúcida sentencia del Inca Yupanqui, lo que es altamente improbable, parece más verosímil la suposición de que el amigo de Marx desarrolló, aplicándola a la relación entre las naciones, la tesis que su maestro Hegel enunciara más de una vez con respecto a la relación entre los individuos dentro del estado: "[ ] En Oriente solamente uno es libre (el déspota)", dice Hegel, pero este uno "*no puede ser libre, porque para ello se requiere que los otros sean también libres ante él* [.]" (*Vorlesungen über die Geschichte der Philosophie*, t. I, Stuttgart-Bad Cannstadt, 1965, p. 134; cfr. también las *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, t. I, Hamburgo 1955, p. 62). Tampoco acierta Ramos —y éste es ya otro problema, quizás de dilucidación no imprenscindible aquí— cuando afirma que "bajo el conservadorismo político de la clase obrera inglesa, observado por Engels, se escondía un aforismo que Marx no se atrevió a acuñar: « ¡Un pueblo que oprime a otro puede ser libre! » (op. cit., p. 139). En realidad, Marx no sólo se atrevió a indicar esa posibilidad, sino la relación causal entre la opresión de diversos pueblos por Gran Bretaña y la "libertad" británica: "[.] Si nos atenemos a los hechos, las islas Jónicas, como la India e Irlanda, demuestran únicamente que *para ser libre en su casa, John Bull tiene que esclavizar en el extranjero*" (Karl Marx, "Question of the Ionian Islands", en *On Colonialism*, Moscú, s. d. [¿1959?], p. 202; subrayados nuestros). También en este caso, por así decirlo, Marx iba a la zaga de Engels, que le había escrito en una carta de mayo de 1856: "[ ] La llamada libertad de los ciudadanos ingleses se funda en la opresión de las colonias" (*MEW*, t. XXIX, p. 56).

13. En *MEW*, "Neuspaniens" ("de Nueva España"); parecen más probables la traducción de Luise Kautsky (*Gesammelte Schriften*) y la de *La revolución española:* "des neuen Spanien", "de la nueva España".

14. Marx se refiere al libro *Le Congrès de Verona*, etc., Bruselas, 1838; el reaccionario escritor y político francés vizconde de Chateaubriand (1768-1848) reveló en esa obra que su propio gobierno no estaba de acuerdo, en un principio, con el proyecto de invadir a España y que "sólo Rusia lo aprobaba y prometía su apoyo moral y su apoyo material". La presión rusa, con la ayuda eficiente de las intrigas de Chateaubriand, logró que finalmente la Santa Alianza bendijera la intervención armada contra los liberales españoles (véase,

sobre Chateaubriand, la carta de Marx a Engels del 26/X/1854, *MEW*, t. XXVIII, p. 404-409).

15. Se alude aquí, muy probablemente, al famoso mensaje dirigido al congreso norteamericano, el 2 de diciembre de 1823, por el presidente Monroe. Si fuera éste el caso, estaríamos ante una interpretación incorrecta de lo sostenido por el presidente de Estados Unidos. La comedida referencia a Rusia en el párrafo 7º del mensaje guarda relación, más que con presuntas expediciones contra las repúblicas latinoamericanas, con el problema de "los derechos e intereses respectivos" de Estados Unidos y Rusia "en la costa noroccidental del continente", esto es, con el conflicto suscitado entre las dos potencias por su común pretensión a las mismas comarcas ribereñas del Pacífico. Rusia, que en su expansión ininterrumpida hacia el sur había llegado a disponer de una factoría (Fort Ross) a pocos quilómetros de Yerba Buena (la actual San Francisco), por el ucase del 4 de setiembre de 1821 reservó para sus balleneros, loberos y pescadores "toda la costa noroccidental de América, desde los estrechos de Bering hasta el grado 51 de latitud norte", incluyendo las islas y —en anticipación de doctrinas muy recientes— una faja marítima de 100 millas de ancho (véase el texto del ucase en *The Record of American Diplomacy*, sel. y ed. por Ruhl J. Bartlett, Nueva York, 1964, p. 169).

La colisión parecía inevitable: gobernantes estadounidenses como William Crawford, secretario del tesoro, habían sostenido ya en 1819 que había que acostumbrar a Europa a la idea de que "Estados Unidos y América del Norte son términos idénticos" (ibíd., p. 187). Hasta el tratado de 1824, que fijó el límite en los 54° 40', se sucedieron las escaramuzas diplomáticas ruso-norteamericanas, y el mensaje de Monroe fue una de las más importantes jugadas de esa partida. No cabe duda, desde luego, de que la tesis del párrafo 7º, según la cual "no habrá de considerarse en lo sucesivo [...] a los continentes americanos como sujetos a futura colonización por ninguna potencia europea", se refiere no sólo a la costa NW sino a toda América, pero esa aseveración —absolutamente platónica, en lo atinente a la parte meridional del continente— quiso parecer una advertencia a la Santa Alianza, y no implicaba un reconocimiento por las (presuntas) promesas rusas de impedir una expedición contra América del Sur.

16. Valaquia, principado entre el Danubio y los Cárpatos del Sur o Alpes Transilvanos, más tarde parte constitutiva de Rumania, fue ocupada por Rusia en 1849-51. Sobre las condiciones sociales de Valaquia bajo los boyardos locales y los ocupantes rusos, véase *El capital*, t. I, cap. 8, apart. 2 (*MEW*, t. XXIII, p. 249-253).

17. Pierre Soulé (1801-70), embajador norteamericano en Madrid en 1853-55, intrigaba activamente para que Cuba, entonces colonia española, pasara a manos estadounidenses. Poco después de escribir Marx este artículo, el 18 de octubre de 1854, Soulé publicó junto con los ministros de Washington en Londres y París, James Buchanam y John Young Mason, respectivamente, el Manifiesto de Osten-

de, en el que se postulaba la incorporación de Cuba a Estados Unidos por la fuerza de los dólares o la de las armas.

18. El fabricante y parlamentario inglés Richard Cobden (1804-65) proponía que Gran Bretaña abandonara sus colonias, o, hablando con más propiedad, creía que gracias a la superioridad de la industria británica era posible expoliar a aquéllas sin necesidad de un costoso aparato administrativo y militar.

19. Se trata de José Enrique O'Donnell (1769-1834), ex miembro del Consejo de Regencia (1812), que aplastó los levantamientos republicanos de 1819 y 1823, y de Leopoldo O'Donnell (1809-67), "moderado", capitán general en Cuba (1843-48) y varias veces ministro de guerra y presidente del Consejo de Ministros.

20. Esta flota, si hemos de creer al entusiasta redactor del diario oficial *La Gaceta de Madrid* (25 de febrero de 1818), se componía de 5 navíos de línea de 74 cañones y 3 fragatas de 44; Fernando VII la había adquirido gracias a la "sincera amistad de su augusto aliado el Emperador de todas las Rusias", "sin otro sacrificio que el justo pago en dinero efectivo del valor legítimo de los buques" (?). Los objetivos de la compra eran, se decía, "proteger el comercio español, ahuyentar a los piratas de nuestros mares, defender a los fieles vasallos que en los dominios de ultramar son víctimas de la anarquía y del desorden y restituir a la Europa las ventajas de que carece por efecto de las turbulencias de América" (véase Charles Kingsley Webster, *Britain and the Independence of Latin America — 1812-1830*, Londres, N.Y., Toronto, 1938, doc. 520, t. II, p. 365, o Manning, doc. 1080, t. III, p. 2350-2351).

21. Marx cita la obra *Examen critique des révolutions d'Espagne de 1820 a 1823 et de 1836*, publicada anónimamente en París, 1837.

22. La guerra de 1808-09 entre Suecia y Rusia finalizó con la cesión de Finlandia a la segunda. Aunque formalmente los fineses constituían un principado autónomo, su situación dentro de la gran "cárcel de pueblos" rusa no era mucho mejor que la de los demás súbditos del zar.

23. Armand-Emmanuel du Plessis, duque de Richelieu (1766-1822), presidente del Consejo de Ministros francés en 1815-18 y 1820-21, al estallar la Revolución Francesa había emigrado a Rusia, donde durante largos años desempeñó altos cargos oficiales (como el de gobernador de Odesa) y sirvió en el ejército del zar.

24. *Hetería* (en griego *liga*, *fraternidad*, *asociación*) se denominaba la sociedad secreta fundada en Odesa por Ipsilanti y en Atenas por el agente ruso Capodistrias, en 1814, con el objeto de liberar a Grecia de la dominación turca. Como suele ocurrir en la historia, se daba aquí una coincidencia parcial y transitoria de intereses entre el pueblo oprimido (Grecia) y la gran potencia (Rusia) rival de la potencia opresora (Turquía). Esta coincidencia circunstancial de intereses, que se mantuvo durante gran parte del siglo XIX, llevó a Marx a adoptar erróneamente una actitud muchas veces hostil a la independencia de los griegos (y de otros pueblos balcánicos).

25. A la biografía de Bolívar nos hemos referido ya en la introducción, por lo cual cabe ocuparse aquí tan sólo de las fuentes directas a las que recurrió su autor.

Ya mucho antes de 1858, el año en que Marx redacta este trabajo, la admiración que en un primer momento experimentaran por Bolívar importantes figuras de la cultura europea —tan bien ilustrada por la correspondencia de muchas de ellas con el Libertador— había cedido la plaza a una animadversión punto menos que general. Los liberales repudiaban el centralismo y autoritarismo de Bolívar; los republicanos detectaban recetas criptomonárquicas tras los esquemas de organización política propuestos por el Libertador; los ideólogos de la expansión europea —y esto nos parece lo decisivo— intuían certeramente en los planes bolivarianos de unidad latinoamericana una voluntad de resistencia a aquella penetración.

Por lo demás, en la Europa relativamente próspera y culta de principios y mediados del siglo XIX había llegado a uno de sus puntos más altos el desprecio por esos mismos pueblos a cuyo saqueo se debía, en muy buena medida, tal prosperidad. Un filósofo eminente como Hegel podía creer a pies juntillas que la abulia de los americanos en general, y la de los guaraníes en particular, era tal que en las reducciones un sacerdote "tenía que hacer repicar una campana a medianoche para recordarles [a los indios] el cumplimiento de sus deberes conyugales, porque a ellos ni siquiera eso se les habría ocurrido por sí mismos" (*Die Vernunft in der Geschichte*, Hamburgo, 1955, p. 202; desgraciadamente Hegel no nos aclara cómo se las habían ingeniado los habitantes del Nuevo Mundo para reproducirse antes de que llegaran los jesuitas turbando, a campanadas, los castos sueños de los indígenas). Y allí donde los pueblos sudamericanos habían logrado su independencia, según Hegel ello se debía pura y exclusivamente a que habían echado mano de "recursos extranjeros": "la caballería de los llanos se ha distinguido; utiliza, empero, el caballo europeo" (sic e ibíd., p. 203). O tomemos el ejemplo del cónsul general inglés en el Perú, Thomas Rowcroft, a quien no se le olvida, cuando escribe a Bolívar, mencionar que el navío que lo había traído a las costas peruanas era "de 82 cañones", y que frente a lo latinoamericano se veía aquejado por tal escepticismo pirroniano que, en un memorando de julio de 1824, veinte días antes de Junín, llega a hablar de "la guerra que según se supone lleva a cabo el general Bolívar contra la persona que se considera a sí misma virrey de España" (Webster, docs. 269 y 270, t. I, pp. 515-516). Tal vez la palma en este terreno le corresponda a la propuesta formulada por el viajero y agente francés Grandidier, en un libro algo posterior (1861) al artículo de Marx sobre Bolívar. El bondadoso Grandidier quería que se cediera a Bolivia el amplio puerto oceánico de Arica; mientras ese país sólo poseyera el insignificante puerto de Cobija, en efecto, "nuestros cañones no estarán en situación de respaldar con eficacia los reclamos de los comerciantes franceses injustamente despojados de sus bienes. Si se cediera Arica a Bolivia, entonces ese país dejaría de ser casi invulnerable y un desierto de cincuenta millas de anchura

ya no podría coadyuvar al mantenimiento de tan lamentable estado de cosas" (citado en Gustavo Beyhaut, *Süd- und Mittelamerika II — Von der Unabhängigkeit bis zur Krise der Gegenwart*, Francfort del Meno, 1965, p. 86).

Ahora bien, si en el plano práctico la forma más adecuada de tratar a esos indolentes latinoamericanos era a cañonazos, en el terreno teórico una de las tantas tareas posibles era la de demoler críticamente la única figura latinoamericana que había alcanzado un renombre universal, y que lo había alcanzado precisamente por su asombrosa energía y sus éxitos militares: la de Bolívar. Sumamente eficaces fueron en ese sentido algunos de los libros escritos por oficiales europeos que, a veces fugazmente, habían servido en las guerras de la independencia hispanoamericana, y muy en particular los de DucoudrayHolstein y Hippisley, dos de los autores utilizados por Marx. Fundarse en ellos para componer una biografía seria sobre Bolívar es, mutatis mutandis, como querer escribir una obra objetiva sobre Artigas tomando como fuente poco menos que única el folleto de Pedro Feliciano Sáenz del Cavia, *El protector nominal de los pueblos libres.*

Tanto Ducoudray como Hippisley tenían muy hondos motivos de resentimiento personal contra Bolívar: éste había expulsado del ejército al primero y mantenido una agria correspondencia con el segundo sobre sus interminables reclamos de salarios y grados más elevados. Ducoudray, quien por otra parte no volvió a Hispanoamérica luego de su ruptura con Bolívar (1816), se afanó por reunir o fraguar, en su alegato de acusación, cuantas imputaciones o simples chismes pudieran desprestigiar al Libertador. De Hippisley ha dicho muy bien un historiador tradicionalista venezolano que sus cargos reales e innegables contra Bolívar y demás jefes patriotas eran, en esencia, "que no daban ración a la europea, que hacían la guerra desnudos, sin armas y como podían, y, por último, que no eran ricos" (Felipe Larrazábal, *Vida del Libertador Simón Bolívar*, Madrid, s.d. [¿1918?], t. II, p. 162, n.). En una carta a Bolívar, años después de la aparición del *Journey to the Orinoco*, Hippisley emprendió un zalamero viaje a Canossa, seguramente no conocido por Marx: "Algunos han comparado a V.E. con Washington. Pero a Washington le faltaba la grandeza y firmeza de alma, la verdadera independencia de espíritu, la liberalidad de sentimientos y la constancia con que Bolívar ha inmortalizado su nombre y se ha hecho sin par en los anales de la historia."

Lo que decimos de Ducoudray y Hippisley sólo en cierta medida se puede aplicar a las *Memorias del general Miller*, la otra fuente utilizada por Marx. (La obra plantea cierto problema de autoría: aunque el general William Miller habría tenido tal dominio de la pluma como para traducir al castellano el *Rasselas* de Samuel Johnson, no fue él sino su hermano John quien compuso las *Memorias*. Para mayor confusión, no se limitó John a utilizar las "cartas particulares, diarios y anotaciones" de William Miller, sino que, fundándose en un viaje suyo a América del Sur, introdujo en el libro observaciones y comentarios propios, sln que quede claro mu-

chas veces quién es el real autor de los mismos. Aun así, como el general nunca desautorizó lo escrito en su nombre por John Miller, a los efectos prácticos consideramos como una personalidad única a los dos hermanos.) El militar británico tenía algún resquemor personal contra Bolívar, que había rehusado nombrarlo cónsul colombiano en Londres, y no cabe duda de que muchas frases de su libro se contradicen con los ditirambos que dedica al Libertador en una carta, dirigida a éste, fechada el 25 de noviembre de 1825: "Héroe cuyos principios, caminando sobre la naturaleza y la razón, han atraído sobre sí la admiración de todos los hombres y de todo el universo civilizado" (*Bolívar y su época. Cartas y testimonios de extranjeros notables.* Comp. de Manuel Pérez Vila, t. I, Caracas, 1953, p. 261). Miller es sin embargo un testigo calificado que había intervenido activamente en campañas militares decisivas. Aunque censura con acritud los proyectos políticos de Bolívar, se esfuerza por adoptar ante el general sudamericano una actitud imparcial. Reconoce "sus talentos" ("más adecuados a brillar en la adversidad que para consolidar las ventajas originales de sus triunfos") y sostiene que a Bolívar "no debe privársele de la gloria que le corresponde" por sus "inmensos servicios" (*Memorias del general Miller, al servicio de la República del Perú*, t. II, Madrid, s.d., p. 318).

La fidelidad de Miller a las repúblicas que había defendido con la espada estaba subordinada a su lealtad fundamental a los intereses británicos. Era un librecambista deseoso de que "la primera y más activa nación manufacturera del mundo" sacara "la debida ventaja" de las favorables circunstancias que ofrecían las nuevas condiciones peruanas (*ibíd.*, t. II, p. 261), y se congratulaba de la ruinosa competencia que para la incipiente industria potosina significaban las mercancías británicas, esto es, de que "la población indiana, cuyo traje había estado antes reducido a telas groseras de lana hiladas y tejidas en el país", principiara "a comprar manufacturas inglesas" (*ibíd.*, p. 256). Pero este fallido cónsul colombiano en Londres, que mucho más coherentemente terminó siendo cónsul británico en el Ecuador, no es, por ejemplo, la fuente de las referencias despectivas de Marx a la capacidad combativa de los hispanoamericanos. A lo largo de sus *Memorias*, de cartas personales o en conversaciones con diplomáticos, Miller expone su alta opinión sobre los "valientes americanos del sur". "Oír a un oficial criollo comparar su caballería con la mejor de Europa no puede menos de hacer reír al europeo recién llegado, que halla a primera vista absurda la comparación; pero cuando se ha acostumbrado a ver el poncho y la apariencia desaliñada de los soldados y los ha visto batirse, conoce pronto que no hay caballería en Europa que pueda lidiar una campaña contra los lanceros gauchos, en territorio de América del Sur" (t. I, p. 189). "La caballería patriota", escribe Miller después de Junín, "se compone tal vez de los mejores jinetes del mundo" (t. II, p. 137). Describe con admiración de experto la combatividad bárbara de esos lanceros colombianos que "generalmente hieren a su enemigo con tanta fuerza, con particularidad cuando van a galope, que lo levantan dos o tres pies encima de la silla" (t. II, p. 146). El militar

inglés es particularmente cáustico al referirse a los planes europeos de invasión a Sudamérica: "Si hubiera alguna nación extranjera tan quijotesca que osara enviar una fuerza considerable a cualquier punto de la América española, los montoneros, gauchos o guasos darían buena cuenta de ellos, y el clima haría lo demás" (t. II, p. 235). Muy lejos de explicar los éxitos de Bolívar por la presencia de la legión británica, el general Miller, sin dejar de hacer justicia a muchos coterráneos suyos, remata con estas palabras sus comentarios a la caída del último baluarte español en el Perú: "De este modo la heroica constancia y perseverancia de los patriotas, a la cual no excede la desplegada en circunstancias semejantes por ningún otro pueblo en los tiempos antiguos y modernos, se vio coronada con el último y completo triunfo en América del Sur" (t. II, p. 219).

Miller no hacía más que extraer las necesarias consecuencias de su prolongada experiencia militar en estos países, sumada a un buen conocimiento de lo ocurrido en las invasiones inglesas al Río de la Plata. Al fin de cuentas el general Whitelocke, ignominiosamente derrotado en Buenos Aires por tropas en su mayor parte irregulares, había llegado a contar con casi tantos soldados como *todos* —realistas y republicanos sumados— los que 17 años más tarde se batieron en la decisiva batalla de Ayacucho; con más de dos veces el número de hombres que, a las órdenes de Sucre y a "paso de vencedores", dispersaron las formaciones del último virrey del Perú. Que Marx se inclinara en este punto por Ducoudray-Holstein y Hippisley, y no por Miller, contribuye a demostrar que su actitud de entonces hacia lo latinoamericano era previa, no posterior, a la lectura de las obras en las que se fundó para redactar la biografía de Bolívar.

26. Esa permanencia de Bolívar en París no insumió más de algunos meses.

27. Debería decir: en 1807.

28. En momentos de estallar la revolución de 1810, Bolívar, debido a sus actividades conspirativas y por orden del capitán general de Venezuela, Vicente Emparán, se hallaba confinado en una de sus propias haciendas. José Félix Ribas era tío, no primo, de Bolívar.

29. Bolívar siguió actuando en política después de su regreso de Londres. Su discurso del 3 de julio de 1811 en la Sociedad Patriótica, entre cuyos dirigentes se contaba, parece haber ejercido cierta influencia en la declaratoria, dos días más tarde, de la independencia venezolana. Su designación como comandante de Puerto Cabello es bastante posterior (4 de mayo de 1812) a la fecha consignada por Marx.

30. Los prisioneros realistas contaron en su sublevación con la complicidad del oficial encargado de la guardia, y desde un primer momento dispusieron de armas y de una posición superior. Bolívar les presentó resistencia durante varios días, y difícilmente hubiera podido huir a San Mateo, que estaba en poder de los realistas. Pero aun dejando de lado los fantasiosos pormenores infamantes agregados por Ducoudray, resulta claro que la pérdida de la plaza consti-

tuyó uno de los más graves descalabros militares experimentados por el jefe venezolano. En una carta del 8 de diciembre de 1814 (*Obras completas*, 2a. ed., t. I, La Habana, 1950, p. 105), Bolívar, procurando justificar la *guerra a muerte* y en particular la ejecución de más de 800 prisioneros realistas en La Guaira, se pregunta: "¿Esperaría yo la misma suerte infausta del castillo de Puerto Cabello, que destruyó mi patria y me quitó el honor?" Aunque en esa oportunidad a Bolívar le convenía exagerar la gravedad de su derrota, la confesión es concluyente.

31. La mayor parte de los historiadores coinciden en que la situación de Miranda era poco halagüeña, no tanto desde el punto de vista militar (comúnmente se admite que aun después de la caída de Puerto Cabello el ex general de la Revolución Francesa contaba con bastantes más soldados que su rival Monteverde), sino en lo tocante a sus apoyos políticos y sociales. "Los habitantes ricos y de influencia le rehusaron su ayuda no porque sus sentimientos políticos y sociales hubiesen cambiado", escribe el general Miller, "sino porque vieron la inutilidad de sacrificar sus propiedades y vidas en una tentativa extravagante para contener el torrente de la opinión pública, habiéndose declarado la masa del pueblo decididamente por los principios realistas, y más aun después del terremoto, el cual habían presentado los curas como un castigo del cielo por la insurrección" (*Memorias*, t. II, p. 277-278). Pero la mayor parte de los oficiales de Miranda —Bolívar entre ellos— entendieron que la inconsulta rendición de su comandante a los realistas era una pésima salida. Los hechos posteriores demostraron que si hay un caso al que es lícito aplicar, parafraseándola, la conocida sentencia de Rosa Luxemburg sobre la socialdemocracia alemana es éste. Como fruto de su capitulación, los patriotas venezolanos obtuvieron lo mismo que, en caso de continuar decididamente la lucha, habrían recibido sólo con la peor de las derrotas: el exilio, el presidio o la muerte.

32. Marx omite la réplica del coronel venezolano, que al igual que la declaración de Monteverde figura en las *Memorias* de Miller: "Bolívar contestó que lo había arrestado [a Miranda] para castigar un traidor a su patria y no para servir al rey. Esta contestación atrevida estuvo cerca de hacerle comprender en la proscripción general", etc. (op. cit., t. II, p. 277-278). En un discurso del 2 de enero de 1814 Bolívar justificaría su actitud con palabras que —retórica al margen— su conducta posterior había abonado: "Huí de la tiranía no para ir a salvar mi vida, ni esconderla en la oscuridad, sino para exponerla en el campo de batalla, en busca de la gloria y de la libertad" (*O.C.*, t. III, p. 591). Según el coronel inglés Belford Wilson edecán de Bolívar muchos años más tarde, éste afirmaba siempre que con la detención de Miranda —no su entrega a los españoles, acotamos, que fue obra de Casas— había procurado castigar su "felonía y traición". La argumentación de Bolívar no carecía enteramente de base, escribió Wilson en otro lugar, "pues alegaba que si Miranda creía que los españoles cumplirían el tratado, tenía

que haberse quedado para que mantuviesen su palabra; si no lo creía, era un traidor por haber sacrificado su ejército en el tratado. El general Bolívar añadía invariablemente que él quería fusilar a Miranda por traidor, pero que los otros no lo dejaron" (J. B. Trend, *Bolívar and the Independence* p. 84).

33. En su análisis de esta fase de la guerra en Venezuela, Marx magnifica el peso de lo nacional en desmedro de la feroz lucha de clases que se desarrollaba no sólo paralelamente a la contienda bélica, sino por momentos como parte esencial de ésta. Aunque era frecuente que parte de los vencidos se pasara no "en cada encuentro", sino *después* de cada encuentro a las filas vencedoras (siempre que tuviera la suerte de que se le ofreciera esa posibilidad), en 1813 los "nativos" de casi toda Venezuela respaldaban sólidamente la causa realista; casi única excepción era la burguesía terrateniente y comercial, en general partidaria de la independencia.

34. La fuerza de Ribas había derrotado a los realistas en Niquitao y Los Horcones. En Los Taguanes el mando republicano estuvo a cargo de Bolívar mismo.

35. Si nos atenemos a diversos historiadores bolivarianos del siglo pasado (como O'Leary, Restrepo, Larrazábal, Baralt y Díaz) la entrada de Bolívar a Caracas parece haber sido menos apoteótica que en la versión de Ducoudray, y más afín, en cambio, a la que según el romance se tributó a Lanzarote cuando de Bretaña vino: "De repente se vio abrir la numerosa reunión del pueblo, y apareció una tropa de jóvenes hermosas de las familias principales, vestidas de blanco y llevando en sus manos coronas de laurel y de flores. A su vista Bolívar desciende de su caballo, y las jóvenes le coronan como a vencedor [.]" (José Manuel Restrepo, *Historia de la revolución de la república de Colombia en la América Meridional*, Bogotá, t. IV, 1944, p. 180).

36. La denominación verdadera era Orden de los Libertadores de Venezuela, no del Libertador (véase *O.C.*, t. III, p. 685). En los comunicados y manifiestos bolivarianos de la época se suele designar a los oficiales "jefes de los libertadores de Venezuela"; "libertadores de Venezuela" a los granadinos, y "libertador" al propio ejército patriota.

37. De alrededor de 15.000 hombres que llegó a acaudillar Boves, probablemente ni un centenar fueran de origen español. La opinión —registra con dolorida incomprensión el historiador Larrazábal— "se había pronunciado por los realistas y continuaba pronunciándose cada vez más"; "el país había hecho una sublevación general en favor del rey"; más claro aun: "¡La parte sensata de Venezuela, la rica, la ilustrada, quería la independencia [. . .], pero el pueblo no!" (op. cit., t. I, pp. 227, 230, 231). En la situación militar venezolana comenzó a influir también el curso de los acontecimientos en España, que dejaba las manos libres a los realistas: "El día que Bolívar entró a Mérida evacuaron los franceses a Madrid, y la toma de Caracas tuvo lugar cuando las huestes del imperio abandonaban el territorio español" (Vicente Lecuna, *Documentos referen-*

tes a la creación de Bolivia Resumen de las guerras de Bolívar, Caracas, 1924, t. I, p. IX).

38. Hemos retraducido al español las palabras que Marx pone en boca de Cristóbal de Mendoza. Según Larrazábal (op. cit., t. I, p. 258), el gobernador político se expresó así en la asamblea del 2 de enero de 1814: "[ ] No perdiendo de vista la necesidad de establecer un gobierno y de formar un cuerpo de nación respetable, sólo debemos encargar por ahora a este mismo jefe [Bolívar] que trabaje, desde luego, en la unión indisoluble de Venezuela occidental con su parte oriental, y con todas las provincias libres de Nueva Granada, a cuyo congreso general toca por naturaleza formar la nueva constitución [ ]."

39. En la segunda batalla de La Puerta (15 de junio de 1814) los llaneros de Boves triplicaban en número a las fuerzas de Bolívar y Mariño, el último de los cuales parece haber cometido errores tácticos que hicieron desesperada la situación de los revolucionarios. A juzgar por la cantidad de muertos en filas republicanas (2.400 según el parte victorioso de Boves, alrededor de la mitad en opinión de estudiosos como Wolfram Dietrich, Restrepo y Trend), la resistencia de los patriotas fue sumamente encarnizada, aun si tenemos en cuenta que a muchos de ellos se les lanceó o degolló después del combate.

40. Más exacto sería decir que Boves obligó a levantar el asedio de Puerto Cabello y puso sitio a Valencia (la cual capituló días después de la caída de Caracas).

41. El 18 de agosto un ejército de 8.000 hombres a las ordenes de José Tomás Morales derrotó en Aragua a las fuerzas de Bolívar (unos 3.000 soldados). (Giuseppe) "Bianchi" no era el nombre de un barco, sino el apellido del aventurero italiano que comandaba la escuadrilla de Mariño. Bianchi "confiscó" el tesoro de los patriotas (una considerable cantidad de alhajas y plata labrada, procedente en su mayor parte de las iglesias de Caracas), so pretexto de que se le debían más de cuarenta mil pesos por presas introducidas en los puertos de Cumaná y Margarita, pero finalmente, a instancias de Bolívar, se conformó con una tercera parte del botín.

42. Bermúdez, que se encontraba entonces en Maturín, no en Carúpano, no tuvo participación en esos hechos.

43. Marx alude a un artículo del cual, por razones inexplicables, sólo figura un minúsculo fragmento en las *Obras* presuntamente *Completas* de Bolívar (*O.C.*, t. III, p. 649). Es posible que Bolívar reiterara allí las líneas principales del manifiesto dado en Carúpano el 7 de setiembre de 1814, en el que es perceptible, por debajo de la cáscara retórica y los arrestos aristocratizantes, una visión más clara de un fenómeno que suscitaba la perplejidad de los jefes revolucionarios: que "la masa de los pueblos" procuraba "destruir a sus libertadores y restituir el cetro a sus tiranos". Bolívar consigna, entre las causas de aquel hecho, "el grande estímulo de la usurpación de los honorés y de la fortuna", ofrecido por los jefes realistas

a "hombres envilecidos por el yugo de la servidumbre y embrutecidos por la doctrina de la superstición" (O.C., t. III, p. 610-611).

44. Castillo, desobedeciendo al congreso, se había negado a entregar a las mal armadas tropas de Bolívar —el propio Marx reconoce que por toda artillería tenían un cañoncito— los pertrechos que requerían para liberar a Santa Marta y que abundaban en Cartagena. Cuando en diciembre de 1815 el general español Morillo ocupó esta última plaza, luego de un mortífero asedio, se jactó de haber encontrado en ella 366 cañones con casi 5.000 cartuchos, 9.000 bombas, casi 4.000 fusiles y carabinas con 135.000 cartuchos y 3.440 quintales de pólvora (cfr. Larrazábal, op. cit., t. I, p. 354, nota de Rufino Blanco Fombona; ver también las *Memorias* de Miller, t. II. p. 281).

45. Arismendi capituló ante fuerzas españolas muy superiores, pero volvió a alzarse en noviembre de 1815 al frente de los peones y pescadores de la isla.

46. Fue Brion quien propuso a Bolívar como jefe de la expedición; el coronel Ducoudray-Holstein era partidario de que la jefatura recayera en el general Bermúdez. Los expedicionarios partieron el 31 de marzo de 1816.

47. Bolívar publicó luego de su arribo a la isla Margarita y la Costa Firme varias proclamas donde se enunciaban, aunque no textualmente, los propósitos mencionados por Marx. En la de Ocumare (6 de julio de 1816) se asegura que "vuestros tiranos serán destruidos, o expelidos del país", y que "luego que tomemos la capital convocaremos al Congreso General de los representantes del pueblo, y restableceremos el Gobierno de la República" (O.C., t. III, p. 636).

48. En su parte oficial (Restrepo, op. cit., t. IV, p. 382), Morales se atribuye 700 hombres. La pequeña tropa de Bolívar era en su mayor parte bisoña.

El "testigo ocular" citado en el texto, acicateado tan sólo por el deseo de que la historia no perdiera un solo detalle de la vertiginosa fuga de Bolívar, tiene que haberla acompañado en todo su transcurso y a similar velocidad. La cita está tomada de Ducoudray, quien sin embargo no estaba en Ocumare sino en Carúpano, donde había quedado tras ser dado de baja del ejército. La descripción hecha por el coronel francés de su último encuentro con Bolívar, no habla a favor de su condición de testigo no ya ocular sino ecuánime: el jefe patriota, "en colére", se había negado a darle la mano a un "homme qui méritait d'être fusillé, á l'instant méme".

49. Bolívar se retiró a Barcelona, con sus reducidas fuerzas, tras ser derrotado el 9 de enero por el capitán español Jiménez.

50. Así en *MEW*, "Armenhaus". Se trataba de un convento franciscano.

51. Bolívar se oponía a la permanencia del ejército en Barcelona; a solicitud de las autoridades locales accedió a dejar una guarnición al mando de Pedro María Freites, mientras que él se dirigía hacia el

Orinoco, a través de territorio enemigo, para asegurar allí una base de operaciones a los republicanos.

52. En la trayectoria militar de Bolívar hasta esa fecha, dice Germán Carrera Damas, "no escaseaban, al lado de victorias espléndidas, victorias a medias por mal consolidadas y hasta puras y simples derrotas aparatosas", y "no en balde otros jefes, Piar y Mariño entre ellos, no hallaban nada descabellado el equiparar sus propios méritos con los de Bolívar" (*El culto a Bolívar*, Caracas, 1969, pp. 83-84). Una muestra de esa rivalidad, no sólo militar sino también política, fue la convocatoria por Mariño del congreso que se instaló en San Felipe de Cariaco, el 8 de mayo, y que no fue reconocido por Bolívar.

El Consejo de Estado, destinado según Bolívar "a suplir en parte las funciones del cuerpo legislativo" (*O. C.*, t. III, p. 654), era un cuerpo consultivo integrado por Zea (estado y hacienda), Brion (marina y guerra) y Juan Martínez (interior y justicia).

53. Piar habría instado a varios jefes pardos a proclamar una "república de hombres libres e iguales". Sus objetivos se desprenden con alguna claridad de las mismas proclamas con que Bolívar procuró desprestigiarlo ante el pueblo venezolano (Piar habría defendido "los principios odiosos de la guerra de colores para destruir así la igualdad que desde el día glorioso de nuestra insurrección hasta este momento ha sido base fundamental") y ante los soldados ("¿Nuestras armas no han roto las cadenas de los esclavos? ¿La odiosa diferencia de clases y colores no ha sido abolida para siempre? ¿Los bienes nacionales no se han mandado repartir entre vosotros? [. .] ¿Qué quería, pues, el general Piar para vosotros?"). (*O.C.*, t. III, p. 647 y 652.)

La causa determinante de la ejecución de Piar no parece haber sido, empero, el problema de la "guerra de colores", sino el deseo de Bolívar de introducir una mayor disciplina en las filas del ejército: el propio Marx censura al Libertador, pocos párrafos más arriba, por no atreverse "a impedir que Mariño y Piar se apartaran de él" luego del desembarco de mayo de 1816.

54. El 12 y 16 de febrero de 1818 las fuerzas mandadas por Bolívar, tras una fatigosa marcha de más de 1.500 kilómetros, causaron unas 500 bajas y pusieron en fuga a las tropas de Morillo en Calabozo. En la proclama dada por el jefe venezolano el día 17, aunque no figuran exactamente las palabras entrecomilladas por Marx, se dice que "los restos del ejército de Morillo [. . .] escapan a refugiarse en los muros de Puerto Cabello" y que "la victoria marcha delante" de las tropas republicanas.

55. La relación de fuerzas no era ésa en mayo de 1818: Morillo contaba con 8 ó 9.000 hombres según las estimaciones más bajas, con 15.000 conforme a las más altas, y Bolívar con unos 6.000. El localismo de algunos jefes, como Páez, no pocas veces impidió a los venezolanos concentrar sus fuerzas. Aun así, el general Morillo, pocos días después de sus derrotas en Calabozo, reconocía en carta a Juan Bautista Pardo: "Estos diablos han reunido todo tótili-

mundi, hasta Monagas, que estaba en la provincia de Barcelona; en Guayana sólo han dejado cien hombres de guarnición".

56. La admiración despertada en Europa por la gesta de los patriotas venezolanos y, fundamentalmente, el hecho de que Inglaterra, liquidado definitivamente el peligro napoleónico, se sintiera cada vez menos atada por sus compromisos diplomáticos con España y más atraída por el tentador mercado hispanoamericano, contribuyeron a que agentes venezolanos como Luis López Méndez pudieran reclutar en el Viejo Mundo, y sobre todo en Gran Bretaña, una cantidad relativamente elevada de mercenarios. Se calcula en 6.000 el número total de éstos, pero la cantidad de los que en un mismo momento luchaban en el ejército de Bolívar fue siempre mucho menor. Puede ser útil recordar, con respecto a ese guarismo, que España envió un total aproximado de 100.000 soldados para reprimir la revolución americana, y que en los ejércitos realistas los españoles solían ser una pequeña minoría (por lo menos las cuatro quintas partes del ejército vencido en Ayacucho —las cinco sextas, según el general español Valdez— estaban compuestas de soldados peruanos); que sólo en las enconadas guerras de Colombia murieron, según diversas estimaciones, más de medio millón de personas. A la luz de esos datos se llega a la conclusión de que el aporte de los voluntarios europeos a la causa independentista nunca pudo tener el carácter punto menos que decisivo que le atribuye Marx. Las motivaciones de esos hombres eran en parte políticas ("sin cierto espíritu de aventura y una vaga idea de luchar por la libertad no habrían ido tantos, ni habrían sido tan efectivos una vez en América", ha escrito el historiador británico C.K. Webster), pero a la mayor parte de ellos los atrajo la posibilidad de una buena paga, sumada a la promesa de concederles tierras y 500 pesos fuertes al término de la guerra.

57. El congreso, citado para el 1º de enero de 1819, no pudo reunirse hasta el 15 de febrero. Al convocarlo, afirma Trend (op. cit., p. 127), Bolívar procuraba "mostrar al mundo que la Venezuela libre tenía un gobierno efectivo y una constitución democrática, y que no se mantenía solamente gracias a las proezas bélicas".

58. Los apologistas de Bolívar lo convierten en "una suerte de profeta cuyos íntimos motivos se imponían a los demás por su grandeza insospechada, y no por corresponder a lo que bien podría llamarse conciencia colectiva surgida al calor de la guerra" (Germán Carrera Damas, *El culto a Bolívar*, p. 76); Marx comete el error inverso, y atribuye regularmente las iniciativas felices del Libertador a tal o cual de sus colaboradores, con lo cual se vuelve inexplicable el ascendiente de que gozaba Bolívar entre los mismos. La idea de la expedición a Nueva Granada figura ya en cartas de Bolívar de agosto de 1818 (*O.C.*, t. I, pp. 326-327); la misma división de Santander se denominó, a partir de esa fecha, Vanguardia del Ejército Libertador de Nueva Granada.

59. Marx se refiere probablemente a la acción de Las Queseras del Medio (3 de abril de 1819), en la cual una pequeña partida de

llaneros al mando de Páez arrolló a la caballería de Morillo, obligando a los realistas a refugiarse en Achaguas.

60. Las fuerzas republicanas, tras cruzar los llanos inundados y los Andes, vencieron en Paya (27 de junio), Gámeza (11 de julio), Pantano de Vargas (25 de julio) y Boyacá (7 de agosto) a los realistas, y el 10 de agosto Bolívar entró, casi solo, en una Bogotá apresuradamente abandonada por el virrey Sámano. La pequeña Legión Británica (300 hombres, según Porras Troconis) se distinguió en algunas de esas acciones, y particularmente en Boyacá, pero estuvo muy lejos de corresponderle el papel determinante que Marx le asigna. El general Miller, una de las fuentes de Marx para este estudio, se limita a elogiar sobriamente la actuación de sus compatriotas en la última de esas batallas y atribuye el triunfo al "atrevido y discreto movimiento" de Bolívar (*Memorias*, t. II, p. 286-237). Otro inglés, el más tarde general Charles Thomas Wright, que alcanzó el grado de capitán en Boyacá, califica a ésta de "glorious and astounding victory of Bolívar" y destaca el valor de jefes criollos como Anzoátegui y de la caballería patriota, que en inferioridad numérica "atacó a sus adversarios a la vieja usanza colombiana, haciéndolos trizas" (cfr. Porras Troconis, *Campañas bolivarianas de la libertad*, Caracas, 1953, p. 214-215).

61. Los realistas disponían por esa fecha de 10.000 a 15.000 hombres, y todavía contaban con el apoyo de casi toda la población en diversas zonas de Nueva Granada y Venezuela.

62. El 17 de diciembre de 1819 el congreso aprobó, dándole el nombre de Colombia, la unión de Venezuela, Nueva Granada y Quito. La unificación no sólo de ésos, sino de todos los pueblos hispanoamericanos era un ideal común a muchos patriotas, y entre ellos a Roscio y Bolívar. Este se había pronunciado ya el 3 de diciembre de 1813, en un informe al Congreso de Nueva Granada, a favor de la "unión de toda Sudamérica en un cuerpo de nación, de forma que un solo gobierno pueda emplear sus grandes recursos en un solo objeto, el de resistir todas las agresiones exteriores, en tanto una creciente cooperación mutua en el interior nos asegura el apogeo del poder y la prosperidad" (véase William A. Sherwell, *Simón Bolívar El Libertador*, Madrid, s.d., p. 101). Esta tesis se reitera en otros muchos escritos tempranos de Bolívar, a tal punto que el Libertador pudo decir en el Congreso de Angostura, no sin exagerar un tanto, que "la reunión de la Nueva Granada y Venezuela es el objeto único que me he propuesto desde mis primeras armas [. . .]" (*O. C.*, t. III, p. 704).

63. 700 irlandeses se amotinaron en marzo de 1820 en Río Hacha, exigiendo pagas atrasadas, y poco después se les embarcó para Jamaica. Es difícil determinar algo tan subjetivo como si los españoles temían a la legión extranjera más que a un número diez veces mayor de colombianos, pero múltiples declaraciones de los propios jefes peninsulares (muchos de los cuales habían contribuido en buena medida a las derrotas napoleónicas en España) permiten ponerlo en duda. Desde el bando opuesto al de William Miller, el general

Morillo coincide con su colega inglés en que las ideas de los militares europeos sobre su superioridad no tenían más fundamento que el prejuicio: "Las nuevas tropas expedicionarias que venían en el concepto de acabar con la Margarita en quince o veinte días; que suponían a los rebeldes unas bandas de hombres tímidos y cobardes que desaparecerían al aspecto de los soldados —y que equivocadamente tenían entendido que la guerra en América era mucho más llevadera y menos peligrosa que en Europa, por la clase de enemigos que creían encontrar— han visto con sorpresa que en muy pocos días en aquella isla hemos tenido siete sangrientos combates. Han visto el encarnizamiento y la rabia desesperada de una canalla resuelta a morir" (carta al ministro de guerra, 3 de abril de 1817). Tres años después, el mismo Morillo que al llegar a Venezuela había licenciado desdeñosamente a los llaneros, en ese entonces bajo las banderas del rey, decía de éstos al comandante Albert Roussin: "Son hombres terribles. Hombres y caballos están hechos para su clima; sólo ellos pueden resistir la guerra en un país así [.]" Y en otra oportunidad afirmaría (olvidado tal vez de lo que al propio Bolívar le había costado sacar a esos rudos jinetes de su medio natural): "Dadme cien mil llaneros y me paseo por Europa en nombre del rey de España" (véase notas de Rufino Blanco Fombona en Larrazábal, op. cit., t. II, p. 486-487, 300, 303).

64. El armisticio del 26 de noviembre —al que Morillo se vio empujado por los éxitos militares de los patriotas y el progresivo deterioro de las posiciones conservadoras en España— fue resistido por varios jefes colombianos. Historiadores adictos a Bolívar han sostenido que éste, gracias al convenio de Trujillo, pudo reforzar considerablemente su poderío militar y, sobre todo, acelerar el proceso de captación de las masas populares por la joven república. Es innegable que el armisticio, como escribió pocos meses después el ministro colombiano Francisco Zea a Castiereagh, era ya "un pas préliminaire qui doit conduire à reconnaître l'indépendance de Colombia" (Webster, doc. 186, t. I, p. 376). El secretario de estado norteamericano John Quincy Adams iba más allá en 1822-23, y calificaba de "tratados equivalentes a un reconocimiento de la independencia", o "que reconocían virtualmente su independencia", a los firmados por Morillo y otras autoridades españolas con los insurgentes. Las mismas cortes extraordinarias de febrero de 1822 parecen haberlo entendido así, al declarar nulos e ilegítimos todos esos acuerdos precisamente porque implicaban algún reconocimiento de la independencia (véase *The Evolution of Our Latin-American Policy. A Documentary Record.* Comp. y ed. por James W. Gantenbein, N.Y., 1950, p. 19, 23 25-26).

65. Cartagena capituló ante el general Mariano Montilla, destacado por Bolívar para conquistar la plaza.

66. Puerto Cabello se rindió en noviembre de 1823.

67. No se trataba de un cuerpo de ejército sino de dos: el de Bolívar, que operaba en la región de Pasto ("la Vandea americana", según el Libertador) y derrotó el 7 de abril a los realistas en

Bomboná, y el de Sucre, al sur de Quito, que el 24 de ese mes venció al enemigo en Riobamba y treinta días más tarde lo aplastó en Pichincha, alcanzando así la independencia de Quito. Ambos ejércitos se hallaban aislados; el irlandés Sands, que junto a otros militares criollos se distinguió en la no muy trascendente batalla de Bomboná, no tuvo participación alguna en la decisiva campaña de Sucre. Sobre las altas condiciones militares de este jefe, véase el inglés Miller, *Memorias*, t. II, p. 180, 219, etcétera.

68. El propio Miller elogia las "excelentes disposiciones" organizativas y disciplinarias adoptadas por Bolívar, con respecto al ejército, durante la campaña de 1824. En el período mencionado por Marx el Libertador participó en varios combates, entre ellos el de Junín (aunque es posible que no haya estado presente en la fase final de esta batalla; véase Raúl Rivera Serna, "La campaña de Junín", *Anuario del Depto. de Hist. de la Univ. de Córdoba*, 1963, nº 1, pp. 259-329). No pudo dirigir a los patriotas en Ayacucho por haberle prohibido el congreso de Colombia que mandara tropas colombianas mientras fuese jefe de estado del Perú.

69. Debería decir: 1824.

70. "Code Boliviano" en *MEW*. Marx se refiere al Código Boliviano o Constitución de Bolivia, redactado por Bolívar. Públicamente el Libertador atribuía paternidad haitiana a ciertos rasgos de esa carta constitucional ("yo he tomado para Bolivia el ejecutivo de la república más democrática del mundo", *O.C.*, t. III, p. 765); en privado admitía inspirarse en el Code Napoléon ("la única cosa sensata que hizo alguna vez Bonaparte", Webster, doc. 280, t. I, p. 530). Dejemos al propio Bolívar exponer las líneas principales de su proyecto (carta a Santander del 27 de diciembre de 1825, *O.C.*, t. II, pp. 291-292): "[. . .] Estoy haciendo una constitución muy fuerte y muy bien combinada para este país, sin violar ninguna de las tres unidades y revocando, desde la esclavitud abajo, todos los privilegios. [ ] El cuerpo legislativo se divide en censores, senadores y tribunos. [. . .] El poder judicial es nombrado parte por el pueblo, y parte por el senado, pero con aprobación del congreso. El poder ejecutivo se compone de un presidente vitalicio, que nombra a todos los empleos de guerra, hacienda y relaciones exteriores; es inviolable. [. . .] Los ciudadanos deben ser aquellos que tengan cualidades y habilidades pero no fortuna. El que no sabe escribir, ni paga contribución, ni tiene un oficio conocido, no es ciudadano." Si de los doctores juntistas de Charcas René Zavaleta Mercado ha podido sugerir que disfrazaban de silogismos monarquistas los planteamientos republicanos, de esta constitución bolivariana puede decirse casi la inversa, o cuando menos que era "un término medio entre el federalismo y la monarquía", como lo admitía su propio autor (*O.C.*, t. II, p. 378). Pero no parece haber sido el "despotismo" lo que encrespó a los latifundistas y propietarios de minas altoperuanos, quienes ya en la discusión del proyecto lograron que algunos de los mejores atributos de éste fueran desvirtuados (la abolición de la esclavitud) o suprimidos (la separación de

la iglesia y el estado), y que pocos años después, en julio de 1829, *abolían la abolición* bolivariana —casi puramente jurídica, pero aun así molesta— del pongo y de la mita. En la república que por ironía etimológica siguió llamándose Bolivia, el cargo presidencial de hecho resultó ser tan vitalicio que para separar del mismo a su titular el recurso más habitual fue el asesinato (7 casos de 1825 a 1898, según el cómputo de Alcides Arguedas) o la expatriación.

Para ubicar históricamente el proyecto constitucional bolivariano puede resultar provechoso compararlo con constituciones americanas más o menos contemporáneas, como la estadounidense, compatible con la tenencia de esclavos (y de ahí que el cónsul norteamericano en Lima pudiera condenar la "incendiaria diatriba" contra el esclavismo contenida en el preámbulo a la "indescriptible constitución" de Bolívar); la venezolana de 1811, que mantenía la esclavitud, instituía un sistema electoral censitario y consagraba la religión católica como la del estado; o la también venezolana de 1830 (aprobada por otros enemigos del despotismo bolivista), que dividía a los ciudadanos en activos y pasivos, según su fortuna, y se acompañaba por una ley de manumisión que extendía sensiblemente el período de servicio forzoso (esclavitud disfrazada) de los libertos.

71. No nos es posible determinar si en el origen del proyecto monárquico de Páez —iniciativa que constituyó la causa aparente de su diferendo con el congreso— hubo una sugerencia del Libertador, aunque la casi totalidad de los elementos de juicio abonan la tesis contraria. Pero la actitud de Bolívar —que difícilmente desde el Perú, con los rudimentarios medios de comunicación de la época, habría podido montar una conspiración tan compleja como la que le atribuye Marx— fue desde un principio la de alcanzar una "transacción amistosa", "conciliar los intereses de provincia", proponerse como "el árbitro y el componedor de [las] diferencias" y, *casi* por encima de todas las cosas, la de "evitar la guerra civil". Fue la suya, no cabe duda, una mediación armada ("he debido traer conmigo una fuerza necesaria para hacerme respetar", le escribe a Páez); la misma resultó en un compromiso que a corto plazo era ligeramente favorable a Bolívar, aunque en rigor no satisfizo a nadie ("los amigos de Páez están casi desesperados y dicen que Páez los ha vendido; los amigos del gobierno dicen que yo desatiendo a los fieles y favorezco a los traidores"). El equilibrio se rompió progresivamente a favor de Páez, desde el momento en que Bolívar, dejando a sus espaldas el habitual vacío de poder, regresó a Nueva Granada. (*O.C.*, t. II, p. 426, 435, 470, 493, 518, 547).

72. El objetivo de unificar a toda la América española en una república federal distaba de ser secreto. Lo había divulgado Bolívar en discursos, artículos y proclamas ("para nosotros la patria es la América", arengaba en noviembre de 1814 a los soldados de Urdaneta); en cartas a otros gobernantes hispanoamericanos ("una sola debe ser la patria de todos los americanos", debemos formar "de todas nuestras repúblicas un cuerpo político", le escribía en junio de 1818 a Pueyrredón); figuraba, por si fuera poco, en la invitación

a participar en el congreso, cursada por Bolívar a los gobiernos hispanoamericanos el 7 de diciembre de 1824 (*O.C.*, t. III, p. 614; I, 294; III, 738). Las posibles ambiciones personales del Libertador no habilitan conclusiones simplistas como, por ejemplo, la de Mitre en 1864: "Bolívar lo inventó [al congreso] para dominar a la América" (cit. por J. A. Ramos, *Historia de la nación latinoamericana*, ed. cit., p. 352).

El Congreso de Panamá se planteó, entre otros, el estudio de los siguientes puntos: establecimiento o renovación de pactos de unión o de alianza entre los confederados; celebración de tratados comerciales y de navegación; medidas a tomar para la liberación de Cuba y Puerto Rico; disposiciones conjuntas tendientes a la abolición de la esclavitud. El congreso deliberó del 22 de junio al 15 de julio de 1826, y aunque los estados plenamente representados fueron sólo cuatro (Colombia, Centroamérica, México y Perú), menos de los apuntados por Marx, no debe olvidarse que la Colombia de entonces abarcaba el territorio en que hoy se levantan 4 repúblicas, y Centroamérica el de 5.

"Ni Gran Bretaña ni los Estados Unidos", escribe un historiador tan poco inclinado al antimperialismo como George Pendle, "abrigaban el menor deseo de alentar la creación de un bloque hispanoamericano" (*A History of Latin America*, Londres, 1963, p. 114). Invitado por Santander en contra del deseo de Bolívar, Estados Unidos nombró dos observadores, pese a la oposición de senadores norteamericanos temerosos de que algún negro se sentara a la mesa de conferencias. Los delegados yanquis no llegaron a verse enfrentados a tan horripilante posibilidad, puesto que uno de ellos murió en camino y el otro recibió la noticia de la terminación del congreso cuando se aprestaba a partir con destino al mismo, pero, como reconoce Lester Langley, "se les había dado instrucciones de asistir a la conferencia no con el objetivo de promover algún tipo de federación panamericana, sino más bien de impedir un ataque contra Cuba y Puerto Rico" (*The Cuban Policy of the United States*, N.Y., 1968, p. 18). Después de ciertas vacilaciones, Inglaterra se hizo representar por un observador que, conforme a las instrucciones de Canning, procuró recoger información sobre los estados latinoamericanos, disuadirlos de que liberaran a Cuba y Puerto Rico y lograr en general que el congreso o los organismos que de él surgieran fuesen perfectamente anodinos (cfr. Webster, docs. 212-214, t. I, pp. 403-409).

La acción balcanizante de las grandes potencias se conjugaba con las poderosas tendencias centrífugas operantes en América latina, y los resultados del congreso fueron de la extrema pobreza que a último momento previó Bolívar: "El Congreso de Panamá, institución que debiera ser admirable si tuviera más eficacia, no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos consejos: nada más" (*O.C.*, t. II, p. 445).

73. De la correspondencia de Bolívar se desprende claramente: 1) su convicción de la culpabilidad de Santander ("es el principal",

"en realidad era el motor", "ha resultado el más criminal"); 2) su temprana decisión de conmutar la posible pena máxima a Santander en la de exilio o prisión ("es menester juzgarle más bien con clemencia que con rigor, por causa de ser mi enemigo"), decisión fortalecida tal vez por la falta de pruebas concluyentes "para poderlo juzgar y condenarlo a muerte", y seguramente por la presión de varios ministros, como Tanco y Restrepo, que pese a todo veían en Santander un padre de la patria ("yo no he podido desoír el dictamen del consejo con respecto a un enemigo público, cuyo castigo se habría reputado por venganza cruel"); 3) su fuerte sospecha, más tarde convicción, de que desde el punto de vista político había sido un error no fusilar a Santander ("mi existencia ha quedado en el aire con este indulto, y la de Colombia se ha perdido para siempre"). Aunque se ejecutó no sólo al almirante Padilla, sino también a otros trece conjurados, es obvio, como el mismo Bolívar lo reconoció en sendas cartas a Páez y Pedro Briceño Méndez, que a Padilla y Santander no se les había medido con la misma vara: "Ya estoy arrepentido de la muerte de Piar, de Padilla y de los demás que han perecido por la misma causa; en adelante no habrá más justicia para castigar el más feroz asesino, porque la vida de Santander es el pendón de las impunidades más escandalosas. [. . .] Lo que más me atormenta es el justo clamor con que se quejarán los de la clase de Piar y de Padilla. Dirán, con sobrada justicia, que yo no he sido débil sino en favor de ese infame blanco, que no tenía los servicios de aquellos famosos servidores de la patria" (*O.C.*, t. III, p. 31, 34, 55; 25; 48-49).

74. Dejando de lado diversos errores de Marx en la exposición de los hechos, cabe consignar, con palabras de Carrera Damas, que la reacción anticolombiana personificada por Páez "iba dirigida fundamentalmente contra la estructura liberal que se fraguaba en los congresos de Colombia, impregnados a veces de un tinte anticlerical y reformador muy apropiado para alarmar, sobre todo, a la reconstituida oligarquía venezolana [. . .]. De allí que no parezca demasiado peregrino considerar la separación de Venezuela de la República de Colombia como una empresa política esencialmente reaccionaria, en el sentido histórico de este término" (*El culto a Bolívar*, ed. cit., p. 47).

75. El título exacto de la obra no era *Memoirs of General John Miller*, etc., sino *Memoirs of General Miller*, etc.; como apuntáramos anteriormente, aunque la redacción de las memorias estuvo a cargo de John Miller, no fue éste sino su hermano William Miller el que luchó en los ejércitos de San Martín y Bolívar.

76. A juzgar por estas líneas de Marx, su artículo sobre Bolívar habría resultado demasiado fuerte para Charles Dana, coeditor de *The New American Cyclopædia;* los editores de las *MEW* mencionan una carta de Dana a Marx, fechada el 25 de enero de 1858, pero no reproducen su texto.

77. Faustin Soulouque (¿1782? -1867), presidente (1847-49) y luego emperador de Haití. En un artículo de junio de 1883 (*MEW*, t.

XXI, p. 7) dice Engels que "el rey negro Souiouque, de Haití", fue "el verdadero prototipo de Luis Napoleón III".

78. José Segundo Flórez, *Espartero. Historia de su vida militar y política*, etc., 4 tomos, 2a. ed., Madrid, 1844-45.

79. Príncipe, M.A.; Girón, R.; Satorres, R.; Ribot, A., *Espartero: su pasado, su presente, su porvenir*, etcétera.



EL COMERCIO INGLES

[I]

FRIEDRICH ENGELS

[ ] Si la guerra contra Napoleón hubiese sido realmente una guerra de la libertad contra el despotismo, habría tenido por resultado que todas las naciones sometidas por Napoleón, tras el derrocamiento de éste, proclamaran los principios de la igualdad y disfrutaran de sus beneficios. Pero se dio exactamente el caso inverso. Por parte de los ingleses, la aterrada aristocracia británica, secundada por la plutocracia, dio comienzo a la guerra porque una y otra vieron en ella una enorme fuente de beneficios —mediante los reiterados empréstitos y el acrecentamiento de la deuda pública— y se les ofreció la oportunidad de acceder a los mercados sudamericanos e inundarlos con sus mercancías, así como de conquistar las colonias francesas, españolas y holandesas que les parecieran adecuadas para llenar aun mejor sus bolsillos. La guerra fue para ellas la oportunidad de poner en práctica, despóticamente, el principio de "Britannia, rule the waves"[1], y poder arruinar así el comercio de cualquier otra nación cuya competencia amenazara con perjudicar su propio enriquecimiento constante; por último, esas clases quisieron reivindicar de este modo su derecho a obtener enormes beneficios abasteciendo a los mercados europeos, a despecho del sistema continental napoleónico. [ ]

[De la segunda carta de Engels sobre *La situación en Alemania* publicada en *The Northern Star*, el 8 de noviembre de 1845. Escrita a fines de octubre. *MEW*, t. II, p. 571.]

[II]

KARL MARX

[ ] Hasta entonces habían ido de la mano los intereses de la plutocracia, que había convertido a la India en sus haciendas rústicas; de la oligarquía, que la había conquistado con sus ejércitos, y de la fabricocracia [millocracy], que la había inundado con sus artículos. Pero cuanto más dependían del mercado indio los intereses industriales, tanto más experimentaban la necesidad de crear nuevas fuerzas productivas en la India, después de haber arruinado su industria nativa. No se puede seguir inundando a un país de productos manufacturados, a menos que se le ponga en condiciones de vender, a cambio, algunos productos. Los intereses industriales advirtieron que su comercio decrecía, en vez de aumentar. Durante el cuatrienio que finaliza en 1846, las importaciones indias procedentes de Gran Bretaña ascendieron a 261 millones de rupias; en el cuatrienio que termina en 1850 sólo fueron de 253 millones, mientras que las exportaciones del período precedente alcanzaron un monto de 274 millones de rupias, y las del último período 254 millones. Descubrieron que la capacidad de consumir sus mercancías se había reducido hasta el nivel más bajo posible; que el consumo de sus manufacturas por las Indias Occidentales Británicas alcanzaba a un valor de 14 chelines per cápita anuales; por Chile, de 9 chelines 3 peniques; por Brasil de 6 chelines 5 peniques; por Cuba de 6 chelines 2 peniques; por el Perú de 5 chelines 7 peniques; por América Central de 10 peniques, mientras que en la India ascendía a sólo 9 peniques, aproximadamente [ ]

[Del artículo *The East India Company — Its History and Results*, fechado en Londres el 2 de junio de 1853 y publicado el 11 de julio de ese año en *The New-York Daily Tribune*. Traducido del texto original inglés, según la recopilación: Marx/Engels, *On Colonialism*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, s. f. (¿1959?). pp. 48-49.]

[III]

KARL MARX

[ ] De informes recién publicados sobre la navegación y el comercio[2] tomo la siguiente reseña:

Monto global del valor declarado para la exportación de productos y mercancías manufacturadas británicos e irlandeses en los años 1831, 1842 y 1853:[3]

	1831	1842	1853
	£	£	£
Países extranjeros:			
Cuba	663 531	711 938	1 124 864
Haití	376 103	141 896	133 804
México	728 858	374 969	791 940
Nueva Granada	248 250	231 711	450 804
Venezuela			248 190
Brasil	1 238 371	1.756 805	3 186 407
Uruguay	339 870	969 791	529 883
Buenos Aires			551 035
Chile	651 617	950 466	1 264 942
Perú	409 003	684 313	1 246 730
Exportación total a países extranjeros	26 909 432	34 119 587	65 551 579
Posesiones británicas:			
Indias Occidentales	2 581 949	2 591 425	1 906 639
Exportación total a posesiones británicas	10 254 940	13 261 436	38 382 202
Monto global de la exportación a las posesiones británicas y al extranjero	37 164 372	47 381 023	98 933 781

El *Economist* elige el año 1842 para poner de manifiesto los adelantos del libre comercio desde esa época[4], y al hacerlo olvida, con la ñoñez habitual, que 1842 fue un año de depresión comercial y 1853 uno de prosperidad máxima.

[De un artículo fechado en Londres el 14 de setiembre de 1854 y publicado, sin título, en *The New-York Daily Tribune* del 2 de octubre de ese año. *MEW*, t. X, p. 504-505.]

[IV]

KARL MARX

[.] Con los datos proporcionados por lord Stanley of Alderley[5] hemos compuesto la siguiente tabla, que muestra en qué grado la balanza comercial de diversos países es favorable o desfavorable con respecto a Gran Bretaña:

Balanza comercial
desfavorable a Inglaterra en los años 1855, 1856 y 1857[6]

8. Indias Occidentales Británicas	6 906 314 libr. est.
9. Perú	6 282 382 " "
11. Cuba y Puerto Rico	4 853 484
22. Chile	693 155
23. Buenos Aires	107 676

Balanza comercial
favorable a Inglaterra en los años 1855, 1856 y 1857

4. Brasil	7 131 160 libr. est.

El mero hecho de que la importación británica haya superado a la exportación, durante tres años, en

97.000.000 de libras esterlinas, en modo alguno justificaría las vociferaciones en que actualmente prorrumpen los británicos, según las cuales ellos "practican su comercio con una pérdida anual de 33.000.000 de libras esterlinas" y de este comercio sólo se benefician países extranjeros. El volumen enorme y siempre creciente del capital británico invertido en todas partes del mundo, ha de ser pagado con intereses, dividendos y beneficios, todos los cuales, en gran parte, deben amortizarse bajo la forma de productos extranjeros que, consiguientemente, engrosan la nómina de las importaciones británicas. Por encima de la importación correspondiente a la exportación, existe necesariamente un excedente de importaciones que no se puede registrar como pago de mercancías, sino como renta del capital. De ahí que la llamada balanza comercial deba ser siempre, en términos generales, favorable al resto del mundo y desfavorable a Inglaterra, porque el resto del mundo tiene que pagarle a Inglaterra no sólo las mercancías que le compra, sino también los intereses de las deudas que con ella ha contraído. Un factor realmente inquietante para Inglaterra, que se desprende de las comprobaciones precedentes, es que evidentemente ese país no está en condiciones de encontrar dentro de fronteras un campo de actividad suficiente para su enorme capital; por tanto tiene que prestarlo en proporciones siempre crecientes y, en este respecto, al igual que Holanda, Venecia y Génova en la época de su decadencia, forjar ella misma las armas para sus competidores. Está forzadá, por la concesión de grandes créditos, a promover la especulación en otros países de manera de encontrar un campo de actividad para su capital excedente y, de esta suerte, tiene que aventurar su ya alcanzada prosperidad, con vistas a aumentar y conservar el capital. Hallándose obligada a conceder grandes créditos a otros países industriales, como por ejemplo al continente europeo, Inglaterra misma facilita a sus rivales industriales los medios para competir con ella en la obtención de materias primas y, por tanto, coadyuva así a encarecer las materias primas para sus propios productos manufacturados. La exigua tasa del beneficio que le resta, pues, al fabricante británico —y que se reduce, aun más, por el hecho de que un país cuya mera subsistencia depende de

su monopolio como taller del mundo, debe vender necesariamente más barato que los demás—, esa tasa del beneficio tan menguada, sólo se compensa cercenando los salarios de la clase obrera y acelerando la pauperización progresiva dentro de fronteras. Tal es el precio natural que paga Inglaterra por su superioridad comercial e industrial.

Cuadro comparativo del valor de las importaciones y exportaciones del Reino Unido, de y a los países extranjeros más importantes y las posesiones británicas en los años 1854, 1855 y 1856.[8]

		Importación	Valor de la exportación		
		Valor real (estimado) de la importación	Valor declarado de los productos del Reino Unido	Valor real (estimado) de los productos extranjeros y coloniales	TOTAL
País Extranjero	Año	en £	en £	en £	en £
Cuba y Puerto Rico	1854	3 369 444	1 073 1	4 727	1 078 588
	1855	2 332 753	1 077 745	22 933	1 100 678
	1856	2 654 580	1 398 837	25 190	1 424 027
Brasil	1854	2 083 9	2 891 840	119 982	3 011 822
	1855	2 273 819	3 312 728	128 550	3 441 278
	1856	2 229 048	4 084 537	179 979	4 264 516
Buenos Aires	1854	1 285 186	1 267 125	32 565	1 299 690
	1855	1 052 033	742 442	26 383	768 825
	1856	981 193	998 329	43 892	1 042 221
Chile	1854	1 380 563	1 421 855	43 589	1 465 444
	1855	1 925 271	1 330 385	56 688	1 387 073
	1856	1 700 776	1 396 446	64 492	1 460 938
Perú	1854	3 138 529	949 289	22 236	971 525
	1855	3 484 288	1 285 160	60 278	1 345 438
	1856	3 048 694	1 046 010	26 154	1 072 164
Total del extranjero	1854	118 239 554	63 800 605	15 645 612	79 446 217
	1855	109 959 539	69 524 475	18 710 749	88 235 224
	1856	129 517 568	83 327 154	20 035 442	103 362 596

Posesiones británicas

País Extranjero	Año	Importación: Valor real (estimado) de la importación en £	Valor de la exportación: Valor declarado de los productos del Reino Unido en £	Valor real (estimado) de los productos extranjeros y coloniales en £	TOTAL en £
Islas británicas	1854	3 977 271	1 870 674*	66 690	2 037 364
en las Indias	1855	3 978 278	1 389 992	136 022	1 526 014
Occidentales	1856	4 157 098	1 462 156	180 799	1 642 955
	1854				
	1854	1 636 267	**	31 779	31 779
Guayana	1855	1 491 934	421 398		456 587
Británica	1856	1 418 264	411 241	41 248	452 489
Posesiones	1854	34 149 499	33 384 121	2 990 754	36 374 875
británicas,	1855	33 583 311	26 163 610	2 292 466	38 456 076
total	1856	43 026 586	32 499 794	3 357 963	35 857 757
Extranjero y					
posesiones	1854	152 389 053	97 184 726	18 636 366	115 821 092
británicas,	1855	143 542 850	95 688 085	21 003 215	116 691 300
total	1856	172 544 154	15 826 948	23 393 405	139 220 353

* Incluida Guayana Británica
** Incluido en Indias Occidentales.

[Del artículo *"The British Trade", publicado el 3 de febrero de 1858 en The New-York Daily Tribune.* Escrito a comienzos de enero de 1858. *MEW*, t. XII, p. 362-263, 364-365, 366, 367, 368.]

[V]

KARL MARX

[ ] Además de la India, aquellos países europeos y no europeos no afectados hasta el presente por las repercusiones de la crisis comercial han sido inundados de mercancías británicas, circunstancia que ciertamente no obedece a una demanda suya sino a la realización de un experimento. Los países sujetos a tales bendiciones fueron Bélgica, España y sus colonias, ciertos estados italianos —principalmente el Reino de las Dos Sicilias—, Egipto, México, América Central, Perú, China y algunos mercados menores. Al mismo tiempo, cuando llegaron de Brasil las más infaustas noticias y se redujo la exportación total a ese país, algunos ramos de la industria británica, sometidos a la imperiosa necesidad de encontrar salida para el remanente de su producción, no sólo no restringieron sus envíos de mercancías a ese país sino que los multiplicaron. Durante el mes de abril, en efecto, los paños, la loza y la porcelana destinados al Brasil aumentaron tanto en cantidad como en valor declarado. Nadie puede considerar que estamos aquí ante una exportación bona fide[a]. Lo mismo es válido para Australia, que durante los primeros meses de la crisis hizo las veces de centro de absorción elástico. Australia estaba entonces, y lo sigue estando ahora, abarrotada de mercancías; súbitamente la situación se invirtió, se redujo toda la exportación con ese destino, pero, una vez más, ciertos ramos de la industria británica no han reducido sino ampliado sus entregas —desde luego que con fines especulativos— pese a las advertencias de todos los periódicos locales australianos. Los cuadros de exportación correspondientes al mes de abril, pues, no deben ser vistos como termómetro bona fide[b] que indique la animación reinante en la industria británica, sino como una simple antena, extendida para verificar cuál es la pre-

[a] De buena fe, sólida.- [b] Fiel.

sión que los mercados mundiales pueden resistir en la oportunidad. En el siguiente cuadro se registra el valor declarado de la exportación británica e irlandesa en los tres meses que finalizan el 31 de marzo de 1858, comparado con el período correspondiente del año 1857.

Estados extranjeros a los que se exporta[3]

	1857 L. est.	1858 L. est.
Antillas (no británicas)	620 022	521 435
México	112 277	151 890
América Central	22 453	46 201
Nueva Granada	88 502	117 411
Venezuela	105 417	62 685
Ecuador	2 099	—
Brasil	1 292 325	826 583
Uruguay	145 481	177 281
Buenos Aires	285 187	279 913
Chile	336 309	270 176
Perú	209 889	299 725
Exportación total a los estados extranjeros	20 696 473	14 940 756
Posesiones británicas		
Islas británicas en las Indias Occidentales	334 024	426 421
Guayana Británica	122 249	95 385
Honduras (factorías británicas)	28 363	31 869
Exportación total a las posesiones británicas	8 191 020	8 569 534
Exportación total a los estados extranjeros y a las posesiones británicas	28 887 493	23 510 290

[Del artículo "La situación del comercio británico" (ignoramos el título inglés exacto) fechado en Londres el 8 de junio de 1858 y publicado el 21 de ese mes en *The New-York Daily Tribune*. *MEW*, t. XII, p. 498, 500, 501.]

[VI]

KARL MARX

[ ] Que a una súbita expansión del comercio siga su drástica contracción, o que un nuevo mercado, al abrirse, sea abarrotado de mercancías inglesas, sin calcular muy precisamente si los artículos que se lanzan a ese mercado guardan relación con las necesidades reales o la capacidad adquisitiva de los consumidores, en modo alguno es un fenómeno exclusivamente característico del comercio chino. En realidad, es un hecho habitual en la historia de los mercados mundiales. Cuando se produjeron la caída de Napoleón y la apertura del continente europeo a las importaciones británicas, éstas terminaron por estar en tal disconformidad con la capacidad de absorción de aquél que "la transición de la guerra a la paz" fue más catastrófica que el propio bloqueo continental. El reconocimiento, por Canning, de la independencia de las colonias españolas en América contribuyó asimismo a desencadenar la crisis comercial de 1825. Se despacharon a México y Colombia, por ese entonces, mercancías previstas para el clima de Moscú. [ ]

[De un artículo publicado como editorial, el 5 de octubre de 1858, en *The New-York Daily Tribune*. Escrito hacia el 10 de setiembre de ese año. Traducido del original inglés según *On Colonialism*, ed. cit., p. 194-195.]

[VII]

KARL MARX

[ ] La India, ella sola, tiene que pagar un tributo de aproximadamente 5 millones en concepto de "buen gobierno", intereses y dividendos del capital británico, etc., monto en el que no se incluyen las sumas enviadas anualmente a la metrópoli por los funcionarios, como ahorros de sus sueldos, y por los comerciantes ingleses como parte de sus beneficios, para ser invertidas en Inglaterra. Por los mismos conceptos todas las colonias británicas tienen que hacer continuamente grandes remesas. La mayor parte de los bancos en Australia, Indias Occidentales y Canadá están constituidos con capital británico y los dividendos deben pagarse en Inglaterra. Esta posee en abundancia, asimismo, títulos extranjeros de deuda pública, europeos, norteamericanos y sudamericanos, por los que percibe intereses. A esto se añade su participación en ferrocarriles, canales, minas, etc., extranjeros, con los dividendos consiguientes. Las remesas por todos estos rubros se efectúan casi exclusivamente en productos, y superan el monto de la exportación inglesa. Lo que de Inglaterra, a su vez, se remite al extranjero con destino a los tenedores de títulos ingleses y para consumo de los ingleses en el exterior, es comparativamente una cantidad ínfima. [ ]

[De: *Das Kapital*, t. III. Publicado en 1894. *MEW*, t. XXV, p. 604-605.]

[VIII]

FRIEDRICH ENGELS

PROTECCION ADUANERA Y LIBRE COMERCIO

[ ] Al amparo de esta protección surgió y se desenvolvió en Inglaterra, en el último tercio del siglo XVIII, el sistema de la gran industria moderna, de la producción mediante la maquinaria y la fuerza del vapor. Y, como si la protección aduanera común y corriente no hubiera bastado, se echó mano a las guerras contra la Revolución Francesa para asegurar a Inglaterra el monopolio de los nuevos métodos industriales. Durante más de veinte años los buques de guerra ingleses mantuvieron cortados los vínculos entre los competidores industriales de Inglaterra y sus mercados coloniales respectivos, abriendo a la vez, a viva fuerza, esos mercados al comercio inglés. La separación de las colonias sudamericanas de sus metrópolis europeas, la conquista de todas las colonias holandesas y francesas más importantes por Inglaterra, el paulatino avasallamiento de la India, transformaron a todos estos países en clientes para la industria inglesa. Inglaterra, de esta suerte, completó el proteccionismo ejercido en la metrópoli con el librecambio impuesto al extranjero allí donde ello fuera posible. Merced a esta feliz combinación de ambos sistemas se encontró en 1815, al término de la guerra, en posesión del monopolio efectivo del comercio mundial, al menos en lo tocante a todos los ramos industriales decisivos. [ ]

[Del prólogo de Engels a la edición norteamericana del "Discours sur la question du libre échange" de Marx. Escrito en abril-mayo y publicado —en la versión alemana del propio Engels— por *Die Neue Zeit* en julio de 1888. *MEW*, t. XXI, p. 361.]

[IX]

FRIEDRICH ENGELS

[. .] E incluso en asuntos de negocios, el engreimiento del chovinismo nacional es un pésimo consejero. Hasta hace muy poco el fabricante inglés corriente tenía por humillante hablar otro idioma que el suyo propio, y hasta cierto punto se envanecía de que esos "pobres diablos" de los extranjeros se establecieran en Inglaterra, descargándolo del trabajo de colocar sus propios productos en el exterior. No advertía siquiera que esos extranjeros, alemanes los más de ellos, pasaban a controlar una gran parte del comercio exterior inglés —la importación tanto como la exportación— y que el comercio directo de los ingleses con el extranjero se circunscribía cada vez más a las colonias, China, los Estados Unidos y América del Sur. [.] Por último, hace unos diez años, el temor se apoderó del fabricante inglés, quien consultó a sus embajadores y cónsules: ¿cómo era que ya no podía retener a sus clientes? La respuesta unánime fue: 1) ustedes no aprenden el idioma de sus clientes, sino que exigen que éstos aprendan el de ustedes; y 2) no tratan siquiera de satisfacer las necesidades, hábitos y gustos de sus clientes, sino que exigen que ellos adopten los de ustedes, los de Inglaterra. [ ]

[De la introducción a la edición inglesa —*Socialism — Utopian and Scientific*, 1892— de *Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*. Nuestra versión se basa en la que realizara, al alemán, el propio Engels en junio de 1892. *MEW*, t. XXII, p. 307-308.]

NOTAS

1. "Britania, gobierna las olas" Canción patriotera de James Thomson (1700-48) y David Mallet (¿1705? -65).

2. En *The Economist* del 9/IX/1854. Los editores de las *MEW* han corregido diversos errores de imprenta cometidos en *The New-York Daily Tribune.*

3. Sólo mantenemos en el cuadro de Marx los datos correspondientes a países de América Latina o colonias en ella, y, a los efectos comparativos, el valor total de las exportaciones al extranjero o a las colonias.

4. En 1842 la Liga contra las Leyes Cerealeras, dirigida por Richard Cobden y John Bright, había obtenido la reducción de los gravámenes a la importación de trigo, medida que constituyó una importante victoria de la burguesía industrial británica sobre los sectores agrarios.

5. Lord Stanley of Alderley (1802-69), ministro de comercio, analizó en una extensa carta (enero de 1858) la evolución del comercio británico en los años 1855-57.

6. No incluimos, en esta tabla y la siguiente, más que los datos referentes a países latinoamericanos o colonias en nuestras tierras.

ECOS DE LA INTERVENCION FRANCOBRITANICA EN EL PLATA[1]

[I]

FRIEDRICH ENGELS

[ ] El estado de cosas, precisamente en Polonia, es de una claridad meridiana. Los tenderos alemanes allí establecidos hace siglos, se han sentido políticamente tan poco ligados a Alemania, desde tiempos inmemoriales, como los alemanes de Norteamérica, o como la "colonia francesa" en Berlín o los 15.000 franceses de Montevideo a Francia. Se han vuelto, en la medida en que ello era posible en los descentralizados tiempos de los siglos XVII y XVIII, polacos, polacos de habla alemana que desde hace mucho han renunciado completamente a todo nexo con la metrópoli. [ ]

[Del primer artículo de la serie *Die Polendebatte in Frankfurt*, publicado el 9 de agosto de 1848 en la *Neue Rheinische Zeitung*. *MEW*, t. V, p. 321.]

[II]

KARL MARX

[ ] El mero sentido común le sugiere al pueblo inglés, aunque no esté tan hondamente iniciado en los misterios de la política francesa como Mr. Disraeli, que el aventurero sin escrúpulos[a] al que no controla ni un parla-

[a] Luis Bonaparte.

mento ni la prensa, precisamente por ello sería el candidato indicado para caer como un pirata sobre Inglaterra, luego de haber agotado el erario de su propio país con sus extravagancias y despilfarros.

Mr. Disraeli aduce luego varios ejemplos para demostrar en qué medida la armónica coincidencia del último gobierno [inglés] con Bonaparte ha coadyuvado al mantenimiento de la paz: así, el amenazante conflicto entre Francia y Suiza[2], la apertura de los ríos sudamericanos[3], el conflicto entre Prusia y Neuchâtel[4], la declaración de las tres potencias —por la cual los Estados Unidos, bajo presión, se sumaban a la renuncia de Cuba[5]—, la acción común en el Levante con respecto a Tanzimat[6] en Egipto, la revisión del tratado de sucesión griego[7], la armónica cooperación en lo tocante a la regencia tunecina, etc.[8] Esto me recuerda cómo cierto miembro del partido del orden, en Francia, celebró en un discurso pronunciado a fines de noviembre de 1851 la armónica concordancia entre Napoleón y la mayoría de la Asamblea Nacional, concordancia que le había permitido a la segunda despachar con tanta facilidad asuntos relativos al derecho electoral, las coaliciones y la prensa. Dos días después se había ejecutado el coup d'état. [ ]

[Del artículo "El atentado contra Francisco José — La insurrección de Milán — Política británica — El discurso de Disraeli — El testamento de Napoleón", fechado en Londres el 22 de febrero de 1853 y publicado en *The New-York Daily Tribune* el 8 de marzo de ese año. Traducción basada en *Gesammelte Schriften 1852-1862*, ed cit., t. I, p. 105-106, y *MEW*, t. VIII p. 532-533.]

[III]

KARL MARX

[.] Ahora bien, el tratado de Utrecht, renovado en 1782, había sido abrogado definitivamente por la guerra antijacobina y, en consecuencia, carecía de toda vigencia desde 1792. En la Cámara de los Comunes nadie lo sabía mejor que el noble lord[a], quien en oportunidad de los debates sobre los bloqueos a México y Buenos Aires había declarado personalmente ante el cuerpo legislativo[9] que "las disposiciones del tratado de Utrecht han caducado hace mucho tiempo por las vicisitudes de la guerra, salvo una única cláusula referente a los límites entre Brasil y la Guayana Francesa, y ello porque expresamente se incorporó esa cláusula al tratado de Viena"

[Del tercer artículo de la serie *Lord Palmerston*, publicado el 5 de noviembre de 1853 en *The People's Paper*. Traducido del original inglés según Karl Marx, *Secret Diplomatic History of the Eighteenth Century — The Story of the Life of Lord Palmerston*, Laurence & Wishart, Londres, 1969, p. 190.]

[a] Palmerston.

[IV]

KARL MARX

[ ] En las últimas semanas Punch[10], presentó no pocas veces a lord Palmerston como al clown de la obra de títeres. Este payaso, como es sabido —alborotador de profesión, aficionado a ruidosas trifulcas, urdidor de malignas desinteligencias, virtuoso de la camorra— sólo se siente a sus anchas en medio de la batahola que él provoca y en la cual arroja por la ventana a la madre, al niño y por añadidura a la policía, para, en fin de cuentas, zumbón y malévolamente alegre, zafar más o menos ileso del peligro. Y de esta suerte lord Palmerston —desde el punto de vista de lo pintoresco— aparece ciertamente como un espíritu infatigable y movedizo que busca dificultades, complicaciones y embrollos en calidad de material corriente de su actividad, y que por ende provoca conflictos donde no los encuentra hechos. Ningún ministro inglés de relaciones exteriores se ha mostrado tan activo en cada rincón del globo: bloqueos del Escalda, del Tajo, del Duero[11], bloqueos de México y Buenos Aires, expediciones a Nápoles[12], expediciones a favor de Pacífico[13], expediciones al golfo Pérsico[14], guerras en España por la "libertad"[15] y en China para introducir el opio[16], litigios fronterizos en Norteamérica[17], campañas contra Afganistán[18], bombardeo a San Juan de Acre[19], disputas relativas al derecho de registro de barcos hallados frente a las costas occidentales de Africa[20], ruptura de la paz hasta en el *Pacífico*, y todo esto acompañado y complementado por un sinfín de notas conminatorias, rimeros de protocolos y protestas diplomáticas. Todo este estrépito suele disolverse en acalorados debates parlamentarios, que deparan al noble lord otros tantos triunfos efímeros. Parece manejar los conflictos internacionales como un artista: lleva las cosas hasta cierto punto, pero se repliega no bien amenazan con ponerse demasiado serias y le han procurado ya la excitación dramática que le es grata. La propia historia universal, a su parecer, no es más que un pasatiempo inventado expresamente para el regodeo

privado del noble vizconde Palmerston of Palmerston. Es ésta la primera impresión que la abigarrada diplomacia palmerstoniana suscita en el observador ingenuo. Un análisis más atento, no obstante, muestra que por extraña coincidencia es siempre un país el que obtiene ventajas de las idas y venidas diplomáticas de Palmerston, y por cierto no Inglaterra, sino Rusia[21] [ ]

[Del segundo de dos artículos sobre *Lord Palmerston*, publicado el 19 de febrero de 1855 en la *Neue Oder-Zeitung*. *MEW*, t. XI, p. 62-63.]

[V]

KARL MARX

[. . .] Los preparativos bélicos de Piamonte, los comunicados —lindantes con declaraciones de guerra a Austria— que día a día emanan de la prensa piamontesa oficiosa y oficial, nos corroboran en la conjetura de que el rey se servirá del primer pretexto para curzar el Ticino[22]. Fuentes privadas y dignas de crédito, por otra parte, han confirmado la noticia de que Garibaldi, el héroe de Montevideo y Roma, ha sido llamado a Turín. Cavour mantuvo una entrevista con Garibaldi; le informó que se esperaba para dentro de poco el estallido de una guerra y le dio a entender que sería aconsejable reclutar voluntarios y organizarlos. [. .]

[Del artículo publicado como editorial, sin título, el 24 de enero de 1859 en *The New-York Daily Tribune*. Escrito alrededor del día 5 de ese mes. *MEW*, t. XIII, p. 162-163.]

NOTAS

1. La intervención francesa, después franco-británica, en el Plata, motivó algunas referencias menores en la obra de Marx y Engels. Las hemos agrupado en este capítulo, junto a un breve texto en el que se alude incidentalmente a la participación de Garibaldi en la defensa de Montevideo.

2. El conflicto (1851-52) fue el resultado de la exigencia, formulada por el gobierno de Luis Bonaparte, de que Suiza expulsara de su territorio a exiliados franceses republicanos.

3. Se alude al bloqueo anglo-francés —iniciado en 1845— de la Argentina, a la cual exigían los aliados que permitiese la "libre navegación" del Paraná y el Uruguay. Inglaterra levantó el bloqueo en 1849 (tratado Arana-Southern, 24 de noviembre) y Francia el año siguiente (Arana-Lepredour, 31 de agosto), reconociendo ambas la soberanía de la Confederación Argentina sobre sus ríos y devolviéndole las presas hechas durante la contienda.

4. El principado de Neuchátel, se incorporó en 1815 a Suiza como cantón, aunque sin perder totalmente sus antiguos vínculos con la monarquía prusiana. La presión franco-británica contribuyó a que Prusia no aplastara a Neuchátel cuando éste proclamó, en 1848, la ruptura definitiva de esos lazos.

5. La "declaración de las tres potencias" en realidad no pasó de ser un proyecto, pues Estados Unidos rehusó sumarse a la misma. El 1º de diciembre de 1852 el secretario de Estado, Edward Everett, le escribió al conde Sartigues, embajador francés, que si bien "el presidente no ambiciona vehementemente [covet] adquirir a Cuba para los Estados Unidos", tal adquisición está "en el orden natural de las cosas"; la isla, que le cuesta más a España "que todo lo que le cuesta al gobierno federal el aparato militar y naval de los Estados Unidos", "monta guardia a las puertas de nuestro tráfico con California a través de la ruta del istmo" (nada mejor, al parecer, que las viejas conquistas para justificar las nuevas) (cfr. *The Record of American Diplomacy*, sel. y ed. por Ruhl J. Bartlett, N.Y., 1964, pp. 238-239).

6. Las "Tansimat" ("leyes"; erróneamente en las *MEW* y la edición Riazánov se emplea este sustantivo turco como si estuviera en singular) eran una serie de disposiciones reformistas, aprobadas a partir de 1839, que daban forma legal a un compromiso entre el sultán y la burguesía turca. Cuando en 1851 el sultán procuró extender la

aplicación de esas leyes a Egipto para restablecer su dominio sobre este país, vuelto prácticamente independiente bajo el jedive Mehmet Alí, recibió el apoyo de Inglaterra y Francia, que deseaban aumentar su influencia en los asuntos internos egipcios.

7. En noviembre de 1852 las potencias garantes del tratado de sucesión griego lo modificaron para que el trono helénico no recayera en el sucesor cristiano ortodoxo del rey Otón I (que no tenía descendencia); se designó nuevo heredero al príncipe Adalberto de Baviera.

8. Actuando de común acuerdo con Turquía, a cuya herencia aspiraban, Inglaterra y Francia habían frustrado intentos indenpendentistas de Túnez.

9. Se trata de un discurso pronunciado por Palmerston, el 19 de marzo de 1839, en los Comunes. Francia bloqueó las costas mexicanas desde abril de 1838 hasta marzo del año siguiente, durante la llamada "guerra de ios pasteles", obligando finalmente a México a pagar una "indemnización" de tres millones de francos. Según los editores de las *MEW* el bloqueo de Buenos Aires al que se alude en el texto es el franco-británico, iniciado en 1845; obviamente Marx se refiere al bloqueo francés de setiembre de 1838 a octubre de 1840, finalizado por la convención Arana-Mackau.

10. *Punch, or the London Charivari*, semanario humorístico inglés fundado en 1841, de tendencia liberal.

11. El bloqueo del Escalda (1832) por una escuadra anglo-francesa tenía como fin el de obligar a que Holanda reconociera, o por lo menos tolerase, la independencia de Bélgica. Los del Tajo y del Duero contribuyeron a definir en favor de los "constitucionalistas" la guerra civil portuguesa de 1828-1834: a más del bloqueo, una moderna escuadra británica, bajo bandera portuguesa, derrotó y capturó en San Vicente la flota de don Miguel y obligó a levantar el sitio de Oporto (1834).

12. Palmerston ordenó esta expedición, en 1840, para que Fernando II, rey de las Dos Sicilias, anulara la concesión a una compañía francesa del monopolio de la explotación azufrera.

13. Tal vez el caso del prestamista David Pacífico ilustre, mejor que otro ninguno, los métodos aplicados en política exterior por el hombre que había hecho bloquear a Buenos Aires. La casa de Pacífico, súbdito británico nacido en Gibraltar, fue saqueada e incendiada por una muchedumbre durante disturbios ocurridos en Atenas (1847); su poseedor sostuvo que en el siniestro se habían perdido los únicos comprobantes de una misteriosa deuda, por 27.000 libras, que mantenía con él el gobierno portugués, y reclamó a las autoridades griegas que se la pagasen. Como éstas se inclinaban al escepticismo más radical, Palmerston, fundándose en un pretexto tan absurdo y en la ciudadanía británica de Pacífico, hizo bloquear a El Pireo y secuestrar barcos griegos hasta que Atenas se vio obligada a ceder.

14. Estas expediciones se realizaron en 1838, con la finalidad de obligar al shah a que levantara el sitio de Herat e imponerle un tratado comercial leonino.

15. Marx alude irónicamente a las guerras carlistas del cuarto decenio del siglo XIX, en las que Inglaterra respaldó al bando liberal.

16. Se trata de la Primera Guerra del Opio (1839-42), gracias a la cual Inglaterra pudo imponer a los chinos la libre importación de la droga así como de otras mercancías británicas (las que en adelante no podrían ser gravadas con derechos superiores al 5%), y también la extraterritorialidad de los europeos, la apertura de cinco grandes puertos y la cesión permanente del de Hong Kong.

17. Probablemente Marx se refiere al conflicto de Oregón (este nombre designaba toda la región comprendida entre las Rocosas y el Pacífico, el N. de California y el S. de Alaska); el convenio del 15 de junio de 1846, que adjudicó a Estados Unidos el territorio que hoy comprende los estados de Washington, Idaho y Oregón, y a Inglaterra la isla de Vancouver y la Columbia Británica, puso término al litigio.

18. Campañas de 1838-41 y 1842 contra los afganos, que terminaron en derrotas de los invasores británicos.

19. El bombardeo anglo-austríaco de San Juan de Acre (noviembre de 1840), constituyó una de las medidas adoptadas para que el jedive egipcio Mehmet Alí renunciase a sus ganancias territoriales en Siria, obtenidas a expensas del gobierno central turco.

20. Sobre el "derecho de registro" véase, en el capítulo "La esclavitud en América" de esta recopilación, el artículo de Marx "El gobierno británico y la trata".

22. No todas las "idas y venidas diplomáticas" de Palmerston favorecían los intereses rusos, pero en ocasiones Marx tendía a mezclar en el mismo costal toda harina enemiga. Riazánov señala correctamente que en lo esencial —la valoración negativa de la política palmerstoniana— Marx tenía razón, pero que se equivocaba al suponer que el "noble lord" era un rusófilo por principio: "Su principio supremo eran los intereses de la oligarquía inglesa". El propio Palmerston definió cierta vez, con cinismo esclarecedor, cuál era su actitud ante la *eternidad de las alianzas internacionales: "Por eso digo que es una* política timorata la de suponer que tal o cual país está predestinado a ser el aliado eterno o el enemigo perpetuo de Inglaterra. No tenemos ningún aliado eterno y ningún enemigo perpetuo. Nuestros intereses son eternos y perpetuos, y ajustarnos a esos intereses es nuestro deber. Cuando vemos que otros países avanzan en la misma dirección y persiguen el mismo objetivo que nosotros mismos, los consideramos nuestros amigos y *creemos por el momento* que estamos con ellos en los mejores términos; cuando vemos que otros países adoptan un punto de vista diferente y estorban el logro de los fines que perseguimos, es nuestro deber tomar en consideración la manera diferente en que persiguen el mismo objetivo" (véase nota de Riazánov en Marx/Engels, *Gesammelte Schriften*, etc., ed. cit., t. I, p. 499).

23. Víctor Manuel II (1820-78), rey de Cerdeña (Piamonte) de 1849 a 1861 y más tarde de Italia (1861-78).



LA ESCLAVITUD EN AMERICA[1]

[I]

KARL MARX

[.] [San Sancho[2]] se imagina que los negros revolucionarios de Haití y los negros fugitivos de todas las colonias no querían liberarse *a sí mismos*, sino liberar "*al* hombre". [ ]

[De: *Die deutsche Ideologie.* Escrita entre setiembre de 1845 y mediados de 1846. *MEW*, t. III, p. 290.]

[II][3]

[a]

De Marx a Ánñenkov

Bruselas, 28 de diciembre [de 1846].

[. . .] Voy a proporcionarle ahora un ejemplo de la dialéctica del señor Proudhon.

La libertad y *la esclavitud* forman un antagonismo. No necesito ocuparme de los lados buenos ni de los malos de la libertad. En cuanto a la esclavitud, no preciso hablar de sus lados malos. Lo único que hay que explicar es el lado bueno de la esclavitud. No se trata de la esclavitud indirecta, de la esclavitud del proletario; se trata de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en Suri-

nam, en el Brasil, en las comarcas meridionales de Norteamérica.

La esclavitud directa es el fundamento de nuestro industrialismo actual, al igual que las máquinas, el crédito, etc. Sin esclavitud no tendríamos algodón, sin algodón no tendríamos industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias; son las colonias las que han creado el comercio mundial; es el comercio mundial el que constituye la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Por ello, con anterioridad a la trata de negros, las colonias no proporcionaban al Viejo Mundo más que muy pocos productos y no habían cambiado visiblemente la faz de la tierra. La esclavitud, pues, es una categoría económica de enorme importancia. Sin la esclavitud, Norteamérica, el pueblo más progresista, se transformaría en un país patriarcal. Si suprimimos a Norteamérica del mapa de las naciones tendremos la anarquía, la decadencia completa del comercio y de la civilización moderna. Pero hacer que desaparezca la esclavitud equivaldría a suprimir a Norteamérica del mapa de las naciones. Por tanto la esclavitud, por ser una categoría económica, se advierte desde el comienzo del mundo entre todos los pueblos. Los pueblos modernos no han hecho más que encubrir la esclavitud entre ellos mismos e introducirla sin tapujos en el Nuevo Mundo. ¿Cómo procederá nuestro buen señor Proudhon luego de estas reflexiones sobre la esclavitud? Buscará la síntesis de la libertad y de la esclavitud, el verdadero término medio; dicho de otra manera, el equilibrio entre la esclavitud y la libertad. [ ]

[Traducido del original francés según la recopilación: Marx/Engels, *Ausgewählte Briefe*, Dietz Verlag, Berlín, 1953, p. 37.]

[b]

KARL MARX

[.] Veamos ahora qué modificaciones hace sufrir el señor Proudhon a la dialéctica de Hegel, al aplicarla a la economía política.

Para él, para el señor Proudhon, cada categoría económica tiene dos lados: uno bueno, otro malo. Contempla las categorías como el pequeño burgués contempla a los grandes personajes históricos: *Napoleón* es un gran hombre; ha hecho mucho bien, ha hecho también mucho mal. El *lado bueno* y el *lado malo*, la *ventaja* y la *desventaja*, tomadas en conjunto, constituyen para el señor Proudhon la *contradicción* dentro de cada categoría económica.

Problema a resolver: conservar el buen lado eliminando el malo.

La *esclavitud* es una categoría económica como cualquier otra. Por ende tiene también sus dos lados. Dejemos el lado malo de la esclavitud y hablemos del lado bueno: quede claro que hablamos tan sólo de la esclavitud directa, de la esclavitud de los negros en Surinam, en Brasil, en las comarcas meridionales de Norteamérica.

La esclavitud directa es el fundamento de la industria burguesa, al igual que las máquinas, el crédito[4], etc. Sin esclavitud, no tendríamos el algodón; sin el algodón[5], no tendríamos la industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias; son las colonias las que han creado el comercio universal; es el comercio universal lo que constituye la condición de la gran industria. La esclavitud, pues, es una categoría económica de enorme importancia.

Sin esclavitud, Norteamérica, el país más progresista, se transformaría en un país patriarcal. Si borramos a Norteamérica del mapamundi tendremos la anarquía, la decadencia completa del comercio y de la civilización modernos. Si hacemos desaparecer la esclavitud, habremos borrado a Norteamérica del mapa de las naciones*.

Por tanto la esclavitud, por ser una categoría económica, ha figurado siempre entre las instituciones de los pueblos. Los pueblos modernos no han hecho más que encubrir la esclavitud en su propio país, y la han impuesto sin disfraz en el Nuevo Mundo.

¿Cómo procederá el señor Proudhon para salvar la esclavitud? Planteará el siguiente *problema*: conservar el lado bueno de esta categoría económica, eliminar el malo.

Hegel no tiene problemas a plantear. No tiene más que la dialéctica. De la dialéctica de Hegel el señor Proudhon sólo posee el lenguaje. Su propio movimiento dialéctico es la distinción dogmática entre lo bueno y lo malo. [ ]

[De: *Misère de la philosophie*. Escrita de fines de diciembre de 1846 a comienzos de abril de 1847. Publicada en julio de 1847. Traducción del original francés según Karl Marx, *Misère de la philosophie*, Éditions Sociales, París, 1946, p. 89-90.]

[c]

FRIEDRICH ENGELS

* Esto era totalmente justo para el año 1847. En ese entonces el comercio exterior de los Estados Unidos se reducía principalmente a la importación de inmigrantes y productos industriales y a la exportación de algodón y tabaco, esto es, de productos del trabajo esclavo en el Sur. Los estados del Norte, fundamentalmente, producían granos y carne para los estados esclavistas. La abolición de la esclavitud fue posible tan sólo cuando el Norte comenzó a producir granos y carne para la exportación, al tiempo que se transformaba en un país industrial, y cuando el monopolio algodonero norteamericano se vio afectado por una fuerte competencia de la India, Egipto, Brasil, etc. E incluso entonces la abolición trajo aparejada la rui-

na del Sur, que no logró sustituir la esclavitud desembozada de los negros por la esclavitud encubierta de los culíes indios y chinos.

[Nota a la primera edición alemana —*Das Elend der Philosophie*, 1885— de la *Misère de la philosophie*. *MEW*, t. IV, p. 131-132.]

[d]

De Engels a Eduard Bernstein[6]

Londres, 1º de en[ero de 18]84

[ ] La nota sobre la esclavitud americana se hará, así como varias otras. Algunas cosas las podré englobar en el prólogo. Lo acertado que era el pasaje relativo a la esclavitud se aprecia aun hoy: la producción capitalista no prospera en los estados algodoneros porque no dispone de *culíes*, chinos o indios, vale decir, de esclavos disfrazados de trabajadores libres, mientras que en Cuba, la isla Mauricio y la de la Reunión, etc., florece en la medida en que dispone de culíes, y precisamente en esa medida.

[*MEW*, t. XXXVI, p. 78.]

[III]

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

[ ] La edad del oro y la del hierro quedan muy atrás; al siglo XIX —con su inteligencia, su mercado mundial, sus colosales fuerzas productivas— le estaba reservado inaugurar la *edad del algodón*. Al mismo tiempo, la burguesía inglesa sintió, de manera más acuciante que nunca, la magnitud del dominio que ejercía sobre ella Estados Unidos por medio del monopolio de la producción algodonera, hasta entonces incólume. De inmediato se puso en movimiento para quebrar ese monopolio. Se debía fomentar de todas las maneras posibles el cultivo del algodón, no sólo en las Indias Orientales sino también en Natal y las partes septentrionales de Australia, y en general en todas las regiones del mundo donde el clima y las condiciones lo permitieran. A la vez, la negrófila burguesía inglesa descubrió que "la prosperidad de Manchester depende del tratamiento dado a los esclavos en Tejas, Alabama y Louisiana y que este hecho es tan sorprendente como alarmante" (*Economist*, 21 de setiembre de 1850). La circunstancia de que el ramo decisivo de la industria inglesa esté fundado sobre la existencia de la esclavitud en los estados meridionales de la Unión norteamericana; de que una revuelta de los negros en esas regiones puede significar la ruina para todo el sistema de producción actual, es en efecto un hecho muy deprimente para quienes, menos de veinte años atrás, gastaron 20 millones de libras esterlinas con vistas a la emancipación de los negros en sus propias colonias[7]. Mas este hecho, al propio tiempo, lleva a la única solución posible y efectiva de la cuestión de la esclavitud, que últimamente ha vuelto a suscitar debates tan prolongados como vehementes en el congreso norteamericano. La producción algodonera norteamericana se basa en la esclavitud. Cuando la industria se haya desarrollado a tal punto que el monopolio algodonero de los Estados Unidos le resulte insoportable, se producirá exitosa y masivamente el algodón en otros países, y ello hoy

en día sólo puede ocurrir, en casi todas partes, por medio de *trabajadores libres.* Pero cuando el trabajo libre de otros países abastezca a la demanda algodonera de manera suficiente, y a mejores precios que el trabajo esclavo estadounidense, habrá sonado la última hora para el monopolio algodonero norteamericano y también para la esclavitud norteamericana, y los esclavos serán emancipados porque, en cuanto esclavos, se habrán vuelto inútiles. [ ]

[Del artículo "Revue — Mai bis Oktober", publicado en los cuadernos 5-6, noviembre de 1850, de la *Neue Rheinische Zeitung — Politisch-ökonomische Revue. MEW*, t. VII, p. 432.]

[IV]

KARL MARX

EL GOBIERNO BRITANICO Y LA TRATA DE ESCLAVOS[8]

Londres, 18 de junio de 1858

Durante la sesión de la Cámara de los Lores celebrada el 17 de junio, el obispo de Oxford planteó el problema de la trata de esclavos y presentó una petición contra la misma, formulada por la parroquia jamaiquina de St. Mary. La impresión que estos debates van a suscitar, sin duda, en todos aquellos que no estén fuertemente dominados por preconceptos, es la de que al actual gobierno lo anima una gran moderación y abriga el firme propósito de evitar todo cuanto sirva de pretexto para una disputa con Estados Unidos. Lord Malmesbury[9] renunció completamente al "derecho de registro" en lo tocante a barcos que naveguen con bandera norteamericana, tal como lo muestra la siguiente declaración:

"Los Estados Unidos sostienen que en ningún caso, con el propósito que sea y no importa bajo qué sospecha, un barco bajo el pabellón norteamericano podrá ser abordado si no es por un navío estadounidense, y que el capitán que lo aborde o lo detenga habrá de atenerse a las consecuencias. No admití esta interpretación del derecho internacional, tal como la formulaba el ministro norteamericano de asuntos extranjeros, hasta el momento en que la aprobaron y corroboraron los asesores jurídicos de la corona. Pero habiéndola admitido, hice hincapié ante el gobierno norteamericano en que, si se llega a saber que la insignia estadounidense encubre cualquier iniquidad, todos los barcos piratas y negreros del mundo izarán esa bande-

ra y ninguna otra; que tal cosa habrá de deshonrar ese respetado pabellón y que, en vez de vindicar el honor del país, la adhesión obstinada a la presente declaración producirá el efecto contrario; que se prostituirá la bandera norteamericana con el peor de los designios. Seguiré exponiendo la necesidad de que en estos tiempos civilizados, en los que incontables navíos surcan el océano, exista una policía de los mares; seguiré insistiendo en que debe haber, si no un derecho establecido por la ley internacional, un acuerdo entre naciones conforme al cual se verifique la nacionalidad de los barcos y se investigue su derecho a enarbolar tal o cual pabellón. Por el lenguaje que he empleado, las conversaciones que he mantenido con el ministro residente norteamericano en este país y las observaciones contenidas en un excelente escrito que redactara el general Cass[10], no dejo de abrigar fuertes esperanzas de que se pueda concertar algún arreglo de esta índole con Estados Unidos, un arreglo que nos permita, cuando se hayan impartido las órdenes pertinentes a los oficiales navales de ambos países, verificar los pabellones de todas las naciones sin correr el riesgo de ofender al país a que pertenezca el navío."

Desde los escaños de la oposición tampoco se realizó intento alguno de reivindicar el derecho británico de registrar las naves de los Estados Unidos, pero, como observó el conde Grey[11], "los ingleses habían concertado acuerdos con España y otras potencias para impedir la trata de esclavos, y si tenían razones de peso para sospechar que un navío se dedicaba a ese infame tráfico y utilizaba momentáneamente el pabellón de los Estados Unidos, no siendo en realidad un barco norteamericano, tenían derecho a darle caza y registrarlo. No obstante, si presentaba documentos norteamericanos, aunque estuviese repleto de esclavos, debían permitirle el paso y dejar que los Estados Unidos cargasen con la infamia de ese tráfico inicuo. Esperaba y confiaba que las órdenes dadas a los cruceros británicos fueran estrictas en ese respecto, y que todo exceso en la aplicación de las facultades discrecionales concedidas a sus oficiales bajo las presentes circunstancias, sería debidamente castigado[12]."

La cuestión, pues, gira exclusivamente en torno a este

punto, y precisamente es éste el punto que al parecer ha abandonado lord Malmesbury: el de si se puede o no exigir, a los barcos sospechosos de enarbolar sin derecho a ello la bandera norteamericana, que presenten su documentación. Lord Aberdeen negó rotundamente que esa práctica pudiera suscitar desavenencia alguna, ya que las instrucciones a las que debían ajustarse los oficiales británicos en tales casos —instrucciones redactadas por el doctor Lushington y sir G. Cockburn— habían sido oportunamente comunicadas al gobierno norteamericano y aprobadas por Mr. Webster en nombre de dicho gobierno[13] Por ende, siempre que no se hayan modificado esas instrucciones y los oficiales actúen dentro del marco de las mismas, "el gobierno norteamericano no podrá tener ningún motivo de queja". Al parecer, entre los depositarios de la sabiduría heredada revolotea la fuerte sospecha de que Palmerston echó mano a uno de sus trucos habituales, introduciendo algún cambio arbitrario en las órdenes impartidas a los cruceros británicos. Se sabe que Palmerston, al tiempo que se ufanaba de su celo en la supresión de la trata, violó durante los once años que dirigió los asuntos extranjeros —hasta 1841— todos los convenios vigentes sobre el tráfico de esclavos, dispuso la adopción de medidas que las autoridades judiciales británicas calificaron de criminales —uno de los instrumentos de Palmerston debió comparecer por ello ante un tribunal— y que pusieron a un negrero bajo la protección de las leyes inglesas, sustrayéndolo a la persecución de su propio gobierno. Escogió la trata de esclavos como su campo de batalla y la convirtió en mero instrumento para provocar disensiones entre Inglaterra y otros estados. Antes de abandonar su cargo en 1841, impartió instrucciones que, según palabras de sir Robert Peel, "hubieran llevado necesariamente, de no haberse dado una contraorden, a una colisión con los Estados Unidos"[14] Palmerston, según *sus propias palabras*, recomendó a los oficiales de la armada "que no se atuvieran demasiado escrupulosamente al derecho internacional". Lord Malmesbury dio a entender, aunque en un lenguaje muy reservado, que "al enviar una escuadra británica a las aguas de Cuba, en lugar de dejarla cerca de las costas de Africa", Palmerston la había desplazado de una ubicación

en la cual, antes del estallido de la guerra con Rusia, casi había logrado extinguir la trata, a un sitio donde no podía servir para otra cosa que provocar un conflicto con Estados Unidos. Lord Woodhouse, último embajador de Palmerston ante la corte de San Petersburgo, coincidiendo con este punto de vista, puntualizó:

"Sean cuales fueren las instrucciones impartidas, si el gobierno autorizó a los buques británicos a navegar en tal número por las aguas americanas, tarde o temprano se suscitarían rozamientos entre nosotros y los Estados Unidos."

Con todo, cualesquiera que fueran las intenciones secretas de Palmerston, lo evidente es que el gobierno tory las frustró en 1858, tal como lo había hecho en 1842, y que el grito de guerra que resonó tan vigorosamente en el congreso y en la prensa está condenado a terminar en "mucho ruido y pocas nueces"

En cuanto a la cuestión de la trata de esclavos en sí, tanto el obispo de Oxford como lord Brougham denunciaron a España como el principal puntal de ese tráfico nefando[15] Ambos reclamaron que el gobierno británico obligara a ese país, por todos los medios posibles, a poner en consonancia su política con los tratados vigentes. Ya en 1814 se había suscrito un tratado general entre Gran Bretaña y España, por el cual esta última condenaba inequívocamente la trata de esclavos. En 1817 se concertó un convenio especial, según el cual España fijaba para el año de 1820 la abolición de la trata, en lo que tenía que ver con sus propios súbditos, y recibía como compensación por las pérdidas que a éstos pudiera ocasionar la aplicación del acuerdo, una indemnización de £ 400.000. El dinero fue embolsado pero no se ofreció por él equivalente alguno. En 1835 se celebró otro tratado por el cual España se obligaba formalmente a promulgar una ley penal suficientemente rigurosa para hacer imposible que súbditos suyos continuaran el tráfico. De nuevo se puso de manifiesto una adhesión extricta a la dilatoria exclamación española: "¡Mañana!"[a]. Tan sólo diez años des-

[a] En el original: "the procrastinating Spanish proverb: A la mañana " ("el dilatorio proverbio español: « A la mañana » ").

pués se promulgó la ley penal en cuestión, y además, por una singular fatalidad, se dejó de lado la cláusula más importante reclamada por Inglaterra, a saber, la que equiparaba la trata de esclavos a la piratería. En pocas palabras, no se había hecho nada, salvo que el capitán general de Cuba, el ministro de gobernación, la camarilla[a] y, si los rumores son ciertos, incluso algunos personajes regios, percibían de los negreros un impuesto clandestino y vendían licencias para traficar con carne y sangre humanas, a tantos doblones por cabeza.

"España", dijo el obispo de Oxford, "no tiene la excusa de que este tráfico constituya un sistema que su gobierno no pueda suprimir por carecer de fuerzas para ello, ya que el general Valdés ha demostrado que no se puede alegar tal pretexto con viso alguno de sinceridad[16] A su arribo a la isla convocó a los principales traficantes y, dándoles un plazo de seis meses para liquidar todas sus transacciones en lo tocante a la trata de esclavos, les aclaró que estaba decidido a acabar con ella al término de ese período. ¿Cuál fue el resultado? En 1840, el año anterior a la gobernación del general Valdés, el número de barcos que llegaron a Cuba procedentes de la costa africana fue de 56. En 1842, mientras el general Valdés fue capitán general, ese número fue de sólo 3. En 1840 se desembarcó en la isla a no menos de 14.470 esclavos; en 1842 ese número fue de 3.100[17]."

¿Qué va a hacer Inglaterra ahora contra España? ¿Reiterar sus protestas, multiplicar sus mensajes, renovar sus negociaciones? El propio lord Malmesbury sostiene que se podría cubrir todo el océano, desde las costas españolas hasta las cubanas, con los documentos que en vano han intercambiado los dos gobiernos. ¿O Inglaterra debe obtener por la fuerza la satisfacción de sus reclamos, sancionados por tantos tratados? Ahí es donde aprieta el zapato. Aquí entra en escena la siniestra figura del "augusto aliado", ángel de la guarda —actualmente reconocido— de la trata. El tercer Bonaparte, el patrón de la esclavitud bajo todas sus formas, prohíbe a Inglaterra que actúe conforme

[a] "Camarilla", en español en el original.

a sus convicciones y sus tratados. De Lord Malmesbury, como es sabido, se sospecha con firmeza que mantuvo una relación indebidamente estrecha con el héroe de Satory[18] Sin embargo, lo ha denunciado en términos inequívocos como el supremo negrero de Europa, como el hombre que ha reanimado el infame tráfico en sus peores rasgos so pretexto de la "emigración libre" de los negros a las colonias francesas. El conde Grey completó esta acusación puntualizando que "en Africa se habían emprendido guerras con el objetivo de hacer prisioneros y vendérselos a los agentes del gobierno francés" El conde de Clarendon añadió que "España y Francia rivalizan en el mercado africano ofreciendo ciertas sumas por hombre, y no existe la menor diferencia en el trato de estos negros, ya se les envíe a Cuba o a una colonia francesa"[19]

Tal es, pues, la gloriosa situación en la que se encuentra Inglaterra por haber prestado ayuda a ese hombre para derrocar la república. La segunda república, como la primera, había abolido la esclavitud. Bonaparte, que si accedió al poder fue sólo porque halagó las más bajas pasiones humanas, es incapaz de mantenerse en él si no es mediante la compra cotidiana de nuevos cómplices. De esta suerte, no sólo ha restaurado la esclavitud, sino comprado a los plantadores por medio de la reanudación de la trata. Todo lo que degrada la conciencia de la nación es para él una nueva prenda de poder. Transformar a Francia en una nación de negreros sería el medio más seguro de esclavizar al país que, cuando fue dueño de su destino, tuvo la audacia de proclamar ante la faz del mundo: "¡Que perezcan las colonias con tal que vivan los principios!" Una cosa, al menos, ha logrado Bonaparte: la trata se ha convertido en el grito de batalla entre los campos imperial y republicano. Si hoy se restaurara la República Francesa, mañana mismo España sería *forzada* a abandonar el infame tráfico.

[Artículo publicado el 2 de junio de 1858 en el *New-York Daily Tribune*. Traducido del original inglés, según *On Colonialism*, ed. cit., p. 170-174.]

[V]

KARL MARX

[a]

[. .] Es una imagen tradicional la de que en ciertos períodos se ha vivido sólo del saqueo. Pero para poder saquear es menester que haya algo que saquear, esto es, producción. Y la modalidad misma de saqueo está determinada por el modo de la producción. No se puede saquear de la misma manera a una stock-jobbing nation[a], por ejemplo, que a una nación de vaqueros.

En la persona del esclavo se roba directamente el instrumento de producción. Pero entonces es preciso que la producción del país para el cual se ha robado, esté estructurada de tal manera que admita el trabajo esclavo, o (como en América del Sur, etc.) debe crearse un modo de producción que corresponda al esclavo. [ ]

[b][20]

[.] El hecho de que a los propietarios americanos de plantaciones no sólo los denominemos capitalistas, sino que lo *sean*, se basa en que esos plantadores existen como anomalías dentro de un mercado mundial fundado sobre el trabajo libre. [ ]

[De: *Grundrisse der Kritik der politischen Ökonomie*, ed. cit., p. 19 y 412. Escrito entre agosto de 1857 y junio de 1858.]

[a] Nación dedicada a la especulación bursátil.

[VI]

KARL MARX

UN CONVENIO CONTRA LA TRATA

Londres, 18 de mayo de 1862.

Los periódicos norteamericanos informan actualmente in extenso acerca del convenio celebrado en Washington el 7 de abril de este año, entre los Estados Unidos e Inglaterra, para la represión de la trata de esclavos. Los puntos fundamentales de este documento son los siguientes. El derecho de registro es recíproco, pero ambas partes sólo pueden ejercerlo mediante buques de guerra autorizados expresamente a esos efectos por una de las partes contratantes. Cada parte contratante proporciona a la otra, de vez en vez, estadísticas completas relativas a la sección de su armada que se ocupa de la vigilancia de la trata. Sólo puede ejercerse el derecho de registro sobre barcos mercantes que naveguen a una distancia menor de 200 millas[a] de la costa africana, al sur del paralelo 32 de latitud norte y a menos de 30 millas náuticas[b] de las costas de Cuba.

[ ]

Este tratado anglo-norteamericano —resultado de la guerra civil estadounidense— ha asestado un golpe mortal a la trata. [. . .]

[Del artículo "Ein Vertrag gegen den Sklavenhandel", publicado en *Die Presse* el 22 de mayo de 1862. *MEW*, t. XV, p. 502-503.]

[a] 370,6 quilómetros.- [b] 55,59 quilómetros.

[VII]

KARL MARX

[ ] Con el desarrollo de la producción capitalista durante el período manufacturero, la opinión pública de Europa perdió los últimos restos de pudor y de conciencia. Las naciones se jactaban cínicamente de toda infamia que contribuyera a la acumulación del capital. Léanse, por ejemplo, los ingenuos anales comerciales del benemérito A[dam] Anderson.[21] En ellos se celebra a trompetazos, como triunfo de la sabiduría política de Inglaterra, el que en la paz de Utrecht ese país arrancara a los españoles, por el tratado de asiento, el privilegio de poder practicar también entre Africa y la América española la trata de negros, que hasta entonces sólo efectuaba entre Africa y las Indias Occidentales inglesas. Inglaterra obtuvo el derecho de suministrar a la América española, hasta 1743, 4.800 negros por año. Tal tráfico, a la vez, daba cobertura oficial al contrabando británico. Liverpool creció considerablemente gracias a la trata. Esta constituyó su método de acumulación originaria. Y hasta el día de hoy la "respetabilidad" liverpulense es el Píndaro de la trata, la cual —véase el citado escrito del doctor Aikin, publicado en 1795— "exalta hasta la pasión el espíritu comercial y de empresa, forma famosos navegantes y rinde enormes beneficios"[22]. Liverpool dedicaba a la trata, en 1730, 15 barcos; en 1751: 53; en 1760: 74; en 1770: 96; y en 1792: 132.

Al mismo tiempo que introducía la esclavitud infantil en Inglaterra, la industria algodonera daba el impulso para la transformación de la economía esclavista más o menos patriarcal de Estados Unidos en un sistema comercial de explotación. En general, la esclavitud disfrazada de los asalariados en Europa exigía, a modo de pedestal, la esclavitud *sans phrase*[a] en el Nuevo Mundo*.

[a] Desembozada.

* En 1790, en las Indias Occidentales inglesas había 10 esclavós por cada hombre libre; en las Antillas francesas, 14; en las holandesas, 23. (Henry Brougham, *An Inquiry into the Còlonial Pòlicy of the European Powers*, Edinb., 1803, v. II p. 74.)

[De: *Das Kapital*, t. I. Escrito en 1863-1867. Publicado en setiembre de 1867. *MEW*, t. XXIII, p. 787.]

NOTAS

1. A más de los textos incluidos en este capítulo, por una carta de Marx a Engels del 18 de agosto de 1858 sabemos que el primero escribió un artículo sobre Cuba y la trata, lamentablemente no publicado por *The New-York Daily Tribune* (véase *MEW*, t. XXIX, p. 354). Ignoramos si se conserva el original, o al menos borradores, de ese trabajo inédito. Podríamos haber insertado aquí los textos VI, VII, VIII, IX y X del capítulo "Antillas y Guayanas", los cuales versan sobre la esclavitud en las Indias Occidentales inglesas, pero por su interrelación y especificidad local nos pareció más oportuno agruparlos en ese lugar.

2. Apodo dado por Marx y Engels al filósofo individualista alemán Max Stirner (Caspar Schmidt, 1806-1856), autor de *El único y su propiedad.*

3. Los textos comprendidos bajo este numeral forman claramente una unidad, pese a los casi cuarenta años que median entre los dos primeros, escritos por Marx, y los dos últimos comentarios tardíos de Engels.
La redacción de *a* y *b* es parcialmente coincidente, pero las diferencias tienen su importancia. A primera lectura esos textos de 1846-47 podrían parecer meras presentaciones del pensamiento de Proudhon sobre la esclavitud, pero tanto la evidencia interna como las posteriores precisiones de Engels demuestran que es Marx quien, para poner de manifiesto la inconsistencia de la dialéctica prudoniana, afirma la necesidad histórica de la esclavitud como fundamento de la industria burguesa de ese entonces. Para Marx se trataba, sin duda, de una necesidad histórica, transitoria (y no por ello menos real, desde luego). El texto III —que incluimos aquí porque, a pesar de referirse a la esclavitud en Estados Unidos y no en América Latina, contribuye a una mejor inteligencia de la posición de Marx y Engels en lo tocante a este punto— es claro en este respecto: "los esclavos serán emancipados", una vez roto el monopolio estadounidense del algodón e iniciada la producción masiva de ese textil por trabajadores libres, "porque, en cuanto esclavos, se habrán vuelto inútiles". Queda planteada la interrogante acerca de cuál habría sido hacia 1846-47 el juicio de Marx sobre las frecuentísimas rebeliones de esclavos (tanto en Estados Unidos como en América Latina, y recuérdese entre otros el notable caso del quilombo o república de Palmares, del siglo XVII) ocurridas cuanto todavía los esclavos distaban muchísimo de haberse

"vuelto inútiles" a la economía capitalista. La breve referencia a los negros revolucionarios de Haití (véase texto I), no proporciona una respuesta clara. Posteriormente, por ejemplo en *El capital* (ver texto VII), Marx condenó sin atenuantes la esclavitud en América, pero todavía en 1884-85 Engels hacía suyos (fragmentos *c* y *d*) los conceptos vertidos sobre ésta en la carta a Áñnenkov y en *La misère*. (Cfr., también, sobre la esclavitud antigua, Anti-Dühring, parte II, cap. IV.)

4. Las palabras "el crédito" ("der Kredit") no figuran en la traducción alemana de Bernstein y Kautsky, revisada por Engels, al menos si juzgamos por la edición separada de Dietz (Karl Marx, *Das Elend der Philosophie*, Berlín, 1957, p. 132), y por *MEW* (t. IV, p. 132).

5. Las palabras "no tendríamos algodón; sin el algodón" ("vous n'avez pas de coton; sans le coton"), no aparecen en la edición de 1946 de Editions Sociales, pero sí en otras versiones francesas que hemos consultado (como la de Union Générale d'Editions, París, 1964, p. 417) y en la traducción alemana de Bernstein y Kautsky ("keine Baumwolle; ohne Baumwolle").

6. De este fragmento epistolar se desprende que Bernstein, cotraductor de *La misère*, había solicitado a Engels que redactara algunas notas para la edición alemana; entre ellas una sobre el pasaje dedicado a "la esclavitud de los negros en Surinam, en Brasil, en las comarcas meridionales de Norteamérica"

7. El parlamento había aprobado en agosto de 1833 la abolición de la esclavitud en las posesiones británicas y, asimismo, una "indemnización" a los plantadores por la suma que Marx consigna. Se aprecia mejor el sentido de la ley de abolición si se tiene en cuenta que ese mismo año el gobierno inglés permitió a sus súbditos adquirir tierras en la India y establecerse allí como plantadores. Esclavistas de las Antillas británicas hicieron el camino inverso al de los culíes y, gracias a las sumas percibidas por la "pérdida" de sus esclavos, pudieron implantar en la India, apenas retocado, el viejo sistema de plantación antillano (véase R. Palme Dutt, *The Problem of India*, N.Y., 1943, p. 56).

8. Una parte considerable de este artículo versa sobre la moderada represión, efectuada por la escuadra británica, del tráfico negrero que tenía lugar entre las costas africanas y las cubanas. El número de "negros bozales" transportado a Cuba, aunque mucho menor que el de los esclavos llevados sin mayor interferencia inglesa al Sur de los Estados Unidos, crecía año a año pese a la declarada ilegalidad de la trata. Si en 1855 había sido de 6.408, en los años siguientes (hasta 1861, cuando estalla la guerra de Secesión) el total de esclavos introducidos a la isla ascendería a 7.304, 10.436, 16.992 (en 1858, el año en que Marx escribe su artículo), 30.473, 24.895, 23.964 (datos tomados de D. R. Murray, *Journal of Latin American Studies*, Cambridge, nov. de 1971, p. 147). Una causa de este rápido incremento fue, según Murray (p. 148), la incorporación de "capital y barcos estadounidenses" a la trata. "Los adelantos tecnológicos permitieron el empleo de naves más veloces y grandes como barcos negreros. Dos vapores, nada más, estuvieron a cargo de 3.000 de los esclavos

introducidos durante 1859, y un vapor sólo introdujo en 1860 1.500 esclavos africanos."

Inglaterra había financiado buena parte de su desarrollo industrial con el tráfico de negros (véase el texto VII). En el caso particular de Cuba, si la esclavitud subsistía en ella a mediados del siglo XIX, esto se debía muy fundamentalmente a que el gobierno inglés (junto al de Estados Unidos) había frustrado en 1825-27 la iniciativa colombiano-mexicana de liberar la isla y a sus esclavos. "Hasta el presente se ha disuadido a los estados de México y Colombia de practicar cualquier ataque contra la isla, y ello gracias a la prohibición tácita, por parte del gobierno británico, de toda represalia de esa índole", admitía en febrero de 1830 el conde de Aberdeen, ministro inglés de asuntos exteriores (Webster, doc. 580, t. II, p. 473).

Por sinceros que hayan sido abolicionistas como William Wilberforce (de otra parte un fanático enemigo del movimiento obrero), el vuelco británico en la cuestión de la esclavitud no tuvo que ver con los sentimientos morales. Para la burguesía industrial de Gran Bretaña la existencia de la esclavitud había pasado a ser un mal negocio, salvo en ciertos casos (y precisamente en tales casos la institución subsistió con más o menos disfraces, hasta bien entrado el siglo XX). Por un lado los esclavos, a diferencia de los trabajadores libres, prácticamente eo consumían mercancías británicas; Inglaterra, en segundo término, al combatir la trata dificultaba a otros países la acumulación primitiva ya practicada por ella o se libraba de la competencia que le hacían en el mercado mundial a sus colonias (véase sobre este particular, entre otros autores, Paulo Schilling, *Brasil para extranjeros*, Montevideo, 1966, p. 68). La esclavitud "abolida" dejaba el lugar, además, a diversas formas de trabajo forzado, y al negro, como lo recuerda Engels en IId, lo sustituía en muchas partes el culí indio o chino. También en esto Inglaterra sacaba ventajas de sus competidores: mientras que ella podía trasladar sin estorbos y masivamente culíes de la India a la Guayana Inglesa, por ejemplo, donde aun hoy casi la mitad de la población es de origen indio oriental, presionaba con éxito sobre las autoridades chinas para que se prohibiera la exportación de culíes al Perú.

El abolicionismo, por último, se convirtió en la más habitual hoja de parra de las conquistas coloniales británicas en Africa, y aun hoy historiadores colonialistas presentan como cruzadas contra la esclavitud las anexiones de Nigeria, el Africa Oriental, etc.

9. James Harris, lord Malmesbury (1807-89), ocupaba en esos momentos la secretaría británica de asuntos extranjeros.

10. Lewis Cass (1782-1866), secretario de estado norteamericano de 1857 a 1860, era como afirmó Marx en otro lugar, un fervoroso aliado de los esclavistas sureños.

11. Henry George Grey (1802-94) uno de los principales dirigentes liberales.

12. En la versión alemana de *MEW* (t. XII, p. 508) este pasaje figura sin comillas. El uso de los tiempos verbales nos lleva a suponer que no estamos ante una cita textual.

13. George Gordon, conde de Aberdeen (1784-1860) era el líder de los conservadores moderados (*Peelites*), a los cuales pertenecía también Charles Lushington. George Cockburn (1772-1853) había sido primer lord del Almirantazgo (1841-46) y almirante de la flota (a partir de 1851). Daniel Webster (1782-1852) fue secretario de estado norteamericano en 1841-43 y 1850-52.

14. Precisamente Robert Peel (1788-1850) era primer ministro en el gabinete que sucedió (1841) al que integraba Palmerston como secretario de asuntos extranjeros.

15. Henry Peter Brougham (1778-1868), destacado jurista inglés, a lo largo de su prolongada carrera parlamentaria había propuesto diversas medidas contra la esclavitud y la trata. Tanto él como Samuel ("Soapy Sam") Wilberforce, el obispo de Oxford, demostraban extrema circunspección y cautela al acusar a España, y no a los Estados Unidos, de ser el principal puntal de la trata. Aunque se carece de estadísticas precisas sobre ese tráfico de seres humanos, estimaciones realizadas en 1840, recogidas por Du Bois, fijaban en 150.000 la cantidad *anual* de negros transportados a través del Atlántico, promedio que sin duda era muy superior en 1858. La mayor parte de esos esclavos tenía como destino forzado las plantaciones del Sur de los Estados Unidos. Según Murray (art. cit., p. 149) a Cuba habría llegado de 1822 a 1867 un *total* estimado entre 367.200 y 402.400 esclavos.

16. Jerónimo Valdés (1784-1855) fue capitán general en Cuba de 1841 a 1843.

17. Muy posiblemente haya aquí un error de copia. En 1842 un barco negrero, término medio, no podía llevar mucho más de 300 esclavos en sus bodegas. Según Murray (art. cit., p. 145), en su informe anual los comisionados británicos en La Habana calcularon en 14.470 (el guarismo coincide exactamente con el que cita Marx) los esclavos introducidos durante 1840 por 44 barcos negreros, y en 3.000 (prácticamente la misma cantidad que en Marx) los que arribaron a Cuba en 1842, pero transportados no en 3 sino en 11 barcos, lo que parece más lógico. Téngase en cuenta que eran las informaciones de esos delegados, miembros de una comisión mixta instituida por el tratado anglo-español de 1817, las que solían usar los parlamentarios del Reino Unido en sus debates acerca de la trata en Cuba.

18. Malmesbury había promovido el reconocimiento británico de Luis Bonaparte; el apodo "héroe de Satory" deriva de una revista militar realizada el 10 de octubre de 1850 en Satory, cerca de Versalles, a la cual el futuro Napoleón III trató de convertir, mediante un pródigo reparto de champaña y salchichón entre la tropa, en acto político a favor de su proyectado cuartelazo (véase *Las luchas de clases de Francia*, cap. IV, *MEW*, t. VII, pp. 105-106, y *El dieciocho de brumario de Luis Bonaparte*, cap. V, *MEW*, t. VIII, p. 163).

19. George William Villiers, conde de Clarendon (1800-70), virrey de Irlanda (1847-52) y uno de los responsables de la terrible hambruna que asoló a ese país de 1847 a 1851 provocando más de un millón de muertes, fue en varias ocasiones ministro de asuntos extranjeros.

20. Este brevísimo texto (prescindiendo de la pertinencia de su inclusión aquí: es posible que Marx estuviera pensando en los propietarios *norteamericanos* de plantaciones, no en los plantadores *americanos* en general) nos parece de fundamental importancia teórica. En el caso de estas plantaciones esclavistas Marx consideraba lo decisivo su inserción en el mercado capitalista mundial, y no el *cómo* se producía en ellas; de ahí que denomine *capitalistas* a los plantadores pese a que no se les oponían proletarios sino esclavos.

21. Se refiere Marx a *An Historical and Chronological Deduction of the Origin of Commerce*, etc., Londres, 1764, obra del economista escocés Adam Anderson (1692-1765).

22. John Aikin, *A Description of the Country from Thirty to Forty Miles Round Manchester*, Londres, 1796, p. 339. En el apéndice correspondiente de las *MEW* no aparece el texto inglés de esta cita, que hemos retraducido del alemán. A juzgar por la edición inglesa de *El capital* publicada en Moscú en 1958, Marx sintetizó y modificó el pasaje correspondiente de Aikin, que decía aproximadamente así: "[La trata] ha coincidido con ese espíritu de audaz aventura que ha caracterizado al comercio de Liverpool y lo ha llevado rápidamente a su actual estado de prosperidad, ha motivado un vasto empleo de naves y marinos, y aumentado en gran medida la demanda por las manufacturas del país".

SERVIDUMBRE DE LOS CHINOS.

EL PEONAJE

EL TRABAJO EN LAS MINAS

[1]

KARL MARX

[SERVIDUMBRE DE LOS CHINOS]

[ ] ¡Qué silencio guarda la prensa de Inglaterra sobre las descaradas violaciones del tratado[1], cometidas diariamente por extranjeros que residen en China bajo la protección británica! Nada oímos de ese ilícito tráfico del opio que anualmente engrosa al tesoro británico a expensas de la vida humana y la moral. Nada oímos de las incesantes concusiones de los funcionarios subalternos, merced a las cuales se defrauda al gobierno chino sus legítimos ingresos por la importación y exportación de mercancías. Nada oímos de los tormentos infligidos, "incluso hasta la muerte", a emigrantes embaucados y hechos cautivos, a los que se vende, en condiciones peores que las de la esclavitud, en las costas del Perú y como siervos en Cuba[2]. [ ]

[Del artículo "English Ferocity in China", publicado en *The New-York Daily Tribune* el 10 de abril de 1857. Escrito hacia el 22 de marzo de ese año. Traducido del original inglés, según *On Colonialism*, ed. cit., p. 106.]

[II]

KARL MARX

[EL PEONAJE]

[a]

[ ] Por eso[a] diversas legislaciones fijan un plazo máximo para los contratos laborales. En las naciones donde el trabajo es libre todos los códigos reglamentan las condiciones de rescisión del contrato. En diversos países, sobre todo en México (antes de la Guerra de Secesión norteamericana también en los territorios anexados a México[3] y, de hecho, en las provincias del Danubio hasta la revolución de Cruza)[4], la esclavitud está encubierta bajo la forma de peonaje. Mediante anticipos reembolsables con trabajo y que se arrastran de generación en generación, no sólo el trabajador individual sino también su familia se convierten de hecho en propiedad de otras personas y de sus familias. Juárez había abolido el peonaje. El llamado emperador Maximiliano lo reimplantó mediante un decreto que fue denunciado con acierto, en la Cámara de Representantes de Washington, como una disposición que restauraba la esclavitud en México. [ ]

[De: *Das Kapital*, t. I. Publicado en setiembre de 1867. *MEW*, t. XXIII, p. 182, n.]

[a] Para que el trabajador libre mantenga su condición de tal.

[b]

De Marx a Kugelmann[5]

[Londres,] 11 de octubre de 1867.

[ ] El *peonaje* consiste en un adelanto de dinero sobre trabajo futuro. Con estos anticipos ocurre luego lo mismo que en la usura ordinaria. El trabajador no sólo permanece durante toda su vida como deudor, o sea trabajador forzado del acreedor, sino que esta relación se hereda en la familia y en la generación siguiente, las cuales, por ende, *pertenecen* de hecho al acreedor. [ ]

[*MEW*, t. XXXI, p. 561.]

[III]

KARL MARX

[EL TRABAJO EN LAS MINAS]

[.] La conservación y reproducción constantes de la clase obrera es una condición constante de la reproducción del capital. El capitalista puede abandonar confiadamente el desempeño de esa tarea a los instintos de conservación y reproducción de los trabajadores. Sólo vela por que en lo posible el consumo individual de los mismos se reduzca a lo necesario, y está en los antípodas de esa tosquedad sudamericana que obliga al trabajador a ingerir alimentos más sustanciosos en vez de otros menos sustanciosos.*

*"Los mineros sudamericanos, cuya tarea diaria (la más pesada tal vez en todo el mundo) consiste en extraer y subir a la superficie, desde una profundidad de 450 pies,

una carga de mineral de 180 a 200 libras, se alimentan exclusivamente de pan y frijoles. Preferirían el pan como único alimento, pero sus patrones han descubierto que si aquéllos comen pan no pueden trabajar tan rudamente, y los tratan como a ganado caballar, obligándolos a comer frijoles; ahora bien, las legumbres, comparativamente, son mucho más ricas en calcio que el pan." (Libro I.c.[6], primera parte, p. 194, nota.)

[De: *Das Kapital*, t. I. *MEW*, t. XXIII, p. 597-598.]

NOTAS

1. Esto es, del tratado de Nanking, con el que se cerró la Primera Guerra del Opio. Véase la nota del capítulo "Ecos de la intervención franco-británica en el Plata"

2. Cuando en el Perú, en 1854, se proclamó la abolición de la esclavitud y del tributo indio (suprimidos ya durante la dictadura de Bolívar, al menos desde el punto de vista legal), los latifundistas peruanos se apresuraron a introducir en el país culíes chinos. Según Gustavo Beyhaut (*Süd- und Mittelamerika Von der Unabhängigkeit bis zur Krise der Gegenwart*, Francfort del Meno, 1965, p. 102), hasta 1860 se importaron aproximadamente 13.000 culíes, y casi 75.000 en el período 1860-74. A esos 88.000 debe sumárseles unos 10.000 que perecieron en la travesía del Pacífico. Las condiciones de trabajo de esos infelices eran si no peores al menos similares a las de los esclavos, lo que dio lugar a frecuentes levantamientos (durante la Segunda Guerra del Opio, narra Engels en un artículo publicado en junio de 1857, los culíes se rebelaban ya en los mismos barcos que los trasportaban al extranjero). No era mejor la situación de los emigrantes chinos en Cuba: se les hizo trabajar tan despiadadamente que, aunque según cómputos de la época habían ingresado 125.000 culíes al país entre 1853 y 1874, en 1877 sólo se pudo censar a 40.327 asiáticos en toda la isla (Beyhaut, op. cit., p. 107).

3. En 1828, siendo aún Tejas parte de la república mexicana, los colonos norteamericanos lograron que la asamblea legislativa local aprobara la realización de "contratos de peonaje" que no hacían más que enmascarar la esclavitud prohibida por el gobierno de México.

4. Alexandru Cuza (1820-72), hospodar bajo el cual se habían unificado los principados de Moldavia y Valaquia para dar lugar a la creación de Rumania (1861), secularizó los bienes de mano muerta y disolvió en 1864 la Asamblea General, refractaria a sus proyectos. Abolió luego la servidumbre e implantó una reforma agraria que abrió para Rumania lo que Lenin llamaba el camino prusiano de desarrollo del capitalismo en la agricultura. En 1866 boyardos y grandes burgueses, coligados, depusieron a Cuza.

5. En su lectura del primer tomo de *El capital*, Ludwig Kugelmann había tropezado con la palabra española *peonaje* (ver IIa), y no entendiendo exactamente su significado le pidió a Marx una explicación adicional, que es la que aquí figura.

6. *Uber Theorie und Praxis in der Landwirtschaft*, Brunswick, 1856.



LA GUERRA DE MEXICO

[I]

FRIEDRICH ENGELS

[LA TUTELA DE LOS ESTADOS UNIDOS]

En *América* hemos presenciado la conquista de México, la que nos ha complacido. Constituye un progreso, también, que un país ocupado hasta el presente exclusivamente de sí mismo, desgarrado por perpetuas guerras civiles e impedido de todo desarrollo, un país que en el mejor de los casos estaba a punto de caer en el vasallaje industrial de Inglaterra, que un país semejante sea lanzado por la violencia al movimiento histórico. Es en interés de su propio desarrollo que México estará en el futuro bajo la tutela de los Estados Unidos. Es en interés del desarrollo de toda América que los Estados Unidos, mediante la ocupación de California, obtienen el predominio sobre el Océano Pácífico. ¿Pero quién, volvemos a interrogar, saldrá gananciosa, por de pronto, de la guerra? Sólo la burguesía. Los norteamericanos, en California y Nuevo México[2], adquieren nuevo terreno para crear allí nuevo capital, vale decir, para que surjan nuevos burgueses y se enriquezcan los antiguos, puesto que todo capital que hoy se produce cae en las manos de la burguesía. ¿Y el proyectado corte del istmo de Tehuantepec, a quiénes favorece, sino a los armadores norteamericanos? ¿La primacía sobre el Océano Pacífico, en provecho de quiénes redunda, sino de los mismos potentados navieros? ¿Quién abastecerá de productos industriales a la nueva clientela de los mismos, formada en los países conquistados, sino los fabricantes norteamericanos?

De modo, pues, que también en América los burgueses han realizado grandes progresos, y si sus representantes se

oponen ahora a la guerra, ello sólo demuestra su temor de que se haya pagado demasiado por tales avances[3] [ ]

[Del artículo "Die Bewegungen von 1847", publicado el 23 de enero de 1848 en la *Deutsche Brüsseler Zeitung*. *MEW*, t. IV, p. 501.]

[II]

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

EL PRESUPUESTO DE LOS ESTADOS UNIDOS Y EL CRISTIANO-GERMÁNICO

Colonia, 6 de enero.

Desde hace algunos días sabemos a ciencia cierta, finalmente, cuánto le cuesta el gobierno prusiano al país. El *Preussische Staats-Anzeiger* nos ha mostrado por fin, con el cómputo de los gastos para el año de 1849, qué desvergonzadamente se nos había embaucado con los presupuestos anteriores. Este espléndido obsequio de año nuevo sólo ha sorprendido a quienes hasta hoy creían que cada palabra del gobierno dado por Dios era una verdad sacrosanta; a quienes consideraron que toda la estafa hacendística practicada con nosotros desde 1820 era una prueba de esa excelencia que distingue al presupuesto de nuestro estado policíaco.

Prusia es un país de aproximadamente cinco mil millas cuadradas[a] y algo más de 16 millones de habitantes.

Los Estados Unidos de Norteamérica abarcan un territorio cuya superficie se aproxima bastante, actualmente[4], a la de toda Europa y cuyo número de habitantes asciende a más de 21 millones.

Para el análisis del presupuesto prusiano del año 1849 no hay introducción más adecuada que el presupuesto de los estados libres norteamericanos.

Una comparación entre ambos presupuestos revela que

[a] Aproximadamente 275.000 quilómetros cuadrados. (Marx y Engels se refieren aquí, sin duda, a millas geográficas alemanas: 1 milla cuadrada = 55,0629 km^2).

el burgués prusiano tiene que pagar muy caro el placer de que lo rija un gobierno dado por Dios, de ser vejado por los mercenarios de ese gobierno —con y sin estado de sitio— y de que una turbamulta de arrogantes funcionarios e hidalgos de gotera[a] lo traten en canaille[b]. De la comparación se desprende, empero, que una burguesía animosa, consciente de su poder y resuelta a utilizarlo, puede organizar su gobierno a muy bajo costo.

Los presupuestos de uno y otro país son ya de por sí un testimonio suficiente de la pusilanimidad, mezquindad y espíritu tenderil de una burguesía y de la propia estimación, la sagacidad y energía de la otra.

Los gastos totales de los Estados Unidos durante 1848 se elevan a 42 millones 811.970 dólares. En esta suma se incluyen los costos de la guerra de México, de una guerra que se libró a 2.000 millas[c] de la sede del gobierno central. Resulta obvio que el transporte del ejército, así como de todos los pertrechos y vituallas indispensables para el mismo, requirió enormes desembolsos.

Los ingresos de la Unión montaron a 35.436.750 dólares, a saber: 31.757.070 dólares por derechos de aduanas, 3.328.642 dólares por la venta de tierras fiscales y 351.037 dólares por concepto de ingresos varios y ocasionales. Como los recursos normales no fueron suficientes, en virtud de los gastos de guerra, se cubrió la diferencia con empréstitos contratados por encima del valor nominal. ¡Pregúntese en el mercado monetario si el gobierno "cristiano-germánico" se halla en condiciones de colocar aunque más no sea 1.000 táleros en condiciones tan ventajosas!

En los Estados Unidos el año fiscal comienza cada 1° de julio. Hasta julio de 1849 los egresos —siempre a causa de la guerra de México— serán elevados en comparación con lo que eran antes, aunque naturalmente no con respecto a Prusia. Por el contrario, el presidente Polk anun-

[a] "Krautjunker": hidalgos de gotera o de aldea es una traducción aproximada.- [b] Altaneramente, como a un perro.- [c] Como la distancia por vía terrestre entre Washington y la capital mexicana es aproximadamente de 2.000 statute miles (unos 3.200 quilómetros), suponemos que son ésas las millas a que aluden los autores.

ció en su mensaje al congreso, para el próximo año fiscal que finaliza el 1° de julio de 1850, el habitual presupuesto de tiempos de paz.

¿A cuánto ascienden los egresos de este poderoso estado —la república burguesa norteamericana— en tiempos de paz?

A 33.213.152 dólares, inclusive los intereses (3.799.102 dólares) de la deuda pública y los 3.540.000 dólares que se deben pagar el 30 de mayo de 1850 a México.

Si se deducen las dos últimas partidas, que figuran en el presupuesto de manera extraordinaria, tenemos que el gobierno y la administración de los Estados Unidos insumen en conjunto una suma anual inferior a los 26 millones de dólares.

¿Y cuánto pagan por año los ciudadanos de Prusia, al estado, *en tiempos de paz*?

La respuesta es amarga. El *Preussische Staats-Anzeiger* nos la proporciona. Hela aquí: *¡más de 94 millones de táleros anuales!*

De suerte que mientras los 21 millones de habitantes de la república norteamericana, en su bienestar, y hasta en su riqueza, apenas tienen que pagar al erario 26 millones de dólares *—o sea algo menos de 38 millones de táleros en moneda corriente prusiana—*, los 16 millones de prusianos, en su relativa pobreza, están obligados a arrojar anualmente 94 millones de táleros a las fauces del fisco, que sin embargo todavía no se da por satisfecho con esa cantidad.

¡Pero no seamos injustos! A cambio de ello la república norteamericana posee nada más que un presidente electo cada 4 años, que, naturalmente, trabaja más por el país que una docena de reyes y emperadores.

I I

Si las contribuciones del norteamericano al estado son, desde luego, harto insignificantes, como contrapartida dispone apenas de un ejército permanente de 10.000 hombres, que sólo en tiempos de guerra puede aumentar rapidísimamente hasta 2 millones de esforzados combatientes. No conoce ni por asomo la dicha de poder gastar la ma-

yor parte de los impuestos en un ejército que en tiempos de paz nos mantiene en estado de sitio, nos maltrata, hiere y mata a balazos, todo para mayor gloria y honra de la patria.

Pero no hay remedio. Estos republicanos burgueses son tan tercos que nada saben de nuestras instituciones cristiano-germánicas, y hasta prefieren pagar impuestos reducidos a pagarlos altos.

Con igual obstinación el burgués alemán se aferra a la idea de que no es posible pagar demasiado caro por nuestro régimen dado por Dios, con sus ejércitos de soldados y funcionarios y sus correspondientes cohortes de pensionistas, sus gratificaciones, gastos extraordinarios, etc.

El republicano acaudalado [Geldsackrepublikaner] de Norteamérica es al burgués de Prusia exactamente lo mismo que el presupuesto del uno al del otro, que 37 millones a 94. El uno, dado por él mismo; el otro, por Dios: ahí radica la verdadera diferencia.

[Artículo publicado en la *Neue Rheinische Zeitung* el 7 de enero de 1849. *MEW*, t. VI, p. 156-158, 159.]

[III]

FRIEDRICH ENGELS

[LA MAGNÍFICA CALIFORNIA][5]

[ ] Digamos sólo un par de palabras respecto a la "confraternización general entre los pueblos" y a la fijación de "fronteras, que la propia voluntad soberana de los pueblos traza, fundándose en sus características nacionales" Los Estados Unidos y México son dos repúblicas; en ambas el pueblo es soberano.

¿Cómo ha ocurrido, entonces, que entre estas dos repúblicas, que según la teoría moral deberían estar "hermanadas" y "federadas", haya estallado una guerra a causa de Tejas; cómo la "voluntad soberana" del pueblo norteamericano, apoyada en la valentía de los voluntarios norteamericanos, ha desplazado, basándose en "necesidades estratégicas, comerciales y geográficas", unos cuantos cientos de millas más al sur los límites trazados por la naturaleza? ¿Y les reprochará Bakunin a los norteamericanos el realizar una "guerra de conquista", que por cierto propina un rudo golpe a su teoría basada en "la justicia y la humanidad", pero que fue llevada a cabo única y exclusivamente en beneficio de la civilización? ¿O acaso es una desgracia que la magnífica California haya sido arrancada a los perezosos mexicanos, que no sabían qué hacer con ella? ; ¿lo es que los enérgicos yanquis, mediante la rápida explotación de las minas de oro que existen allí, aumenten los medios de circulación, concentren en la costa más apropiada de ese apacible océano, en pocos años, una densa población y un activo comercio, creen grandes ciudades, establezcan líneas de barcos de vapor, tiendan un ferrocarril desde Nueva York a San Francisco, abran en realidad por primera vez el Océano Pacífico a la civiliza-

ción y, por tercera vez en la historia, impriman una nueva orientación al comercio mundial? La "independencia" de algunos españoles en California y Tejas sufrirá con ello, tal vez; la "justicia" y otros principios morales quizás sean vulnerados aquí y allá, ¿pero, qué importa esto frente a tales hechos histórico-universales? [ ]

[De la primera parte del artículo *Der demokratische Pavslawismus*, publicada el 15 de febrero de 1849 en la *Neue Rheinische Zeitung*. *MEW*, t. VI, p. 273-274.]

[IV]

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

[EL ORO CALIFORNIANO. CANALES EN AMERICA CENTRAL.]

[a]

[ ] Ahora nos ocuparemos de *América*. El hecho más importante que aquí ha acontecido, más importante aun que la Revolución de Febrero, es el descubrimiento de las minas auríferas californianas. Ya ahora, apenas dieciocho meses después, es posible prever que este descubrimiento tendrá resultados mucho más trascendentales que el propio descubrimiento de América. Desde hace trescientos treinta años todo el comercio de Europa hacia el Océano Pacífico se practica, con la resignación más conmovedora, por el Cabo de Buena Esperanza o el Cabo de Hornos. Todos los proyectos para cortar el istmo de Panamá han fracasado a causa de la estúpida rivalidad entre los pueblos que practican el comercio. Hace dieciocho meses que se han descubierto las minas californianas, y los yanquis ya se han abocado a la construcción de un ferrocarril, de una gran carretera, de un canal desde el golfo de México; los vapores ya navegan en viajes regulares desde Nueva York a Chagres[6], de Panamá a San Francisco; el comercio del Océano Pacífico se concentra ya en Panamá y la travesía por el cabo de Hornos ya está anticuada. Una costa que se extiende a lo largo de 30 grados de latitud, una de las más hermosas y feraces del mundo, hasta hoy poco menos que deshabitada, se transforma ante nuestra vista en un país rico, civilizado, densamente poblado por hombres de todas las razas, desde el yanqui

al chino, desde el negro y el indio al malayo, desde el criollo y el mestizo al europeo. El oro californiano se vierte a raudales sobre América y la costa asiática del Océano Pacífico y arrastra a los reacios pueblos bárbaros al comercio mundial, a la civilización. Por segunda vez se imprime al comercio mundial una nueva orientación. Lo que en la Antigüedad fueron Tiro, Cartago y Alejandría, en la Edad Media Génova y Venecia, lo que hasta hoy han sido Londres y Liverpool, los emporios del comercio mundial, eso se vuelven ahora Nueva York y San Francisco, San Juan de Nicaragua[7] y León[8], Chagres y Panamá. El centro de gravedad del comercio mundial, en el Medioevo Italia, en la Epoca Moderna Inglaterra, está hoy en la mitad meridional de la península norteamericana. La industria y el comercio de la vieja Europa tendrán que esforzarse poderosamente si no quieren caer en la misma decadencia que la industria y el comercio italianos desde el siglo XVI, si Inglaterra y Francia no desean tornarse en lo mismo que son hoy Venecia, Génova y Holanda. Dentro de pocos años tendremos una línea regular de paquebotes de Inglaterra a Chagres, de Chagres y San Francisco a Sydney, Cantón y Singapur. Merced al oro californiano y a la infatigable energía de los yanquis, pronto ambas costas del Océano Pacífico estarán tan pobladas, tan abiertas al comercio, tan industrializadas como lo está hoy la costa de Boston a Nueva Orleans. Ese día el Océano Pacífico desempeñará el mismo papel que hoy el Atlántico y en la Antigüedad y la Edad Media el Mar Mediterráneo: el papel de la gran vía marítima del comercio mundial, y el Océano Atlántico quedará reducido al papel de un mar interior, al igual que hoy día el Mediterráneo. La única posibilidad de que los países civilizados europeos no caigan, cuando llegue ese día, en la misma dependencia política, comercial e industrial en que al presente se encuentran Italia, España y Portugal, está en una revolución social que, mientras haya tiempo, subvierta el modo de producción y de intercambio con arreglo a las necesidades de la propia producción, surgidas de las modernas fuerzas productivas, y con ello posibilite la génesis de nuevas fuerzas productivas que aseguren la superioridad de la

industria europea y compensen las desventajas de su situación geográfica. [ ]

[Del artículo "Revue" publicado en el cuaderno 2, febrero de 1850, de la *Neue Rheinische Zeitung — Politisch-ökonomische Revue. MEW*, t. VII, p. 220-221.]

[b]

[. .] Llegamos ahora a los *Estados Unidos de Norteamérica.* La crisis de 1836, que fue aquí donde estalló en primer término y donde causó más terribles estragos, duró casi ininterrumpidamente hasta 1842 y trajo como consecuencia un trastocamiento completo del sistema crediticio norteamericano. Sobre esta base más sólida, el comercio de los Estados Unidos se recuperó, al comienzo con marcada lentitud, naturalmente, hasta que entre 1844 y 1845 alcanzó incluso una prosperidad importante. Tanto la suba de precios como las revoluciones en Europa, no constituyeron para Norteamérica más que fuentes de ganancias. De 1845 al 47 se aseguró éstas mediante la enorme exportación de cereales y los mayores precios del algodón durante 1846. La crisis de 1847 la afectó sólo ligeramente. En el año 1849 tuvo la mayor cosecha algodonera de su historia, y en 1850 ganó aproximadamente 20 millones de dólares con el producto de la zafra del algodón, que coincidió con el nuevo auge de la industria algodonera europea. Las revoluciones de 1848 ocasionaron una intensa emigración de capital europeo hacia los Estados Unidos, el cual en parte llegó con los propios emigrantes y en parte se produjo mediante la colocación en Europa de títulos norteamericanos de deuda pública. Esta mayor demanda de títulos norteamericanos aumentó a tal punto sus precios, que desde hace poco la especulación neoyorquina se ha lanzado con avidez sobre los mismos. Llegamos a la conclusión, entonces, de que pese a todas las afirmaciones que en contra formule la prensa burguesa reaccionaria, la *república burguesa* es la única forma estatal a la que nuestros capitalistas europeos otorgan su con-

fianza. Existe en general sólo una expresión para la confianza burguesa en cualquier forma estatal: *su cotización en la bolsa.*

La prosperidad de los Estados Unidos, con todo, se acreció también por obra de otras causas. El territorio habitado, el *mercado* de la Unión norteamericana, se extendió en dos direcciones con una rapidez asombrosa. El aumento de la población, tanto por el crecimiento natural como por la inmigración, en continuo ascenso, trajo aparejado el control sobre estados y territorios enteros. Wisconsin y Iowa en pocos años llegaron a tener una población relativamente densa y todos los estados de la región del Alto Mississippi recibieron un considerable caudal de inmigrantes. La explotación de las minas del Lago Superior y la producción cerealera creciente de todo el territorio de los Lagos dieron al comercio y a la navegación en este gran sistema lacustre interior un nuevo impulso, que se intensificará aun más en virtud de una ley aprobada en el último período de sesiones del congreso, disposición que otorga grandes facilidades al comercio con Canadá y Nueva Escocia[9] Mientras los estados del Noroeste[10] adquirieron así una importancia completamente nueva, se ha colonizado a Oregón en pocos años, Tejas y Nuevo México son anexados, California conquistada. El descubrimiento de las minas auríferas californianas puso broche de oro a la prosperidad norteamericana. Ya hemos llamado la atención en el segundo número de esta revista, antes que todos los demás periódicos europeos, acerca de la importancia de este descubrimiento y de sus necesarias consecuencias para el comercio internacional en su conjunto. Tal trascendencia no se funda en el aumento del oro gracias a las minas recién descubiertas, aunque dicho aumento de los medios de cambio de ningún modo dejará de ejercer una influencia favorable sobre el comercio en general. Se basa en el acicate que la riqueza mineral de California dio a los capitales en el mercado mundial; se funda en la actividad que desencadenó en toda la costa occidental norteamericana y en la costa oriental asiática, en el nuevo mercado que se ha creado en California y en todos los países sujetos a la influencia de ésta. El solo mercado californiano es ya importante; hace

un año había allí 100.000 hombres, hoy son por lo menos 300.000, que no producen casi otra cosa que oro y que truecan ese oro por los productos necesarios —procedentes de mercados exteriores— para sus necesidades vitales. Pero el volumen del mercado californiano es pequeño si se le compara con la incesante expansión de todos los mercados en el Océano Pacífico, con la sorprendente intensificación del comercio en Chile y Perú, en México Occidental, en las islas Sandwich[11] y con el comercio, de brusco surgimiento, de Asia y Australia con California. A través de California se han vuelto necesarias rutas mundiales completamente nuevas, rutas cuya importancia en breve habrá de superar la de todas las demás. La principal vía comercial en el Océano Pacífico, que tan sólo ahora ha sido realmente descubierto y que se ha convertido en el océano más importante del mundo, arranca hoy del istmo de Panamá. El establecimiento de conexiones a través de ese istmo, mediante carreteras, ferrocarriles y canales, es al presente imperiosamente necesario para el comercio mundial y en algunos aspectos se le ha dado principio. Ya está en construcción el ferrocarril de Chagres a Panamá. Una compañía norteamericana ha hecho medir topográficamente la cuenca del río San Juan, en Nicaragua, para unir ambos mares en ese lugar, primero mediante una carretera interoceánica y luego por un canal. En los periódicos ingleses y norteamericanos se discute acerca de otras rutas: la del istmo de Darién, la del Atrato en Nueva Granada, la del istmo de Tehuantepec. En medio de la ignorancia, súbitamente revelada, de todo el mundo civilizado respecto a las condiciones de América Central, es imposible determinar cuál es la vía más ventajosa para un gran canal; conforme a los pocos datos conocidos, la ruta del Atrato y la que cruza Panamá ofrecen las mejores posibilidades. Además de las comunicaciones a través del istmo, también se ha vuelto urgentemente necesaria una rápida expansión de la navegación oceánica de vapor. Ya los vapores surcan las aguas entre Southampton y Chagres, Nueva York y Chagres, Valparaíso, Lima, Panamá, Acapulco y San Francisco; pero estas pocas líneas, servidas con un reducido número de unidades, son absolutamente insuficientes. El desarrollo de la navegación de

vapor entre Europa y Chagres se vuelve día a día más necesario, y el tráfico creciente entre Asia, Australia y América demanda nuevas, grandes líneas de vapores de Panamá y San Francisco a Cantón, Singapur, Sydney, Nueva Zelandia y a la principal escala del Océano Pacífico, las islas Sandwich. De todos los territorios del Pacífico, son Australia y Nueva Zelandia las que en particular más han progresado, tanto por el rápido desarrollo de la colonización como a influjo de California, y no quieren ni un momento más seguir separadas del mundo civilizado por un viaje de cuatro y hasta seis meses de duración en veleros. La población total de las colonias australianas (exceptuada Nueva Zelandia) pasó de 170.676 (1839) a 333.764 en el año 1848, o sea que aumentó en nueve años un 95 1/2%. La propia Inglaterra no puede dejar a estas colonias sin conexión de vapores; el gobierno en este momento hace gestiones en pro de una línea que continúe el correo transcontinental con las Indias Orientales y, se concrete esto o no, la necesidad de conexión mediante vapores con América y especialmente con California, hacia la cual emigraron el año pasado 3.500 personas procedentes de Australia, será satisfecha en breve. Realmente, se puede decir que el mundo comienza a ser redondo, por vez primera, desde que existe la necesidad de estos viajes oceánicos universales de vapores.

Esta expansión inminente de la navegación de vapor se desarrollará aun más mediante la ya citada apertura de las colonias holandesas y el aumento del número de vapores de hélice, con los cuales, como se ha comprobado cada vez más, se puede transportar a los inmigrantes cada vez más rápido, a precio relativamente menor y más ventajosamente que en los veleros. Además de los vapores de hélice que ya parten desde Glasgow y Liverpool hacia Nueva York, probablemente se sumarán nuevos vapores a esa línea y se establecerá otra entre Rotterdam y Nueva York. En qué medida el capital tiene actualmente la tendencia de lanzarse sobre la navegación oceánica a vapor, lo demuestra el constante aumento de los vapores que compiten entre Liverpool y Nueva York, el establecimiento de líneas completamente nuevas de Inglaterra a El Cabo y de Nueva York a El Havre, así como una serie de

proyectos similares, en torno a los cuales corren rumores en Nueva York.

Con esta tendencia del capital a la navegación oceánica de vapor y a la canalización del istmo americano ya está echada la piedra fundamental para la superespeculación en este dominio. El centro de esta especulación es inevitablemente Nueva York, que recibe el grueso del oro californiano; que ya ha atraído hacia sí el comercio principal con California y que, en general, desempeña para América el mismo papel que Londres para Europa. Nueva York ya es el centro de la navegación de vapor transatlántica en su conjunto; todos los vapores del Océano Pacífico pertenecen a compañías neoyorquinas, y casi todos los proyectos en este ramo brotan de Nueva York. La especulación sobre líneas transoceánicas de vapores ya ha comenzado en esa ciudad; la Compañía de Nicaragua, surgida de Nueva York, es asimismo el principio de la especulación sobre los canales del istmo. La superespeculación se desarrollará muy pronto, y pese a que el capital inglés ha entrado masivamente en tales empresas, y a despecho de que la bolsa londinense se colmará de análogos proyectos de la más diversa índole, Nueva York seguirá siendo esta vez, empero, el centro de toda la faramalla y será la primera en experimentar, como en 1836, su colapso. Innumerables proyectos fracasarán, pero al igual que en 1845 el sistema ferroviario inglés, esta vez, por lo menos, la *estructura* de una navegación universal de vapor se impondrá a la superespeculación. Por más que quiebren muchas sociedades, subsistirán los vapores que duplican el tráfico atlántico, que conquistan el Océano Pacífico, que unen a Australia, Nueva Zelandia, Singapur y China con América, y reducen el viaje alrededor del mundo a la duración de cuatro meses. [ ]

[Del artículo "Revue — Mai bis Oktober", publicado en los cuadernos 5-6, noviembre de 1850, de la *Neue Rheinische Zeitung — Politisch-ökonomische Revue*. *MEW*, t. VII, p. 434-437.]

[c]

De Engels a Marx

[Manchester], 30 de julio de [18]51

[ ] Nuestra suposición en la última "Revue", respecto a la enorme expansión de la navegación de vapor oceánica, se ha confirmado ahora mismo. Dejando de lado algunas líneas menores, existen ya dos nuevas líneas importantísimas: 1) Los barcos de hélice de Liverpool a Filadelfia, cada 14 días 4 barcos en la travesía; 2) los vapores entre Liverpool, Río de Janeiro y Valparaíso, etc., cada 7 semanas 4 barcos en la travesía. A partir de 1 ó 2 meses se realizarán regularmente los viajes trascontinentales hacia California: de Nueva York a San Juan, de allí en vapor al lago de Nicaragua, por tierra a León, y desde aquí directamente a San Francisco, con lo cual el traslado a California se abreviará por lo menos en 8 días. [ ]

[*MEW*, t. XXVII, p. 290.]

[V]

FRIEDRICH ENGELS / KARL MARX

[ESLAVOS Y CRIOLLOS][12]

[ ] Así terminaron, por ahora y muy probablemente para siempre, las tentativas de los eslavos de Alemania para recobrar una existencia nacional independiente[13] Restos dispersos de numerosas naciones cuya nacionalidad y vitalidad política estaban agotadas desde tiempo atrás y que, por ello, se habían visto obligadas, durante casi un milenio, a seguir las huellas de una nación más poderosa que los había conquistado —tal como los galeses en Inglaterra, los vascos en España, los bajo-bretones en Francia y en un período más reciente los criollos españoles y franceses en las partes de Norteamérica ocupadas por la raza angloamericana[14]— esas nacionalidades agonizantes, los bohemos, carintios, dálmatas, etc., habían intentado aprovechar la confusión universal de 1848 para restablecer su *status quo* político del Anno Domini 800[15] La historia de un milenio tendría que haberles mostrado que una regresión tal era imposible, que si bien todo el territorio al este del Elba y del Saale había estado otrora ocupado por eslavos vinculados entre sí, ello sólo demuestra la tendencia de la historia y al mismo tiempo la capacidad física e intelectual de la nación alemana para someter, absorber y asimilar a sus viejos vecinos orientales; que esta tendencia de los alemanes a la absorción constituyó siempre, y constituía aún, uno de los más poderosos medios de propagar la civilización de Europa Occidental en el este del mismo continente; que esta tendencia sólo se detendría cuando el proceso de germanización hubiera alcanzado los confines de naciones grandes, compactas e incólumes, capaces de una vida nacional independiente, tal

como los húngaros y, hasta cierto punto, los polacos; y que por lo tanto el destino natural e ineluctable de estas naciones moribundas era dejar que se consumara ese proceso de disolución y absorción por vecinos más poderosos que ellas.

[Del 14° artículo de la serie *Germany — Revolution and Counter-Revolution*, publicado el 24 de abril de 1852 en *The New-York Daily Tribune*. Traducido del original inglés, que tomamos de F. Engels, *The German Revolutions*, University of Chicago Press, 1967, p. 209-210.]

[VI]

[THE MEXICAN WAR]

De Marx a Engels

[a]

[Londres,] 30 de noviembre de 1854

[.] Anteayer recibí por fin los dos tomos de la *Mexican War* de Ripley[16], aproximadamente 1.200 páginas, de gran formato. Ripley me parece a mí —por lo tanto opinión *puramente profana*— haberse formado *plus ou moins*[a] tras las huellas de Napier como historiador militar. El libro es sensato y, a mi juicio, no carece de sentido crítico. Dana[17] seguramente no lo ha leído. Si lo hubiera hecho, habría visto que su héroe, el general Scott[18], by no means, neither[b] como comandante en jefe ni como gentleman, aparece bajo una luz favorable. Me interesa especialmente esta historia, porque hace poco he leído en Antonio de Solís, *Conquista de México*[19], la campaña de Fernando Cortez. Se puede realizar comparaciones muy interesantes entre las dos conquistas[c]. Por otra parte, aunque los comandantes en jefe —Taylor[20] tanto como Scott— me resultan muy mediocres, toda la guerra constituye seguramente una digna obertura para la historia bélica de la gran Yanquilandia. Los enormes espacios en los que se desenvuelve la acción y el pequeño número de hombres con los que es llevada a cabo, entre ellos más volunteers que regular army[d], le

[a] Más o menos.- [b] En modo alguno, ni.- [c] "Conquistas", en español en el original.- [d] Ejército regular.

dan a la guerra su originalidad "americana" En lo que se refiere a Taylor y Scott, su único mérito parece consistir en que estaban convencidos de que los yanquis siempre saldrían a flote, por más hondo que se metieran en el pantano. A principios de la semana próxima te enviaré los dos tomos. Escríbeme —porque son voluminosos— si por correo (no conozco bien las últimas disposiciones) o por Parcel Co.[a]

Addio.
Tu
K. M.

[*MEW*, t. XXVIII, p. 413-414.]

[b]

[Londres,] 2 de diciembre de 1854.

[ ] Te envío el lunes con la mencionada Parcel Comp. el Ripley y la "Conquista de México" El *último*, una vez que no lo necesites, enviarlo de vuelta, porque el Solís no es mío. Sólo he leído en su totalidad (naturalmente que por arriba, tal como bastaba para mi propósito) el Ripley. Ahora me resulta muy claro —y Ripley lo expone en bandeja con su tono francamente sarcástico— que el gran Scott es un cuentamusas y un perro envidioso, un cascarrabias, inepto, mezquino y completamente ordinario que, consciente de deberlo todo a la valentía de sus soldados y la skill[b] de sus generales de división, recurre a jugarretas vulgares para asegurarse la gloria. Parece ser tan gran general como el many sided[c] Greeley [21] un gran filósofo. El tipo durante la campaña entera ha embrollado todo y hecho necedades, por todo lo cual merecería haber sido fusilado por cualquier consejo de guerra decente. Pero es (conforme al *rango*) el *primer* general de Norteamérica. Probablemente por eso Dana cree en él.

[a] Compañía de encomiendas.- [b] Habilidad.- [c] Multilateral.

Taylor, pese a todo, con toda seguridad vale más que Scott, tal como parece haberlo sentido el público norteamericano, que convirtió al primero en presidente de los United States, y al segundo, pese a todos sus esfuerzos, lo deja irse al foso again and again[a]. Me parece que el general Worth[22] es el más eminente, respecto a lo cual me tienes que dar tu opinión no bien hayas leído la cosa. Y también sobre otro punto. ¿No es singular que Scott siempre esté de 2 a 10 millas de las active operations, que *nunca* aparezca *personalmente* en el campo de batalla, sino que siempre "is observing the progress of events"[b] desde una segura retaguardia? Ni siquiera se presenta en persona, como lo hace Taylor, cuando la aparición del comandante en jefe es necesaria para la "moral" del ejército. Tras la muy encarnizada battle of Contreras[23] arremetió hacia adelante con su staff[c], cuando todo estaba liquidado. Durante la batalla indecisa de Molino del Rey[24] hizo decir a los "bravos" muchachos que se aguantaran, que él quizás aparecería en persona. Su talento "diplomático" es comparable tan sólo con sus aptitudes militares. Cuando muestra desconfianza es siempre hacia sus talentosos generales de división, pero nunca contra Santa Anna[25], que lo lleva de la nariz como a un niño crecidito. Lo característico en la guerra es, me parece, que cada división y cada pequeña partida de tropas por separado, pese a las órdenes defectuosas o falsas del Chief[d], siempre arremete stubbornly[e] contra el objetivo y aprovecha spontaneousty[f] cada incident, de tal manera que en última instancia resulta un todo armónico. El sentimiento yanqui de independencia y capacidad individual, quizá aun mayor que en los Anglo Saxons[8] Los españoles están completamente degenerados. Pero, con todo, un español degenerado, un mexicano, constituye un ideal. Todos los vicios, la fanfarronería, bravuconería y donquijotismo de los españoles a la tercera potencia, pero de ninguna mane-

[a] Cada vez más.- [b] Está observando el curso de los acontecimientos.- [c] Estado mayor.- [d] Jefe.- [e] Tenazmente.- [f] Espontáneamente.

ra lo sólido que éstos poseen[26]. La guerra mexicana de guerrillas, una caricatura de la española, y aun las huidas de los regular armies infinitamente superiores. En esto, empero, los españoles no han producido ningún talento como el de Santa Anna.

Vale[a].
Tu
K. M.

[*MEW*, t. XXVIII, p. 416-417]

[c]

[Londres,] 15 de dic[iembre] de 1854

[ ] Lo que he reconocido en el Ripley es, en particular, que no se deja llevar por exageraciones entusiastas. Dada la falta total de plan, los errores estratégicos cometidos en la guerra de México no parecen necesitar explicaciones. En lo tocante a desaciertos tácticos más delicados, of course que no entiendo nada. Creo que ha tomado de modelo a Napier, ya que pinta a los mexicanos exactamente como aquél pintó a los españoles, y se esmera, en segundo lugar, por mostrar fairness[b] con el adversario.

[*MEW* t. XXVIII, p. 420.]

[d]

[Londres, 1]9 de junio de 1861

[ ] Por la idea que me formé del general Scott —ahora con 76 años a cuestas, además— a propósito de la guerra de México (véase Ripley), espero de él los peores blunders[c] en caso de que al viejo asno no lo controlen otros. Ante todo, pachorra e indecisión. [ ]

[*MEW*, t. XXX, p. 177.]

[a] Adiós.- [b] Imparcialidad.- [c] Disparates.

[VII]

FRIEDRICH ENGELS

[a][27]

[ ] En los Estados Unidos se han efectuado experimentos con pontones cilíndricos de goma. En 1836 el capitán (más tarde coronel) Lane construyó, con tales pontones, puentes sobre un río profundo y caudaloso de Alabama, y en 1839 Armstrong ofreció cuerpos flotantes análogos, que inflados medían 18 pies de largo por 18 pulgadas de diámetro[a], término medio, y pesaban cada uno 39 libras[b]; tres de los mismos debían formar una sección de puente. El ejército de los Estados Unidos adoptó los pontones de goma inflada en 1846 y los empleó en la guerra contra México. Son de muy fácil transporte debido a su escaso peso y al poco espacio que ocupan estando plegados, pero comparten las fallas comunes a todos los pontones cilíndricos, ya que el roce con la grava, etc., los deteriora e inutiliza fácilmente. [ ]

[Del artículo "Bridge", publicado en el tomo III de *The New American Cyclopædia. Escrito a mediados de octubre de 1857. MEW*, t. XIV, p. 151.]

[b]

[ ] Estados Unidos, tanto el Norte como el Sur, tanto la Federación como la Confederación, no tenían, por así decirlo, ninguna organización militar. Los ejércitos de línea, por razones cuantitativas, eran absolutamente insuficientes para entrar en combate con un enemigo al

[a] 5,50 m de largo por 0,48 m de diámetro, aproximadamente.- [b] 17,7 kg, aproximadamente.

que hubiera que tomar en serio; la milicia apenas existía. Las guerras precedentes de la Unión nunca exigieron de las fuerzas militares del país un esfuerzo demasiado grande; Inglaterra, en los años entre 1812 y 1814, no tenía muchos soldados a su disposición, y México se defendió principalmente con aglomeraciones indisciplinadas. [ ]

[Del artículo "Enseñanzas de la guerra norteamericana" (ignoramos el título exacto en inglés), publicado el 6 de diciembre de 1861 en *The Volunteer Journal for Lancashire and Cheshire*. *MEW*, t. XV, p. 403-404.]

[VIII]

KARL MARX

[CUBA PARA EL ESCLAVISTA][28]

[.] Los desafueros del poder esclavista alcanzaron su punto culminante cuando, en virtud del Kansas-Nebraska Bill, se abatió por primera vez en la historia de los Estados Unidos —tal como lo confesó el propio Mr. Douglas— toda barrera legal contra la difusión de la esclavitud en los territorios estadounidenses[29]; cuando, algo después, un candidato del Norte compró su proclamación presidencial prometiéndole a la Unión conquistar o adquirir en Cuba un nuevo dominio para el amo de esclavos[30]; cuando más tarde, con la decisión sobre el caso Dred-Scott[31], se proclamó como ley de la constitución norteamericana la difusión de la esclavitud por el poder federal y, finalmente, cuando se reinició de facto la trata de africanos en una escala mayor que durante la época de su existencia legal. [ ]

[Del artículo "The American Question in England", fechado en Londres el 18 de setiembre y publicado el 11 de octubre de 1861 en *The New-York Daily Tribune*. Traducido del original inglés según la recopilación: Marx/Engels, *The Civil War in the United States*, International Publishers, 2ª ed., Nueva York, 1940, p. 7.]

[IX]

KARL MARX

LA GUERRA CIVIL NORTEAMERICANA[32]

[ ] En la política exterior de los Estados Unidos, así como en la interior, el interés de los esclavistas servía de norte. En realidad, Buchanan había obtenido el cargo presidencial gracias a la publicación del Manifiesto de Ostende, en el cual se proclama que la adquisición de Cuba, ya por compra, ya por la fuerza de las armas, constituye el gran objetivo de la política nacional. Bajo su gobierno, el norte de México ya estaba dividido entre especuladores norteamericanos en tierras, que esperaban impacientemente la señal para precipitarse sobre Chihuahua, Coahuila y Sonora[33] No menos dirigidas desde la Casa Blanca en Washington estaban las incansables expediciones piratas de los filibusteros contra los estados de América Central[34] En la más estrecha relación con esta política exterior, cuyo propósito manifiesto era conquistar nuevo territorio para la expansión de la esclavitud y del poder de los esclavistas, se encontraba la *reapertura de la trata de esclavos*, secretamente apoyada por el gobierno de la Unión. El propio St[ephen] A[rnold] Douglas declaró el 20 de agosto de 1859 en el senado norteamericano: durante el año pasado se habrían introducido más esclavos desde Africa que en ningún otro año, incluso que en la época en que la trata aún era legal. El número de esclavos importados en el último año se cifra en 15.000.

La propaganda armada de la esclavitud en el exterior era el objetivo confeso de la política nacional; la Unión, de hecho, se había vuelto el esclavo de los 300.000 esclavistas enseñoreados en el Sur. Una serie de compromisos, que el Sur obtuvo gracias a su alianza con los demócratas norteños, produjo ese resultado. Todos los intentos de

resistencia contra los crecientes abusos de los esclavistas, intentos repetidos periódicamente desde 1817, se habían ido a pique merced a esa alianza. Por fin se produjo un viraje.

Apenas se había aprobado el Kansas-Nebraska Bill, que borró la línea fronteriza de la esclavitud y sometió su introducción en nuevos territorios a la voluntad de la mayoría de los colonos, cuando emisarios armados de los esclavistas, ralea fronteriza de Missouri y Arkansas con el cuchillo de monte en una mano y el revólver en la otra, se lanzaron sobre Kansas y procuraron, mediante atrocidades inauditas, expulsar a sus pobladores del territorio colonizado por éstos. Tales correrías gozaron del apoyo del gobierno federal en Washington. Con este motivo se produjo una enorme reacción. En todo el Norte, particularmente en el Noroeste[10], se formó una organización de socorro para apoyar a Kansas con hombres, armas y dinero. De esta organización surgió el *Partido Republicano*, que debe su origen, pues, a la lucha por Kansas. Luego de que fracasara el intento de transformar a Kansas en un *territorio esclavista* por la fuerza de las armas, el Sur procuró alcanzar el mismo resultado a través de intrigas políticas. El gobierno de Buchanan, en particular, hizo lo posible y lo imposible por relegar a Kansas, en las filas de los Estados Unidos, a la condición de *estado esclavista* con una constitución esclavista impuesta desde afuera. De ahí que se renovara la lucha, que esta vez tuvo lugar principalmente en el congreso de Washington. Incluso St[ephen] A[rnold] Douglas, el jefe de los demócratas norteños, pasó entonces (1857-1858) a oponerse al gobierno y a sus aliados del Sur, porque la imposición de una constitución esclavista contradecía el principio de la soberanía de los pobladores, establecida en el Nebraska Bill de 1854. Douglas, senador por Illinois, un estado del Noroeste, naturalmente habría perdido toda su influencia si hubiese querido reconocer al Sur el derecho de apoderarse por la violencia, o mediante leyes del congreso, de territorios colonizados por el Norte. Así como la lucha por Kansas había creado al *Partido Republicano*, motivó al mismo tiempo la primera *escisión* dentro del propio *Partido Demócrata*.

El Partido Republicano formuló su primera plataforma para la elección presidencial de 1856. Aunque su candidato, John Frémont, no se impuso, de todos modos la enorme cantidad de sufragios emitidos por él demostró el rápido crecimiento del partido, principalmente en el Noroeste. En su segunda Convención Nacional para la elección presidencial (17 de mayo de 1860), los republicanos reiteraron su plataforma de 1856, ampliada solamente con algunos agregados. Su contenido fundamental era el siguiente: ni un pie de nuevo territorio debe ser entregado en adelante a la esclavitud. La política pirata hacia el exterior ha de cesar. Se estigmatiza la reimplantación de la trata. Finalmente, deben promulgarse leyes freesoil[35] para el fomento de la colonización libre.

El punto vitalmente importante de esta plataforma era el de que no se debía conceder un solo pie de nuevo territorio a la esclavitud; ésta, más bien, debería quedar confinada de una vez por todas en los límites de los estados donde ya existía legalmente. La esclavitud, por tanto, tendría que ser formalmente internada; pero la expansión continua del territorio y la permanente extensión de la esclavitud allende sus viejos límites constituyen una ley vital para los estados esclavistas de la Unión.

El cultivo de los artículos sureños de exportación, algodón, tabaco, azúcar, etc., realizado por los esclavos, sólo es remunerativo mientras lo practiquen grandes cuadrillas de esclavos, en escala masiva y sobre vastas superficies de un suelo naturalmente fértil, que sólo requiere trabajo simple. El cultivo intensivo, menos dependiente de la fertilidad del suelo que de la inversión de capital, inteligencia y energía del trabajo, es contrario a la naturaleza de la esclavitud. De aquí la rápida transformación de estados como Maryland y Virginia, que antaño empleaban esclavos para producir artículos de exportación, en estados que crían esclavos para exportarlos a las regiones ubicadas más al sur. Incluso en Carolina del Sur, donde los esclavos constituyen los cuatro séptimos de la población, el cultivo del algodón desde hace años está completamente estacionado, a causa del agotamiento del suelo. Sí, Carolina del Sur, por la fuerza de las circunstancias, ya se ha transformado parcialmente en un estado criador de esclavos, pues

por año vendo esclavos por valor de cuatro millones de dólares a los estados del extremo Sur y del Suroeste[36] Una vez que se ha alcanzado este punto, la adquisición de nuevos territorios se torna necesaria, a fin de que una parte de los esclavistas pueda equipar con los esclavos nuevas plantaciones fértiles, y con ello se cree un mercado de cría de esclavos, por ende de venta de éstos, para la parte que ha permanecido en los lugares de origen. No existe duda alguna, por ejemplo, de que sin la adquisición de Louisiana, Missouri y Arkansas por los Estados Unidos, hace tiempo que la esclavitud se habría extinguido en Virginia y Maryland. En el Congreso Secesionista de Montgomery, el senador Toombs[37], uno de los voceros del Sur, formuló contundentemente la ley económica que rige la constante expansión del territorio de la esclavitud: "Si no se produce —aseveró— un gran aumento del territorio esclavista, dentro de quince años habrá que permitir a los esclavos que huyan de los blancos, o los blancos tendrán que huir de los esclavos"

La representación de cada estado en la Cámara de Representantes depende, como es sabido, de la cantidad de personas que integran su población. Como la población de los estados libres crece muchísimo más rápidamente que la de los estados esclavistas, el número de los representantes norteños había de dejar atrás, con gran celeridad, al de los sureños. El asiento real del poderío político del Sur, por lo tanto, se transfiere cada vez más al senado norteamericano, donde cada estado, sea grande o pequeña su población, está representado por dos senadores. Para mantener su influencia en el senado, y a través del senado, su hegemonía sobre los Estados Unidos, el Sur, por consiguiente, necesitaba una formación continua de nuevos estados esclavistas. Ello sólo era posible, sin embargo, mediante la conquista de países extranjeros, como en el caso de Tejas, o por la transformación de los territorios pertenecientes a los Estados Unidos en territorios esclavistas, primero, y luego en estados esclavistas, como en el caso de Missouri, Arkansas, etc. *John Calhoun*[38], a quien los esclavistas admiran como a su estadista par excellence, manifestó ya el 19 de febrero de 1847 en el senado que esta corporación sola ponía el equilibrio del poder en

manos del Sur; que la expansión del territorio esclavista era necesaria para preservar este equilibrio entre el Sur y el Norte en el senado, y que, por lo tanto, se justificaban los intentos del Sur de crear nuevos estados esclavistas por la violencia.

Por último, el número de los verdaderos esclavistas en el Sur de la Unión no pasa de 300.000, una reducida oligarquía ante la cual se hallan muchos millones de los llamados "blancos pobres" (poor whites), cuya masa crece constantemente por obra de la concentración de la propiedad de la tierra y cuya situación sólo puede compararse con la de los plebeyos en la época de la más extrema decadencia de Roma. Solamente mediante la adquisición, o las perspectivas de adquisición de nuevos territorios y por medio de expediciones piratas, es posible conciliar los intereses de estos "blancos pobres" con los de los esclavistas, brindar una salida innocua al ansia de acción que anima a aquéllos y domesticarlos mediante la esperanza de transformarse algún día ellos mismos en dueños de esclavos.

El confinamiento estricto de la esclavitud dentro de su viejo territorio, pues, tenía que producir, con arreglo a la ley económica, su paulatina extinción; en la esfera política, aniquilar la hegemonía que los estados esclavistas ejercen a través del senado y, finalmente, exponer a la oligarquía esclavista, dentro de sus propios estados, a amenazantes peligros por el lado de los "blancos pobres". Con el principio de que toda expansión ulterior de los territorios esclavistas debía prohibirse por ley, los republicanos, pues, atacaban en sus raíces el poder de los propietarios de esclavos. La victoria electoral republicana, por consiguiente, debía provocar la lucha abierta entre el Norte y el Sur. De todos modos, esta victoria electoral, como ya se ha señalado, estaba condicionada por la escisión en el campo demócrata.

La lucha de Kansas ya había provocado una división entre el partido esclavista y sus aliados los demócratas del Norte. La misma lucha estalló ahora, con motivo de la elección presidencial de 1860, en una forma más general. Los demócratas norteños, con Douglas como su candidato, lograron que la introducción de la esclavitud en los terri-

torios dependiera de lo que decidiese la mayoría de los pobladores. El partido de los esclavistas, con Breckinridge[39] como candidato, sostiene que la Constitución de los Estados Unidos, tal como también lo ha declarado la Corte Suprema, establece la legalidad de la esclavitud; ésta ya es legal en sí y para sí en todos los territorios y no requiere ninguna naturalización especial. Mientras que los republicanos, pues, prohibieron todo aumento de los territorios esclavistas, el partido sureño reivindica como dominios legalmente garantizados todos los territorios de la república. Lo que, pongamos por caso, procuraron hacer con Kansas —imponer la esclavitud en un territorio, gobierno federal mediante, contra la voluntad de los propios pobladores[41] ahora lo proclaman como ley para todos los territorios de la Unión. Una concesión de esta índole estaba por encima del poder de los jefes *demócratas* y sólo hubiera provocado la deserción de su ejército hacia el campo republicano. Al partido esclavista, por otro lado, no le podía bastar con la "soberanía de los pobladores", defendida por Douglas. Lo que ese partido quería obtener tenía que lograrse en los cuatro años siguientes, bajo el nuevo presidente; sólo podía obtenerse mediante los recursos del gobierno federal y no toleraba demora ulterior alguna. No escapaba a la comprensión de los esclavistas que se había formado un nuevo poder, el *Noroeste*, cuya población, que entre 1850 y 1860 casi se había duplicado, ya poco menos que se equiparaba a la población blanca del Sur; un poder que ni por tradición o temperamento, ni por modo de vida, se inclinaba a dejarse arrastrar de compromiso en compromiso, a la manera de los viejos estados norteños. La Unión tenía valor aún para el Sur sólo en tanto el poder federal le sirviera como medio para la ejecución de la política esclavista. En caso contrario, más le valía provocar ahora el rompimiento, en lugar de contemplar durante cuatro años el desarrollo del Partido Republicano y el ascenso del Noroeste y comenzar la lucha bajo condiciones más desfavorables. Por ello el partido esclavista jugó *va banque!* [a]. Cuando los demócratas

[a] ¡Está en juego la banca! ; jugar va banque significa arriesgarse a todo o nada.

del Norte se negaron a seguir desempeñando el papel de los "blancos pobres" sureños, el Sur provocó la victoria de Lincoln por medio de la división de los sufragios, y luego tomó esta victoria como pretexto para desenvainar la espada.

El movimiento entero se fundaba y se funda, como se ve, en la *cuestión de la esclavitud*. No en el sentido de si en los actuales estados esclavistas deben ser liberados directamente los esclavos o no, sino en el de si los veinte millones de hombres libres del Norte deben seguir subordinados a una oligarquía de 300.000 dueños de esclavos; de si los enormes territorios de la república deberán convertirse en semilleros de estados libres o de la esclavitud; finalmente, de si la política nacional de la Unión debe enarbolar la bandera de la propagación armada de la esclavitud en México, América Central y del Sur. [ ]

[Del artículo "Der nordamerikanische Bürgerkrieg", fechado en Londres el 20 de octubre de 1861 y publicado el 25 de ese mes en *Die Presse*. *MEW*, t. XV, p. 334-338.]

[X]

KARL MARX

LA DESTITUCION DE FREMONT [40]

La destitución de Frémont del puesto de comandante en jefe en Missouri constituye un hecho crucial en la historia del desarrollo de la guerra civil norteamericana. Frémont tenía que expiar dos grandes pecados. Fue el primer candidato del Partido Republicano a la dignidad presidencial (1856) y es el primer general del Norte que amenazó a los esclavistas con la emancipación de los esclavos (30 de agosto de 1861). Sigue siendo, por ende, un rival para los candidatos presidenciales del futuro y un obstáculo para los fraguadores de compromisos en el presente.

Durante los dos últimos decenios en los Estados Unidos se ha impuesto la extraña práctica de no elegir como presidente a ningún hombre que ocupe una posición determinante en su propio partido. Se utilizan, es cierto, los nombres de tales personas en los actos preelectorales, pero no bien se pasa a la elección propiamente dicha desaparecen esos nombres, remplazados por mediocridades de influencia puramente local. De esta suerte llegaron a ser presidentes Polk, Pierce, Buchanan, etc. De esta suerte llegó a serlo A[braham] Lincoln. El general Andrew Jackson, en realidad, fue el último presidente de los Estados Unidos que debió su cargo a su importancia personal, mientras que todos sus sucesores lo debieron, por el contrario, a su insignificancia individual.

En el año electoral de 1860 los nombres más relevantes del Partido Republicano eran Frémont y Seward [41] Conocido por sus aventuras durante la guerra de México, por su audaz exploración de California y su candidatura de

1856, Frémont era una figura demasiado llamativa para que se le tuviera en cuenta mientras se tratase no de una manifestación republicana, sino de un éxito republicano. De ahí que no figurara como candidato.

[.]

Frémont es el ídolo de los estados del Noroeste, que lo celebran como el "pathfinder" (explorador)[42] Consideran su destitución como una afrenta personal. Si el gobierno de la Unión experimente algunos otros reveses como los de Bull Run y Balls Bluff[43], le habrá dado él mismo a la oposición, que entonces se levantará contra él y hará pedazos el sistema diplomático de guerrear hasta hoy imperante, un líder en la persona de John Frémont. [ ]

[Del artículo "Die Absetzung Fréments", publicado en *Die Presse* el 26 de noviembre de 1861. *MEW*, t. XV, p. 381-383.]

NOTAS

1. El presente texto forma parte de "Los movimientos de 1847", un importante artículo de enero de 1848 en el que Engels, con aprobación crítica, pasa revista a los "avances imponentes" efectuados durante el año anterior y en casi todo el mundo por la burguesía. La estricta contemporaneidad de este escrito con el *Manifiesto del Partido Comunista* contribuye a acrecentar su interés, y es imprescindible reproducir aquí algunos de sus pasajes fundamentales si se quiere dar un marco de referencia más claro a la actitud asumida por Marx y Engels ante la guerra de México.

Todos los "gloriosos avances de la civilización en Turquía, en Egipto, en Túnez, en Persia y otros países bárbaros", dice Engels, no consisten "sino en preparativos para el florecimiento de una futura burguesía". La burguesía "quiere organizar el mundo entero según sus normas, y en una considerable parte del planeta alcanzará ese objetivo. Como es sabido, no somos amigos de la burguesía. Pero en esta ocasión aceptamos su triunfo. [. .] Nada tenemos en contra de que por doquier ejecute sus designios. [. . .] Estos señores creen realmente que trabajan para sí mismos.[. . .] Y sin embargo, nada más evidente que, en todas partes, ellos no hacen más que abrirnos el camino a *nosotros*, los demócratas y comunistas; que a lo sumo conquistarán algunos años de disfrute intranquilo, para inmediatamente después ser a su turno derrocados. Por doquier se alza tras ellos el proletariado [. .]." Los burgueses "trabajan sólo en nuestro interés", creía Engels, y de ahí su exhortación final: "¡Seguid luchando con denuedo, honorables señores del capital! Necesitamos de vosotros por el momento; vuestra dominación, incluso, aquí y allá nos es necesaria. Tenéis que despejarnos del camino los restos de la Edad Media y de la monarquía absoluta, tenéis que aniquilar el patriarcalismo, tenéis que centralizar, tenéis que transformar a todas las clases más o menos desposeídas en verdaderos proletarios, en reclutas para nosotros, tenéis que suministrarnos mediante vuestras fábricas y conexiones comerciales la base de los medios materiales que el proletariado necesita para su liberación. Como premio por ello, podréis dominar un breve tiempo [. . .], pero, no lo olvidéis, « el verdugo está a la puerta »." (*MEW*, t. IV, pp. 501-503).

La historia no dio su confirmación a muchas de las previsiones aquí enunciadas por Engels. Los avances europeos en Turquía, Egipto, Túnez, Persia y "otros países bárbaros", más que preparar "el florecimiento de una burguesía futura", similar a la europea, preludia-

ron la floración vicaria de burguesías *compradoras*, de lo que gráficamente se ha llamado *lumpemburguesías*. La burguesía europea y norteamericana organizó el mundo entero "según sus normas", sin duda, pero estas normas no implicaron la promoción del desarrollo capitalista independiente de los "países bárbaros" sino el bloqueo, más o menos radical, de ese desenvolvimiento. Y en vez de "algunos años de disfrute intranquilo", el saqueo insaciable de los países dependientes le permitió a la burguesía de los países capitalistas avanzados además de aumentar su cuota de *disfrute*, si no eliminar por lo menos reducir la de *intranquilidad*, mediante acuerdos tácitos o expresos con el *verdugo* proletario (fenómeno este último que Engels vio más tarde, por lo menos en el caso de un país como Inglaterra, con singular penetración).

Con arreglo a las ideas básicas expuestas en "Los movimientos de 1847", el pronunciamiento de Marx y Engels respecto a la guerra entre Estados Unidos y México no podía ser diferente del que fue. Esa posición tiene un antecedente notable, que contribuye a reforzar nuestra convicción de que el apoyo de los grandes socialistas europeos a Estados Unidos no fue casual. En setiembre de 1847 la Liga de los Comunistas publicó el primer (y único) número de la *Kommunistische Zeitschrift* (Revista Comunista), en la cual, medio año antes de la edición del *Manifiesto*, figura la famosa consigna: " ¡Proletarios de todos los países, uníos! " (Aparece encabezando el editorial y dentro del mismo, pero esta segunda vez en primera persona del plural: "Proletarios de todos los países, unámonos" No hay duda alguna de que ese editorial no es de Marx ni de Engels; en general se coincide en que su autor fue muy probablemente Karl Schapper, el fundador de la Liga de los Justos.) Y precisamente en el periódico donde, que sepamos, aparece por primera vez la célebre consigna internacionalista proletaria, figura también, en una "Revisión política y social" que Riazánov atribuye a Wilhelm Wolff (al que Marx dedicara veinte años más tarde el primer tomo de *El capital*), la siguiente reseña: "NORTEAMERICA. Los norteamericanos siguen liados en guerra con los mexicanos. Hay que esperar que se adueñen de la mayor parte del territorio mexicano y sepan utilizar mejor el país de lo que éstos lo han hecho" (véase C. Marx y F. Engels, *El manifiesto comunista*, con una introd. de W. Roces y notas de D. Riazanof, Madrid, 1932, pp. 373-374).

2. Nuevo México comprendía entonces, además del territorio del estado homónimo actual, el de Arizona y partes de Colorado y Utah.

3. Es exacto que parte de los poco numerosos norteamericanos que se opusieron a la anexión de Tejas y a la guerra de agresión contra México obedecían al móvil que señala Engels: Henry Clay, por ejemplo, ya temeroso en 1844 de que si se desencadenaba la contienda "un número incontablé de buques extranjeros, bajo la autoridad y la bandera de México, hicieran presa en nuestro indefenso comercio en el golfo de México, en el Pacífico y en todo otro mar y océano" (*Documents of American History*, ed. por H. S. Commager, 8a. ed., N.Y., 1968, p. 305); o el también ex-secretario de estado Daniel

Webster, en cuyos labios, decía Emerson, la palabra libertad sonaba "como la palabra amor en boca de una ramera" Pero la oposición de esos burgueses reconocía también otro poderoso móvil, en el que Marx y Engels no habían reparado aún: la seguridad de que un importante resultado de la guerra sería ampliar el terreno nutricio de la "peculiar institution" (el eufemismo usual por *esclavitud*) vigente en el Sur. El propio Clay lo señala; el ex-presidente John Quincy Adams y otros prohombres se oponen, en un manifiesto de marzo de 1843, a la anexión de Tejas porque según ellos no se había adoptado la constitución para perpetuar la esclavitud sino para "asegurar los dones de la libertad" (*The Record of American Diplomacy*, ed. cit., p. 192); ya disparados los primeros cañonazos, la asamblea legislativa de Massachusetts declara que era aquélla una guerra de conquista, una guerra para fortalecer el poder esclavista y dirigida contra los estados libres de la Unión (cfr. Morison, Commager, Leuchtenburg, *The Growth of American Republic*, N.Y., 1969, t. I, p. 551). Thomas Corwin, el único senador que votó contra los créditos de guerra, justificó el derecho de los mexicanos a preparar "hospitalarias tumbas" a los invasores y predijo acertadamente que la agresión a México habría de preludiar una guerra civil entre los estados libres y los esclavistas.

Un caso particular es el de un puñado de norteamericanos que desde posiciones democráticas y radicales se opusieron a la guerra contra México. Sobresalen entre ellos los editores del *Advocate of Peace*, para quienes los móviles de la guerra eran el afán de lucro y el deseo de imponer mayores contribuciones a los trabajadores, o los socialistas utópicos de *The Harbinger*, quienes afirmaban recoger "el clamor de los trabajadores explotados [en] los algodonales de Carolina y las hilanderías de algodón de Nueva Inglaterra" y se solidarizaban con los mexicanos, "que han opuesto su pecho desnudo a la espada del conquistador" (véase Merle Curti, *El desarrollo del pensamiento norteamericano*, B.A., 1956, p. 372). Un lugar de honor, dentro de esa pequeña minoría de hombres lúcidos y honestos, le corresponde a Henry David Thoreau, que fue a la cárcel por negarse a pagar impuestos a un gobierno esclavista, agresor de un pueblo pacífico. "[. . .] Cuando la sexta parte de una nación que se ha propuesto ser el refugio de la libertad son esclavos y un ejército extranjero invade y conquista injustamente todo un país, y lo somete a la ley marcial, pienso que no es demasiado temprano para que los hombres honrados se lancen a la rebelión y la revolución. Lo que hace de este deber el más urgente es el hecho de que el país invadido de esa suerte no es el nuestro, sino nuestro el ejército invasor" (Henry David Thoreau, *Walden — On the Duty of Civil Disobedience*, N.Y., 1962, p. 239).

4. "Actualmente": esto es, después de la anexión a Estados Unidos, por el tratado de Guadalupe Hidalgo (febrero de 1848), de una extensión calculada en 1.528.000 km².

5. Este texto forma parte de un editorial no firmado de la *Neue Rheinische Zeitung*, "El paneslavismo democrático", réplica al "Llamamiento a los esclavos" del revolucionario ruso Mijaíl Bakunin. Escrito

por Engels, el artículo refleja asimismo el pensamiento de Marx. "La constitución que regía en la redacción [de la *Neue Rheinische Zeitung*] se reduciría simplemente a la dictadura de Marx", recordaba Engels en 1884 ("Marx und die *Neue Rheinische Zeitung*", *MEW*, t. XXI, p. 19). Y como le escribía Engels a Hermann Schlüter el 15 de mayo de 1885: "Igualmente [es mío] el artículo contra Bakunin y el paneslavismo. Los trabajos de M[arx] y los míos, de aquella época, a causa de la división planificada del trabajo son casi absolutamente inseparables." (*MEW*, t. XXXVI, p. 315).

6. Puerto en el istmo de Panamá (que por entonces formaba parte de Colombia), en la desembocadura del río Chagres. Actualmente en la Zona del Canal, detentada por Estados Unidos.

7. San Juan del Norte, puerto en el extremo SE de Nicaragua, había sido ocupado por los ingleses en febrero de 1848, so pretexto de que formaba parte del más bien impreciso Reino de los Mosquitos (tribu india presuntamente aliada de Gran Bretaña). La ocupación de la localidad (a la que los ingleses dieron el nombre de Greytown) no se prolongó, y en 1849-50 los Estados Unidos proyectaron abrir un canal precisamente a partir de la misma. Por el tratado de Clayton-Bulwer (abril de 1850) Gran Bretaña y Estados Unidos renunciaban a toda aspiración al control exclusivo del istmo o de los canales que se construyeran en él (es decir, afirmaban su supuesto derecho a controlarlos *en común*).

8. León era entonces, y lo fue hasta 1857, capital de Nicaragua.

9. La actual provincia canadiense de Nueva Escocia era en 1850 una colonia directamente dependiente de la corona británica, el nombre de Canadá se aplicaba por lo general a las actuales provincias de Quebec y Ontario, entonces llamadas Bajo y Alto Canadá (Lower and Upper Canada) respectivamente.

10. La denominación "Noroeste" se emplea aquí en su sentido tradicional, vale decir, designa los estados de Ohio, Indiana, Illinois, Michigan y Wisconsin, surgidos del "Viejo Noroeste" o "Territorio al Noroeste del Río Ohio", y también a Iowa y al territorio (estado a partir de 1858) de Minnesota. En 1783, cuando por el tratado de París los Estados Unidos obtuvieron el "Viejo Noroeste", esa región se hallaba ubicada efectivamente al NW del país, pero aunque ello ya no ocurría en 1850 la denominación se mantuvo en boga durante mucho tiempo.

11. Antigua denominación del archipiélago de Hawai.

12. Tomamos este texto, en el que Engels y Marx asimilan el futuro destino de los "criollos españoles y franceses" en Estados Unidos a la suerte de los eslavos sometidos por la "nación alemana", de *Revolución y contrarrevolución en Alemania*. ¿Se trata de una obra de Marx, como hacía suponer la única firma que aparecía al pie de esos artículos a medida que los publicaba *The New-York Daily Tribune*, o de Engels, tal cual ha sostenido la mayor parte de los críticos después de la publicación de la correspondencia entre ambos pensadores (aunque Lenin, que la había leído y anotado cuidadosamente, seguía

atribuyendo el libro a Marx)? ¿Es en el fondo una "obra común de Marx y Engels", como alega Riazánov, o más bien de *Engels y Marx*, para decirlo con Hans Mayer? Aunque no podemos fundamentarla circunstanciadamente aquí, nos inclinamos por esta última opinión: hayan existido o no los memorandos de Marx que Engels habría utilizado en la redacción, y de los que habla Riazánov, lo cierto es que Engels le envía los artículos a Marx para que éste los modifique o haga con ellos lo que quiera ("tu en feras ce que tu voudras", o "ce que tu pourras"), le habla a Marx de "nuestros artículos" ("unsre Artikel") y de que sin tener los primeros "ante nuestros ojos no podemos" proseguir ("before *our* eyes, *we* cannot [. . .]", etc.; subrayados míos), todo lo cual sugiere poderosamente que Marx intervino de alguna manera en la preparación del trabajo.

De lo que no cabe absolutamente ninguna duda —aunque este problema generalmente queda oscurecido por el de la autoría estricta— es de la total responsabilidad intelectual de Marx por los artículos. Aparecieron bajo su firma, y tiempo después se refirió a ellos, en diversas oportunidades, como a una obra suya. Véase por ejemplo su aclaración del 30 de agosto de 1853 al *Morning Advertiser* (donde un lector lo había acusado de calumniar a Bakunin): "En mis cartas a la *New-York Daily Tribune* sobre la *Revolución y contrarrevolución en Alemania* fui, que yo sepa, el primer autor alemán que rindió a Bakunin el debido tributo por su participación en nuestro movimiento", etc. (*MEW*, t. IX, pp. 295-296; ver también *ibíd.*, p. 237: "Aquellos [. . .] lectores que hayan leído mis artículos sobre la revolución y contrarrevolución en Alemania, que escribí hace unos dos años para la *Tribune* [. . .]", etc., o la carta del 3 de marzo de 1860 a Lassalle, *MEW*, t. XXX, p. 498).

13. Engels y Marx utilizan el término Alemania en un sentido amplio —habitual en el siglo pasado—, comprendiendo también a Austria, país que era, por lo demás, la cabeza visible de la Confederación Germánica (1815-66). Recuérdese que en poder de Austria se encontraban Bohemia, Moravia, Eslovaquia, Carintia, Dalmacia y otros territorios poblados fundamentalmente por eslavos.

14. "By the Anglo-American race". La hija de Marx, Laura Lafargue, traduce correctamente: "par la race anglo-américaine" (K. Marx, *Révolution et contre-revolution en Allemagne*, París, 1900, p. 153). Ciertos traductores han optado por retocar el original: en la versión de Editions Sociales, París, 1951, p. 275, se lee "par les Anglo-Américains"; en la edición de Dietz de 1953, p. 115, y lo mismo en *MEW*, t. VIII, p. 100, "von den Angloamerikanern". La supresión de la palabra "raza" no es admisible. En cambio es correcto apuntar, como hacen los editores de las *MEW* en la nota 12 del tomo IX, ante un caso similar, que "Marx utiliza aquí la palabra « raza » en la acepción por entonces general, que implicaba una confusión de « subrazas » (grupos dentro de las razas principales) con las subdivisiones lingüísticas y étnicas de la humanidad".

15. Año del Señor 800; alrededor de esta fecha comienza el avance

de los pueblos germánicos sobre territorios de Europa centro-oriental en los que predominaban los eslavos.

16. Se trata de *The War with Mexico*, N.Y., 1849, de Roswell Sabine Ripley (1823-87), oficial norteamericano que participó en el genocidio de los indios seminolas, en la guerra de agresión contra México y más tarde, a favor del bando esclavista, en la Guerra de Secesión.

17. Charles Anderson Dana (1819-97), periodista norteamericano, redactor entre 1847 y 1862 de la *New-York Daily Tribune* y de 1858 a 1863 de *The New American Cyclopædia* ; en ambas empresas colaboraron regularmente Marx y Engels.

18. Winfield Scott (1786-1866), comandante en jefe del ejército norteamericano que ocupó Veracruz (marzo de 1847), derrotó a los mexicanos en varias batallas y tomó luego Ciudad de México (14 de setiembre de 1847).

19. *Historia de la conquista de México, población y progresos de la América septentrional*, etc., 1684, del cronista español Antonio de Solís y Rivadeneyra (1610-1686). Marx utilizó la edición parisiense de 1844.

20. Zachary Taylor (1784-1850), propietario de esclavos, exterminador de indios y comandante en jefe de las fuerzas armadas de la secesionista Tejas en 1845; en la guerra contra México estuvo al frente del ejército del Río Grande; electo en 1849 presidente de los Estados Unidos.

21. Horace Greeley (1811-72), fundador (1842) y director de *The New-York Daily Tribune* —periódico para el que escribía Marx— fue adversario no siempre consecuente del sistema esclavista y expositor, durante cierto tiempo, del socialismo utópico.

22. William Jenkins Worth (1794-1872) participó en la derrota y genocidio de los seminolas (1835-42) y en varias batallas de la guerra de agresión contra México.

23. La batalla de Contreras se libró el 19-20 de agosto de 1847, pocos quilómetros al sur de Ciudad de México.

24. Los norteamericanos sufrieron numerosas bajas en este combate (8 de setiembre de 1847), considerado por ellos mismos una victoria pírrica.

25. Antonio López de Santa Anna (¿1795? -1876), militar y político conservador, varias veces dictador o presidente de México; en 1836 procuró, infructuosamente, aplastar la insurrección de los esclavistas tejanos, y en 1846-47 comandó el ejército mexicano en lucha contra la invasión norteamericana, contribuyendo con su ineficacia y venalidad al triunfo de aquélla. Más tarde (1853) vendió a Estados Unidos parte del territorio nacional (la "Gadsden Purchase"), y en 1861 apoyó la intervención de Francia, Inglaterra y España contra su país.

26. Véase Hegel, *Die Vernunft in der Geschichte* (5a. ed., Hamburgo, 1955, p. 205 y pássim): "Lo noble y generoso del carácter español no se ha trasladado a América"

27 Poco importante en sí, este texto coadyuva a demostrar que la guerra entre Estados Unidos y México no la definieron "la valentía de los voluntarios norteamericanos" o "el sentimiento yanqui de independencia y capacidad individual", sino más bien la superioridad económica y técnica del capitalismo norteamericano *en vías de desarrollo* (si se nos permite usar con todo rigor la casi siempre eufemística expresión) sobre el ya subdesarrollado capitalismo mexicano.

28. La importancia de este breve fragmento consiste en que en él se encuentra la primera condenación rotunda y directa de Marx a la política norteamericana en América Latina (sin que obste a ello que el autor tienda a simplificar los móviles de la expansión estadounidense al referirlos exclusivamente al problema de la esclavitud).

En rigor, sería más prudente decir: la primera condenación *conocida* de Marx a esa política. A juzgar por una carta suya a Engels del 22 de diciembre de 1858, Marx había escrito en esos días una nota periodística "sobre el mensaje de Buchanan", en la que pasaba revista "a la crítica de los periódicos ingleses al respecto" (*MEW*, t. XXIX, p. 378). En su mensaje (6 de diciembre de 1858) el presidente norteamericano Buchanan (ver nota 30) propuso al congreso el establecimiento de un protectorado "transitorio" sobre los estados mexicanos de Sonora y Coahuila, anunció la continuación y desarrollo de una política de agresiones contra Paraguay, Brasil y otros países latinoamericanos y solicitó un aumento de la partida presupuestal destinada a la marina de guerra. Es muy posible que Marx censurara ese programa expansionista; por desgracia la *New-York Daily Tribune* no publicó el artículo, cuyo conocimiento habría resultado utilísimo para precisar la evolución del pensamiento marxiano sobre América Latina.

29. El Kansas-Nebraska Bill (1854), además de establecer los nuevos territorios epónimos (se suponía que Nebraska se convertiría en estado libre y Kansas en esclavista, para mantener de esa suerte el equilibrio entre Norte y Sur en el senado), abrogó el Compromiso de Missouri de 1820, esto es, la prohibición de extender la esclavitud, en el entonces territorio de Louisiana, al norte del 36º 30' A partir de la nueva ley cualquier territorio, por plebiscito, podía establecrse como estado esclavista fuera cual fuese su ubicación geográfica.

El senador Stephen Douglas (1813-61), promotor del Kansas-Nebraska Bill, era el líder de los demócratas norteños y partidario resuelto de un compromiso con los esclavistas. En 1856 Buchanan le ganó la candidatura presidencial demócrata y en 1860 lo derrotó en las elecciones nacionales el republicano Lincoln.

30. Marx se refiere a James Buchanan (1791-1868), secretario de estado durante la guerra de México, embajador en Gran Bretaña en 1853-56 y presidente de Estados Unidos de 1857 a 1861. Con Pierre Soulé (1801-1870) y John Young Mason (1799-1859), ministros norteamericanos en España y Francia, respectivamente, Buchanan compuso el Manifiesto de Ostende (octubre de 1854), en el que se exhortaba al gobierno estadounidense a "comprar a Cuba con la menor demora posible" o tomarla por la fuerza, ya que la isla, según

ellos, era "tan necesaria para la república norteamericana como cualquiera de sus miembros". De no hacerse así, pretextaban, se corría el riesgo de que "Cuba fuera africanizada y se volviera un segundo Santo Domingo, con todos los consiguientes horrores para la raza blanca", y de que "las llamas se extendieran a nuestras costas vecinas" (o sea, el "riesgo" de que los negros norteamericanos decidieran no soportar más los horrores de la esclavitud) (véase *Documents of American History*, ed. cit., pp. 333-335).

31. Dred Scott era un esclavo que reclamó judicialmente su libertad, basándose en que había residido algunos años en un territorio donde la esclavitud estaba prohibida. La Suprema Corte, en manos de una mayoría esclavista, sostuvo que Scott no era ciudadano ni podría serlo jamás, por lo cual no tenía derecho a presentarse ante tribunales, y que como la constitución vedaba las expropiaciones realizadas sin el debido proceso, el Compromiso de Missouri (véase nota 29) era inconstitucional.

32. En el presente texto, parte de un largo artículo con el que Marx inició sus colaboraciones en el periódico liberal austríaco *Die Presse*, se denuncia con vigor la expansión norteamericana en América Latina. Marx revé así de manera radical su actitud de años atrás, favorable a la conquista de territorios mexicanos por Estados Unidos. No deja de llamar la atención que si antes, durante la guerra de México y el período inmediatamente posterior, Marx había pasado por alto la gravitación enorme de los intereses esclavistas sobre la política exterior norteamericana, ahora absolutice esa gravitación, la convierta implícitamente en la determinante única de la expansión. (Obedecía ésta, en realidad, no sólo a las necesidades del plantador de algodón y el criador de esclavos, sino también a las de la burguesía industrial y comercial, como lo demuestra el mero hecho de que el descalabro militar del Sur y la abolición de la esclavitud no trajeran consigo el término del expansionismo estadounidense.) El lector podrá apreciar más adelante cómo este error de Marx —suponer que el motor prácticamente único de la expansión norteamericana era la esclavitud— lo llevará a idealizar en cierta medida la actitud de Lincoln hacia México.

Del artículo de Marx reproducimos, a más de los pasajes directamente referidos a la política estadounidense en América Latina, su exposición de por qué el Sur estaba en el dilema de conquistar nuevos territorios o perecer.

33. Buchanan había tratado de comprar a México Baja California y gran parte de Sonora y Chihuahua, estados donde los especuladores norteamericanos poseían ya numerosas minas y grandes haciendas.

34. Ya en enero de 1857 Marx se había referido, incidentalmente, a estas expediciones. En el artículo "El conflicto británico con China", publicado en la *Tribune*, asevera que cierta justificación particularmente canallesca que *The London Times* había hecho de los atropellos británicos contra China, "no desacreditaría ni siquiera al general William Walker de Nicaragua" (*On Colonialism*, ed. cit., p. 90).

35. "Disposiciones free-soil" —dice Marx en otro pasaje, no reproducido aquí, de este mismo artículo— se llamaban las "que debían asegurar gratuitamente a los colonos determinada extensión de tierras fiscales". El Free-Soil Party (Partido de la Tierra Libre), fundado en la década de 1840, no era abolicionista en principio; su principal preocupación consistía en que se prohibiera la esclavitud en los territorios arrancados a México y se distribuyesen tierras a quienes las quisieran trabajar.

36. Tal como en el caso de la denominación "Noroeste" (véase nota 10), "Suroeste" no designa aquí los estados que actualmente se hallan en la región suroccidental de los Estados Unidos, sino a Arkansas, Louisiana, Tejas.

37. Robert August Toombs (1810-85), adalid de la causa esclavista en el senado (1853-61) y uno de los más acaudalados plantadores de Georgia, ocupó fugazmente el cargo de secretario de estado de la Confederación en 1861.

38. El plantador sureño John Caldwell Calhoun (1782-1850), secretario de estado bajo Monroe (1817-25), vicepresidente de los Estados Unidos (1824-32) y uno de los artífices de la agresión contra México desde su cargo de secretario de estado (1844-45), ya en 1832 había procurado separar de la Unión a Carolina del Sur. Si Hegel creía que también la esclavitud (antigua) había sido un paso hacia la libertad, para Calhoun la esclavitud (moderna) era "la base más segura y estable de las instituciones libres en el mundo"

39. John Cabell Breckinridge (1821-75), veterano de la guerra de México, vicepresidente de Buchanan (1857-61), combatió durante la guerra de Secesión en el bando esclavista, ocupando en 1865 el cargo de secretario de guerra de la Confederación.

40. En este artículo, que no reproducimos en su totalidad, se ocupa Marx de uno de los políticos y militares norteamericanos que mayor participación tuvo en la guerra de México. John Frémont (1813-90) había realizado varias expediciones de espionaje por territorio mexicano: en 1843-44 cruzó Nevada y las Rocosas hasta California y a fines de 1845 volvió a explorar la región, preparando su conquista. Durante ésta, según el historiador militar Mark Boatner (*The Civil War Dictionary*, N.Y., 1966, p. 314), "su aparición salvó a California para los Estados Unidos". Más tarde puso sus aptitudes de baquiano al servicio de las compañías ferroviarias: su exploración de 1853-54, nuevamente por territorio mexicano, estuvo relacionada con la "compra de Gadsden", por la cual Estados Unidos adquirió del venal gobierno de Santa Anna una faja de 118.000 km^2 necesaria, según se adujo, para la construcción de un ferrocarril hacia el sur de California.

41. William Henry Seward (1801-72), republicano de derecha, fue secretario de estado bajo Lincoln y Johnson (1861-69) y el principal promotor de la adquisición de Alaska a Rusia (1.500.000 km^2 por 7.200.000 dólares).

42. "Pathfinder" es en rigor el que descubre una senda o rumbo; el apodo, que aludía precisamente a la actividad de Frémont en tierras mexicanas, procede del título de una conocida novela de Fenimore Cooper publicada en 1840.

43. Derrotas de las bisoñas tropas del Norte (21 de julio y 21 de octubre de 1861) en las cercanías de Washington, a comienzos de la guerra de Secesión.



ANTILLAS Y GUAYANAS

[I]

KARL MARX

[EL DESPILFARRO ESPAÑOL DE LOS RECURSOS CUBANOS[1]]

[a]

[ ] *El Tribuno* publica la siguiente especificación de las cantidades que Cristina[2] tiene que reintegrar a la hacienda pública: veinticuatro millones percibidos ilegalmente como regente de 1834 a 1840; doce millones embolsados a su regreso de Francia, después de tres años de ausencia, y treinta y cinco millones recibidos del tesoro de Cuba. Esta lista aún se queda corta. [ ]

[De un artículo sin título, fechado el 11 de agosto de 1854 en Londres y publicado el 25 de ese mes en *The New-York Daily Tribune. MEW*, t. X, p. 405.]

[b]

[. .] La comisión designada para informar sobre la situación de las finanzas públicas en tiempos de la caída del gabinete Sartorius, ha publicado en la *Gaceta* las conclusiones a que arribara, precedidas de una exposición del señor Collado, ministro de hacienda[3]. Según este informe la deuda flotante de España asciende actualmente a 33.000.000 de dólares y el déficit total a 50.000.000. Resulta claro que con años de anticipación se echó mano, para despilfarrarlos, hasta de los recursos extraordinarios

del gobierno. Se gastaron con dos años y medio de adelanto las rentas de La Habana y las Filipinas. [ ]

[Del artículo "The Reaction in Spain", fechado en Londres el 1º de setiembre de 1854 y publicado el 16 de ese mes en *The New York Daily Tribune. MEW*, t. X, p 88.]

[II]

FRIEDRICH ENGELS

[EL EJERCITO ESPAÑOL EN CUBA Y PUERTO RICO]

De todos los ejércitos europeos el español, por particulares motivos, es el que más interesa a los Estados Unidos[4] De ahí que, al concluir la presente visión panorámica de las fuerzas militares europeas, nos ocupemos de ese ejército con más detalle de lo que, si se le compara con sus vecinos de allende el Atlántico, parecería justificar su importancia.

Las fuerzas militares españolas constan del ejército metropolitano y de los ejércitos coloniales.

[ ]

Los ejércitos coloniales son los siguientes:

1. El ejército de Cuba: dieciséis regimientos de infantería veterana, 4 compañías de voluntarios, 2 regimientos de caballería, 2 batallones con 4 baterías de a pie y 1 batallón con 4 baterías de artillería de montaña, 1 batallón de artillería montada con 2 baterías, así como 1 batallón de zapadores y minadores. Además de estas tropas de línea hay una milicia disciplinada[a] con 4 batallones y 4

[a] "Milicia disciplinada", en español en el original.

escuadrones, así como una milicia urbana[a] con 8 escuadrones, lo que da un total de 37 batallones, 20 escuadrones y 84 piezas de artillería. Durante los últimos años tropas numerosas, procedentes de España, han reforzado ese ejército cubano permanente, y si calculamos que su fuerza originaria se cifraba en 16.000 ó 18.000 hombres, habrá ahora en Cuba de 25.000 a 28.000 soldados. Pero esto no pasa de ser una estimación.

2. El ejército de Puerto Rico: 3 batallones de infantería veterana, 7 batallones de milicia disciplinada, 2 batallones de voluntarios locales, 1 escuadrón de estos voluntarios y 4 baterías de artillería de a pie. El estado de abandono en que se encuentra la mayor parte de las colonias españolas no permite realizar estimación alguna de la fuerza numérica de este cuerpo. [ ]

[Del artículo "The Spanish Army", publicado en diciembre de 1855 por el *Putnam's Monthly*. No disponemos del original inglés. Nuestra versión se basa en la recopilación *La revolución española*, ed. cit., p. 132-133, y *MEW*, t. XI, p. 477-478.]

[a] "Milicia urbana", en español en el original.

[III]

[LA LUCHA CUBANA]

[a]

De Marx a Engels

[Harrogate,] 7 de dic[iembre] del 73.

[ ] La insubordinación de los Cuba slaveholders es a godsend[a], en modo alguno es deseable que la cosa quede tan sin decisión. Me alegro también de toda complicación enojosa que les sobrevenga a Castelar et Co. [.][5]

[b]

De Engels a Marx

[Londres, 1° de noviembre de 1882.]

[ ] Gran plancha para Gladstone & Co. el breve debate de ayer por la entrega de Maceo desde Gibraltar. [ ][6]

[a] De los esclavistas cubanos es un regalo de los dioses.

[c]

De Marx a Engels

[Ventnor,] 8 de noviembre del 82

[ ] No menos gloriosamente se desempeñó our saintly grand old man[a] en la "extradición" de Gibraltar. No olvidar que este Gladstone, no en vano, hizo su aprendizaje en la embrollona oligarquía funcionarial, a las órdenes de sir Robert Peel, junto a un Graham[7], , etc. [ ]

[d]

De Engels a Marx

Londres, 11 de nov[iembre] de 1882

[.] El asunto de Gibraltar está cada vez más podrido: no sólo la policía, sino también un magistrado, un *juez*, ordenó que se efectuara la entrega; ¡el gobernador leyó la noticia en el diario y no hizo nada! [ ]

[*MEW*, t. XXXIII, p. 100, y
t. XXXV, p. 101, 104, 107.]

[a] Nuestro santo, grande y anciano varón.

[IV]

KARL MARX

[LAS COLONIAS FRANCESAS]

[a]

[. .] La crueldad, como cualquier otra cosa, tiene también sus modas, cambiantes conforme al tiempo y el espacio. César, literato exquisito, narra cándidamente que ordenó cortar la mano derecha a muchos miles de guerreros galos[8] A Napoleón le habría dado vergüenza hacer otro tanto. Prefirió enviar a sus propios regimientos franceses, suspectos de republicanismo, a Santo Domingo para que los matasen allí los negros o la peste. [ ]

[Del artículo "The Indian Revolt", fechado en Londres el 4 de setiembre de 1857 y publicado el 16 de ese mes en *The New-York Daily Tribune*. Traducción castellana del original inglés según *On Colonialism*, ed. cit., p. 132.]

[b]

[.] Por mi parte no pongo en duda que, por detrás de los ruidosos preparativos bélicos de los coligados[9], acecha la traición. Bonaparte, ni qué decir tiene, ha abrazado la causa de la guerra con toda seriedad. No le queda otra alternativa que la revolución en el interior o la guerra en el exterior. Ya no le es posible seguir combinando el cruel despotismo de Napoleón I con la corrupta política de paz seguida por Luis Felipe. Tiene que dejar de enviar más y más cupos de prisioneros a Cayena, salvo

que al mismo tiempo se atreva a enviar ejércitos franceses más allâ de las fronteras. [ ]

[De un artículo sin título, fechado en Londres el 24 de febrero de 1854 y publicado el 13 de marzo de ese año en *The New-York Daily Tribune. MEW*, t. X, p. 101-102.]

[c]

[ ] En lo que respecta a la émeute de Châlons [10], la misma es tan sólo un síntoma premonitorio. Aunque en Francia se hubiera extinguido todo sentimiento viril, la gente se lanzaría a la revuelta por mero instinto de conservación. Morir en un combate callejero o pudrirse en Cayena: tal es la alternativa que le resta. [.] Y de la misma manera que todos los caminos llevan a Roma, toda detención puede terminar en Cayena. [ ]

[Del artículo "Signos de la época" (ignoramos el título exacto en inglés) fechado en París el 11 de marzo de 1858 y publicado el 30 de ese mes en *The New-York Daily Tribune. MEW*, t. XII, p. 410.]

[V]

KARL MARX

[EL DESTINO NATURAL DE LAS INDIAS OCCIDENTALES]

[. . .] Se nos dice, por ejemplo, que el libre cambio hará surgir una división internacional del trabajo, la cual asignará a cada país una producción en armonía con sus ventajas naturales.

Tal vez piensen ustedes, señores, que la producción de café y azúcar es el destino natural de las Indias Occidentales.

Hace dos siglos, la naturaleza, que poco se cuida del comercio, no había puesto allí ni el cafeto ni la cañamiel.

Y quizás no pase medio siglo y ustedes ya no encontrarán allí ni café ni azúcar, pues las Indias Orientales, merced a una producción más barata, han emprendido ya un combate victorioso contra ese presunto destino natural de las Indias Occidentales. Y estas Indias Occidentales, con sus dones naturales, son ya para los ingleses una carga tan pesada como los tejedores de Dacca[11], que también, desde tiempos inmemoriales, estaban destinados a tejer a mano.

[Del *Discours sur la question du libre échange*, pronunciado el 9 de enero de 1848 en Bruselas. Traducido del texto original francés según la recopilación: Marx/Engels, *Kleine ökonomische Schriften*, Dietz Verlag, Berlín, 1955, p. 532-533.]

[VI]

[LA ESCLAVITUD EN JAMAICA]

De Marx a Engels

Londres, 14 de junio de 1853

[ ]. Lo único de positivo interés en el libro[12] es la comparación entre la antigua esclavitud de los negros en Jamaica, etc., y la esclavitud en los United States. Muestra cómo la masa principal de los negros de Jamaica, etc., se compuso siempre de barbarians[a] recién importados, ya que, bajo el trato que les daban los ingleses, los negros no sólo no podían conservar su población sino que perdían regularmente los 2/3 de la importación anual, mientras que la actual generación negra en Norteamérica es un producto vernáculo, más o menos yanquizado, de habla inglesa, etc., y que por tanto se vuelve *capaz de emanciparse*. [ ]

[*MEW*, t. XXVIII, p. 266.]

[a] Bárbaros.

[VII]

KARL MARX

[LOS "QUASHEES"][13]

[ ] En el *Times* de noviembre de 1857 un plantador de las Indias Occidentales prorrumpe en un graciosísimo bramido de furor. Con gran indignación moral este abogado —a manera de alegato en pro de que se reimplante la esclavitud de los negros— expone cómo los *quashees* (los niggers[a] libres de Jamaica) se contentan con producir lo estrictamente necesario para su propio consumo y consideran que, amén de este "valor de uso", la holgazanería (indulgence and idleness)[b] es el artículo de lujo por excelencia; como les importa un pito el azúcar y el capital fixe[c] invertido en las plantations; más bien se regodean con irónica y malévola alegría de la inminente ruina del plantador, y hasta el cristianismo que se les enseñó lo utilizan tan sólo para cohonestar esa maligna disposición y su indolencia. Han dejado de ser esclavos, pero no para transformarse en asalariados, sino en self-sustaining peasants[d] que trabajan para el frugal consumo. El capital no existe enfrentado a ellos como capital, puesto que la riqueza objetivada en general sólo existe, una de dos, o por el trabajo forzado *inmediato*, la esclavitud, o por el trabajo forzado *mediado*, el *trabajo asalariado*. [ ]

[De: *Grundrisse der Kritik*, etc., ed. cit., p. 231-232. Escrito en noviembre-diciembre de 1857.]

[a] Negros.- [b] Propensión al vicio y holgazanería.- [c] capital fijo.- [d] campesinos autosuficientes.

[VIII]

[REBELION EN JAMAICA][14]

[a]

De Engels a Marx

Manchester, 17 de nov[iembre] de 1865

[ ] ¿Qué me cuentas de la insurrección de los negros jamaiquinos y de las brutalidades de los ingleses? El *Telegraph* [15] de hoy dice: "We should be very sorry if the right was taken away *from any British officer to shoot or hang all and every British subjeet found in arms against the British crown!* [a] [,]

[b]

De Marx a Engels

[Londres,] 20 de nov[iembre][b] de 1865

[ ] El asunto de Jamaica caracteriza bien la perruna bajeza del "true Englishman"[c]. Los tipos no tienen nada que reprochar a los rusos. Pero, dice el bravo *Times*, esos damned rogues enjoyed "all the liberty of an Anglo-Saxon Constitution"[d]. Vale decir, enjoyed the liberty de pagar

[a] Mucho lamentaríamos si a un oficial británico se le quitase el derecho de fusilar o ahorcar a cualquier súbdito británico sorprendido al alzarse en armas en contra de la corona británica.- [b] En el manuscrito, "Oktober" ("octubre").- [c] Inglés genuino.- [d] Dañinos sinvergüenzas gozaban de todas las libertades concedidas por una constitución anglosajona.-

un impuesto de sangre y que así los planters[a] dispusieran de medios suficientes para importar coolies y reducir al mínimo su propio mercado de trabajo. ¡Y estos perros ingleses, de nervios tan delicados, son los mismos que gritaban porque el "beast Butler"[16] hizo ahorcar a *un* hombre y no les permitió a las amarillas ex plantadoras[17], cargadas de diamantes, escupir en la cara a los Federal soldiers! ¡Para poner totalmente al desnudo la hipocresía inglesa no faltaba otra cosa, después de la guerra norteamericana, que el asunto de Irlanda[18] y las Jamaica butcheries! [b].

[c]

De Engels a Marx

Manchester, 1º de diciembre de 1865

[ ] Con cada correo resultan más aberrantes las infamias en Jamaica. Son impagables las cartas de los oficiales ingleses sobre sus hazañas contra negros desarmados. El espíritu del ejército inglés se ha puesto aquí de manifiesto, por fin, con todo desparpajo. "The soldiers enjoy it."[c] Hasta el *M[an]ch[este]r Guardian* ha tenido que pronunciarse esta vez contra las autoridades de Jamaica. [ ]

[a] Plantadores.- [b] Carnicerías de Jamaica.- [c] A los soldados les divierte la cosa.

[d]

De Marx a Engels

[Londres,] 26 de dic[iembre] de 1865

[ ] En esto lo decisivo ha sido la muerte de Palmerston. ¡Si todavía viviera, el gobernador Eyre habría recibido l'ordre pour le mérite! [ ]

[*MEW*, t. XXXI, p. 155, 157, 159, 164.]

[e]

KARL MARX

[.] Otros políticos, por el contrario[19], sospechan que los ministros belgas se han vendido a las Tullerías, y que periódicamente ponen en escena estos terribles espectáculos de seudo guerra civil para darle a Luis Bonaparte el pretexto de salvar la sociedad en Bélgica, de la misma manera que la salvó en Francia. ¿Pero se ha acusado jamás al ex-gobernador Eyre de haber organizado la matanza de los negros en Jamaica para arrebatar la isla a Inglaterra y servírsela en bandeja a los Estados Unidos? Sin duda los ministros belgas son insignes patriotas, conforme al paradigma de Eyre. Así como éste fue el desalmado instrumento de los plantadores de las Indias Occidentales, ellos son los desalmados instrumentos de los capitalistas belgas. [. .]

[Del llamado de la Internacional, redactado por Marx, "The Belgian Massacres. To the Workmen of Europe and the United States", del 4 de mayo de 1869. *MEW*, t. XVI, pp. 351-352]

[IX]

KARL MARX

[ ] Derrotados en Inglaterra, ahora los patrones intentan provocar una reacción tomando a *Escocia* como punto de partida[20] A raíz de los sucesos londinenses, también en Edimburgo se habían visto obligados, en un primer momento, a conceder un aumento del 15% en los salarios. Bajo cuerda, no obstante, enviaron agentes a Alemania con la misión de reclutar, particularmente en Hanóver y Meclemburgo, oficiales sastres para su importación en Edimburgo. Ya se ha efectuado el primer embarque de esa naturaleza. El objetivo de esa importación es el mismo que el de la importación de coolies (culíes) indios en Jamaica: la *perpetuación de la esclavitud.* [ ]

[Del artículo "Warnung", publicado el 15 de mayo de 1866 en el *Oberrheinischer Courier. MEW*, t. XVI, p. 164.]

[X]

KARL MARX

[IRLANDESES A LAS ANTILLAS]

[a]

[.] *En 1652 concluye la segunda conquista completa de Irlanda.* [.] "Extirpad de raíz a los amalecitas de la nación irlandesa[21] y las comarcas otra vez devastadas repobladlas con puritanos completamente nuevos, traídos al país." Degollinas, saqueo, despoblación de condados enteros, traslado forzoso de sus habitantes a otras regiones,

venta de muchos irlandeses a las islas de las Indias Occidentales, como esclavos. [.]

[b]

[ ] Los ingleses que inmigraron hasta la época de la Reforma, incluidos los aristócratas, fueron convertidos en irlandeses por las mujeres irlandesas [.]. En tiempos de Cromwell, los descendientes de esos colonos lucharon junto a los irlandeses contra los ingleses. Cromwell vendió a muchos de ellos como esclavos, con destino a las Indias Occidentales. [ ]

[De un discurso sobre la cuestión irlandesa, pronunciado el 16 de diciembre de 1867. El texto *a* procede del borrador de Marx; el *b* de la versión tomada por Johann Eccarius. *MEW*, t. XVI, p. 447, 550.]

[XI]

KARL MARX

[EL PAGO POR LA GUAYANA]

[ ] Entre Inglaterra, Holanda y Rusia existió antaño un curioso convenio, el llamado *préstamo ruso-holandés*. Durante la guerra antijacobina el zar Alejandro obtuvo un empréstito de los señores Hope & Co. en Amsterdam. Tras la caída de Bonaparte, el rey de Holanda[22], "deseoso de retribuir adecuadamente a las potencias aliadas por haber liberado su territorio" y asimismo por la anexión de Bélgica —a la cual no tenía derecho alguno— se comprometió a formalizar un acuerdo con Rusia, por el cual convenía en pagar a plazos los 25 millones de florines adeudados por aquélla a los señores Hope & Co.; las otras potencias habían renunciado en favor de Rusia —entonces en grandes dificultades financieras— a sus reclamaciones. Para cohonestar su robo de las colonias holandesas en el Cabo de Buena Esperanza, así como de Demerara, Esequibo y Berbice[23], Inglaterra se adhirió a este acuerdo y se comprometió a pagar cierta proporción de los subsidios que correspondían a Rusia. [ ]

[Del tercer artículo de la serie *Lord Palmerston*, publicado el 5 de noviembre de 1853 en *The People's Paper*. Traducción del original inglés según *Revelations*, etc., *and The Story of the Life of Lord Palmerston*, ed. cit., p. 190-191.]

NOTAS

1. Véase también, sobre Cuba, el texto IV del capítulo "La esclavitud en América" y el VIII de "La guerra de México. La expansión norteamericana".

2. María Cristina de Borbón (1806-78), cuarta mujer y digna pareja del reaccionario Fernando VII, fue regente de España durante parte de la minoridad (1833-40) de su hija Isabel II.

3. Luis Sartorius, conde de San Luis (1820-71), "moderado", era el jefe del gobierno al estallar la revolución de 1854. El banquero liberal José Manuel Collado desempeñó el cargo de ministro de hacienda de 1854 a 1856.

4. Los "particulares motivos" —Engels escribe para una revista norteamericana— consisten en que por esa época arreciaba en Estados Unidos una campaña chovinista en pro de la conquista de Cuba.

5. Un buque de guerra español había capturado en mar abierto, el 31 de octubre de 1873, al "Virginius", barco que bajo bandera norteamericana transportaba hombres y pertrechos para los revolucionarios cubanos. El gobierno de Estados Unidos reclamó al de España, presidido por Emilio Castelar (1832-99), que devolviera la nave secuestrada, castigase a los captores y conmutara las numerosas sentencias de muerte dictadas contra los prisioneros del "Virginius", pero las autoridades coloniales de La Habana desacataron las órdenes de Madrid, y sólo dos meses después se resignaron a devolver el "Virginius".

6. El general Antonio Maceo (1848-96) y otros dos patriotas cubanos solicitaron asilo político en Gibraltar, tras fugarse de la cárcel de Cádiz en agosto de 1882. La devolución de los mismos a sus cancerberos suscitó vivas protestas contra el proceder de las autoridades británicas.

7. En 1844 James Graham (1792-1861), ministro del interior en el gabinete presidido por Robert Peel, hizo comunicar al gobierno de Nápoles el contenido de cartas que los revolucionarios italianos Attilio y Emilio Bandiera habían dirigido a Mazzini. En esa correspondencia, ilegalmente interceptada por los polizontes de Graham, se exponía el plan de una expedición a Calabria; al efectuarse la misma el gobierno borbónico pudo sorprender y capturar fácilmente a los revolucionarios, y los hermanos Bandiera fueron pasados por las armas.

8. No fue el propio César, en realidad, el narrador de la mutilación masiva a que fueron sometidos los vencidos de Cadurcum o Divona (la actual Cahors), sino su amigo Aulo Hircio, autor del libro octavo de los *Comentarios de la guerra de las Galias* (véase ob. cit., lib. VIII, cap. XLIV).

9. Marx se refiere a los preparativos de Inglaterra y Francia para intervenir en la guerra ruso-turca iniciada en setiembre de 1853.

10. En Chalons-sur-Saône se produjo el 6 de marzo de 1858 un levantamiento, de menor entidad, contra el gobierno de Napoleón III.

11. De 1824 a 1837 la exportación de muselina inglesa a la India pasó de menos de 1.000.000 a 59.000.000 de metros, aproximadamente; uno de los resultados fue que la población de Dacca (urbe que según su conquistador, lord Clive, era en 1757 "tan extensa, populosa y rica como la ciudad de Londres") disminuyó de 150.000 a 20.000 habitantes en ese mismo período (cfr. Palme Dutt, *The Problem of India*, ed. cit., p. 55).

12. Alude Marx al libro del economista norteamericano Henry Charles Carey (1793-1879), *The Slave Trade, Domestic and Foreign*, etc., Londres, 1853.

13. Según el *Shorter Oxford English Dictionary* "quashee" (del ashanti o fanti "Kwasi", nombre propio dado a los niños que nacen en domingo) se usa como "nombre común de cualquier negro"; sin embargo, la primera aparición conocida que de la palabra registra el Sh.O.E.D. es de 1833, fecha que coincide con la abolición de la esclavitud en las posesiones británicas. Es probable que, al menos en un principio, el término "quashee" se aplicara a los negros emancipados por las disposiciones de 1833; a los esclavos alzados que desde mucho tiempo atrás habían formado pequeñas comunidades independientes en las montañas jamaiquinas, del tipo del quilombo de Palmares en el Brasil, se les denominaba "maroons" (del español "cimarrones").

14. En esta serie de textos breves Marx y Engels condenan severamente la represión británica del levantamiento de octubre de 1865 en Jamaica. Los pequeños campesinos negros de la zona de Morant Bay, agobiados por los impuestos, se alzaron contra sus opresores. A las órdenes del gobernador Edward Eyre (1815-1901) las tropas inglesas aplastaron la insurrección, asesinaron a unos 600 negros indefensos, mutilaron y apalearon a muchos más y quemaron más de un millar de chozas en la región. Los tribunales de campaña instaurados por Eyre —cuya tragedia, según el historiador colonialista Carrington, "consistió en que toda su vida fue un humanitario"— hicieron ahorcar o flagelar hasta la muerte a otros 350 ó 450 negros. La revulsión producida por estos crímenes obligó a las autoridades de Londres a destituir al gobernador.

15. *The Daily Telegraph*, diario inglés fundado en 1855, liberal hasta el decenio de 1880, más tarde conservador, colonialista siempre.

16. "Beast Butler" ("la bestia de Butler") llamaban los simpatizantes británicos de la Confederación sudista al general yanqui Benjamin

Franklin Butler (1818-93), gobernador militar de Nueva Orleans desde la ocupación de la misma el 1° de mayo de 1862 hasta fines de ese año. Butler hizo ahorcar a un tal Mumford, que había arriado la bandera de la Unión, y anunció en una orden general que cualquier mujer que se condujera ante los soldados federales como una prostituta (los escupiera, por ejemplo), se exponía a ser tratada como tal ("as a woman of the town plying her avocation").

17. "Gelben [. . .] Expflanzerinnen"; se refiere Marx, seguramente, al color de la piel de las "ladies" de Nueva Orleans. En su artículo "El humanitarismo inglés y América" (*MEW*, t. XV, p. 508) las trata de "bellezas amarillas".

18. En setiembre de 1865 el gobierno inglés había hecho arrestar a numerosos fenianos (independentistas irlandeses), a los que sometió a un inhumano régimen carcelario.

19. Marx analiza aquí diversas explicaciones de por qué el gobierno belga efectuaba "su matanza anual de obreros" con no menos regularidad que la Tierra su revolución anual. En abril de 1869 la soldadesca había causado numerosas bajas entre los huelguistas en Seraing y Frameries.

20. Ante la huelga de los oficiales sastres de Edimburgo, iniciada el 26 de marzo de 1866, los patrones escoceses emprendieron el reclutamiento de esquiroles en Dinamarca y Alemania. La Internacional envió un delegado danés y otro alemán a la capital de Escocia para convencer a los rompehuelgas de que rescindieran sus contratos, y Marx redactó, para su publicación en diarios alemanes, una "Advertencia", de la que forma parte el presente texto.

21. En el lenguaje de Cromwell, Ireton y demás jefes puritanos, celosos lectores del Antiguo Testamento, tratar a un pueblo de "amalecitas" tenía un significado muy claro: "Ve, pues, y hiere a Amalec, y destruiréis en él todo lo que tuviere; y no te apiades de él: mata hombres y mujeres, niños y lactantes, vacas y ovejas, camellos y asnos", ordenó Jehová al rey Saúl por boca de Samuel (I Samuel, XV, 3). Como Saúl en el relato bíblico, los puritanos, en líneas generales, sólo desacataron el mandato divino en lo tocante a los cuadrúpedos.

22. Guillermo I (1772-1843), coronado en 1815 rey de los Países Bajos (Holanda y Bélgica) y gran duque de Luxemburgo. Perdió Bélgica en 1830 y abdicó la corona holandesa en 1840.

23. En 1803 Gran Bretaña se apoderó de las colonias holandesas de Demerara, Esequibo y Berbice, a las orillas de los ríos epónimos. Holanda reconoció en 1814 la pérdida de esas posesiones, que habrían de formar más tarde (1831) la Guayana Británica.

LA INTERVENCION
CONTRA EL MEXICO JUARISTA

[I]

KARL MARX

LA INTERVENCION EN MEXICO[1]

Londres, 7 de noviembre de 1861.

El *Times* de hoy publica un editorial, en su conocido estilo abigarradamente caleidoscópico, afectadamente humorístico, en torno a la incursión ordenada por el gobierno francés en Dappental y a la protesta suiza contra esta violación de su territorio. El oráculo de Printing House Square[2] recuerda cómo, en la época de la lucha más intensa entre los fabricantes y los terratenientes ingleses, se hacía que niños pequeños, empleados en las fábricas, arrojaran agujas en las partes más delicadas de la maquinaria para detener por completo el movimiento de los poderosos autómatas. La maquinaria es Europa; el niño pequeño, Suiza, y la aguja que *ésta* arroja en el autómata de tranquilo funcionamiento es. . la incursión de *Luis Bonaparte* en su territorio o, más bien, el clamor de aquélla contra tal incursión. De tal modo la aguja se transforma súbitamente en el grito provocado por el pinchazo de la misma, y la metáfora en una bufonada contra el lector que esperaba una metáfora. El *Times* se regocija además con su propio descubrimiento de que Dappental consta de una sola aldea, llamada Cressonières. Finaliza su breve artículo contradiciendo completamente lo afirmado al comienzo. ¿Por qué, exclama, hacer tanto ruido con esta bagatela suiza infinitamente pequeña, cuando en la próxima primavera arderá Europa por los cuatro costados? A no olvidarse de que Europa era hace poco un autómata bien regulado. El artículo parece carecer totalmente de sentido, pero sin embargo lo tiene. Es una manifestación de que en el inci-

dente suizo Palmerston ha dado carte blanche a su aliado de allende el Canal. La aclaración de esta declaración se encuentra en la descarnada noticia publicada por el *Moniteur*[3] según el cual Inglaterra, Francia y España suscribieron el 31 de octubre un convenio para una *intervención* colectiva en México. Tan lejos como está el cantón de Vaud de Veracruz[4], están de cerca el artículo del *Times* acerca del Dappental y la noticia del *Moniteur* sobre México.

Es posible que Luis Bonaparte haya incluido la intervención en México entre las muchas posibilidades que, permanentemente, tiene a su disposición para distraer al pueblo francés. Es seguro que España, cuyos baratos éxitos en Marruecos y Santo Domingo se le han subido a la cabeza[5] sueña con una restauración en México. Pero es indiscutible que el proyecto francés aún no había madurado y que ambas, Francia y España, se resistían a una cruzada contra México bajo mando inglés.

El 24 de setiembre el *Moniteur* privado de Palmerston, el *Morning Post*[6], comunicó los pormenores de un acuerdo que habían concertado Inglaterra, Francia y España para una intervención conjunta en México. Al día siguiente la *Patrie*[7] negó la existencia de tal convenio. El 27 de setiembre el *Times* refutó a la *Patrie*, sin nombrarla. Según el artículo del *Times*, Lord Russell[8] *comunicó* al gobierno francés la decisión inglesa de intervenir, a lo cual monsieur Thouvenel[9] respondió que el Emperador de los Franceses había llegado a similar determinación. Ahora le tocaba el turno a España. El gobierno español manifestó en un órgano oficioso que se proponía intervenir en México, pero de ningún modo junto a Inglaterra. Las desmentidas llovieron. El *Times* anunció categóricamente que "el presidente de la Unión norteamericana había dado su anuencia plena a la expedición proyectada"[10] Apenas esta noticia alcanzó la orilla opuesta del Atlántico, cuando todos los órganos del gobierno norteamericano la tacharon de embuste, ya que el presidente Lincoln estaba a favor y no en contra de México[11] De todo esto se infiere que el plan de la intervención, bajo su forma actual, se originó en el gabinete de St. James[12].

No menos enigmáticos y contradictorios que las mani-

festaciones sobre el origen del acuerdo fue lo declarado acerca de sus fines. Un órgano de Palmerston, el *Morning Post*, anunció que México no era un estado organizado, con un gobierno estable, sino una simple guarida de ladrones. Como tal, había que tratarlo. La expedición se proponía sólo una cosa: satisfacer a los acreedores de México en Inglaterra, Francia y España[13] A este objeto las fuerzas combinadas ocuparían los principales puertos mexicanos, percibirían los derechos de exportación e importación en la costa de México y retendrían esta "garantía material" hasta que todos los reclamos por deudas quedaran cubiertos.

El otro órgano palmerstoniano, el *Times*, declaró por el contrario que Inglaterra, merced a una prolongada experiencia, se había vuelto "insensible ante el despojo practicado por México, país en quiebra" No se trataba de los intereses privados de los acreedores, sino que "esperábase que la mera presencia de una escuadra combinada en el Golfo de México y la ocupación de algunos puertos, bastarían para urgir al gobierno mexicano a realizar *nuevos* esfuerzos en aras del mantenimiento de la paz interna y forzarían a los descontentos, asimismo, a que practicaran una forma de oposición más constitucional que el bandidaje[10]".

Según esto, pues, la expedición se realizaría en apoyo del gobierno oficial mexicano. Al mismo tiempo, empero, el *Times* insinuaba que "la capital de México es suficientemente salubre, caso que sea necesario internarse tanto".

Indudablemente, el medio más original de fortalecer a un gobierno consiste en el secuestro de sus ingresos y territorios por la violencia. De otra parte, la mera ocupación de los puertos y la percepción de los derechos en los mismos, sólo harían que el gobierno mexicano estableciera una línea aduanera más hacia el interior del país. De esta manera se duplicarían los derechos de importación sobre las mercancías extranjeras y los de exportación sobre las mercancías americanas; de hecho, la intervención satisfaría los reclamos de los acreedores europeos mediante exacciones al comercio europeo-mexicano. El gobierno mexicano sólo puede volverse solvente por obra de la consolidación

interior, y sólo puede consolidarse internamente en tanto se respete su independencia en lo exterior.

Si se contradicen entre sí los objetivos presuntos de la expedición, tanto más se contradicen los presuntos medios de alcanzar esos presuntos fines. Los propios órganos gubernamentales ingleses admiten que tal o cual cosa sería realizable por medio de una intervención unilateral de Francia o de Inglaterra o de España, pero que todo se vuelve irrealizable si se trata de una intervención *colectiva* de esos estados.

Recuérdese que en México el Partido Liberal, bajo Juárez, el presidente oficial de la república, controla actualmente casi todos los puntos del país; que el partido católico, encabezado por el general Márquez[14], ha experimentado una derrota tras otra, y que la cuadrilla de bandidos organizada por ese partido ha sido empujada hacia las sierras de Querétaro y depende de una alianza con el caudillo indio de la zona, Mejía[15] La última esperanza del partido católico era la intervención *española*.

"El único punto", dice el *Times*, "respecto al cual posiblemente pueda existir una diferencia entre nosotros y nuestros aliados, se refiere al *gobierno de la república*. Inglaterra desea dejarlo en manos del Partido Liberal, mientras que Francia y España son sospechosas de parcialidad por la recién derribada dominación eclesiástica. Sería singular, que Francia se presentara simultáneamente en el Viejo y en el Nuevo Mundo como protectora de sacerdotes y bandidos. Exactamente así como en Italia los partidarios de Francisco II[16] eran pertrechados en Roma para su trabajo —consistente en tornar a Nápoles ingobernable—, en México los caminos, e incluso las calles de la capital, están infestados de bandidos a los cuales el partido clerical tiene públicamente por sus amigos[10]".

¡Y es justamente por esa razón, que Inglaterra fortalece al gobierno liberal al emprender junto a Francia y España una cruzada contra él; que trata de sofocar la anarquía, proporcionando al agonizante partido clerical tropas aliadas de refresco procedentes de Europa!

Las costas de México, pestilenciales como son, salvo durante los breves meses invernales, sólo pueden ser conservadas mediante la conquista del país mismo. Pero un

tercer órgano gubernamental inglés, el *Economist*, declara que la conquista de México es imposible.

"Si con un ejército inglés se le quiere imponer", dice el periódico, "un príncipe británico, se provocará con ello la ira más sañuda de los Estados Unidos. Los celos de Francia harían imposible una conquista de tal índole, y el proyecto sería rechazado rápidamente, casi por unanimidad, no bien se le presentase a un parlamento inglés. Inglaterra, por su lado, no puede confiar a Francia el gobierno de México. De España, más vale ni hablar."

Toda la expedición es pues un camelo, cuya clave nos la proporciona la *Patrie* con las siguientes palabras: "El convenio reconoce la necesidad de instalar en México un gobierno fuerte, que pueda mantener allí la tranquilidad y el orden"

Se trata, pues, simplemente de aplicar a los estados de América, mediante una nueva Santa Alianza, la tesis según la cual este cónclave se consideraba llamado a intervenir en las relaciones gubernamentales internas de los países europeos. El primer plan de esta índole lo concibió Chateaubriand en la época de la Restauración, para los Borbones de España y Francia. Lo frustraron Canning y Monroe, el presidente de los Estados Unidos, quien declaró interdicta toda intromisión europea en los asuntos internos de los estados americanos. Desde entonces la Unión norteamericana consideró siempre la Doctrina de Monroe como ley internacional. La presente guerra civil, empero, creó la situación propicia para que las monarquías europeas establezcan un precedente de intervención, sobre el cual puedan fundarse más tarde[17] Este constituye el verdadero objetivo de la intervención anglo-franco-española. Su resultado inmediato sólo puede y ha de ser la *restauración* en México de la anarquía, hoy en vías de extinción.

Al margen, en general, de todos los principios del derecho de gentes, tiene para Europa una gran trascendencia el hecho de que Inglaterra, a través de concesiones en el

dominio de la política continental, haya comprado la subordinación de Luis Bonaparte en la expedición mexicana.

[Artículo publicado el 12 de noviembre de 1861 en *Die Presse*. *MEW*, t. XV, p. 361-365.]

[II]

KARL MARX

LA INTERVENCION EN MEXICO [2] [18]

Londres, 8 de noviembre de 1861.

La proyectada intervención en México, por parte de Inglaterra, Francia y España es, en mi opinión, una de las empresas más monstruosas jamás registradas en los anales de la historia internacional. Se trata de una intriga de típico sello palmerstoniano, que pasma al profano por la insania en cuanto al objetivo y la imbecilidad en lo relativo a los medios empleados, insania e imbecilidad que parecerían enteramente incompatibles con la conocida capacidad del viejo maquinador.

Es probable que entre las muchas cartas que Luis Bonaparte, para distraer al público francés, está obligado a tener permanentemente en la manga, pueda haber figurado una expedición a México. Es seguro que España, a cuya nunca muy firme cabeza se le han subido sus baratos éxitos recientes en Marruecos y Santo Domingo, sueñe con una restauración en México. Pero, con todo, lo seguro es que al plan francés le faltaba mucho para madurar, y que tanto Francia como España se resistían enérgicamente a una expedición conjunta en México bajo guía británica.

El 24 de setiembre, el *Moniteur* privado de Palmerston, el *Morning Post* londinense, hizo el primer anuncio en detalle del plan a seguir en la intervención conjunta, con

arreglo a los términos de un tratado recién suscrito, según dice, entre Inglaterra, Francia y España. Esta declaración casi no había cruzado el canal cuando el gobierno francés, en las columnas de la *Patrie*, le daba un enérgico mentís. El 27 de setiembre el *Times* de Londres, el órgano nacional palmerstoniano, rompió por primera vez en un editorial el silencio acerca del proyecto, contradiciendo, aunque sin citarla, a la *Patrie*. El *Times* aseguró incluso que el conde Russell había comunicado al gobierno francés la decisión adoptada por Inglaterra de intervenir en México, y que monsieur de Thouvenel replicó que el Emperador de los Franceses había llegado a una conclusión similar. Entonces le tocó el turno a España. Un periódico oficioso de Madrid, aunque confirmó la intención española de entremeterse en México, repudió al mismo tiempo la idea de una intervención conjunta con Inglaterra. Los dementis no estaban agotados aún. *The Times* afirmó categóricamente que "el presidente norteamericano había dado su anuencia plena a la expedición" Todos los periódicos norteamericanos que mencionaron el artículo del *Times* rechazaron desde hace tiempo este aserto.

Por ende es seguro, y así lo ha admitido expresamente *The Times*, que la intervención conjunta en su forma actual tiene el cuño inglés, vale decir palmerstoniano. A España la arrastró a adherirse la presión francesa, y a Francia se la persuadió mediante concesiones en el campo de la política europea. En este respecto es una coincidencia sugestiva que *The Times* del 6 de noviembre, en el mismo número en que se anuncia la firma en París de un acuerdo para la intervención conjunta en México, publique simultáneamente un editorial donde se trata con mofa y exquisita contumelia la protesta de Suiza contra la reciente invasión de su territorio, o sea el Dappental, por una fuerza militar francesa. Como retribución por su camaradería en la expedición mexicana, Luis Bonaparte ha obtenido carte blanche para sus proyectadas intrusiones en Suiza y, quizás, en otras partes del continente europeo. Las tratativas entre Inglaterra y Francia acerca de estos puntos se prolongaron durante setiembre y octubre enteros.

No existe en Inglaterra nadie que desee una interven-

ción en México, salvo los tenedores de títulos mexicanos, quienes, empero, nunca pudieron gloriarse de ejercer el mínimo ascendiente sobre el sentir de la nación. De ahí la dificultad en volver aceptable al público el plan palmerstoniano. El mejor medio era aún, pues, desconcertar al elefante británico por medio de declaraciones contradictorias, procedentes del mismo laboratorio, mixturadas con los mismos materiales, pero diferentes en las dosis que se administraban al animal.

El *Morning Post*, en su edición del 24 de setiembre, anunció que no habría "guerra territorial alguna en México", que lo único que estaba en discusión eran las reclamaciones monetarias al erario mexicano; que "sería imposible tratar con México como con un gobierno establecido y organizado" y que, por consiguiente, "los principales puertos mexicanos serían ocupados temporariamente, y secuestradas sus rentas aduaneras"

El *Times* del 27 de setiembre declaró, por el contrario, que "ante la deshonestidad, el rehúso del pago, el saqueo legal e irreparable de nuestros connacionales por obra de una comunidad en bancarrota, una larga experiencia nos ha vuelto insensibles" y que, por tanto, "el robo privado a los tenedores ingleses de bonos" no era, contrariamente a lo que opinaba el [*Morning*] *Post*, el motivo de la intervención. Al tiempo que señalaba, en passant, que "la ciudad de México es suficientemente salubre, caso que sea necesario internarse tanto", *The Times*, confiaba, no obstante, en que "la mera presencia de una escuadra combinada en el Golfo y la ocupación de algunos puertos, urgirían al gobierno mexicano a realizar *nuevos* esfuerzos para mantener la paz y convencerían a los descontentos de que debían practicar una forma de oposición más constitucional que el bandidaje" Si, entonces, según el [*Morning*] *Post*, había que iniciar la expedición porque "no existe un gobierno en México", conforme a *The Times* ésta sólo se proponía alentar y apoyar al gobierno mexicano *existente*. ¡Sin duda! El método más peregrino jamás imaginado de consolidar a un gobierno consiste en la ocupación de su territorio y el secuestro de sus ingresos.

Una vez que *The Times* y el *Morning Post* dieron pie, John Bull fue transferido a los oráculos ministeriales me-

nores, que lo trabajaron de modo sistemático y en el mismo estilo contradictorio durante cuatro semanas, hasta que la opinión pública quedó por fin suficientemente compenetrada de la idea de una intervención conjunta en México, aunque se le mantuvo deliberadamente en la ignorancia de los objetivos de esa intervención. Por último, las tratativas con Francia llegaron a su término; el *Moniteur* anunció que el 31 de octubre se había concertado el acuerdo entre las tres potencias interventoras, y el *Journal des Débats*[19] —uno de cuyos propietarios ha sido designado comandante de un buque de la escuadra francesa— informó al mundo que no se tenía en vista ninguna conquista territorial permanente; que se ocuparía a Veracruz y otros puntos de la costa y que se había resuelto avanzar hacia la capital en caso de que las autoridades constituidas de México no satisficieran las demandas de la intervención; que, además, se instalaría en la república un gobierno fuerte.

A *The Times*, que desde su primer anuncio del 27 de setiembre parecía haberse olvidado de la misma existencia de México, le correspondía ahora dar un nuevo paso. Quienquiera que ignorara su conexión con Palmerston y la introducción original del proyecto de éste en sus columnas, sería inducido a pensar que el editorial publicado hoy en el periódico es la sátira más despiadada y mordaz contra toda la aventura. Comienza afirmando que "la expedición *es muy notable*" (más adelante dice que es *curiosa*). "Tres estados se coligan para obligar a un cuarto a conducirse correctamente, *no tanto por medio de una guerra, sino de una intervención autoritaria en salvaguarda del orden.*"

¡Intervención autoritaria en salvaguarda del orden! ¡Es literalmente la jerga de la Santa Alianza, y en boca de Inglaterra, con su enaltecimiento del principio de no-intervención, suena realmente de un modo muy *notable*! ¿Y por qué "los métodos de la guerra, de la declaración de guerra y todos los otros preceptos del derecho internacional", han sido sustituidos por "una intervención autoritaria en salvaguarda del orden"? Porque, dice *The Times*, no "existe gobierno alguno en México." ¿Y cuál es el objetivo proclamado de la expedición? "Formular de-

mandas a las autoridades constituidas de México"

Es fácil recapitular los únicos agravios aducidos por las potencias interventoras, los únicos motivos que podían dar a su actitud hostil el atisbo más tenue de justificación. Se trata de los reclamos monetarios de los tenedores de títulos y una serie de ultrajes personales a que han sido sometidos, se dice, súbditos de Inglaterra, Francia y España. Estos eran los motivos de intervención tal como originariamente los expuso el *Morning Post* y tal como los confirmó oficialmente hace algún tiempo Lord John Russell, en una entrevista con representantes de los tenedores ingleses de títulos mexicanos. Hoy manifiesta el *Times*: "Inglaterra, Francia y España han concertado una expedición para hacer que México *cumpla sus compromisos específicos* y para *proteger a los súbditos de las respectivas coronas*" Sin embargo, en el curso de su artículo, *The Times* vira en redondo y exclama:

"*Obtendremos*, sin duda, por lo menos un *reconocimiento de nuestros reclamos pecuniarios;* de hecho, *una sola fragata británica hubiese podido lograr esa satisfacción en cualquier momento.* Podemos confiar, también, en que los más encandalosos de los desafueros cometidos serán expiados mediante compensaciones más directas y sustanciales; pero *resulta claro que si quisiéramos obtener tan sólo esto, no necesitaríamos recurrir a medios tan extremos como los ahora propuestos*"

The Times, pues, con tanto palabrerío, confiesa que las razones aducidas originariamente para la expedición eran hueros pretextos; que para el logro de reparaciones no se necesitaba en absoluto un procedimiento como el presente, y que, en realidad, el "reconocimiento de reclamos monetarios y la protección de súbditos europeos" nada tienen que ver con la actual intervención conjunta en México. ¿Cuáles, entonces, son sus verdaderos objetivos?

Antes de seguir a *The Times* en sus explicaciones ulteriores, llamaremos la atención, en passant, acerca de algunas "curiosidades" que aquél se guarda bien de tocar. ¡En primer término, es realmente "curioso" ver cómo España —justamente España entre todos los países— se torna en adalid de la santidad de las deudas extranjeras! El *Courrier des Dimanches*[20] del último domingo reclama al go-

bierno francés que aproveche la oportunidad y obligue a España "al cumplimiento, eternamente postergado, de sus añejos compromisos pendientes con los tenedores franceses de títulos"

La segunda "curiosidad", aun mayor, es que el mismísimo Palmerston que, conforme a la reciente declaración de Lord John Russell, está por invadir a México para hacer que el gobierno de ese país pague a los rentistas ingleses, es quien *sacrificó* voluntariamente, en contra de la voluntad del gobierno mexicano, los derechos concedidos a Inglaterra por tratado y las hipotecas que México había dado a sus acreedores británicos.

Por el tratado suscrito con Inglaterra en 1826, México se comprometía a no permitir el establecimiento de la esclavitud en ninguno de los territorios que constituían lo que en ese entonces era un imperio[21] Por otra cláusula del mismo tratado, otorgaba a Inglaterra, como garantía de los préstamos concedidos por capitalistas británicos, la hipoteca de 45.000.000 de acres[a] de tierras fiscales en Tejas. Fue Palmerston quien, diez o doce años después, intervino como mediador en favor de Tejas y contra México. En el tratado que entonces concertó con Tejas, no sólo sacrificó la *cláusula antiesclavista*, sino también la *hipoteca sobre tierras fiscales*, despojando así a los rentistas británicos de su garantía. El gobierno mexicano protestó en esa oportunidad, pero entretanto el secretario John C. Calhoun pudo permitirse, algo después, la broma de informar al gabinete de St. James que su deseo "de ver abolida la esclavitud en México" se cumpliría mejor mediante la anexión de Tejas a los Estados Unidos. Los tenedores ingleses de títulos, en realidad, perdieron todo derecho sobre México a causa del sacrificio voluntario, por parte de Palmerston, de la hipoteca que el tratado de 1826 les había concedido.

Pero, ya que el *Times* londinense aduce que la actual intervención nada tiene que ver con reclamos monetarios ni con ultrajes a personas, ¿cuál es, entonces, su objetivo real o presunto?

"*Una intervención autoritaria en salvaguarda del orden.*"

[a] 18.211 km2

Inglaterra, Francia y España proyectan una nueva Santa Alianza y se han constituido a sí mismas en areópago armado que velará por la restauración del orden en el mundo entero. "*Hay que rescatar a México de la anarquía*", dice *The Times*, "y ponerlo en la vía del autogobierno y la paz." Los invasores "deben instituir un gobierno fuerte y estable" allí, y ese gobierno debe extraerse de "algún partido mexicano"

Ahora bien, ¿se imagina alguien que Palmerston y su vocero, *The Times*, realmente consideran la intervención conjunta como un medio para alcanzar el fin proclamado, esto es, la extinción de la anarquía y el establecimiento en México de un gobierno estable y fuerte? Muy lejos de sustentar credo tan utópico, *The Times* declara expresamente en su editorial del 27 de setiembre: "El único punto respecto al cual posiblemente pueda existir una diferencia entre nosotros y nuestros aliados, se refiere al *gobierno de la república*. A Inglaterra le complacería dejarlo en las manos del *Partido Liberal, actualmente en el poder*, mientras que Francia y España son sospechosas de parcialidad a favor de la *recién derribada dominación eclesiástica* . Sería singular, por cierto, que Francia se presentara simultáneamente en el Viejo y el Nuevo Mundo como protectora de sacerdotes y bandidos." En su editorial de hoy, *The Times* continúa razonando en la misma vena y resume sus escrúpulos en la siguiente sentencia: "Es *difícil suponer* que las potencias interventoras puedan coincidir todas en la preferencia absoluta por *uno* de los dos partidos en los cuales está dividido México, y es *igualmente difícil* imaginar que se encontrará un compromiso hacedero entre enemigos tan determinados."

Palmerston y *The Times*, entonces, son plenamente conscientes de que "existe un gobierno en México"; que el Partido Liberal, "ostensiblemente favorecido por Inglaterra, está actualmente en el poder" y que la "dominación eclesiástica" ha sido "recién derribada"; que la intervención española era la última y perdida esperanza de los sacerdotes y bandidos y, finalmente, que la anarquía mexicana estaba en vías de extinción. Saben, pues, que la intervención conjunta, con ningún objetivo proclamado si no es el de rescatar a México de la anarquía, producirá

precisamente el efecto contrario, debilitará al gobierno constitucional, fortalecerá al partido clerical mediante una remesa de bayonetas españolas y francesas, reavivará los rescoldos de la guerra civil y, en lugar de extinguirla, *restaurará* la anarquía en todo su esplendor.

La conclusión que el propio *Times* extrae de estas premisas es realmente "notable" y "curiosa" "Aunque", asevera, "esas reflexiones pueden llevarnos a considerar con cierta ansiedad los resultados de la expedición, *no se pronuncian contra la oportunidad de la expedición en sí.*"

No se pronuncian, por tanto, contra la oportunidad de la expedición en sí, ya que la expedición se pronuncia contra el único objetivo ostensible. No se pronuncian contra los medios, ya que éstos desbaratan su propio fin declarado.

Pero aún mantengo in petto la mayor "curiosidad" aportada por *The Times*. "Si el presidente Lincoln", afirma, "aceptara la invitación, prevista en el convenio, de participar en las inminentes operaciones, *el carácter de todo el asunto se volvería más curioso aun.*"

Sería, por cierto, el colmo de las "curiosidades" que los Estados Unidos, que viven en amistad con México, se asociaran a los traficantes del orden europeo, y al solidarizarse con sus actos, sancionaran la injerencia de un areópago armado europeo en los asuntos internos de los estados americanos. El primer proyecto de tal trasplante de la Santa Alianza al otro lado del Atlántico, durante la Restauración, fue urdido por *Chateaubriand* para los Borbones de Francia y España. Desbarataron la intentona un ministro inglés, Mr. *Canning*, y un presidente norteamericano, Mr. *Monroe*[17]. A Palmerston le pareció que la actual convulsión en los Estados Unidos constituía una buena oportunidad para adoptar el proyecto bajo una forma modificada. Como los Estados Unidos, por el momento, deben impedir que las complicaciones exteriores interfieran en su guerra por la Unión, todo lo que pueden hacer es *protestar*. Quienes en Europa les desean lo mejor, esperan que protestarán, con lo cual los Estados Unidos repudiarán firmemente, ante los ojos del mundo, toda complicidad en uno de los planes más nefandos.

La expedición militar de Palmerston, ejecutada por una

coalición con otras dos potencias europeas, se inicia durante el receso del parlamento británico, sin su sanción y contra su voluntad. La primera guerra extraparlamentaria de Palmerston fue la guerra afgana, edulcorada y justificada con la presentación de *documentos falsos*. Otra guerra de esa [naturaleza] fue la persa, de 1857-1858[22] En esa oportunidad se defendió con el argumento de que "el principio de la sanción previa por la cámara no es aplicable a las guerras *asiáticas*". Parece que tampoco se aplica a las guerras *americanas*. Con el control de las guerras en el exterior, el parlamento perderá toda potestad sobre la hacienda pública y el gobierno parlamentario se convertirá en una farsa.

[Artículo publicado el 23 de noviembre de 1861 en *The New-York Daily Tribune*. Traducción del texto original inglés, según la recopilación: Marx/Engels, *The Civil War in the United States*, ed. cit., p. 25-34.]

[III]

KARL MARX

[ ] De una cosa podemos estar seguros, y es de que Palmerston quiere tener un pretexto legal para una guerra con los Estados Unidos, pero tropieza en las sesiones del gabinete con la más decidida oposición de los señores Gladstone y Milner-Gibson y, en menor grado, también de sir Cornewall Lewis[23] Al "noble vizconde" lo respaldan Russell, un instrumento abyecto en sus manos, y toda la camarilla whig. Si el gabinete de Washington proporcionara el pretexto anhelado, saltaría el gabinete actual y lo reemplazaría un gobierno tory. Los pasos tendientes a tal cambio de escena ya han sido convenidos entre Palmerston y Disraeli. De ahí los furiosos gritos de guerra de

The Morning Herald y *The Standard*[24], esos lobos hambrientos que aúllan ante la perspectiva de las migajas, hace tiempo no saboreadas, del limosnero público.

Los designios de Palmerston pueden quedar a la luz si rememoramos algunos hechos. Fue él quien, la mañana del 14 de mayo, después que se le informara telegráficamente desde Liverpool que Mr. Adams[25] llegaría a Londres el 13 de mayo por la noche, insistió en la proclama que reconocía como beligerantes a los secesionistas. Él quien, después de una dura lucha con sus colegas, envió 3.000 soldados a Canadá, un ejército ridículo si se trataba de guardar una frontera de 1.500 millas[26], pero un astuto juego de manos si lo que se quería era dar ánimos a los rebeldes e irritar a la Unión. El quien, hace varias semanas, incitó a Bonaparte a proponer una intervención armada conjunta "en la sanguinaria lucha", quien apoyó ese proyecto en el consejo de ministros y sólo por la resistencia de sus colegas no lo pudo poner en ejecución. El y Bonaparte recurrieron entonces a la intervención mexicana como *pis aller*[a]. Esta operación perseguía dos objetivos: el de despertar el justificado resentimiento norteamericano y, simultáneamente, el de proporcionar un pretexto para el envío de una escuadra que, tal como lo consigna el *Morning Post*, está lista "para cumplir con cualquier cometido que la conducta hostil del gobierno de Washington pueda exigir de nosotros en las aguas del Atlántico Norte". En el momento en que se puso en marcha esa expedición, el *Morning Post*, junto con el *Times* y la ralea menor de paniaguados periodísticos de Palmerston, afirmó que se trataba de una cosa magnífica, y por añadidura filantrópica, ya que pondría a la Confederación esclavista entre dos fuegos: el Norte antiesclavista y la fuerza antiesclavista de Inglaterra y Francia. ¿Y qué nos dice en su edición de la fecha el mismísimo *Morning Post*, esa singular mixtura de Jenkins y Rodomonte[27], de lacayo y matachín, con motivo del mensaje de Jefferson Davis al congreso[28]? Oigamos con atención al oráculo palmerstoniano:

[a] Mal menor.

"Debemos contemplar ésta como una intervención que durante un período considerable puede ser inefectiva; y mientras que el gobierno del Norte está demasiado lejos como para suponerse que su actitud pueda influir materialmente en el caso, la Confederación del Sur, por el contrario, se extiende por un gran trecho a lo largo de la frontera de México, de tal modo que su actitud frente a los actores de la intervención[a] puede tener consecuencias no desdeñables. Los gobernantes del Norte han zaherido invariablemente nuestra neutralidad; los del Sur, empero, con mentalidad de estadistas y moderación, han reconocido que ella era todo lo que podíamos hacer por uno y otro bando, y sea con respecto a nuestras operaciones en México o a nuestras relaciones con el gabinete de Washington, la *amistosa mesura* de la Confederación sudista constituye un importante punto a nuestro favor."

Me permito observar que el *Nord* del 3 de diciembre —un periódico ruso[29], y consiguientemente un periódico iniciado en las miras que animan a Palmerston— insinúa que la expedición mexicana apuntó desde un principio no a su propósito ostensible, sino a una guerra con los Estados Unidos. [ ]

[Del artículo "Progress of Feeling in England", fechado en Londres el 7 de diciembre de 1861 y publicado el 25 de ese mes en *The New-York Daily Tribune*. Traducido del original inglés, según la recopilación: Marx/Engels, *The Civil War in the United States*, ed. cit., p. 45-47.]

[a] En *Civil War* p. 46, "insurection"; en *MEW*, t. XV, p. 148, "Intervention".

[IV]

KARL MARX

[ ] En una carta particular[30], procedente de *México*, se dice, entre otras cosas:

"El ministro inglés[31] representa el papel de amigo entrañable del gobierno del presidente Juárez. Con respecto a las intrigas españolas, personas bien conocidas aseguran que el general Márquez ha recibido de España la misión de reunir las dispersas fuerzas del partido clerical, incluyendo a los elementos mexicanos y a los españoles. Este partido debe entonces aprovechar la oportunidad, que se presentará pronto, de impetrar a Su Majestad Católica un rey para el trono de México. Para este cargo se habría escogido ya un tío de la reina. Siendo entrado en años el hombre, conforme al curso natural de las cosas pronto se retiraría de la escena, y como debe eludirse toda cláusula que regule el nombramiento de un sucesor, México recaería en las manos de España, o sea triunfaría en México la misma política aplicada en Haití[32]." [ ]

[Del artículo *Amerikanisches*, publicado el 17 de diciembre de 1861 en *Die Presse*. *MEW*, t. XV, p. 422.]

[V]

KARL MARX

EL DEBATE PARLAMENTARIO SOBRE LA REPLICA AL DISCURSO DE LA CORONA.

Londres, 7 de febrero de 1862.

[ ] La parte "sustanciosa" del debate giró en torno a los *Estados Unidos*, *México* y *Marruecos*.

Respecto a los *Estados Unidos*, los *Outs* (los que no están en el gobierno) elogiaron la política de los *Ins*[a] (los beati possidentes[b]). *Derby*[33], el jefe conservador de la Cámara de los Lores, y *Disraeli*, el jefe conservador de la Cámara Baja, no se opusieron al gabinete, sino entre sí.

Derby en primer lugar se desahogó por la falta de una "pressure from whithout[34]". "Admira", dijo, la actitud digna y estoica de los obreros fabriles. En lo que se refiere a los fabricantes, tiene que excluirlos de su elogio. A éstos la convulsión norteamericana les ha venido de perlas, ya que la superproducción y la saturación de todos los mercados les habrían impuesto, en cualquier caso, una restricción del comercio.

Más adelante *Derby* atacó violentamente al gobierno de la Unión, "que se ha expuesto a sí mismo y ha expuesto a su pueblo a la humillación más indigna" —en vez de actuar como "gentlemen"— al no tomar la iniciativa y entregar voluntariamente a Mason, Slidell y compañía y dar cumplidas satisfacciones[35]. Su secundante en la Cámara Baja, Mr. *Disraeli*, comprendió de inmediato en qué grado la embestida de Derby podía dañar las esperanzas ministeriales de los conservadores. Por ello declaró, a la inversa:

"Cuando tengo en cuenta las grandes dificultades con

[a] De los que están en el gobierno: *Ins* son los que están *in office*; *Outs*, quienes se hallan *out of office*.- [b] Los felices poseedores.

las cuales han tenido que luchar los estadistas norteamericanos, debo manifestar mi opinión de que se han enfrentado a ellas viril y valerosamente."

Por otra parte —con la consecuencia habitual en él— Derby protestó contra las "nuevas doctrinas" del derecho marítimo. Inglaterra ha sostenido desde antiguo los derechos de los beligerantes contra las pretensiones de los neutrales. Ciertamente, lord Clarendon hizo a París, en 1856, una concesión "peligrosa"[36] Afortunadamente ésta aún no ha sido ratificada por la Corona, de suerte que "no altera el estado de la ley internacional" Mr. *Disraeli*, evidentemente de acuerdo en este punto con el gabinete, evitó toda alusión al problema.

Derby aprueba la política ministerial de no-intervención. *Aún* no ha llegado la hora de reconocer a la Confederación sureña, pero el orador reclama documentos auténticos para juzgar "en qué medida el bloqueo es efectivo y por lo tanto legalmente obligatorio"[37] Lord *John Russell* aclaró, a este respecto, que el gobierno de la Unión ha utilizado una cantidad suficiente de buques para el bloqueo, pero que no lo ha llevado a cabo consecuentemente en todas partes. Mr. *Disraeli* se abstiene de juzgar la naturaleza del bloqueo, pero exige documentos ministeriales para su ilustración. Pone en guardia muy enfáticamente contra cualquier reconocimiento prematuro de la Confederación, tanto más porque Inglaterra en este momento está comprometida en la amenaza contra un estado americano (México) cuya independencia ella misma fue la primera en reconocer.

Después de los *Estados Unidos*, le tocó el turno a *México*. Ningún parlamentario condenó una guerra [librada] sin declaración de guerra, pero sí la intromisión de los asuntos internos de un país efectuada bajo el santo y seña de la "política de no-intervención", así como la coalición de Inglaterra con Francia y España para intimidar a una nación semi-indefensa. En realidad, los *Outs* sólo dieron a entender que se reservaban a México como pretexto para sus maniobras partidistas. *Derby* exige documentos tanto sobre la convención entre las tres potencias como sobre el modo de su ejecución. Aprueba la convención *porque* —a su juicio— el camino justo para cada una de

las partes contratantes hubiera sido hacer valer sus derechos *independientemente* de las otras. Ciertos rumores públicos le hicieron temer que por lo menos una de las potencias —España— proyectaba efectuar operaciones al margen del acuerdo. ¡Como si Derby realmente hubiera creído capaz, a la gran potencia española, de la audacia de obrar *contra* la voluntad de Inglaterra y Francia! Lord *John Russell* respondió: las tres potencias persiguen el *mismo* fin y se abstendrían escrupulosamente de impedir a los mexicanos que manejaran sus propios asuntos de gobierno.

Mr. *Disraeli*, en la Cámara Baja, se abstiene de todo juicio previo al examen de los documentos presentados. Empero, encuentra "*sospechoso* el anuncio del gobierno" Inglaterra fue la primera en reconocer la independencia de México. Este reconocimiento recuerda una política memorable —la política contra la Santa Alianza— y a un hombre memorable, *Canning*. ¿Qué singular motivo, pues, empujó a Inglaterra a asestar el primer golpe contra esa independencia? Por añadidura, en muy poco tiempo la intervención ha cambiado de pretexto. Originariamente se trataba de obtener satisfacciones por ultrajes perpetrados contra súbditos ingleses. Ahora corren rumores referentes a la introducción de nuevos principios de gobierno y el establecimiento de una nueva dinastía. Lord *Palmerston* se remite a los documentos presentados, así como a la convención, la cual prohíbe a los aliados la "subyugación" de México y que se le imponga una forma de gobierno no grata a su pueblo. Al mismo tiempo, Palmerston arroja luz sobre un escondrijo diplomático. Sabe de oídas que un partido mexicano desearía la transformación de la república en monarquía. Desconoce la fuerza de ese partido. El "sólo desea, por su parte, que en México se establezca *alguna forma de gobierno*, con el cual puedan tratar los gobiernos extranjeros" Desea, por tanto, que se establezca una "nueva" forma de gobierno. Proclama la *inexistencia del actual gobierno*. Reivindica para la alianza de Inglaterra, Francia y España la prerrogativa de que gozó la Santa Alianza: decidir sobre la existencia o inexistencia de gobiernos extranjeros. "Esto es el máximo", agregó mo-

destamente, "que el gobierno de Gran Bretaña procura alcanzar." ¡Sólo eso! [ ]

[Artículo fechado en Londres el 7 de febrero de 1862 y publicado el 12 de ese mes en *Die Presse*. *MEW*, t. XV p. 469-471.]

[VI]

KARL MARX

EL REVOLTIJO MEXICANO

Londres, 15 de febrero de 1862

El libro azul recién publicado sobre la intervención en México[38] contiene una revelación muy condenatoria acerca de la moderna diplomacia británica, con toda su santurrona hipocresía, su furia desatada ante los débiles, su servilismo ante los fuertes y su absoluto desprecio por el derecho de gentes. En otro artículo, mediante un análisis preciso de los despachos intercambiados entre Downing Street[39] y los representantes británicos en México, aportaré la prueba irrebatible de que la actual confusión es de origen inglés; de que Inglaterra tomó la iniciativa de concretar la intervención y de que lo hizo bajo los pretextos más deleznables y contradictorios, para solapar los motivos reales pero inconfesos de su actuación. Esta ruindad con que se aplicaron los medios más abominables para iniciar la intervención mexicana, sólo es superada por la imbecibilidad senil en cuyo marco el gobierno británico pretende estar sorprendido y trata de escurrir el bulto ante la puesta en práctica de la ignominiosa intervención por él mismo planeada. En primer término consideraré el aspecto de la cuestión mencionado últimamente.

El 13 de diciembre de 1861 el señor Istúriz[40], embajador español en Londres, presentó a John Russell una

nota con las instrucciones que el capitán general de Cuba había remitido a los comandantes españoles que estaban al frente de la expedición mexicana[41] John Rusell se desentendió de la nota y guardó silencio. El 23 de diciembre el señor Istúriz le dirige una nueva nota, donde explica las razones que llevaron a la expedición española a partir de Cuba antes de la llegada de las tropas inglesas y francesas. Una vez más John Russell pasa por alto la nota y permanece mudo. El señor Istúriz, en el afán de verificar si esta silenciosa reserva —mantenida, durante un tiempo inusualmente prolongado, por el en otros casos tan elocuente descendiente de la casa de Bedford— puede significar algo ominoso, solicita insistentemente una entrevista personal, que se le concede y tiene lugar el 7 de enero. En ese momento John Russell ya hacía más de un mes que estaba al tanto de la apertura unilateral de las operaciones contra México por parte de España. Casi un mes había trascurrido desde el momento en que el señor Istúriz le informara oficialmente de este acontecimiento. A pesar de todo, John Russell, en su entrevista personal con el embajador español, no dejó escapar una sola palabra que pudiera expresar el menor desagrado y asombro por "los precipitados pasos dados por el general Serrano". Sus manifestaciones ante el señor Istúriz no suscitaban la menor impresión de que todo era injusto y de que el gobierno británico reprobaba el proceder español. El orgullo castellano del señor Istúriz, naturalmente, ni le dejó pasar por las mientes que los poderosos aliados de España sólo jugaban con ella y la habían convertido en su mero instrumento. El período de sesiones del parlamento se aproximaba, empero, y John Rusell había de redactar una serie de informes destinados no a trascender en el campo internacional, sino específicamente para uso parlamentario. Prepara así el 16 de enero un informe en el que se pregunta, en tono bastante iracundo, acerca de la iniciativa unilateral emprendida por España. Las dudas y escrúpulos, que durante más de un mes habían dormitado en su interior y ni siquiera dieron síntomas de vida durante su entrevista personal con el señor Istúriz el 7 de enero, perturban repentinamente los sueños placenteros de este estadista candoroso, sincero y crédulo. El señor Istú-

riz se siente como tocado por un rayo y, en su respuesta fechada el 18 de enero, le recuerda un tanto irónicamente a Su Excelencia las oportunidades que éste desperdiciara de dar rienda suelta a su retardada cólera. En verdad, cuando Istúriz adopta, en su justificación de la iniciativa tomada por España, el mismo aire de candor que Lord John Russell aparentó en su demanda de una explicación, le paga a Su Excelencia en la misma moneda. "El capitán general de Cuba", dice el señor Istúriz, "llegó demasiado temprano a Veracruz porque temía arribar demasiado tarde." "Además", y aquí agracia a Lord John Rusell con una indirecta, "la expedición estaba preparada desde hacía tiempo en todos los aspectos", aunque el capitán general, hasta mediados de diciembre, "ignoraba los detalles de la convención y el punto fijado para el encuentro de las escuadras." La convención no se había firmado hasta el 20 de noviembre. Si el capitán general ya tenía "preparada en todos los aspectos" su expedición, desde hacía tiempo, "antes de mediados de diciembre", entonces las órdenes que originariamente le dirigieron desde Europa para el comienzo de la expedición, no aguardaron a la firma del convenio. En otras palabras, el concierto original entre las tres potencias y las medidas adoptadas para su ejecución, no esperaron al tratado, y se diferenciaban en sus "detalles" de lo establecido en éste; la convención, desde un principio, no estaba ideada como una guía para actuar, sino solamente como fórmula decorosa, necesaria para conciliar a la opinión pública con el nefando plan. El 23 de enero John Russell le responde al señor Istúriz con una nota bastante agria, donde le da a entender que "el gobierno británico no se puede dar por *completamente satisfecho* con la explicación dada", pero que a la vez no cree a España capaz de la estúpida impertinencia de ser tan audaz como para obrar contra Inglaterra y Francia. Lord John Russell, que durante un mes entero estuvo tan aletargado, tan inactivo, de súbito se vuelve vivacísimo, se despeja en grado sumo, al aproximarse rápidamente el período de sesiones del parlamento. No hay tiempo que perder. El 17 de enero mantiene una entrevista personal con el conde Flahaut, el embajador francés en Londres[42] Este le trae la mala noticia de que su

soberano considera necesario "enviar una fuerza militar adicional a México"; que España ha echado a perder el asunto por su iniciativa precipitada; que "los aliados tendrían ahora que avanzar hacia el interior de México, y que no solamente las fuerzas militares combinadas se mostrarían insuficientes para la operación, sino que la operación misma adoptaría tal carácter, que Luis Bonaparte no podría permitir a las tropas francesas caer en una situación que fuera peor que la de los españoles, o correr el riesgo de ponerse en ridículo"

La argumentación de Flahaut, aun así, era cualquier cosa menos convincente. Si España había infringido el tratado, hubiera bastado una sola nota de St. James o las Tullerías[43] para amonestarla por sus ridículas pretensiones y reducirla al modesto papel que a ella le había asignado el convenio. Pero no. Como España había violado el acuerdo —una ruptura puramente formal y sin consecuencias, ya que su apresurado arribo a Veracruz no afectó en nada el objetivo confeso de la expedición—, como España había osado echar el ancla en Veracruz sin la presencia de las tropas inglesas y francesas, a Francia no le quedaba más salida que seguir las huellas de España, infringir a su vez el convenio y no solamente aumentar sus tropas expedicionarias, sino también modificar todo el carácter de la operación. Las potencias aliadas, naturalmente, no necesitaban ningún pretexto para poner las cartas sobre la mesa y, ya en el mismo comienzo de la expedición, echar al viento los subterfugios y objetivos bajo los cuales presuntamente la habían emprendido. Es por eso que John Russell, a pesar de que "lamenta el paso" dado por Francia, lo da por bueno al comunicarle al conde Flahaut que "no tiene nada que objetar, en nombre del gobierno de Su Majestad, contra la *validez* del *argumento* francés". En un despacho del 20 de enero a Lord Cowley, embajador inglés en París[44], le remite una reseña de su entrevista con el conde Flahaut. El día anterior, el 19 de enero, redactó un despacho a Sir F. Crampton, el embajador inglés en Madrid[45]; el documento constituye una mezcla singular de hipocresía santurrona, dirigida al parlamento británico, e insinuaciones solapadas para la corte de Madrid acerca del valor efectivo del lenguaje liberal al que

recurre tan abiertamente. "El comportamiento del mariscal Serrano", afirma, "presumiblemente provocará cierto malestar", no sólo debido a la prematura partida de la expedición española desde La Habana, sino también "a causa del tono de la proclama emitida por el gobierno español" Pero simultáneamente el bon homme propone a la corte madrileña una excusa verosímil por la evidente violación del convenio Está completamente convencido de que la corte madrileña no abrigaba mala intención alguna; pero los jefes militares, lejos de Europa, en ocasiones son "imprudentes" y hay que "vigilarlos muy celosamente" De esta manera el buen Russell ofrece voluntariamente sus servicios para aliviar a la corte madrileña de la responsabilidad y cargarla sobre las espaldas de atolondrados jefes españoles que están "en la lejanía", e incluso fuera del alcance de las prédicas del buen Russell. No menos curiosa es la segunda parte de su despacho. Las fuerzas militares aliadas no deben estorbar el derecho de los mexicanos "a elegir su propio gobierno", con lo cual se da a entender que en México no existe "ningún gobierno", y que, por tanto, no solamente habría que elegir nuevos miembros del gobierno, sino incluso "una nueva forma de gobierno" bajo la égida de los intrusos, de los aliados. La "constitución de un nuevo gobierno" "complacería" al gobierno británico; pero, naturalmente, las fuerzas militares de los invasores no deberían conculcar el sufragio universal que se proponen recomendar a los mexicanos para la institución de un nuevo gobierno. Por supuesto, queda librado a los comandantes de la invasión armada juzgar qué forma de nuevo gobierno es "incompatible con los sentimientos de México" y cuál no lo es. En cualquier caso el buen Russell se lava las manos. Russell envía soldados extranjeros a México para forzar al pueblo de allí a que "elija" un nuevo gobierno; pero espera que los soldados cumplirán apaciblemente su misión y examinarán con mucho esmero los sentimientos políticos del país en el cual se han entrometido. ¿Es menester detenerse un solo instante en esta andrajosa fa..a? Lean ustedes, al margen de los despachos del buen Russell, el *Times* y el *Morning Post* de octubre, seis semanas antes de la conclusión del acuerdo ficticio del 30 de noviembre, y encontra-

rán, predichos, exactamente los mismos desagradables acontecimientos que Russell pretende no haber descubierto hasta fines de enero, y que él achaca a la "imprudencia" de algunos emisarios españoles lejos de Europa.

La segunda parte de la farsa que Russell tuvo que representar, consistió en poner sobre el tapete al archiduque Maximiliano de Austria, a quien Inglaterra y Francia tenían en vista como rey mexicano.

El 24 de enero, aproximadamente diez días antes de la inauguración del parlamento, Lord Cowley escribe a Lord Russell que no solamente la chismografía parisiense se ocupa exhaustivamente del archiduque, sino que hasta los oficiales que marchan a México con las tropas de refresco, aseveran que la expedición persigue el fin de convertir al archiduque Maximiliano en rey de México. Cowley considera necesario interpelar a Thouvenel sobre este tema escabroso. Thouvenel le responde que no es el gobierno francés, sino enviados mexicanos —"que con ese motivo han llegado a Viena"— quienes han iniciado las tratativas con el gobierno austríaco.

Por último, ustedes esperan que el candoroso John Russell, quien apenas cinco días atrás en un despacho a Madrid había insistido machaconamente en las cláusulas del convenio; quien incluso tiempo después, en el discurso de la Corona del 6 de febrero, anunció la "reparación" de los ultrajes que, como sostienen los súbditos europeos, serían el único motivo y fin de la intervención; ustedes esperan, pues, que John Russell monte en cólera y arroje rayos y centellas ante la sola idea de que a su benévola confianza se le haya hecho una jugarreta tan inauditamente vil. ¡Nada de eso! El bueno de Russell acepta la cháchara de Cowley el 26 de enero y el día siguiente se apresura a redactar un despacho, donde ofrece voluntariamente su protección a la candidatura del archiduque Maximiliano al trono de México.

Russell informa a Sir C[harles] Wyke, su representante en México, que las tropas francesas y españolas marcharán "inmediatamente" hacia la capital mexicana, que el archiduque Maximiliano, "al parecer es el ídolo del pueblo mexicano" y que, si tal es el caso, "en la conven-

ción no hay nada que pueda obstaculizar su ascenso al trono de México"

Dos cosas son dignas de señalarse en estas revelaciones diplomáticas: la primera, cómo se le ha tomado el pelo a España, y la segunda, cómo a Russell ni siquiera se le pasa por la cabeza la idea de que no puede iniciar una guerra contra México sin declararla previamente, y que no puede formar para ese conflicto una coalición con potencias extranjeras sino sobre la base de un convenio que comprometa a todas las partes contratantes. ¡Esta es la gente que desde hace dos meses nos ha hartado con su santurrona hipocresía sobre el carácter sagrado de las severas normas del derecho internacional y con su respeto por éste!

[Artículo publicado el 15 de febrero de 1862 en *The New-York Daily Tribune.* No disponemos del original inglés. *MEW*, t. XV, p. 472-477.]

[VII]

[LA BRUTALIDAD BRITANICA][46]

De Marx a Engels

[Londres,] 6 de marzo de 1862.

[.] En materia de brutalidad por parte de Inglaterra, el Mexican Blue Book[88] supera todo lo registrado por la historia. Comparado con Sir C. Lennox Wyke, Ménshikov[47] resulta un gentleman. Este canalla no sólo despliega el celo más desenfrenado en la ejecución de las instrucciones secretas de Pam[a], sino que además, de puro

[a] Palmerston.

bruto, procura vengarse de que el ministro mexicano de relaciones exteriore (actualmente alejado del cargo), el señor[a] Zamacona[48] un ex periodista, lo supere invariablemente en el intercambio de notas diplomáticas. En lo tocante al estilo del tipo, van aquí algunas muestras de sus notas a Zamacona: "La arbitrariedad de suspender todos los pagos por el espacio de dos años les está despojando a las partes interesadas su dinero durante ese *espacio de tiempo, lo cual es una pérdida absoluta de tanto valor para ellas.*" "Un hambriento puede justificar, ante sus propios ojos, el acto de robar un pan con el argumento de que lo forzaba una necesidad imperiosa; pero tal argumento, desde el punto de vista moral, no puede justificar su violación de la ley, la cual, *prescindiendo de todo sentimentalismo*, se mantiene tan positiva como si su delito no tuviera excusa. *Si realmente se estaba muriendo de hambre*, debió primero haberle pedido al panadero que mitigara su necesidad, pero *haciendo así*" (¿pasando hambre?), "según *su propio y libre albedrío*, sin permiso, *actúa exactamente* como *ha* actuado el gobierno mexicano *respecto a sus acreedores en esta ocasión.*" "Desde la *luz* bajo la cual usted considera el problema, tal como se *expresa* en su nota antes mencionada, me disculpará señale que *no puede ser resuelto unilateralmente*, sin *también* tener en cuenta las opiniones de aquellos que directamente *padecen bajo la aplicación práctica de tales ideas que emanan de usted.*" "Tengo pleno derecho de quejarme por haber *oído* por primera vez acerca de esta medida extraordinaria al *verla* en *carteles impresos*, fijados *a través* de la vía pública." "Tengo un deber que cumplir, tanto para con mi propio gobierno[49] como frente a *aquel* ante el *cual* estoy acreditado, el *cual* me impele, etc." "Suspendo todas las relaciones oficiales con el gobierno de esta república hasta que *el* de Su Majestad adopte aquellas medidas que *ellos* juzguen necesarias." Zamacona le escribe que a las intrigues[b] de los diplomatists[c] extranjeros les cabe la principal responsabilidad, desde hace 25 años, en las troubles[d] de México. Wyke responde que

[a] En español en el texto.- [b] Intrigas.- [c] Diplomáticos.- [d] Dificultades.

"¡la población de México está tan degradada que se ha vuelto peligrosa, no sólo para sí misma, sino para quienquiera que entre en contacto con ella!"

Zamacona le escribe que las propuestas que formula Wyke liquidan la autonomía de la república independiente y lesionan la dignidad de todo estado independiente. Wyke responde: "Discúlpeme si agrego que una propuesta como la que le he formulado no se vuelve necesariamente desdorosa e impracticable simplemente *porque a usted, una persona interesada*" (es decir, como ministro mexicano de relaciones exteriores) "le plazca decirlo" Pero satis superque! [a] [ ]

[*MEW*, t. XXX, p. 222-223.]

[VIII]

KARL MARX

UN "CASO MIRÈS" INTERNACIONAL[50]

Londres, 28 de abril de 1862.

Un tema capital en los círculos diplomáticos locales lo constituye la irrupción de Francia en México. Se tiene por un enigma el hecho de que Luis Bonaparte haya reforzado las tropas expedicionarias en el preciso instante en que prometió reducirlas, y que quiera seguir adelante mientras que Inglaterra se retira. Aquí se sabe muy bien que el impulso para la expedición mexicana procedió del gabinete de St. James, no de las Tullerías. Se sabe, igualmente bien, que a Luis Bonaparte le place ejecutar todas sus empresas, y especialmente las aventuras ultramarinas, bajo la égida inglesa. Como es de dominio público, el

[a] Basta y sobra.

imperio restaurado aún no ha remedado el truco del original: acuartelar las tropas francesas en las capitales de la Europa moderna. Como pis-aller[a] las ha llevado en cambio a las capitales de la Europa antigua, a Constantinopla, Atenas y Roma, y hasta por añadidura a Pequín[51] ¿Había que perderse el efecto teatral de una gira a la capital de los aztecas, así como la oportunidad de realizar colecciones arqueológico-militares à la Montauban?[52] Si, empero, se toma en consideración el estado actual de las finanzas francesas y los serios conflictos futuros, con los Estados Unidos e Inglaterra, que el comportamiento de Luis Bonaparte en México puede traer aparejados, habrá que rechazar sin más trámites la precedente explicación de sus actitudes, sustentada por diversos periódicos británicos. Creo, en cambio, que puedo comunicarles a ustedes la solución del acertijo[53]

Por la época de la convención del 17 de julio de 1861[54] cuando los reclamos de los acreedores ingleses estaban en vías de ser contemplados pero el plenipotenciario inglés exigía un examen de todo el registro de las deudas y pecados de México[a], el ministro mexicano de relaciones exteriores estimó la deuda con Francia en 200.000 dólares, o sea una bagatela de aproximadamente 40.000 libras esterlinas. La factura presentada *ahora* por Francia, en cambio, de ningún modo se ciñe a tan modestos límites.

Bajo la administración católica de Zuloaga y Miramón[55] se efectuó una emisión de títulos de deuda pública mexicanos por el monto de 14.000.000 de dólares, por intermedio de la casa bancaria suiza de J. B. Jecker & Comp.[56]. La suma total obtenida al realizarse la primera emisión de estas obligaciones, alcanzó sólo al 5% del importe [nominal], o sea 700.000 dólares. El total de los bonos cayó muy pronto en manos de franceses prominentes, entre ellos algunos parientes del emperador y urdidores de la "haute politique". La casa de Jecker & Company cedió a estos caballeros los mencionados bonos por

[a] Mal menor.- [b] "Schulden-oder Sündenregister", "Schuld" significa "deuda", pero también "culpa"; de ahí lo de "pecados"

muchísimo menos de su precio nominal originario.

Miramón contrajo esta deuda en momentos en que se hallaba en posesión de la capital. Más tarde, cuando había descendido al papel de mero jefe de guerrillas, otra vez hizo emitir, por medio de su presunto ministro de finanzas, el señor Peza y Peza[57], títulos de deuda pública por valor nominal de 38.000.000 de dólares. Nuevamente correspondió a la casa Jecker & Comp. negociar la emisión, pero en esta oportunidad limitó sus adelantos a la modesta suma de apenas 500.000 dólares, o sea entre el 1 y el 2% por dólar. Una vez más los banqueros suizos se las ingeniaron para desembarazarse de su propiedad mexicana a la mayor velocidad posible, y nuevamente los títulos cayeron en las manos de aquellos franceses "prominentes", entre ellos algunos habitués de la corte imperialista[58], cuyos nombres perdurarán en los anales de las bolsas europeas tanto como el caso Mirès.

Es esta deuda, pues, de 52.000.000 de dólares —de los cuales sólo se han adelantado 4.200.000—, la que el gobierno de Juárez se niega a reconocer, en primer lugar porque no tiene nada que ver con ella, y en segundo término porque los señores Miramón, Zuloaga y Peza y Peza carecían de todo poder constitucional para contraer tal deuda pública. Los franceses "prominentes" más arriba citados supieron, no obstante, imponer la opinión contraria en el lugar decisivo. A Lord Palmerston, por su lado, ciertos parlamentarios le advirtieron a su debido tiempo que todo el asunto provocaría las más hostiles interpelaciones en la Cámara Baja. Era de temer, entre otras, la pregunta de si el poder terrestre y naval británico debía utilizarse para respaldar las operaciones tahurescas de ciertos políticos rouge et noir de allende el canal. En consecuencia. Palmerston convocó urgentemente la Conferencia de Orizaba[59] para retirarse de un asunto que corría el riesgo de degenerar en un caso Mirès internacional.

[**Artículo publicado en *Die Presse* el 2 de mayo de 1862. *MEW*, t. XV, p. 496-498.**]

[IX]

KARL MARX

UN DEBATE SUPRIMIDO ACERCA DE MEXICO Y LA ALIANZA CON FRANCIA

Londres, 16 de julio de 1862.

Uno de los inventos anglo-parlamentarios más extraños es el count out (el recuento). ¿Qué es el count out? Si están presentes menos de 40 miembros en la Cámara Baja, no forman quórum, vale decir, un cuerpo capaz de adoptar decisiones. Si un parlamentario independiente presenta una moción que es igualmente fastidiosa para *ambas* bancadas oligárquicas —los Ins y los Outs (los que están en el gobierno y los que se hallan en la oposición)— aquéllas se ponen de acuerdo para que, el día del debate, parlamentarios de los dos sectores paulatinamente se terminen, es decir, se esfumen. Cuando el abandono de los escaños ha alcanzado el máximo necesario, el whip gubernamental (el látigo del gobierno), o sea el parlamentario a quien el gabinete de turno le ha confiado el velar por la disciplina de la fracción, hace una seña al compinche previamente escogido para esa tarea. El compadre parlamentario se levanta y con despreocupada ingenuidad solicita al charmain (presidente) que haga contar [los miembros presentes en] la cámara. Se realiza el recuento y, mire usted, encontramos que hay presentes menos de 40 miembros. Con ello el procedimiento llega a su término. La antipática moción es *quitada de en medio*, sin que el partido de gobierno y el opositor hayan tenido que encontrarse en la desagradable y comprometedora situación de tener que rechazarla con sus votos.

En la sesión de ayer el "count out" se introdujo de una interesante manera. Lord R. *Montagu*[60] había anunciado que ese día presentaría una propuesta relativa a la comunicación de nuevos documentos diplomáticos sobre la *intervención* en México. Comenzó su discurso con las siguientes palabras:

"El sábado pasado se presentó a la cámara el último libro azul sobre México y, por lo tanto, con arreglo la constitución, debe debatirse ahora el problema mexicano. Me *consta* que el partido del gobierno y el de la oposición están de acuerdo en descartar mi propuesta mediante un count-out. Del sentido del deber que anima a este cuerpo, espero que no se tolere tal maniobra en un caso de tanta importancia."

Pero Lord R. Montagu no contaba con la huéspeda. Una vez que hubo terminado de hablar, que *Layard*[61] le contestara en nombre del gobierno y que *Fitzgerald*[62] hubiera aportado algo de cháchara oficial por cuenta de los tories, *Kinglake* (miembro liberal)[63] tomó la palabra. El *exordio* de su discurso finalizó con las siguientes palabras:

"La serie entera de negociaciones, reveladas por los documentos presentados, constituye un ejemplo notable de la forma y manera en que el gobierno francés utiliza sus relaciones con este país como medio de apuntalar el trono imperial.

"Para el gobierno de Francia es de importancia decisiva apartar la atención del pueblo francés de los asuntos internos, mostrándole cómo aquél está ocupado en grandes empresas en el exterior, y aun más importante para el gobierno francés es mostrarle que lleva a cabo tales acciones en conjunción con una de las grandes potencias prestigiosas."

Apenas *Kinglake* hubo pronunciado estas palabras, cuando un "honorable" miembro de la cámara propuso que ésta fuera "*contada*". Y henos aquí con que la Cámara se había ido disolviendo hasta tener sólo 33 miembros. La moción de lord *Montagu* fue ultimada por el mismo count out contra el que protestó al inaugurarse el debate.

Aparte el dircurso interrumpido de Kinglake, sólo el de lord Montagu contiene datos de interés. En la exposición de lord Montagu figura el siguiente análisis de los hechos:

"Sir Charles Wyke había concertado un acuerdo con México. Por servilismo para con Luis Bonaparte, lord Russell no ratificó tal convenio. Sir Ch[arles] Wyke firmó el acuerdo mencionado después de que Francia, por sus conexiones con Almonte, el jefe del partido reaccionario[64], hubiera adoptado una conducta que derogaba la

convención conjunta entre Inglaterra, Francia y España. El propio lord John Russell declaró en un despacho oficial que aquel convenio satisfacía todas las legítimas demandas de Inglaterra. En su correspondencia con Thouvenel, empero, prometió, con arreglo al deseo de Bonaparte, no ratificar por el momento el acuerdo. Permitió que Thouvenel comunicara esa decisión al Corps Législatif[65] Sí, lord Russell se rebajó tanto, que dio su palabra a Thouvenel de suspender toda comunicación con Sir Ch[arles] Wyke hasta el 1° de julio de 1862, un plazo que le daba tiempo a Thouvenel para contestar. Este respondió que Bonaparte no ponía en tela de juicio el derecho de Inglaterra a actuar aisladamente, pero que desaprobaba el convenio anglo-americano[66] concertado por Sir Ch[arles] Wyke. Acto continuo Russell ordenó a Wyke que se abstuviera de ratificar el acuerdo."

Inglaterra, añadió lord Montagu, utiliza su influencia para imponer la aceptación de las demandas fraudulentas contra el erario mexicano que *Morny*[67] "y *quizás personas de relevante posición* en Francia", habían pergeñado mediante el concurso del bolsista estafador *Jecker*.

"Todo el asunto mexicano", prosiguió, "comenzó sin previa anuencia del parlamento. La primera guerra extraparlamentaria se llevó a cabo en 1857[68] Palmerston se disculpó diciendo que era una guerra librada en Asia. El mismo principio se aplica ahora en América. Terminará finalmente por aplicarse en Europa. El régimen parlamentario se convierte en una mera farsa en el momento en que la representación popular pierde, con el control de la guerra, el control sobre los desembolsos."[69]

Lord *Montagu* concluyó con estas palabras:

"Acuso al gabinete de haber hecho que nos aliáramos con el asesino de la libertad en Francia; de poner ahora, a ese aventurero sin escrúpulos, en condiciones de instaurar el despotismo en un país extranjero. El gabinete liga nuestro destino al de un hombre que provoca el aborrecimiento de la humanidad y la venganza del cielo."

[Artículo publicado el 20 de julio de 1862 en *Die Presse*. *MEW*, t. XV, p. 521-523.]

[X]

MEXICO Y LOS CRAPAUDS

[a]

De Marx a Engels

[Londres,] 6 de mayo [de 1862]

[ ] Las actuales maniobras de Bonaparte en México (al principio era Pam el que tiraba de los hilos) se explican porque Juárez sólo reconoce la deuda oficial a Francia, o sea 46.000 libras. Pero Miramón y su banda, por medio del banquero suizo Jecker et Co., habían emitido títulos de deuda pública por 52.000.000 de dólares (de los cuales sólo se han pagado about[a] 4 mill[ones] de dólares). Estos títulos de deuda —Jecker et Co. no son más que hommes de paille[b]— han caído casi por zéro en las manos de Morny et Co. Exigen de Juárez el reconocimiento de los mismos. Hinc illæ lacrimæ[70] [. . .]

[b]

De Marx a Engels

[Londres,] 27 de mayo del 62

[ ] ¡Pam lo ha hecho empantanarse bonitamente a Bonaparte en México!

[a] Alrededor de.- [b] Testaferros.

[c]

De Marx a Engels

[Londres,] 20 de nov[iembre] del 62

[ ] Si los mexicanos (les derniers des hommes!)[a], zurraran nuevamente a los crapauds! [71] ¡Pero estos últimos perros hablan ahora mismo en París —los presuntos burgueses radicales— de "l'honneur du drapeau"![b]

[d]

De Marx a Engels

[Londres,] 13 de febr[ero] del 63

[ ] La aventura en México constituye, por lo demás, un final superlativamente clásico para la farsa del lower Empire [72]

[e]

De Marx a Engels

[Londres,] 24 de marzo del 63

[ ] Luis Bonaparte (lo que en 1831, en el caso del desgraciado de Luis Felipe, resultó perjudicial para toda

[a] Los últimos de los hombres.- [b]. Llevar la bandera.

Europa) anda a los saltos y in a very ugly dilemma with his own army[a] México y las genuflexiones ante el zar, a las que Boustrapa[73] (empujado por Pam) se entrega en el *Moniteur*[5], bien pueden romperle la crisma. [ ]

[f]

De Marx a Engels

[Londres,] 15 de agosto de 1863

[ ] Me parece importante para los United States que se apoderen antes que nada de los ports restantes, Charleston, Mobile, etc., con vistas a la colisión que puede producirse ese día entre ellos y Boustrapa. Este Lazarillo de Tormes imperial ahora no sólo caricaturiza a su tío, sino que se caricaturiza a sí mismo. Pues el "suffrage" en México es, por cierto, una bonita caricatura no solamente del suffrage mediante el cual él se hizo, sino también del que le sirvió para convertir en francesas a Niza y Saboya[74] Para mí no cabe duda alguna de que en México se rompe el cogote, siempre que antes no lo ahorquen. [ ]

[g]

De Marx a Engels

[Londres,] 26 de dic [iembre] de 1865

[.] Me parece que Bonaparte, más que nunca, baila en la cuerda floja. Los alborotos estudiantiles[75] son un

[a] En una situación muy desagradable con su propio ejército.

reflejo de los graves indicios de contradicción en el ejército mismo. Pero lo peor es el asunto de México y el pecado original del Lower Empire, ¡las deudas! [ ]

[h]

De Engels a Marx

Manchester, 4 de en[ero] de 1866

[ ] Monsieur Bonaparte, con firme decisión, ha empezado a caminar como los cangrejos. Los líos en el ejército, a causa de México, son realmente serios, y otro tanto ocurre con los incidentes estudiantiles en París. [ ]

[i]

De Marx a Johann Philipp Becker

Londres [13 de enero de 1866, aproximadamente]

[ ] A mi entender, el Empire pende de un hilo. D'abord el asunto con México y los United States[76] Por añadidura el amotinamiento de tres regimientos franceses[77] Y encima los disturbios estudiantiles. [ ]

[j]

De Marx a Engels

17 de dic[iembre] de 1866

[.] Es muy característico del status rerum[a] que tanto Bonaparte como Guillermo el Conquistador[78] no anden totalmente bien de las respectivas azoteas. El último cree que el Altísimo en persona le ha encomendado una misión, y en cuanto al primero, México y Bismarck lo han so turned topsy-turvy[b] que de vez en cuando positivamente desvaría. [ ]

[k]

De Engels a August Bebel

Londres, 12 de abril del 88

[.] Nuestro bonapartismo[79] está entrando tal vez en su período mexicano. Si éste llega, llegará nuestro 1866 y pronto 1870[80]; esto es, desde adentro, un Sedán interior ¡Enhorabuena! [ ]

[*MEW*, t. XXX, p. 235, 243, 302, 324, 335, 369; XXXI, p. 163, 167, 494, 268; XXXVII, p. 52.]

[a] Estado de cosas.- [b] Trastornado tanto.

[XI]

FRIEDRICH ENGELS

[LA CAMPAÑA MEXICANA DE BAZAINE]

[a]

[   ] La carrera militar anterior de Bazaine no fue de las más brillantes. Su campaña mexicana sólo mostró que se preocupaba más de las recompensas que de la gloria o el prestigio de su patria. [   ]

[b]

[   ] Ni siquiera los prusianos en Baden, en 1849, y el papa después de Mentana[81] tuvieron el coraje de pasar por las armas a todos sus prisioneros de guerra sin distinción, aunque éstos fueran irregulares y "rebeldes" Sólo existen dos ejemplos modernos de la aplicación inexorable de ese anticuado principio del "exterminio": la represión inglesa del levantamiento de los cipayos en la India y el comportamiento de Bazaine y sus franceses en México. [   ]

[c]

[   ] Día a día cobra cuerpo la guerra de guerrillas. Cuando leemos en el *Times* los informes sobre el avance del gran duque de Mecklenburg sobre Le Mans: ningún enemigo a la vista, ninguna fuerza regular que ofrezca resistencia en campo abierto, pero caballería y franco-tiradores en los flancos; ninguna noticia sobre la presencia de tropas francesas, pero las tropas prusianas en formación cerrada y en unidades bastante considerables, recordamos entonces involuntariamente las campañas de los

mariscales de Napoleón en España o de las fuerzas de Bazaine en México. [ ]

[De los artículos "Notes on the War — XXVI", "The Struggle in France" y "The Military Situation in France", publicados en *The Pall Mall Gazette* los días 4, 11 y 26 de noviembre de 1870. *MEW*, t. XVII, p. 160, 170, 186.]

1. Con este artículo Marx inicia una serie de enérgicas denuncias contra la intervención franco-anglo-española en México. El gobierno de Benito Juárez, debido a las dificultades provocadas por la rebelión conservadora y clerical, había suspendido el pago de la deuda externa. El 31 de octubre de 1861 Inglaterra, Francia y España, que se contaban entre las potencias acreedoras, suscribieron en Londres una convención por la que hacían pública su decisión de intervenir militarmente contra México. Las primeras tropas europeas (españolas) atacaron Veracruz en diciembre de 1861, y poco después desembarcaron contingentes británicos y franceses. Rivalidades surgidas entre los aliados tuvieron como resultado el retiro de las fuerzas de Inglaterra y España (abril de 1862). El cuerpo expedicionario francés ocupó Ciudad de México en 1863 e impuso el año siguiente la proclamación de Maximiliano de Austria como emperador. La tenaz resistencia de las tropas regulares mexicanas y de miles de guerrilleros puso en un callejón sin salida al cuerpo expedicionario francés. Luis Bonaparte finalmente optó por retirarlo (marzo de 1867), apremiado además por la necesidad de reservar su ejército para la inminente confrontación con Prusia, que acababa de infligir una humillante derrota a los austríacos. Privado del apoyo extranjero, el régimen títere de Maximiliano se derrumbó rápidamente bajo los golpes de los liberales.

2. Plaza de Londres donde se encuentra la redacción de *Times*.

3. *Le Moniteur Universel*, que apareció entre 1789 y 1901, fue hasta 1868 el periódico oficial del gobierno francés.

4. Dappental, la zona suiza ocupada por Napoleón III, quedaba en el cantón de Vaud.

5. En octubre de 1858 un ejército español a las órdenes de O'Donnell invadió a Marruecos, so pretexto de algaras realizadas por tribeños árabes en las cercanías de las ciudades de Ceuta y Melilla detentadas por España. Pese a la vigorosa defensa marroquí, los agredidos tuvieron que efectuar algunas concesiones territoriales menores a los agresores y pagarles una "indemnización".
En marzo de 1861 el gobierno conservador de la República Dominicana proclamó la reincorporación de la misma a España. Un cuerpo expedicionario español ocupó Santo Domingo; diezmado primero por las guerrillas y las epidemias, e impotente luego para contener lo que ya era un levantamiento nacional del pueblo dominicano, sus restos tuvieron que abandonar el país en mayo de 1865.

6. En la época en que escribe Marx, el *Morning Post* (publicado desde 1772 hasta 1937) ocupaba una posición *whig* de derecha.

7. *La Patrie* (editada entre 1841 y 1930) defendía en sus columnas al gobierno bonapartista.

8. Lord John Russell (1792-1878), líder liberal, ocupó diversos cargos en el gabinete británico, incluso el de primer ministro; "pacificó" Irlanda; entre 1859 y 1865 ocupó el cargo de secretario de asuntos exteriores.

9. Edouard-Antoine Thouvenel (1818-66) fue ministro de relaciones exteriores de Napoleón III en 1860-62.

10. Seguimos aquí el texto de la versión alemana (¿hecha por el propio Marx? , ¿corregida por los editores de las *MEW*?) de esta cita. La versión inglesa de este mismo pasaje (¿texto original del periódico inglés al que cita Marx? , ¿versión algo modificada de ese texto por el propio Marx?), tal como aparece en el artículo siguiente (II), presenta algunas diferencias de menor entidad.

11. El gobierno de la Unión no estaba a favor, sino en contra de México. Desde luego, le preocupaba que ese país, al que consideraba inserto en la esfera de influencia de Estados Unidos, cayera en manos de otras grandes potencias; Lincoln temía, además, que la injerencia europea en México no fuera otra cosa que el preludio de una intervención abierta en la guerra civil norteamericana.
De ahí que la política de la Unión hacia México fuese aparentemente ambigua. Por la nota del secretario de estado Seward a los embajadores de Francia, Inglaterra y España (4 de diciembre de 1861), los Estados Unidos declinan participar en la intervención, previenen contra posibles anexiones europeas de territorio mexicano y, al mismo tiempo, admiten de plano el "derecho indiscutido" (sic) de aquellas potencias a "recurrir al expediente de la guerra contra México" para satisfacer por esa vía sus reclamos (*The Record of American Diplomacy*, ed. cit., p. 301). Posteriormente el gobierno norteamericano ofreció hacerse cargo de la deuda mexicana (con lo cual los intervencionistas perdían su pretexto más socorrido), pero las condiciones en que la asumiría muestran a las claras cuáles eran los objetivos de Washington. Los mexicanos debían obligarse a pagar a los Estados Unidos en 6 años, con el 6% de interés anual (los acreedores originales sólo tenían derecho al 3%); si en ese lapso México (que ya estaba en una situación casi ruinosa) no cumplía sus compromisos, perdería a manos de su nuevo acreedor la garantía, a saber: las tierras públicas y los derechos sobre las minas de Chihuahua, Sonora, Baja California y Sinaloa. Era, bajo nuevas formas, el viejo proyecto de Buchanan; su aceptación habría significado sustituir la presente invasión europea por la futura, pero más contundente, intervención norteamericana, y Juárez rechazó el ofrecimiento.
Durante la lucha contra el invasor francés México no recibió ningún socorro del gobierno estadounidense, que se negó incluso a venderle armas y embargó pertrechos destinados a sus vecinos al sur del Río Grande. Juárez pudo decir con todo derecho que la victoria la habían alcanzado "los buenos hijos de México, combatiendo solos, sin auxilio

de nadie, sin recursos, sin los elementos necesarios para la guerra" Finalizada la guerra de Secesión, los Estados Unidos presionaron tibiamente a Napoleón III para que retirara de México su cuerpo expedicionario, y aunque es posible que esa actitud complicara algo más el ya sombrío panorama que se abría ante Luis Bonaparte, no está demostrado que haya pesado efectivamente en la decisión francesa de abandonar su suerte al "emperador" Maximiliano. (Cfr. Manuel Medina Castro, *Estados Unidos y América Latina, siglo XIX*, La Habana, 1968, pp. 411-420.)

12. El palacio de Saint James es la residencia londinense del rey.

13. En 1861 los acreedores británicos, franceses y españoles reclamaban al gobierno mexicano sumas que, según una estimación, ascendían a algo más de 73 millones de dólares. Corresponde señalar que de esa cantidad sólo 263.490 dólares (poco más de 0,3% del total) correspondían legalmente a los acreedores franceses, pese a que, a pretexto de las deudas, finalmente fue Francia la principal potencia interventora.

14. El general Leonardo Márquez, un tiempo partidario de Santa Anna, estuvo al frente del partido conservador en la revuelta de 1859-60 contra el gobierno de Juárez y apoyó desde un principio a Maximiliano, en cuyo régimen ocupó importantes cargos.

15. Tomás Mejía (¿1812? -1867), general reaccionario, participó activamente en las operaciones militares de los intervencionistas contra el gobierno de su propio país. Fue fusilado por traidor, el 19 de junio de 1867, junto a Maximiliano.

16. Francisco II (1836-94), último rey de Nápoles, fue derrotado y destronado por los garibaldinos en 1860.

17. Ni Canning, con su "memorando de Polignac", ni mucho menos Monroe, con su doctrina, desempeñaron con respecto a la independencia hispanoamericana el papel que, en general, se les atribuía a mediados del siglo XIX. Se puede afirmar, con el historiador británico Charles Webster, "que ya antes de que se redactara el memorando de Polignac o la doctrina de Monroe no había posibilidad de intervención de las potencias europeas por la fuerza, sea para recuperar los dominios de España, sea para imponer a las colonias instituciones monárquicas. Ni la doctrina de Monroe ni el memorando de Polignac, por tanto, preservaron la independencia de las colonias españolas en el sentido de que las salvaguardaran de un ataque europeo inmediato" (C. K. Webster, *Britain and the Independence* ., t. I, p. 73). Más concluyente y melancólico aun es el balance que su más conocido investigador, el norteamericano Dexter Perkins, realiza sobre la "doctrina": "Para resumir, la declaración de Monroe produjo un efecto muy insignificante en el Viejo Mundo, si se exceptúan los resquemores y celos que despertó en Canning. Los historiadores de la política exterior norteamericana han exagerado tremendamente la importancia de la declaración. No frustró la intervención; no modificó los puntos de vista de las potencias continentales; no suscitó ningún respeto especial por los Estados Unidos" (Dexter Perkins, *John Quincy*

Adams, en *The American Secretaries of State and their Diplomacy*, ed. por Samuel Flagg Bemis, N.Y., t. IV, 1958, p. 78).

La expedición que sí frustraron Inglaterra y Estados Unidos, como hemos indicado ya, fue la proyectada por Colombia México para liberar las últimas colonias españolas en América.

No sólo Canning, y sobre todo Monroe, tuvieron poco que ver con la salvaguarda de la independencia alcanzada por las ex-colonias españolas, sino que cada vez que los gobernantes hispanoamericanos reclamaron la ayuda a Inglaterra y Estados Unidos para resistir intervenciones de potencias no continentales, se les explicó que las declaraciones del primer ministro y del presidente no equivalían a un compromiso cuyo cumplimiento pudiera reclamar la parte hispanoamericana. "[.] Los Estados Unidos no contrajeron ninguna obligación ni les hicieron promesa alguna a los gobernantes de México y de la América del Sur, o a alguno de ellos, de que los Estados Unidos no permitirán la intervención de ninguna potencia extranjera en la independencia o forma de gobierno de esas naciones", aclaró categóricamente el 29 de marzo de 1826 el secretario de estado Henry Clay. La de Monroe, aseveró el mismo Clay el 3 de enero de 1828, era una declaración espontánea que no contenía "ninguna promesa u obligaciones cuyo cumplimiento puedan pedir naciones extranjeras" (Manning, ob. cit., t. I, parte 1ª pp. 311-373. Similar era la opinión de Canning sobre sus declaraciones a Polignac: no constituían "promesa alguna de cooperación" inglesa con "las provincias americanas que han declarado su independencia" "El gobierno británico nunca tuvo el propósito de que con esa declaración se ofreciera a las provincias americanas un tratado de alianza, o de que ellas la tuvieran por tal, y sin embargo no sería otro el carácter de un compromiso que obligara a este país, general e indefinidamente, a defender a los nuevos estados de América contra todos los ataques de Europa" (Webster, ob. cit., doc. 252, t. I, p. 478).

Las monarquías europeas, por último, no necesitaban atacar a México en 1861 si "su verdadero objetivo" no era más que crear un precedente violatorio de la doctrina de Monroe. Tales precedentes eran ya numerosos a esa altura: ocupación británica de las Malvinas (1833), expansión de Belice hacia el sur (1834) y ocupación también por Inglaterra de Roatán y otras islas hondureñas (1838), agresión francesa contra México (1838-39), bloqueo francés (1838-40) y anglo-francés (1845-50) de Buenos Aires, ocupación inglesa del puerto nicaragüense de San Juan del Norte (1841 y 1848) y de islas hondureñas en el golfo de Fonseca (1848), intervención francesa contra Ecuador (1853), etc. Durante el siglo XIX Estados Unidos sólo consideró "la doctrina de Monroe como ley internacional" cuando una intervención europea en América Latina lesionaba lo que aquel país consideraba sus propios intereses; más tarde la doctrina pasó a ser simplemente la justificación retórica más habitual de las intervenciones norteamericanas en nuestros asuntos.

18. El presente artículo de Marx es, en buena parte, una ampliación del anterior.

19. El *Journal des Débats Politiques et Littéraires*, editado desde el año VIII (1800) hasta 1944, era vocero, por los tiempos en que escribe Marx, de los grandes capitalistas agrupados en torno a la casa de Orleans.

20. Semanario editado del 1858 a 1866, crítico moderado de Napoleón III.

21. "[. .] In any of the territories constituting her then empire"; en realidad, el imperio mexicano fundado por Agustín de Iturbide ya no existía en 1826: "Agustín I" abdicó en marzo de 1823 (se le fusiló en julio del año siguiente, cuando intentaba recuperar el poder) y en octubre de 1824 se proclamó formalmente la república.

22. La guerra anglo-persa tuvo lugar entre noviembre de 1856 y marzo de 1857; Marx, que la había analizado durante su desarrollo (véase *MEW*, t. XII, p. 71 y 117, *On Colonialism*, p. 83) incurre aquí en un pequeño error en cuanto a las fechas de iniciación y término de la misma. Aunque por el convenio de paz firmado en París Persia renunció a sus pretensiones sobre el principado autónomo de Herat (NW de Afganistán), Gran Bretaña, a su vez, puesta entre dos fuegos por los primeros alzamientos de los soldados indios, debió postergar sus proyectos de conquista en la región.

23. Los liberales William Ewart Gladstone (1809-98 , Thomas Milner-Gibson (1806-84) y George Cornewall Lewis (1806-63), ocupaban en el gabinete de Palmerston las carteras de hacienda, comercio y guerra, respectivamente.

24. *The Morning Herald* (1780-1869) y *The Standard* (fundado en 1827), defendían las posiciones de los conservadores, entonces en la oposición.

25. El republicano Charles Francis Adams (1807-86), por cuyo intermedio la Internacional dirigió más tarde su célebre mensaje a Lincoln sobre la guerra civil norteamericana, fue embajador de Estados Unidos en Londres de 1861 a 1868.

26. 2.400 quilómetros, en números redondos. Lo que hoy entendemos por frontera norteamericano-canadiense tiene una extensión unas dos veces mayor; la denominación "Canadá" se aplicaba, hacia la época en que Marx escribe su artículo, a las hoy provincias de Quebec y Ontario.

27. Jenkins era el nombre dado popularmente a los lacayos que, a pie, corrían delante del carruaje de su amo. Rodomonte, personaje del *Orlando Furioso*, de Ariosto, es una encarnación de la bravuconería.

28. Jefferson Davis (1808-89), propietario de esclavos, veterano de la guerra de rapiña contra México, había sido electo presidente de la Confederación sudista en febrero de 1861. En el mensaje al que Marx alude, Davis procuró agravar la disensión existente entre los gobiernos de Washington y Londres.

29. *Le Nord - Journal International*, editado en Bruselas y París (1856-71) defendía la política exterior del imperio ruso; de ahí que

Marx le atribuyera estar al tanto de quien, su juicio, era un instrumento del zar: Palmerston.

30. En el artículo de Marx no queda claro si esta "carta particular" llegó directamente a sus manos, o si la conoció por haberla publicado la *Tribune* o algún otro periódico.

31. Charles Lennox Wyke (1815-97), embajador y luego ministro plenipotenciario inglés en México. Véase más adelante, en este mismo capítulo, el texto VII.

32. Esto es, España se anexaría a México tal como lo había hecho poco tiempo atrás con la República Dominicana. Ver el segundo párrafo de la nota 5.

33. Edward George Smith Stanley, conde de Derby (1799-1869), opresor de Irlanda, varias veces secretario de colonias y primer ministro británico.

34. Literalmente, "presión desde afuera". En su artículo "Un mitin obrero londinense", dice Marx: "Ninguna innovación importante, ninguna medida decisiva se lleva a cabo en este país sin *pressure from without* (presión desde afuera), ya sea que la oposición necesite tal *pressure* contra el gobierno, o el gobierno contra la oposición. Por *pressure from without* el inglés entiende las grandes demostraciones populares, extraparlamentarias, que naturalmente no pueden ser puestas en escena sin la activa cooperación de la clase obrera" (*MEW*, t. XV, p. 454).

35. Derby se refiere al "caso Trent" El 8 de noviembre de 1861 el buque de guerra yanqui "San Jacinto" interceptó en el canal Old Bahama al paquebote inglés "Trent", en el que viajaban James Mason y John Slidell, enviados por la Confederación para representarla en Londres y París, respectivamente. Los norteños se apoderaron de los agentes sudistas, todo lo cual dio lugar a un entredicho diplomático con Gran Bretaña; quedó zanjado el mismo, poco después, con la liberación de los secuestrados.

Sobre Slidell había escrito poco antes Marx (el 4 de diciembre de 1861, en un artículo titulado "Los actores principales en el drama del *Trent*"): "De la reputación del hombre puede juzgarse por el hecho de que en 1845, poco antes del estallido de la guerra con México, cuando se envió a Slidell a ese país como embajador, México rehusó negociar con tal sujeto" (*MEW*, t. XV, p. 408). En rigor México no objetó la (harto objetable) persona de Slidell; hallándose rotas las relaciones diplomáticas mexicano-norteamericanas, se opuso a que aquél se instalara en el país como enviado extraordinario y ministro plenipotenciario, en lugar de limitarse a discutir el problemas de Tejas (cfr. la carta del ministro Manuel de la Peña y Peña a John Slidell, 20/XII/1845, en *The Record of American Diplomacy*, ed. cit., p. 208-209).

36. El ministro de asuntos exteriores Clarendon (véase nota 19 del capítulo "La Esclavitud en América"), contrariando la política tradicional británica y según Marx sin instrucciones oficiales de su gobierno, había suscrito la Declaración Internacional de los Derechos del

Mar (París, abril de 1856), por la cual se reconocía el derecho de los neutrales a transportar mercancías no bélicas a países en guerra.

37. Derby alude al bloqueo de los puertos de la Confederación, proclamado por Lincoln en abril de 1861 y puesto en práctica a partir de julio. La medida resultó altamente efectiva: se estima que en 1861 las posibilidades de captura eran de 1 en 10; en 1864 de 1 en 3. Al bloqueo se debió, en buena parte, que el valor de las exportaciones algodoneras del Sur cayera de US$ 191.000.000 en 1860 a tan sólo US$ 4.000.000 en 1862 (cfr. Boatner, op. cit., p. 70).

38. Se trata de *Correspondence Relative to the Affairs of Mexico*, cuya tercera parte acababa de editarse en Londres.

39. A Downing Street, una de las calles céntricas de Londres, dan varios edificios del gobierno británico; en el Nº 10 queda la sede del gabinete.

40. Francisco Javier de Istúriz (1790-1871), político liberal español, fue presidente de las cortes, del consejo de ministros, jefe de gobierno y, en 1848, 1850-54 y 1858-62, embajador de su país en Inglaterra.

41. El cambio de notas al que en este párrafo alude Marx se publicó en su mayor parte en el *Times* del 13/II/1862. Capitán General de Cuba era entonces Francisco Serrano y Domínguez (1810-85); este general, que había participado en el cuartelazo de 1856, sería luego regente de España (1869-71) y varias veces presidente del consejo de ministros entre 1868 y 1874.

42. Joseph Flahaut de la Billarderie (1785-1870), general y diplomático francés hijo de Talleyrand, fue embajador en Londres en 1842 y 1860-62.

43. El palacio de las Tullerías (incendiado en 1871, durante la Comuna, y posteriormente demolido) era la sede del Poder Ejecutivo francés.

44. De 1852 a 1867 fue embajador inglés en Francia Henry Wellesley, conde de Cowley (1804-1884), que contribuyó a preparar la intervención anglo-franco-española en México.

45. John Fiennes Crampton (1805-86), embajador en España en 1860-69.

46. Debido a la extensión de las citas (en inglés) de Charles Wyke hemos considerado conveniente traducirlas ya en el texto, y no, como hacemos en los casos de palabras y expresiones sueltas en otros idiomas, en notas al pie. En la versión española de esas citas procuramos recrear la heterodoxa sintaxis del plenipotenciario británico.

47. Alexandr Serguéievich Ménshikov (1787-1869), soldado y estadista ruso, participó activamente en las guerras napoleónicas, gobernó Finlandia con puño de hierro y comandó las fuerzas rusas en la guerra de Crimea. Marx alude aquí a su actuación como embajador extraordinario en Constantinopla, en 1853.

48. El político y periodista mexicano Manuel María de Zamacona apoyó a Juárez hasta 1864. En 1867 fundó el periódico *El Globo* y fue electo al congreso; desde ambas tribunas criticó duramente a Juárez, contribuyendo al ascenso de Porfirio Díaz al poder.

49. En el original se lee, según *MEW*, "Gvt.", o sea "G[o]v[ernmen]t" ("gobierno"). En ediciones anteriores de obras de Marx y Engels (M/E *Briefwechsel*, Berlín, ' III, 1950, p. 73; M/E *Civil War* ed. cit., p. 238) figura aquí la palabra "God" ("Dios"). La letra de Marx era abominable: él mismo se quejó, cierta ocasión, de que la relectura de sus cuadernos de economía lo dejaba enfermo de la vista (*MEW*, t. XXVIII, p. 434); para Lafargue los manuscritos de su suegro eran tan difíciles de leer "como un palimpsesto con ligaduras" (*MEW*, t. XXXVII, apéndice, p. 537).

50. Con este título alude Marx al proceso a que fuera sometido en 1861 un banquero y especulador francés, Jules-Isaac Mirès (1809-71) de cuyas estafas eran cómplices varios figurones bonapartistas.

51 Luis Napoleón mantuvo tropas de ocupación en Constantinopla y Atenas durante la guerra de Crimea (1854-56) y en Roma desde 1849 —intervención contra la república romana— hasta 1870, cuando el conflicto con Prusia lo obligó a retirarlas. En 1860, durante la "tercera guerra del opio" una expedición franco-británica tomó por asalto y saqueó a Pequín.

52. Charles-Guillaume Cousin-Montauban (1796-1878) comandaba la expedición contra Pequín mencionada en la nota anterior. Sus tropas, a más de cometer innumerables crímenes y atropellos contra la población civil, desvalijaron y luego incendiaron el Palacio de Verano Yuan-ming-yuan, una de las más afamadas joyas arquitectónicas de China.

53. Marx estaba persuadido de que la intervención contra México era el preludio de otra, en escala mucho mayor, contra el gobierno de Washington, la cual se realizaría so pretexto de una "mediación" en la guerra civil norteamericana. En su artículo "Englische Humanität und Amerika", publicado el 14 de junio de 1862 por *Die Presse*, sostiene: "El plan [de St. James y las Tullerías] es que Francia desempeñe su papel de mediador durante el receso parlamentario inglés y que en el otoño, ya con México a buen recaudo, inicie su intervención en Estados Unidos" (*MEW*, t. XV, p. 510).

54. En esa fecha el congreso mexicano resolvió una moratoria de dos años en el pago de la deuda exterior. Aunque en noviembre de 1861 el gobierno de Juárez anuló esa resolución (tomada como pretexto por los intervencionistas), Inglaterra, Francia y España siguieron adelante con sus agresivos planes.

55. El general Félix Zuloaga (1814-76), caudillo conservador, ocupó Ciudad de México en enero de 1859 y ejerció la dictadura en parte del país hasta su derrocamiento en diciembre de ese año. Miguel Miramón (1832-67) comandó las fuerzas militares de los reaccionarios en 1859-60 y se exilió luego de ser derrotado por el general juarista Ortega en Calpulalpán (diciembre de 1860). Más tarde se sumó a los intervencionistas, fue batido en Hacienda de San Jacinto en febrero de 1867 y en abril de ese año cayó prisionero. Se le fusiló por traidor junto a Maximiliano.

56. Jean-Baptiste Jecker (¿1810? -1871), especulador y banquero,

suizo, estaba estrechamente vinculado a los manejos financieros de la camarilla bonapartista; fue fusilado durante la Comuna de París.

57. Carlos G. de la Peza y Peza fue el autor de la célebre "emisión Peza" del 6 de julio de 1859, no reconocida por ningún gobierno liberal de México. En 1867, cuando se restauró la república, los bonos Peza constituían casi la mitad de la deuda pública mexicana (36.906.446 pesos de un total de 78.331.604).

58. Marx utiliza aquí el adjetivo "imperialistisch" ("imperialista") y no "kaiserlich" ("imperial"). A diferencia de teóricos posteriores, para Marx "el imperialismo [Imperialismus] es la forma más prostituida, y al mismo tiempo final, de ese poder estatal al que la sociedad burguesa naciente había forjado como herramienta de su propia liberación del feudalismo, y al que la sociedad burguesa plenamente desarrollada ha transformado en un instrumento de subyugación del trabajo por el capital" (Marx, *La guerra civil en Francia*, *MEW*, t. XVII, p. 338).

59. En Orizaba (estado de Veracruz), en territorio mexicano ocupado, se reunieron el 9 de abril de 1862 los representantes de las potencias interventoras. No habiendo llegado a un acuerdo con Francia sobre cómo proseguir la agresión contra México, Inglaterra y España retiraron sus fuerzas del cuerpo expedicionario.

60. Robert Montagu (1825-1902), político conservador, enconado adversario de Palmerston.

61. El liberal Austen Henry Layard (1817-94) (a quien cierta vez Marx llamó "el gran sabio de Nínive" por sus excavaciones arqueológicas, *MEW*, t. XI, p. 98), fue de 1861 a 1868 subsecretario de estado en el Foreign Office.

62. William Robert Vesey Fitzgerald (1818-85), político conservador. ocupó interinamente la secretaría de relaciones exteriores en 1858-59.

63. El liberal Alexander William Kinglake (1809-91) formó parte de los Comunes de 1857 a 1865.

64. Juan Nepomuceno Almonte (¿1804? -1869), general y político mexicano, embajador en Estados Unidos y más tarde en Francia, promovió la intervención de este último país en su propia patria. Al desembarcar los franceses en Veracruz se proclamó "jefe supremo de la nación", pero su gobierno, de índole más bien fantasmal, fue disuelto por los intervencionistas en setiembre de 1862.

65. Denominación, en diversos períodos de los siglos XVIII y XIX, y particularmente durante el Segundo Imperio (1852-70), de la segunda cámara o Cámara de Diputados francesa.

66. Así en *MEW*, t. XV, p. 522-523: "den [ ] englisch-*amerikanischen* Vertrag". Casi seguramente estamos ante una errata y debe leerse aquí "den [. .] english-*mexikanischen* Vertrag", esto es, "el convenio anglo-*mexicano* (subrayados nuestros - P.S.). En una traducción al inglés de este artículo (ver M/E, *The Civil War* . . , ed. cit., p. 197), publicada mucho antes de que aparecieran las *MEW*, se lee: "the Anglo-*Mexican* treaty". Incidentalmente, el texto de algunas de las citas que figuran en este trabajo presenta diferencias, a veces de

cierta entidad, entre la versión de las *MEW* y la de *The Civil War* , lo que parecería indicar que los editores alemanes (sin consignarlo en cada caso, aunque obviamente debían hacerlo) ajustaron el texto de esas citas a los originales (¿actas de las Cámaras de los Comunes?), apartándose de la versión periodística dada por Marx. En la incertidumbre, seguimos la version de las *MEW*.

67. Charles de Morny (1811-65), hijo de Joseph Flahaut (véase nota 266) y hermano uterino de Napoleón III, fue uno de los organizadores del golpe de estado de diciembre de 1851 y presidió en 1854-65, con alguna breve interrupción, el "Corps Législatif" Acumuló una enorme fortuna gracias a su participación en los más oscuros negociados del Segundo Imperio, como el del Crédit Mobilier.

68. Montagu se refiere a la guerra anglo-persa de 1856-57 (véase nota 246).

69. Nótese la coincidencia conceptual entre este párrafo de Montagu y el último del texto II de este capítulo; no pocos políticos ingleses seguían con interés, y a veces citaban en el parlamento, las correspondencias de Marx publicadas por *The New-York Daily Tribune*.

70. "De ahí esas lágrimas". La expresión figura en Terencio (*La Andriana*, acto I, escena 1ª.), y aunque allí no tenía exactamente ese sentido, ya en la Antigüedad se la empleó para caracterizar una situación en la cual una circunstancia súbitamente revelada explica un comportamiento de por sí extraño.

71. Literalmente, "sapos"; aquí, "franceses" (en la correspondencia de Marx y Engels el término, tomado de la jerga política gala, se usa para designar ora a los filisteos franceses, ora a los franceses en general). Marx alude aquí a la derrota experimentada ante Puebla, el 5 de mayo de 1862, por las tropas francesas al mando del general Lorencez. La victoria juarista, obtenida a expensas de soldados veteranos de Crimea e Italia, causó profunda impresión en Europa y obligó a Napoleón III a sustituir a Lorencez por Bazaine.

72. "Bajo Imperio" (esto es, el Imperio Bizantino). Denominación irónica, en las obras de Marx y Engels, del Segundo Imperio francés, proclamado en 1852 por Luis Bonaparte.

73. Apodo de Luis Bonaparte, formado con los nombres (franceses) de las tres ciudades desde las cuales aquél había intentado tomar el poder: *Bou*logne (conspiración de 1840), *Stra*sbourg (conjura de 1836) y *Pa*ris (elección como presidente en diciembre de 1848).

74. Tras la conquista de la capital mexicana por las tropas de Bazaine, una asamblea de "notables" elegida a punta de bayoneta proclamó el Imperio de México. Marx compara ese amañado "suffrage" a la elección de Luis Bonaparte como presidente (el 10 de diciembre de 1848) y a los "plebiscitos" que ratificaron la incorporación de Saboya y Niza a Francia (1860), cuando Napoleón III mostró, para decirlo con Engels, qué entendía por una "Italia libre y agradecida que debe sólo a Francia su independencia" (*MEW*, t. XIII, p. 563).

75. El Consejo Académico de París había expulsado de la universi-

dad a varios delegados al primer Congreso Estudiantil Internacional, reunido en Lieja en octubre de 1865, acusándolos de glorificar el terror y la bandera roja, zaherir las creencias religiosas e incitar a la insurrección. Las medidas adoptadas contra sus representantes (entre los que se contaban dos futuros yernos de Marx, los entonces prudonianos Charles Longuet y Paul Lafargue, director y colaborador de la revista *Riue Gauche*), dieron lugar a acciones de protesta del estudiantado francés en diciembre de 1865-enero de 1866.

76. Marx alude a la presión, en realidad moderada, que ejercieron los Estados Unidos sobre Napoleón III para que retirara de México el cuerpo expedicionario francés. En 1867 era claro que las tropas francesas nunca llegarían a controlar efectivamente el país.

77. Tres regimientos de zuavos se habían amotinado en octubre de 1865 en Martinica, negándose a que se las enviara a combatir en México.

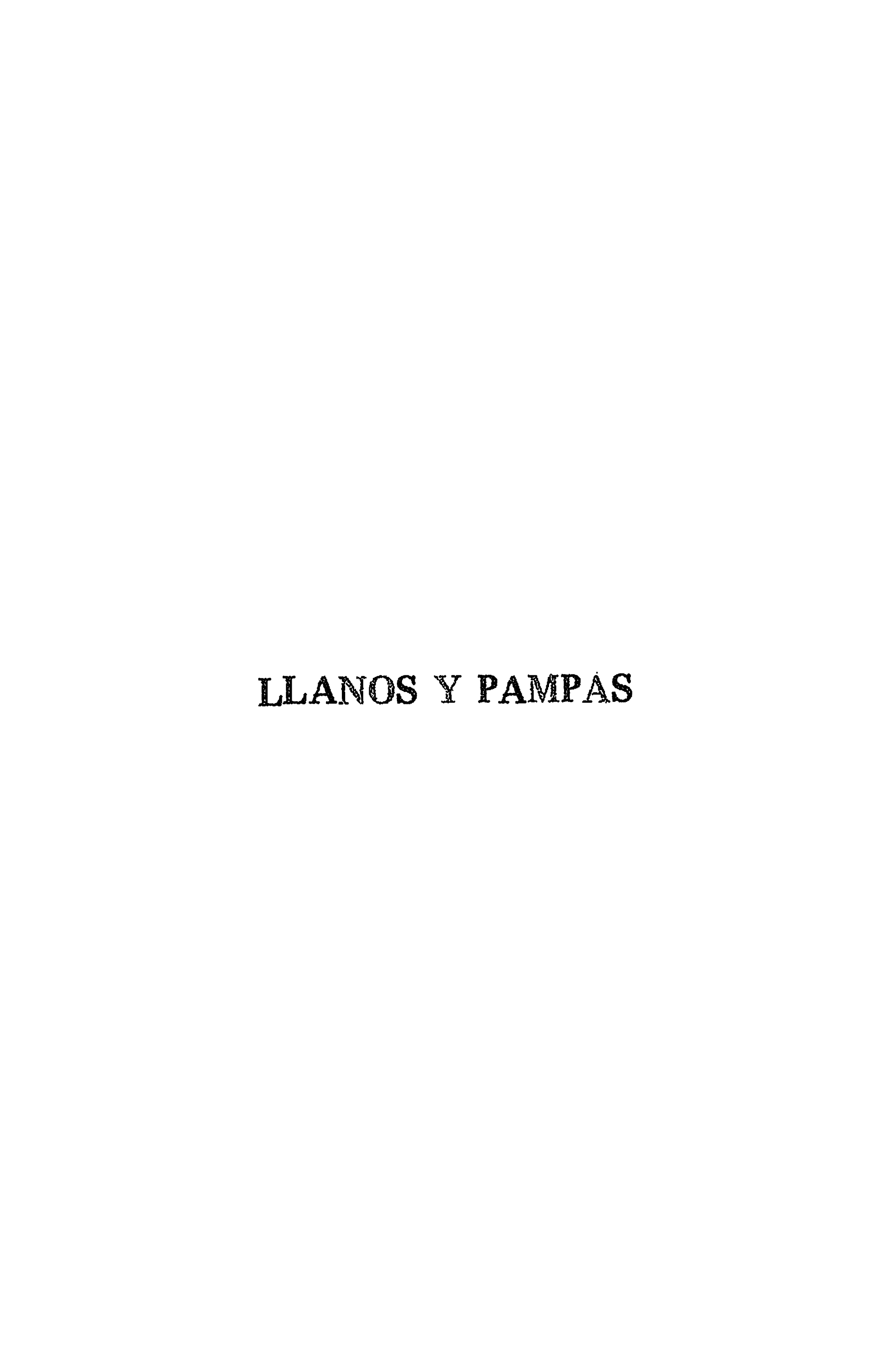
78. "Guillermo el Conquistador": Marx se refiere irónicamente, a Guillermo I (1797-1888, rey de Prusia desde 1861 y más tarde emperador alemán) y a las recientes conquistas prusianas a expensas de los aliados de Austria.

79. Es decir, el bonapartismo alemán, bismarckiano.

80. En 1866 Napoleón III perdió, con la derrota de Austria a manos de Prusia, un posible aliado a la futura guerra contra la segunda; Sedán (1—2 de setiembre de 1870), batalla decisiva de la guerra franco-prusiana, en la que cayeron prisioneros Luis Bonaparte, su estado mayor y unos 83.000 soldados franceses, trajo como rápida consecuencia el derrumbe del II Imperio y su sustitución por la III República.

81. Engels alude primero a la campaña del ejército prusiano contra los revolucionarios de Baden y el Palatinado, en 1849. los prisioneros republicanos fueron tratados de manera bestial y muchísimos de ellos fusilados con o sin consejo de guerra (véase *MEW*, t. VII, p. 167).

En Mentana, cerca de Roma, la guarnición francesa y los soldados pontificios coronaron con una serie de fusilamientos su victoria del 3/XI/1867 sobre los voluntarios garibaldinos.



LLANOS Y PAMPAS

[I]

KARL MARX

[ ] La manufactura mutila al trabajador, lo convierte en una aberración al fomentar su habilidad parcializada —cual si fuera una planta de invernadero— sofocando en él multitud de impulsos y aptitudes productivos, tal como en los estados del Plata se sacrifica un animal entero para arrebatarle el cuero o el sebo. [ ]

[De: *Das Kapital*, t. I. Publicado en 1867. *MEW*, t. XXIII, p. 381.]

[II]

De Marx a Engels

[Londres,] 26 de nov[iembre] de 1869

[ ] En lo tocante a la deliberada tergiversación de que, como en un país de producción desarrollada la fertilidad natural del suelo constituye un importante factor para la producción de plusvalía (o, como dice Ricardo, afecta la tasa del beneficio), también debe darse la recíproca, o sea que la producción más rica y más desarrollada tendría que encontrarse en las tierras más fértiles, por lo que habría de ser más elevada por ejemplo en México que en Nueva Inglaterra, ya he respondido a ello en *El capital*, p. 502 y ss.[1] [ ]

[*MEW*, t. XXXII, p. 404.]

[III]

FRIEDRICH ENGELS

LOS PRODUCTOS ALIMENTICIOS AMERICANOS Y EL PROBLEMA DE LA TIERRA[2]

Desde el otoño de 1837 nos hemos acostumbrado a ver cómo en Inglaterra se importan pánicos financieros y crisis comerciales neoyorquinos. Cuando menos la mitad de los súbitos sacudimientos decenales de la industria se desencadenan en Norteamérica. Pero que América habría de subvertir también las antiguas y venerables condiciones de la agricultura británica, revolucionar a discreción las relaciones feudales que desde tiempo inmemorial median entre el terrateniente y el arrendatario, abatir la renta del suelo en Inglaterra, devastar las haciendas y granjas inglesas, era un espectáculo que nos reservaba el último cuarto del siglo XIX.

Y sin embargo es así. El suelo virgen de las praderas del Oeste —que en la actualidad comienza a ser cultivado, no una parcela acá y otra allá sino de a miles de millas cuadradas— está comenzando a regular el precio del trigo y por consiguiente la renta de las tierras trigueras. Y no hay suelo antiguo que pueda competir con la pradera. Es una región maravillosa, llana o ligeramente ondulada, a la que no quiebran elevaciones escabrosas; exactamente en la misma situación en que se encontraba al depositarse lentamente en el fondo de un océano terciario; libre de piedras, rocas, árboles; pronta para el cultivo inmediato, sin necesidad de laboreos previos. No hay que rozar ni que desecar: se le pasa el arado y ya está lista para recibir la simiente, y rendirá, sin abono, de veinte a treinta cosechas sucesivas de trigo. Es un suelo apto para la agricultura en la escala más grande, y en la mayor escala se le trabaja. El agricultor británico solía enorgullecerse de que sus haciendas eran tanto mayores que las del propietario rural del continente: ¿pero qué son las mayores haciendas del Reino Unido comparadas con las de la pradera norte-

americana, fincas de 40.000 acres[a] y más, cultivadas por ejércitos regulares de hombres, caballos e instrumentos, [hombres] a los que se adiestra, manda y organiza como a soldados?

Esta revolución norteamericana en la agricultura, sumada a los revolucionarios medios de transporte inventados por los norteamericanos, exporta hacia Europa trigo a precios tan bajos que no hay agricultor europeo que pueda competir con éste, al menos si se espera de él que pague rentas. Recuérdese lo que pasó en 1879, cuando por vez primera se hizo sentir ese fenómeno. La cosecha fue mala en toda Europa occidental; en Inglaterra se malogró. No obstante, en virtud del cereal norteamericano, los precios se mantuvieron casi estacionarios. Por primera vez el agricultor británico tenía una mala cosecha y precios bajos del trigo al mismo tiempo. Los arrendatarios comenzaron a agitarse y la alarma ganó a los terratenientes. Al año siguiente, con una cosecha mejor, los precios cayeron más aun. El precio del cereal se determina ahora por el costo de producción en América más el costo de transporte. Y esto ocurrirá cada vez más todos los años, a medida que se pongan en cultivo nuevas tierras de pradera. Los ejércitos industriales necesarios para tal operación los proporcionamos nosotros mismos desde Europa, enviando allí nuestros emigrantes.

Ahora bien, antiguamente el consuelo del arrendatario y el terrateniente era que si el cereal no valía la pena, la carne sí la valdría. Las tierras de pan llevar se transformaban en pasturas, y todo marchaba de nuevo como sobre ruedas. Pero ahora tampoco ese arbitrio tiene andamiento. La carne y el ganado norteamericanos se exportan en cantidades cada vez mayores. Y eso no es todo. Hay por lo menos dos grandes países productores de ganado que están a la búsqueda de métodos que les permitan exportar a Europa, y en particular a Inglaterra, su inmenso excedente de carne, hasta hoy desaprovechado. En la situación actual de la ciencia y con los rápidos progresos que se efectúan en su aplicación, podemos estar seguros

[a] Más de 16.000 hectáreas.

de que dentro de pocos años —a lo sumo— se exportará carne vacuna y ovina de Australia y América del Sur, en perfecto estado de conservación y en enormes cantidades. ¿Qué se hará entonces de la prosperidad del agricultor británico, del gran registro de rentas del terrateniente británico? Lo de cultivar grosellas, frutillas, etc., no estaría nada mal. sólo que hoy en día el mercado está perfectamente abastecido de las mismas. Sin duda el obrero británico podría consumir mucho más de esos manjares. pero entonces auméntese antes su salario.

Casi no necesita decirse que los efectos de esta reciente competencia agrícola americana se hacen sentir también en el continente. El pequeño propietario rural —por regla general hipotecado hasta la coronilla y que en lugar de la renta del agricultor inglés o irlandés tiene que pagar costas procesales e intereses— los siente de la misma manera. Un resultado singular de esa competencia americana es que la misma no sólo vuelve inútiles los latifundios, sino también las pequeñas propiedades rurales, haciendo que unos y otras dejen de ser lucrativos.

Se aducirá, tal vez, que este sistema de cultivo exhaustivo, tal como se practica actualmente en el Lejano Oeste, no puede durar siempre, y que entonces las cosas volverán a enderezarse. Desde luego que no puede durar siempre, pero hay suficientes tierras vírgenes para que el proceso continúe durante un siglo más. Por añadidura, otros países ofrecen ventajas similares. Está toda la estepa de Rusia meridional, en la cual, por cierto, diversos comerciantes han comprado tierras y hecho la misma cosa. Están las inmensas pampas de la República Argentina y hay otras llanuras más; tierras, todas ellas, igualmente aptas para este sistema de fincas agrícolas gigantescas y producción barata. De manera que antes de que ese sistema quede exhausto, habrá vivido lo suficiente para matar por lo menos dos veces a todos los terratenientes europeos, grandes y pequeños.

Y bien, ¿cuál es el resultado final de todo esto? El resultado final será, y lo será necesariamente, que este proceso nos impondrá la nacionalización de la tierra y su cultivo por sociedades cooperativas bajo fiscalización nacional. Entonces, y sólo entonces, a los cultivadores y a

la nación les resultará ventajoso cultivarla, sean cuales fueren los precios del cereal y la carne americanos o de cualquier otro lugar. Y si entretanto los terratenientes, tal como parecen estar más o menos inclinados a hacerlo, se van efectivamente a América, les desearemos el mejor de los viajes.

[Artículo publicado el 9 de julio de 1881 en *The Labour Standard*. Traducido del original inglés, según la recopilación Marx/Engels, *Kleine ökonomische Schriften*, ed. cit., p. 448-454.]

[IV]

FRIEDRICH ENGELS

[a]

[ ] Es precisamente el cultivo, en rápido desarrollo, de tales regiones de praderas o llanuras[a] lo que últimamente ha convertido en un hazmerreír la tesis maltusiana de que la "población ejerce presión sobre los medios de subsistencia". Tal cultivo, por el contrario, ha provocado las lamentaciones de los agricultores, según los cuales la agricultura, y con ella Alemania, se encamina hacia la ruina si no se pone coto violentamente a los medios de subsistencia, que presionan sobre la población. Pero el laboreo de esas estepas, praderas, pampas, llanos[a], etc., está apenas en sus comienzos; por consiguiente, el efecto revolucionario sobre la economía rural europea se hará sentir de manera harto diferente que hasta el momento actual. [ ]

[a] En español en el original.

[b]

[ ] Gracias a los barcos transoceánicos de vapor y los ferrocarriles norte y sudamericanos e indios, regiones de características sumamente peculiares quedaron en situación de competir en los mercados cerealeros de Europa. Estaban por un lado las praderas norteamericanas, las pampas argentinas, inmensos eriales que la naturaleza misma ha hecho arables, tierra virgen que durante años, incluso sometida a un cultivo primitivo y sin abonarla, ofrecía pingües cosechas. Y estaban los predios de las colectividades comunistas rusas e indias, que tenían que vender una parte de su producto, y justamente una parte siempre creciente, obteniendo así dinero para los impuestos que les arrancaba el despiadado despotismo del estado, muy a menudo por la tortura. Estos productos se vendían, sin parar mientes en los costos de producción, al precio que ofrecía el intermediario, porque al vencerse el plazo el campesino tenía que disponer de dinero fuera como fuese. Y frente a esta competencia —tanto la del suelo virgen de las llanuras como la del campesino ruso o indio esquilmado por los impuestos—, el arrendatario y campesino europeos ya no pudieron sostenerse y pagar las viejas rentas. Una parte del suelo de Europa quedó descartada por la competencia para el cultivo de granos, las rentas se abatieron en todas partes; nuestro segundo caso, variante 2 —precio decreciente y productividad decreciente de las inversiones adicionales de capital— se convirtió en la norma para Europa, y de ahí las lamentaciones de los agricultores, desde Escocia hasta Italia y desde el Mediodía francés hasta Prusia Oriental. Afortunadamente falta mucho aún para cultivar todas las llanuras; quedan suficientes como para arruinar a la gran propiedad europea entera y con tanto mayor razón a la pequeña. [ ]

[De una nota y un agregado, respectivamente, de Friedrich Engels al tomo III de *Das Kapital*, publicado a fines de 1894. *MEW*, t. XXV, p. 683, n., y 735-736.]

[c]

[ ] La competencia de Norte y Sudamérica y de la India ha inundado de trigo barato el mercado europeo, tan barato que ningún productor local puede competir con él. [ ]

[Del artículo "Die Bauernfrage in Frankreich und Deutschland", publicado en el nº 10, año 13, vol. I —1894-1895— de *Die Neue Zeit.* Escrito a mediados de noviembre de 1894. *MEW*, t. XXII, p. 486.]

NOTAS

1. En ese pasaje de *El capital* (t.I, cap.XIV; en *MEW*, t.XXIII, p. 536 y ss.) Marx establece que "una vez supuesta la producción capitalista, la magnitud del plustrabajo variará —si se mantienen iguales las demaás circunstancias, y teniendo una duración dada la jornada laboral— con arreglo a las condiciones naturales del trabajo, y en particular con arreglo también a la fertilidad del suelo. Pero de ninguna manera se infiere de ello que el suelo más fértil sea el más apropiado para el crecimiento del modo capitalista de producción. [ ] No es el clima tropical, con su vegetación lujuriante, la madre patria del capital, sino la zona templada", etcétera.

2. Engels incurre aquí —al igual que en otros artículos— en la difundida imprecisión de emplear el sustantivo "America" y el adjetivo "American" tanto para designar a América como a Estados Unidos, a lo americano como a lo estadounidense. Como en algunos casos no estamos totalmente seguros de que el autor se refiera a la parte o al todo, advertimos al lector que tanto cuando traducimos América o americano como cuando vertemos Norteamérica o norteamericano, en el original de este artículo se lee invariablemente "America" o "American".



INTERNACIONALISTAS, SOCIALISTAS Y EMIGRANTES EN BUENOS AIRES

[I]

[LA INTERNACIONAL Y BUENOS AIRES]

[a]

De Engels al Consejo Federal Español de la Internacional

Londres, 13 de febrero de 1871

[ ] Aún no tenemos sección alguna en Portugal; tal vez fuera más fácil para ustedes que para nosotros establecer relaciones con los obreros de ese país. Si ello es así, por favor escríbannos otra vez sobre el particular. Del mismo modo creemos que, cuando menos en los primeros tiempos, sería mejor si ustedes pudieran trabar relaciones con los tipógrafos de Buenos Aires; de todas maneras, convendría que nos informaran posteriormente sobre los resultados obtenidos. Entretanto podrían prestarnos un servicio grato y útil a la causa, enviándonos un número de los *Anales de la Sociedad Tipogr*[*áfica*] *de B*[*uenos*] *A*[*ires*] a título informativo.

[*MEW*, t. XVII, p. 289.]

[b]

De Marx a Friedrich Sorge

[Londres,] 27 de mayo de 1872

[ ] Eccarius presentó su dimisión antes de que se investigara su case. Provisionalmente, Le Moussu [está encargado] de toute l'Amérique (actualmente tenemos también conexiones con América del Sur)[2].

[*MEW*, t. XXXIII, p. 471]

[c]

KARL MARX / FRIEDRICH ENGELS

[.] Nos limitamos a consignar que desde el Congreso de Basilea y particularmente desde la Conferencia de Londres, celebrada en setiembre de 1871, la Internacional ha ganado terreno entre los irlandeses en Inglaterra y en Irlanda misma, en Holanda, Dinamarca y Portugal, que se ha organizado firmemente en los Estados Unidos y que existen ramificaciones en Buenos Aires, Australia y Nueva Zelandia. [ ]

[Del *Informe oficial del Consejo General de Londres*, leído ante el Congreso Internacional de La Haya el 5 de setiembre de 1872. *MEW*, t. XVIII, p. 136-137.]

[d]

De Engels a Friedrich Sorge

26 de julio del 73, Londres

[ ] Con el correo de hoy te envío dos paquetes con 16 ejemplares de las resoluciones del congreso[3] [ ] A Buenos Aires se han despachado 8 ó 10. [ ]

[*MEW*, t. XXXIII, p. 596.]

[H]

[SOCIALISTAS EN BUENOS AIRES][4]

De Engels a Pasquale Martignetti

Londres, 13 de en[ero] de 1890

Querido amigo:

He meditado sobre el asunto de la recomendación a Buenos Aires. No puedo engañar a los camaradas sobre lo ocurrido. En la medida en que gozo de confianza entre los obreros, ello se funda en la condición previa de que a todo trance les diré la verdad, y sólo la verdad.

Yo me inclinaría, en su lugar, por ir sin ninguna recomendación de ese tipo. No bien allá se entere uno de que usted ha sido condenado, se enterarán ciento, y precisamente gente que no leerá mi testimonio o a la cual nada le importará el mismo. Y en ese caso usted ya no se sentirá más como en su casa, la condena lo perseguirá por todas partes. Más vale una vida nueva con un nombre nuevo. Usted es joven y, a juzgar por su fotografía, fuerte: ¡ánimo, entonces!

Pero para tener en cuenta todos los casos, adjunto un escrito en el que digo a su favor todo lo que sin cargo de conciencia puedo y debo decir. Le vuelvo a aconsejar, sin embargo, que no haga uso del mismo. Tal vez esto vuelva más difícil su lucha en los primeros días. Pero seguramente, a la larga, una ruptura total con el pasado le facilitará las cosas.

Usted sabrá lo que tiene que hacer. Pero ojalá todo esto sea superfluo y la corte de casación le haga justicia.

Muy sinceramente suyo,

F Engels

Direcciones:
Vorwärts, redacción: calle Reconquista 650 nuevo
(las calles tienen números *viejos* y *nuevos*)
Asociación Vorwärts: calle Comercio 880

[*MEW*, t. XXXVII, p. 343.]

[III]

[EMIGRANTES ITALIANOS]

De Engels a Pasquale Martignetti

Londres, 30 de marzo del 90

Querido amigo:

Va adjunta la solicitada carta a Labriola.

En lo que respecta a la terra libera de Labriola[5], en realidad lo más que se puede esperar del actual gobierno italiano es que distribuya la tierra de las colonias entre pequeños campesinos para que éstos la cultiven por sí mismos, y no a monopolistas individuales o compañías. La pequeña economía rural es el estado natural, y el mejor, de las colonias fundadas actualmente por gobiernos burgueses, respecto a lo cual consúltese el *Capital*, de

Marx, tomo I, último capítulo, "Colonización moderna"[6] Nosotros los socialistas, pues, podemos apoyar con la conciencia tranquila la introducción de la pequeña economía rural en colonias ya fundadas. Que esto se efectúe o no, es harina de otro costal. Todos los gobiernos actuales están demasiado vendidos y sujetos a los financistas y a la bolsa como para que los especuladores financieros no se apoderen de las colonias con vistas a su explotación, y esto ocurrirá también con Eritrea, probablemente. Pero se puede luchar contra ello exigiendo que el gobierno asegure a los campesinos emigrantes italianos las mismas ventajas que buscan, y en su mayor parte encuentran, en Buenos Aires. [ ]

[*MEW* t. XXXVII, p. 371.]

NOTAS

1. Aunque brevísimos, los textos siguientes contienen datos de interés sobre las relaciones entre Marx, Engels y la Internacional, por una parte, y por otra el movimiento obrero bonaerense a comienzos del decenio de 1870.

No eran, por lo que sabemos, los primeros contactos de la gran asociación proletaria con organizaciones obreras latinoamericanas. En su informe a la conferencia de Londres (1865), los delegados franceses E. E. Fribourg y Charles Limousin aseguran que "se han tomado medidas para entablar correspondencia con Río de Janeiro [y] con las colonias de Guadalupe y Martinica" (véase Marcelo Segall, "La Commune y los ex-communards en un siglo de América Latina", *Boletín de la Universidad de Chile*, año XII [1971], t. I, p. 13). En 1866 el Consejo General se quejaba, en su informe, de que entre otras secciones la de la isla antillana de Guadalupe no hubiera satisfecho sus cuotas (ibíd.).

La Sociedad Tipográfica Bonaerense, fundada en 1857, comenzó a enviar en 1870 al Consejo Federal de las secciones internacionalistas españolas su periódico, que es el mencionado por Engéls en el texto *a*. Francisco Mora comunicó al Consejo General londinense ese hecho y le recomendó ponerse en contacto directo con Buenos Aires; los internacionalistas españoles, a su vez, harían todo lo posible por organizar secciones de la Internacional en América Latina. Según V. Ermoláiev ("Surgimiento de las primeras organizaciones obreras [en los países de América Latina]", *La Primera Internacional y el triunfo del marxismo leninismo*, B.A., 1964. pp. 260-261), el 31 de julio de 1871 Engels dirigió "una carta a Buenos Aires, en nombre del Consejo General", en la que se refería a la reunión dedicada por el consejo, el 30 de mayo, al análisis de la Comuna de París. Dicha carta no figura en *MEW* (probablemente sólo se conserve, en los archivos del Consejo General, alguna constancia de que la misma fue enviada y de su contenido).

La derrota de la Comuna de París provocó la diáspora de muchos miles de sus defensores, y no pocos ex-comuneros se refugiaron en países latinoamericanos, contribuyendo poderosamente a la difusión de las ideas socialistas (marxistas y anarquistas) en los medios obreros locales. Auguste Monnot, Emile Faesch y otros fundaron, el 28 de enero de 1872, la primera sección (francesa) de la Internacional en Argentina. Según una carta suya al Consejo General, fechada el 14 de abril de 1872, contaban entonces con 89 miembros; tres meses

después (carta del 16 de julio) los afiliados eran 273. Le Moussu, encargado por el Consejo General de las relaciones con América (ver texto b), les había comunicado ya el 1º de julio la admisión oficial de la sección a las filas de la A.I.T. (Ermoláiev, pp. 261-262). Poco después de la sección francesa, se fundaron en Buenos Aires otras dos: una italiana y otra española, tal como le escribía a Engels, el 25 de mayo de 1873, Jean Larocque. (Ermoláiev presenta a Larocque como "uno de los dirigentes de la sección de la I Internacional en Buenos Aires"; aunque esto es posible, según cartas de Engels a Sorge del 20/III y 3/V/1873, Larocque se encontraba radicado en España, en San Sebastián, adonde había pasado hacía poco, procedente de Francia. Cfr. *MEW*, t. XXXIII, pp. 573 y 582.)

En el Congreso de la Haya (setiembre de 1872) la sección francesa de Buenos Aires estuvo representada por Raymond Vilmart ("Wilmot"), pero aunque la participación de este delegado en la lucha interna que desgarró a la Internacional tuvo alguna entidad (véase *MEW*, t. XXXIII, pp. 524 y 530), no parece prudente conceder demasiada importancia al carácter específicamente "bonaerense" de su representación: Vilmart, amigo personal de Lafargue y delegado también de secciones de la A.I.T. en Burdeos, muy posiblemente haya debido su credencial sudamericana a los esfuerzos que Engels realizara (para decirlo con palabras de su biógrafa Stepánova) por "asegurar a los partidarios de Marx una mayoría unida y segura en el congreso" (E. Stepánova, *Federico Engels*, Montevideo, 1957, p. 209). Pero el año siguiente (a principios de mayo, dice Ermoláiev), Vilmart llega a la capital argentina; según Segall *enviado por Marx* "con la ayuda de Engels y amigos". El 13 de mayo de 1873 acusa recibo de una carta de Marx (lamentablemente no conservada, al parecer) y de un paquete de impresos, y deplora que entre éstos no se cuenten *La guerra civil en Francia*, el *Manifiesto* y otras obras. Vilmart desempeñó un importante papel en el movimiento socialista argentino, y más tarde simpatizó con el anarcosindicalismo. "Propagó que los socialistas extranjeros debían abandonar su aislamiento por nacionalidades e integrarse a la clase obrera criolla. Fue uno de los inspiradores de la sección Córdoba de la A.I.T.", que existió de 1873 a 1875 y "agrupó obreros y artesanos extranjeros y criollos" (Segall, p. 19).

El descubrimiento de las cartas, hoy perdidas, escritas por Marx y Engels a socialistas europeos residentes en Buenos Aires (y todavía se están hallando en Europa, donde la investigación es mucho más intensa, cartas de Marx de las que los expertos no tenían la menor noticia), contribuiría sin duda a un conocimiento mucho más afinado acerca de las secciones de la Internacional en nuestro continente.

2. Johann Eccarius (1818-89), viejo militante de la Liga de los Justos y uno de los fundadores de la I Internacional, había sido nombrado, a propuesta de Marx, secretario corresponsal del Consejo General con los Estados Unidos (a excepción de las secciones francesas en ese país, de las que se ocupaba Le Moussu). Durante el enfrentamiento entre una sección norteamericana reformista y la dirigida por Sorge, Eccarius se pronunció por la primera, lo que lo llevó a chocar con Marx y más tarde a renunciar. Su remplazante, el

ex-comunero Le Moussu, se hizo cargo también de la correspondencia latinoamericana. El nuevo secretario, que formó parte de la mayoría en el Congreso de La Haya, poco después de realizado éste se distanció también de Marx. En este caso, sin embargo, los motivos no fueron políticos. Le Moussu había establecido en 1873 un pequeño negocio de litografía y grabado: él ponía la experiencia y Marx el dinero, pero a juzgar por varias cartas de este último, a principios de 1874 era Le Moussu el que tenía el dinero y Marx había enriquecido considerablemente su experiencia.

3. Se trata de la versión francesa de las resoluciones, o sea el folleto *Resolutions du congrès génèrale tenu à La Haye du 2 au 7 septembre 1872* (Londres, 1872), aunque por la fecha en que Engels le escribe a Sorge ya el periódico socialista español *Emancipación* había publicado, en su número del 2 de noviembre de 1872, una traducción castellana de las mismas.

4. En sí, no es éste un texto importante: Pasquale Martignetti (1844-1920), traductor al italiano del *Origen de la Familia, Trabajo asalariado y capital* y otros escritos de Engels y Marx, ha sido acusado (todo hace creer que falsamente) de cometer un desfalco en la oficina donde trabajaba; antes del fallo judicial (el tribunal de apelaciones finalmente lo absolvió), Martignetti decide empezar una nueva vida en Buenos Aires y pide a Engels una carta de recomendación (que no reproducimos porque se refiere únicamente a las prendas morales y desventuras del traductor italiano). El interés de la respuesta de Engels consiste, a nuestro juicio, en que la misma demuestra que su autor estaba al tanto de la existencia y actividades del club socialista "Vorwärts", formado por alemanes radicados en Buenos Aires.

Se había fundado esta institución el 1º de enero de 1882 con el propósito de "cooperar a la realización de los principios y fines del socialismo, de acuerdo con el programa del Partido de la Democracia Social Alemana" (citado por José Ratzer, *Los marxistas argentinos del 90*, Ediciones Pasado y Presente, Córdoba, 1969, p. 66). El club publicó durante diez años, a partir de 1886, el periódico socialista *Vorwärts* y estuvo representado, por intermedio de Wilhelm Liebknecht, en el congreso fundador de la II Internacional (1889). La barrera del idioma y la circunstancia de que la emigración alemana a la Argentina no fuera muy numerosa disminuyeron, sin duda, la influencia de la institución sobre el medio en que actuaba, pero la misma tuvo por momentos un contacto estrecho con los obreros argentinos, como lo demuestran las frecuentes reuniones sindicales que éstos efectuaron en la sede del "Vorwäts" El club mismo participó activamente en la organización del primer mitin conmemorativo del 1º de mayo realizado en la Argentina (Ratzer, p. 68).

Ni en la carta a Martignetti ni en la recomendación se menciona por su nombre a ninguno de los socialistas alemanes residentes en Buenos Aires (Engels simplemente pide ayuda para Martignetti a los "compañeros alemanes" que aquél pueda encontrar), lo que permite suponer que el autor del Anti-Dühring no tenía por esa época contacto directo con corresponsales radicados en la Argentina. Tal impre-

sión se robustece por una carta anterior (26 de enero de 1887) de Engels a su traductor: "La República Argentina sería quizás un terreno más favorable; existe allí una numerosa colonia italiana, y usted aprendería el español sin grandes dificultades. Pero está lejos, el viaje es caro y difícil el regreso. El país hace progresos, pero esto es todo lo que puedo decir al respecto" (*MEW*, t. XXXVI, p. 595).

5. Engels comenta en este texto una carta del socialista italiano Antonio Labriola (1843-1904), publicada fragmentariamente en la revista *Il Messaggero* (15 de marzo de 1890) bajo el título de *La terra a chi la lavora*. Labriola proponía que se distribuyera tierra baldía a las colonias italianas a campesinos de la metrópoli; Martignetti, invitado por aquél a escribir sobre el tema, antes de hacerlo le solicitó a Engels su opinión, que incluimos aquí por su referencia final a las aspiraciones de los emigrantes italianos que se dirigían a las colonias o a Buenos Aires.

6. Traducimos literalmente ("Moderne Kolonisierung"). En Marx, "La teoría moderna de la colonización" ("Die moderne Kolonisationstheorie").



EL ESCANDALO DE PANAMA[1]

[I]

De Engels a Paul Lafargue

Londres, 22 de nov[iembre] del 92

[ ] El asunto de Panamá, si las circunstancias ayudan, bien puede convertirse, para la república burguesa, en la misma caja de Pandora que fue para la monarquía de Julio la gaveta de Émile de Girardin, de la que salía "un escándalo por día"[2]. Mientras la cosa dure, me parece que el sitio de usted es París, en la cámara, en el centro de las novedades, para ponerse y mantenerse al tanto de lo que sucede y sobre todo de lo que se revela de un día para otro. Cada nuevo hecho escandaloso que se ponga al descubierto será un arma para nosotros. Es hora de que yo termine el tercer volumen[3], el fin de siglo se carga cada vez más de electricidad. [ ]

[Traducido del original francés según Friedrich Engels/Paul et Laura Lafargue, *Correspondance*, t. III, 1891-1895, París, Éditions Sociales, 1959, p. 230.]

[II]

De Engels a Paul Stumpf

Londres, 30 de nov[iembre] del 92

[ ] Si en París los escándalos siguen como hasta

ahora, pronto podremos representar de nuevo la vieja comedia de otoño del 47 en Bruselas[4]; el mundo comienza, al parecer, a tambalearse. [ ]

[*MEW*, t. XXXVIII, p. 527.]

[III]

De Engels a Wilhelm Liebknecht

Londres, 1° de dic[iembre] de 1892

[ ] En Francia, a juzgar por las apariencias, estamos de nuevo en el año 47, y en lo de Panamá podría romperse la crisma toda la cochonnerie[a] burguesa. El asunto deja chicos tanto a los escándalos de 1847 como a los del Segundo Imperio. Escríbele a tu corresponsal parisiense que te informe al respecto y te envíe *material* periodístico: ¡tienes que seguir personalmente estas cosas!

[*MEW*, t. XXXVIII, p. 529.]

[IV]

De Engels a August Bebel

Londres, 3 de diciembre de 1892

[. . .] Por lo demás, la época se coloca bajo el signo de la crisis. Si por la mañana leo el *Daily News* o, diga-

[a] Porquería.

mos, los periódicos franceses que me llegan, me encuentro de nuevo totalmente inmerso en el año de 1847. También entonces esperábamos cada mañana una nueva revelación escandalosa, y raras eran las veces que se experimentaba un desengaño. El asunto panameño supera todo lo que ocurrió, en materia de corrupción, tanto en los tiempos de Luis Felipe como bajo el tercer Bonaparte. Se han desembolsado *83 millones de francos* en gastos de instalación, incluyendo en éstos la prensa y el parlamento. El asunto desnuca a la república burguesa, ya que los radicales se hallan tan metidos en el baile como los oportunistas. Desde luego, los implicados procuran echar tierra sobre el asunto, pero cuanto más se esmeran, tanto peor. Una vez abierta la compuerta de las revelaciones, y hallándose algunos irremediablemente enredados en el escándalo, éstos tienen que cubrirse y para ello traicionan a sus compinches y alegan que todo su delito fue dejarse llevar por la corriente. Ya en estos momentos la comisión ha escuchado declaraciones tan tremendamente comprometedoras que no hay manera de enterrar el asunto; *unos pocos* podrán escurrir el bulto, pero hay una gran cantidad de identificados nominalmente, y además, cuantos menos sean los *nombres*, quedarán tanto más asociados a la república burguesa. Cualquier cosa puede sobrevenir aún, pero es el comienzo del fin. Por fortuna todos los partidos monárquicos están absolutamente desprestigiados, y no es tan fácil encontrar un segundo Boulanger[5] [ ]

[*MEW*, t. XXXVIII, p. 537.]

[V]

De Engels a Laura Lafargue

Londres, 5 de dic[iembre] del 92

[ ] Ah, le Panama! Puedo decirte que tengo cua-

renta y cinco años menos y que estoy viviendo un segundo 47. Entonces *La Presse* (de Girardin) traía cada día una nueva revelación sobre tal o cual escándalo, y algún otro periódico publicaba una réplica a alguno de sus cargos, y así sucesivamente, hasta liquidar a Luis Felipe. Pero aquellos escándalos y aun los del Segundo Imperio nada son comparados con esta Gran Carrera de Obstáculos Nacional del Escándalo. Cuando Luis Bonaparte sonsacó a los campesinos el dinero que tenían enterrado, se cuidó muy bien de hacerlo en favor de sus empréstitos estatales, que eran seguros; pero en el presente caso los ahorros del pequeño comerciante, del campesino, del fámulo y ante todo del *petit rentier*[a], que de todos es el que aúlla con más desesperación, se han perdido irremediablemente, realizándose así el milagro de transformar en abismo insondable un canal que *no* ha sido excavado. 1.500 millones de francos —60 millones de libras esterlinas— desaparecidos, desaparecidos para siempre, salvo lo que fue a parar a los bolsillos de estafadores, políticos y periodistas; y se reunió el dinero mediante estafas y sucias artimañas con las que ni las de Norteamérica pueden parangonarse. ¡Qué base de operaciones para una campaña socialista!

El asunto se apoyaba evidentemente en su misma enormidad. Cada cual se consideraba a salvo porque todos los demás estaban tan metidos en el baile como él. Pero a esto se debe, justamente, que ahora sean imposibles los tapujos; habiéndose comenzado con las revelaciones parciales, a los innumerables receptores de "boodle"[b] (pues aquí el norteamericano es el único idioma posible) por su mismo número les es imposible una acción común y concertada, cada uno pelea por su propia cuenta y lo mejor que puede, y no hay exhortaciones ni sermones que puedan evitar un sauve-qui-peut[c] general. Que la *policía* se haya puesto a las órdenes de la comisión luego de la huelga de los tribunales es un hecho revelador de que ya no se deposita confianza en la solidez de la estafa y, asimismo, de que se considera aconsejable mantenerse en buenas relaciones con el partido de la "pureza financiera".

[a] Pequeño rentista.- [b] Soborno, coima.- [c] Sálvese quien pueda.

A mi parecer, c'est le commencement de la fin[a]. La república burguesa y sus políticos mal pueden sobrevivir a este desenmascaramiento. No restan más que tres posibilidades: una intentona monárquica, otro Boulanger o el socialismo. La primera y la segunda, si se procura concretarlas, sólo pueden llevar a la tercera, y en tal caso es posible que —mucho antes de que en virtud de nuestra propia acción tuviéramos derecho a pretenderlo— nos veamos obligados a seguir un curso de inmensa responsabilidad. Eso me alegraría, siempre que no ocurra prematuramente y de manera demasiado repentina. Bien les vendría a nuestros alemanes ver que los franceses no han perdido su iniciativa histórica. Un país no puede atravesar por 200 años, como lo fueron los de 1648-1848 para Alemania, sin que en él hasta en la clase obrera se adviertan algunos rasgos de filisteísmo. Nuestra revolución del 48-49 fue demasiado breve e inconclusa para barrer con todo eso. Desde luego, la próxima revolución que se está preparando en Alemania con un rigor y una constancia sin paralelo en parte alguna, ocurriría por sí misma a su debido tiempo, digamos en 1898-1904; pero un período de revolución en Francia, que prepare una crisis radical, aceleraría ese proceso; y además, si la cosa estallara primero en Francia, por ejemplo en 1894, entonces Alemania seguiría de inmediato y en tal caso la Alianza Proletaria Franco-Germana obligaría a Inglaterra a entrar en razones y aplastaría de un golpe tanto la triple conspiración como la franco-rusa[6]; tenemos entonces una guerra revolucionaria contra Rusia —cuando no un eco revolucionario en Rusia misma— y vogue la galère![b] [ ]

[Traducido del original inglés según Friedrich Engels/Paul et Laura Lafargue, *Correspondance*, ed. cit., t. III, p. 237-238.]

[a] Es el comienzo del fin.- [b] ¡Y ocurra lo que ocurra!

[VI]

De Engels a Piotr Lavróvich Lavrov

Londres, 14 de dic[iembre] de 1892

[ ] Por otra parte, lo de Panamá parece ponerme de nuevo a mediados del año 1847, cuando también día a día se podía esperar, con buenos motivos, un nuevo escándalo. 1847 cavó la fosa a la monarquía de julio; ¿qué hará 1892? [ ]

[*MEW*, t. XXXVIII, p. 549]

[VII]

De Engels a Laura Lafargue

Londres, 20 de dic[iembre] de 1892

[ ] Lo de Panamá es encantador. Los periódicos que tan amablemente me has enviado y las cartas de la old Mother Crawford[7], aunque horriblemente tijereteadas por los filisteos del *D[aily] News*, forman ya un expediente bastante voluminoso, que pretendo completar hasta el —así lo espero— *amargo* fin. Los filisteos locales, por supuesto, no caben en sí de gozo. Wenn sich das französische Laster erbricht, setzt sich die englische Tugend zu Tisch[a], y que el diablo me lleve si no prefiero mil veces

[a] Cuando el vicio francés vomita, la virtud británica se sienta a la mesa.

ese vicio francés —sincero, liso y llano— a esta hipócrita virtud británica. [ ]

[Traducido del original inglés según Friedrich Engels/Paul et Laura Lafargue, *Correspondance*, ed. cit. t. III, p. 241.]

[VIII]

De Engels a August Bebel

Londres, 22 de diciembre de 1892

[.] Lo de Panamá se vuelve día a día más maravilloso. El asunto adopta por entero un giro dramáticamente crítico, tal como suele ocurrir en Francia. A cada momento parece como si pudieran cuajar los esfuerzos por enterrar el caso, pero entonces éste salta de nuevo por un lugar inesperado, con más violencia que antes, y sucede ahora que no hay ocultamiento que valga. Primero había que echarle tierra al asunto por medio de la justicia, pero las nuevas revelaciones obligaron a designar la comisión investigadora; luego se debía neutralizar a ésta, pero la intentona no arrojó más que un resultado parcial, y ello sólo porque se incoó un segundo proceso judicial, más riguroso. Y ahora hay la mar de revelaciones y demandas judiciales contra diputados y senadores. Entre bastidores están: 1) Constans[8], consciente de que su papel ha terminado y que quiere vengarse; 2) Rochefort[9], y los bulangistas, que también saben mucho; 3) los Orleans, que desean que toda la comedia lleve agua al molino de su procurada restauración. Toda esa gente sabe mucho y dispone de la mayor parte de los elementos de prueba. Y aunque todos ellos se abstuvieran de actuar, Ch[arles] de Lesseps y Rouvier[10] se vengarían, empujando al pantano a la mayor cantidad posible de personas y complicándolas en su caso. La frase que mejor describe la situación la ha pronuncia-

do Rothschild: "Necesito la monarquía; a ésta la compro de una vez para siempre, mientras que la república me resulta demasiado onerosa, pues cada pocos años tengo que comprar una nueva pandilla famélica"

¡Qué no daría ahora el asno de Boulanger, de no haberse pegado un balazo, por una situación de este tipo! Le iría viento en popa, y no me llamaría la atención que alguien tratara de encontrar un segundo Boulanger. No es cosa tan fácil, felizmente. Tampoco a la monarquía le pintan bien las cosas, la derecha votó como un hombre por la lotería de Panamá y, lo que es peor, hizo propaganda por ella en la campaña y metió en el atolladero a los pequeños burgueses y campesinos. Los 1.700 millones de francos que se esfumaron en lo de Panamá son en su mayor parte *ahorros de gente modesta* (a ésta hay que devolverle más de 800.000); de ahí la tremenda furia, y la derecha (monárquicos clericales), que en un primer momento saludó entusiastamente el escándalo de Panamá, se ha batido en retirada.

Cuál será el resultado de todo esto, es claro: en último término, *a nuestro favor*. Pero es difícil vaticinar etapas intermedias en la veleidosa Francia. De todos modos, sobrevendrán varias de éstas, antes de que nuestra gente pase decididamente al primer plano. Sólo si París hiciera una revolución les tocaría el turno a los socialistas, ya que en París, como la Comuna, *toda* revolución se vuelve de por sí socialista. Pero París está menos soliviantado que el interior, y eso es bueno. París se muestra indiferente, y no en último lugar a causa de que los obreros, desunidos, poco claros, patrióticos (en la medida en que echan de ver que París *ya no es el centro político del mundo*, lo que sienten como una injusticia), no ven ninguna salida. Si prosiguen los escándalos puede haber una crisis presidencial —Carnot[12] está implicado por lo menos como *encubridor* de muchos chanchullos— y de todos modos el año que viene habrá elecciones parlamentarias. Por añadidura, elección de muchos concejales en París. De manera, pues, que están abiertas más vías legales de las que son menester. Por otra parte, las dudas sobre la confianza que se puede depositar en el ejército (en el cual el servicio militar obligatorio es aún nuevo y no está tan

enmohecido como en Prusia) constituyen una protección contra un golpe de estado, así como el hecho de que estén desarmadas las masas (que esta vez, a diferencia de lo que siempre ocurrió antaño, no pueden ir a pedirle fusiles y balas a ninguna Guardia Nacional) es una salvaguarda contra las tentativas de insurrección, y de esta suerte lo más verosímil es que la crisis transcurra pacíficamente. Pero lo que necesitamos para ganar el tiempo que nos permita recoger la cosecha de Panamá es: tranquilidad con respecto a desmanes y violencias, y tiempo para que el fermento actúe en todo el país. En provincias los marxistas no enfrentan casi ninguna competencia, en tanto que en París nos viene muy bien que los blanquistas, alemanistas y brusistas se desgasten entre sí [13]

Sea como fuere, el desenvolvimiento *interno* de Francia ha adquirido ahora una importancia sobresaliente, y pronto se verá hasta qué punto la gente está a la altura del cometido que se le plantea. He de decir que, tratándose de crisis tan grandes como la presente, tengo mucha confianza en ellos. No en que venzan de inmediato y rotundamente —todavía pueden darse, en el ínterin, repugnantes episodios de reacción—, sino en que al fin de cuentas salvarán con honor el compromiso. No conviene, por lo que a nosotros respecta, que la cosa vaya muy rápido. También nosotros necesitamos tiempo para nuestro desarrollo. [ ]

[*MEW*, t. XXXVIII, p. 554-556.]

[IX]

De Engels a Friedrich Albert Sorge

Londres, 31 de diciembre de 1892

[ ] Por lo demás, hace tiempo ya que los norteamericanos han proporcionado al mundo europeo la prueba

de que la república burguesa es la república de los hombres de negocios capitalistas, en la cual la política es un negocio como cualquier otro; y los franceses, entre los cuales los políticos burgueses gobernantes conocían desde hacía tiempo esa verdad y la practicaban en secreto, finalmente lo han aprendido también a escala nacional gracias al escándalo de Panamá. Pero para que las monarquías constitucionales no puedan pavonearse virtuosamente, cada una de ellas tiene en casa su pequeño Panamá.

El asunto de Panamá, empero, es con seguridad el comienzo del fin de la república burguesa y puede ponernos, dentro de poco, en una situación de suma responsabilidad. *Toda* la pandilla oportunista y la mayor parte de la radical está tremendamente comprometida; el gobierno procura echar tierra sobre el asunto, pero esto ya no es posible, porque los documentos probatorios están en las manos de gente que quiere voltear a los actuales gobernantes: 1) los Orleans; 2) el destituido Constans, que a causa de las revelaciones sobre su escandaloso pasado se ha vuelto imposible como ministro; 3) Rochefort y los bulangistas; 4) Cornelius Herz, que, metido él mismo en estafas de toda clase, para zafar él empuja a los otros al despeñadero. Todos éstos tienen pruebas más que suficientes contra las bandas de ladrones; las retienen, sin embargo, primero para no gastar de una vez su pólvora, y segundo para dar tiempo tanto al gobierno como a *los tribunales* de meterse en un callejón sin salida. Todo esto no puede sino convenirnos; poco a poco sale a la luz suficiente material para que la agitación no ceda un ápice y los dirigeants se metan cada vez más en el atolladero, pero también para que el escándalo y las revelaciones ejerzan su efecto hasta el último rincón del país, ya antes de la inevitable disolución de las cámaras y las nuevas elecciones, que, con todo, no deberían tener lugar *con demasiada anticipación.*

Que las cosas se aproximan notablemente al momento en que nuestra gente se convertirá en los únicos gobernantes posibles, no cabe duda. Sólo que no debieran ir demasiado rápido; nuestra gente en Francia tardará todavía en estar madura para el poder. Tal como está ahora la situación, es absolutamente imposible decir qué etapas interme-

días habrán de colmar ese intervalo. Los viejos partidos republicanos están comprometidos hasta el último hombre, los realistas y clericales han difundido masivamente los billetes de la lotería de Panamá y se han identificado con la misma; si el jumento de Boulanger no se hubiera suicidado, a estas horas sería el amo de la situación. Estoy ansioso por saber si la vieja lógica inconsciente de la historia francesa mantendrá también esta vez sus prestigios. Lo que es sorpresas, las habrá a granel. Con tal que en el período de decantación un general cualquiera no se encarame en el poder y provoque una guerra; ése es el único peligro. [ ]

[*MEW*, t. XXXVIII, p. 563-564.]

[X]

[.] Los jefes de la república burguesa radical-oportunista —ministros, senadores, diputados— están todos enredados en el escándalo de Panamá: unos como sobornados, los demás como cómplices y encubridores. A su parecer, sin embargo, el público se ha ocupado ya, desde hace suficiente tiempo, de *ese* aspecto de su turbia existencia. El mundo ya ha hablado bastante de que con nuestras estafas hemos desacreditado a esta república. Mostremos ahora que estamos en condiciones de mancillarla políticamente[14]

[De un artículo, sin título, publicado el 13 de enero de 1893 en *Vorwärts*. *MEW*, t. XXII, p. 356-357.]

[XI]

[ ] Exactamente como en Francia[15] También allí los Rouvier, Floquet, Freycinet y compañía sacrificaron a los mismos Lesseps y Fontane[16], a quienes ellos y sus cómplices harto a menudo les "ponían el cuchillo en la garganta", como dice Charles Lesseps, para extraer de Panamá fondos con destino a objetivos políticos.

[.]

El hombre[17] no quiere, al parecer, caer de rodillas la vista pública de la causa, como sí lo hicieron los directores parisienses de Panamá que, en vez de abrumar a sus fiscales con hechos diez veces más comprometedores, de cuyas pruebas disponían, optaron por implorar con su silencio una condena más benigna.

[ ] ¿Y cuál es la moraleja del cuento? Que Panamá y Panamino y el Fondo de los Güelfos[18] demuestran que la entera política burguesa de nuestros días —tanto la grata trifulca de los partidos burgueses entre sí como su resistencia común contra el embate de la clase obrera— no pueden efectuarse si no es con colosales masas de dinero; que estas masas de dinero se emplean con fines públicamente inconfesables y que los gobiernos, dada la tacañería del burgués, se ven obligados cada vez más a procurarse, de manera inconfesada, los recursos para esos fines inconfesables. [ ]

[Del tercero de la serie de artículos de Marx *Vom italienischen Panama*, publicado el 3 de febrero de 1893 en *Vorwärts*. *MEW*, t. XXII, pp. 362-364]

NOTAS

1. Es éste, en la perspectiva de Engels, un Panamá mucho más europeo que americano. En los textos que van a leerse se trata no de la construcción de un canal en territorio americano, sino de la conmoción que la quiebra de la compañía constructora provocó en la vida política francesa de la época. Pero el "escándalo de Panamá" es también, y no sólo por su nombre, historia latinoamericana. Su estallido arrojó una luz clarísima sobre el trasfondo de las empresas "civilizadoras" llevadas a cabo por las grandes potencias europeas en nuestros países.

Bajo los auspicios de Ferdinand de Lesseps (1805-94) presidente de la sociedad constructora del canal de Suez, se había fundado en enero de 1879 una Compañía Universal del Canal de Panamá, que poco después inició el corte del istmo. Una serie de manejos turbios hizo que los fondos de la compañía mostraran una irresistible tendencia a evaporarse. Los directores de la empresa sobornaron entonces a cientos de parlamentarios y obtuvieron así la autorización, violatoria de diversas leyes, de vender billetes de una lotería destinada, se decía, a la prosecución de los trabajos. Coimearon a ministros, jueces y periodistas para que pasaran por alto o embellecieran la situación catastrófica de la compañía. Casi realizaron el ideal que Marx atribuía a Luis Bonaparte: robar todo el dinero de Francia para comprar a Francia con ese mismo dinero. Pero a pesar de estas "inversiones". y en parte debido a las mismas, el 4 de febrero de 1889 la Compañía Universal quebró, dejando en la ruina a muchos miles de pequeños accionistas. Sólo a fines de 1892, al iniciarse la seguidilla de revelaciones que con fruición describe Engels, aquéllos comenzaron a enterarse de por qué y cómo habían perdido todo contacto con sus caudales. Más que a un desarrollo de las corrientes socialistas, sin embargo, el escándalo de Panamá, hábilmente explotado por la prensa reaccionaria, dio pie a una ola de histeria antisemita (varios prohombres de la Compañía Universal eran de origen judío), la cual alcanzaría poco después su punto máximo con el caso Dreyfus.

Un rasgo característico del escándalo de Panamá es que mientras se derramaba un torrente de lágrimas por la suerte de los ahorristas estafados, la prensa europea silenciaba lo ocurrido con las víctimas principales: 22.000 obreros latinoamericanos, culíes chinos e indios, que obligados a trabajar en condiciones horrorosas habían sucumbido de malaria y fiebre amarilla durante la excavación de apenas treinta quilómetros de canal.

No hemos incluido en el presente capítulo todos los textos de Engels sobre el tema.

2. Emile de Girardin (1806-81), diputado y director de *La Presse* (el primer periódico francés de bajo precio y gran circulación) publicó en 1847 una serie de documentos que demostraron la profunda corrupción de la monarquía de Luis Felipe y aceleraron su caída.

3. El tercer tomo de *El capital*. Engels finalizó su revisión del manuscrito en mayo de 1894 y los primeros ejemplares aparecieron en diciembre de ese año.

4. Paul Stumpf (¿1827? -1912) fue miembro en 1847 de la Liga de los Comunistas y del Club Obrero Alemán en Bruselas, en los que también militaban Engels y Marx.

5. En 1888 el general Georges Boulanger (1837-91), ex-ministro de guerra, inició con el respaldo más o menos secreto de círculos monárquicos y bonapartistas una meteórica carrera de "salvador de la patria". Su chovinismo cerril y demagógico el granjeó rápidas adhesiones en una sociedad traumada aún por la derrota de 1870 ante Prusia, e incluso entre los obreros de París (el propio Lafargue llegó a coquetear con el bulangismo, y ciertos blanquistas se contaron entre los lugartenientes políticos de un hombre que había contribuido a aplastar la Comune). El 27 de enero de 1889 Boulanger obtuvo un triunfo arrollador en una elección complementaria en París y pareció que en cualquier momento podía pasar de su calidad de Bonaparte potencial a la de dictador actuante. Su indecisión le permitió al gobierno lanzarse a la contraofensiva y acusarlo, el 1º de abril, de atentar contra la seguridad del estado. La fuga de Boulanger al extranjero y su inactividad posterior arruinaron definitivamente su imagen de "hombre fuerte", por lo que el bulangismo, amasijo heterogéneo, entró en rápida descomposición.

6. Engels alude a la Triple Alianza entre Alemania, Austria e Italia (concertada en mayo de 1882 al sumarse la tercera de esas potencias al pacto que, en octubre de 1879, concertaran las dos primeras) y a la alianza franco-rusa. En rigor, esta última no existía formalmente al escribir Engels la presente carta (se trataba tan sólo de un compromiso de realizar consultas recíprocas en caso de crisis bélica), pero en diciembre de 1893 y enero de 1894 Francia y Rusia suscribieron una convención secreta por la que cada una se obligaba a asistir militarmente a la otra si ésta era atacada por las potencias de la Triple Alianza.

7. Emily Crawford (1831-1915), corresponsal en París de varios periódicos ingleses, entre ellos el liberal *Daily News*.

8. Se trata del ex-ministro del interior, Jean-Antoine Constans (1833-1913).

9. Henri de Rochefort (1830-1913) constituye un interesante caso de antibonapartista pasado al campo de Boulanger. En 1868-70 se le había perseguido por criticar duramente desde sus periódicos a Napoleón III, y tras la derrota de la Comuna se contó entre los deportados a Nueva Caledonia (de donde se fugó en 1874). Su anterior republica-

nismo, antimilitarismo y semisocialismo, no le impidieron cooperar con un general cuyo objetivo principal era instaurar una segunda caricatura del imperio napoleónico.

10. Charles de Lesseps (1840-1923) era uno de los principales culpables de la estafa de Panamá, junto a su padre, Gustave Eiffel (el de la torre), Cornelius Herz y el barón de Reinach. Maurice Rouvier (1842-1911) hasta poco antes ministro de finanzas, estaba también implicado en el caso, lo que no fue obstáculo para que en el decenio siguiente volviera a su cargo e incluso presidiera el consejo de ministros.

11. Engels atribuye la frase, seguramente, a Alphonse Rothschild (1827-1905), jefe de la rama francesa de la poderosa familia de financistas, regente del Banco de Francia y presidente de Chemins de Fer du Nord.

12. Era presidente de Francia Marie-François Sadi Carnot (1837-1894).

13. En 1882, en el congreso de Saint-Etienne, el Partido Obrero Francés, fundado tres años atrás, se escindió en dos sectores: los guesdistas o marxistas, encabezados por Jules Güesde y Lafargue, que seguían una orientación más o menos análoga a la de la socialdemocracia alemana, y la Federación de Trabajadores Socialistas o "posibilistas", así llamados porque sus esfuerzos se centraban en alcanzar lo que creían "posible" (este enfoque oportunista los llevó, como decían Bernstein y Engels, a hermanarse, so pretexto de combatir a Boulanger, con el partido de los especuladores de bolsa, vale decir con los hombres cuya conducta en el gobierno era la explicación de la popularidad de Boulanger). Los posibilistas, a su vez, en octubre de 1890 se dividieron en dos fracciones, designadas según el nombre de sus líderes, los ex-comuneros Paul Brousse y Jean Allemane. Los brusistas constituían el sector más derechista de los viejos posibilistas, mientras que los alemanistas (cuyas afinidades con el anarquismo dieron pie a que se les llamara "allemanarchistes") pasaron a sostener en general posiciones más radicales y desarrollaron una actividad de cierta importancia en los sindicatos, a juicio de ellos la forma fundamental de la organización proletaria.

15. Es decir, en Italia exactamente como en Francia. En diciembre de 1892 estalla el "Panamino" ("pequeño Panamá'?): se hace público que la Banca Romana efectuó crecidas emisiones ilegales, que grandes cantidades pasaron de las reservas del banco a los bolsillos de su gobernador y que un pequeño círculo de privilegiados recibió extraños créditos por un valor multimillonario.

16. Los "panamistes" Charles Floquet (1828-96) y Charles Freycinet (1828-1923) habían ocupado sucesivamente la presidencia del Consejo de Ministros (1888-89 el primero, 1890-92 el segundo). El escritor Marius Fontane (1838-1914), autor de una obra no muy sorprendentemente intitulada *Le canal maritime de Suez* (1869), integraba el directorio de la Compañía Universal del Canal de Panamá.

17. Alude Engels al director de la Banca Romana, Bernardo Tanlongo (1820-1896).

18. En 1866 el estado prusiano se anexó Hanóver y confiscó los bienes de su casa real, constituyendo con parte de ellos el llamado Fondo de los Güelfos (güelfos: partidarios de la dinastía hanoveriana). Bismarck utilizó esos caudales para recompensar a los "reptiles" (periodistas asalariados por el gobierno).



DE OMNIBUS REBUS

[I]

KARL MARX

[CRISIS EN BRASIL]

[.] En Suecia, y especialmente en Dinamarca, la crisis ha aumentado bastante su virulencia. El resurgimiento del mal, luego de que pareciera superado, debe atribuirse a los plazos de vencimiento de grandes créditos en Hamburgo, Estocolmo y Copenhague. Por ejemplo, en diciembre se protestaron letras vencidas, por un valor de nueve millones, que firmas cafetaleras de Río de Janeiro habían girado contra Hamburgo, y esta cantidad de protestas motivó un nuevo pánico. Las letras para los fletes azucareros de Bahía y Pernambuco experimentarán en enero, verosímilmente, un destino similar y provocarán un recrudecimiento de la crisis. [ ]

[De un artículo publicado el 5 de enero de 1858, como editorial, en *The New-York Daily Tribune*. Escrito hacia el 18 de diciembre de 1857. *MEW*, t. XII, p. 346.]

[II]

FRIEDRICH ENGELS

[LA DIPLOMACIA DE LAS POTENCIAS MARITIMAS]

[ ] Entre los buques menores, los bergantines y go-

letas están artillados con de 20 a 6 piezas. Sólo tienen dos palos; los bergantines con velas cuadras, las goletas con cangrejas. El calibre de sus cañones es forzosamente menor que el de los buques mayores; por regla general no llevan más que piezas de 18 ó 24, e incluso, a veces, de apenas 12 ó 9 libras. Buques de tan escaso poderío ofensivo no pueden entrar en combate allí donde se espere una resistencia seria. En las aguas de Europa los desplazan progresivamente pequeños buques de vapor, y no pueden prestar verdaderos servicios sino en aguas costeras como las de América del Sur, China, etc., en las que tropiezan con adversarios menos fuertes y sirven sólo para desplegar la bandera de una gran potencia marítima. [ ]

[Del artículo *Navy*, publicado en el tomo XII de *The New American Cyclopaedia.* Escrito alrededor del 22 de noviembre de 1860. *MEW*, t. XIV, p. 380.]

[III]

KARL MARX

[ ]Comparar el *lingote ideal* con el *milrea ideal* en Buenos Aires (así como con la libra en Inglaterra durante la depreciación de los billetes, etc.). Lo que está fijo aquí es el nombre *milrea*; lo que fluctúa, es el cuanto de oro o plata expresado por aquél. En Buenos Aires el medio circulante era papel moneda inconvertible (pesos en billetes); estos pesos en un comienzo eran = 4 chelines y 6 peniques cada uno; ahora equivalen aproximadamente a 3 1/4 peniques y han llegado a valer apenas 1 1/2 penique.

Una vara de paño valía antes 2 pesos; ahora, *nominalmente*, 28 pesos a causa de la depreciación del billete. [ ].

[De: *Grundrisse*, ed. cit., p. 700.
Escrito hacia febrero-junio de
1858.]

[IV]

KARL MARX

[PLANTACIONES Y MINAS DEL BRASIL]

[ ] Los diamantes rara vez afloran en la corteza terrestre, y de ahí que su hallazgo demande mucho tiempo de trabajo, término medio. Por consiguiente, en poco volumen representan mucho trabajo. Jacob [2] pone en duda que el oro haya pagado nunca su valor íntegro. Aun más cierto es esto en el caso de los diamantes. Según Eschwege[3], en 1823 el producto total obtenido a lo largo de ochenta años en los yacimientos diamantíferos del Brasil ni siquiera alcanzaba al precio del producto medio rendido en 18 meses por las plantaciones brasileñas de caña de azúcar y café, aunque representaba más trabajo y por tanto más valor. Con yacimientos más ricos el mismo cuanto de trabajo se representaría en más diamantes y disminuiría el valor de los mismos. [ ]

[De *Das Kapital*, t. I. Publicado
en setiembre de 1867. *MEW*,
t. XXIII, p. 54-55.]

[V]

KARL MARX/FRIEDRICH ENGELS/PAUL LAFARGUE[4]

[EL PARAGUAY DE LOS PADRES]

[ ] Si la sociedad del futuro se organizara conforme al modelo de la Alianza, sección rusa, sobrepujaría de lejos al Paraguay de los reverendos padres jesuítas, tan caros a Bakunin[5]

[De *L'Alliance de la Democratie Socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs*. Obra escrita en abril-junio de 1873. Publicada ese año, y en 1874 en traducción al alemán, revisada por Engels. *MEW*, t. XVIII, p. 438.]

[VI]

De Engels a Karl Kautsky[6]

Londres, 26 de en[ero de 18]93.

[ ] Le he dado a Ede el periódico brasileño, pero le dije que la importancia de estos partidos sudamericanos está siempre en relación inversa a las alharacas de sus programas. [. . .]

[*MEW*, t. XXXIX, p. 17]

NOTAS

1. Agrupamos en esta sección ciertos textos que se han resistido a una clasificacion más regular. Corresponden algunos de ellos al Brasil, pero ni siquiera éstos conforman entre sí una unidad temática. La frase de Pico della Mirandola que tomamos para titular el capítulo ("De todas las cosas") le gustaba a Marx con el agregado que en general se atribuye a Voltaire (aunque, como lo recuerda Borges, fue Quevedo su autor): "De todas las cosas posibles y otras muchas más"
2. William Jacob (¿1762? -1851), autor de *An Historical Inquiry into the Production and Consumption of the Precious Metals*, 2 tomos, Londres, 1831.
3. El alemán Wilhelm Eschwege (1777-1855) fue director de la entidad que explotaba las minas de oro brasileñas (1809-24), presidente de la Cámara Imperial de Minerales en Río y autor de escritos sobre las minas y la geología del Brasil. Marx no se remite aquí a ninguna fuente, pero a juzgar por los *Grundrisse* (ed. cit., p. 718), donde aparece la misma referencia a Eschwege, toma la cita de Hermann Merivale, *Lectures on Colonization and Colonies*, Londres, 1841-42.
4. En *MEW* se presenta como autores de *L'Alliance de la Democratie Socialiste et l'Association Internationale des Travailleurs* a Marx y Engels; únicamente en una nota se aclara que éstos la escribieron "con la colaboración de Paul Lafargue" (el mismo y no muy serio procedimiento se aplica en *MEW* a otros casos en que Marx o Engels redactaron algún escrito en común con un tercero: Hess, Biscamp, Bernstein, etc.). De la correspondencia de Engels surge claramente que Lafargue fue también *autor* del informe: "Lafargue y yo lo hicimos juntos, sólo la conclusión es de M[arx] y mía" (*MEW* t. XXXIII, p. 599).
5. Las palabras "tan caros a Bakunin" no figuran en la versión francesa original, pero sí en la traducción alemana de Samuel Kokosky , revisada por Engels.
6. Engels responde aquí a palabras de Karl Kautsky en una carta del 5 de enero de 1893: "Te envío adjunto un periódico que me remitieron de Río de Janeiro. Contiene un artículo sobre el Partido Obrero brasileño y su programa. Lamentablemente no sé portugués, y por lo tanto sólo puedo adivinar aquí y allá algo del contenido. Quizás te interese el artículo. Tal vez, si valiera la pena, Ede [Eduard Bernstein], que también es un polígloto, podría hacer una nota con ese material. Ya he mencionado una vez al movimiento brasileño, en

una información basada en un periódico alemán de San Pablo" (*Friedrich Engels' Briefwechsel mit Karl Kautsky*, edit. y refundida por Benedikt Kautsky, Viena, 1955, pp. 377-378).

INDICE